

KRISTELL ALVAREZ S.

TODO
EL *Amor*

SE ME ACABÓ
EN SUSPIROS



TUDO
EL *Amor*

SE ME ACABÓ
EN SUSPIROS

KRISTELL ALVAREZ S.

© 2017 Kristell Álvarez Solórzano

Diseño de portada:

China Yanly

Esta es una obra de ficción, producto de la imaginación de la autora. Los lugares y los personajes son ficticios. Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio, sin permiso previo y por escrito de la titular del copyright. La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

DEDICADO A:

*Mi pequeña hija Paulina... Lo mejor de mi vida.
Un pedacito de cielo que Dios me envió para iluminar mi camino y llenar
mi mundo de felicidad.
Ella es mi todo, mi fuerza y mi más grande inspiración.*

PRÓLOGO

Hay momentos en esta vida que no dejamos de sorprendernos, cuando sin quererlo, nos vemos reflejados en cualquier escaparate.

Esa sensación de verte en segunda persona hace que todo sea distinto. Aún más cuando tienes un camino marcado y viene la vida con su magia, a veces inapropiada y te sorprende. Llevándote a situaciones que jamás habrías imaginado, girando todo tu mundo por completo y no sabiendo, cuando apartarte del camino y decir basta; encerrándote en la protección de tu soledad.

Vamos a viajar de la mano de Alicia por su mundo incontrolado para descubrir hasta donde tendrá que llegar y a que renunciar para encontrar la verdadera felicidad.

Os dejo con las emotivas letras de la narrativa de Kristell Álvarez.

Luis Endrino Fuentes

CAPÍTULO I

Exhausta me recuesto sobre la silla entrelazando los dedos detrás del cuello mientras lo giro de un lado a otro, tratando así de eliminar un poco de la tensión acumulada, pero es inútil, es demasiado el estrés que traigo encima, tengo sólo quince días para sacar un mes de trabajo y dejar todos mis pendientes resueltos antes de ausentarme tres semanas de merecidas vacaciones. Sí, tres semanas completas fuera de estas cuatro paredes disfrutando de una paradisíaca isla del Caribe.

Sol, arena, mar y Matías... repito una y otra vez en mi cabeza, este pequeño mantra es lo único que me mantiene trabajando a las diez de la noche de un sagrado viernes.

Sólo quince días más, Alicia —exclamo en voz alta— *y estarás disfrutando una deliciosa piña colada recostada en un camastro con el sol caribeño sobre tu cabeza.*

Sólo quince días —repito una y otra vez.

Regreso la vista a la pantalla del computador e intento reconcentrarme en las líneas que acabo de escribir para continuar mi reporte, mas es inútil, he perdido el hilo de mis ideas, necesito un breve descanso para despejarme, así que me levanto y voy directo a la cocineta a servirme un café. La oficina está completamente vacía, solo una desquiciada como yo trabaja un viernes por la noche. Regreso a mi cubículo con una humeante taza cargada de cafeína dispuesta a continuar mi trabajo, debo terminar el reporte sobre ese manuscrito de una novela de misterio que enviaron el mes pasado. Terminando me voy, aún quedan muchos más por leer y analizar, pero por hoy es suficiente, no podría leer o escribir una línea más después de poner el punto final en éste. Si no fuera porque amo mi trabajo me volvería loca, analizar treinta manuscritos en dos semanas es tarea titánica, pero bien vale la pena el esfuerzo por disfrutar de mis primeras vacaciones en dos años.

A las 10 de la noche al fin apago el monitor y preparo los papeles que leeré el fin de semana aprovechando que estaré solita porque Matías salió a la ciudad de México por trabajo. Camino en piloto automático hasta el ascensor, estoy cansadísima, mi reserva de energía alcanza para llegar a casa, nada más. Entre el trabajo y los preparativos de la boda últimamente mis días han sido extenuantes.

Lo bello de vivir en Guanajuato es que no hay que ocupar auto para

moverse, la oficina está a unas cuantas cuadras de mi casa y la ciudad es tan tranquila que es seguro caminar por sus calles aun a altas horas de la noche. Me despido del vigilante del edificio, salgo a la calle donde el tremendo frío nocturno de finales de invierno me hace apretar los brazos al cuerpo y apurar el paso.

Perdida en mis pensamientos no me percató de lo solitaria que está la calle, algo inusual un viernes por la noche en esta turística ciudad. De repente escucho unos pasos tras de mí, giro rápidamente y nada, no hay nadie, sólo la calle vacía. Miro hacia todas las direcciones y me convengo de que es mi imaginación jugándome una mala pasada, dos días seguidos leyendo una historia de misterio donde hay asesinatos y secuestros han logrado hacer mella en mi cordura; aun así camino más y más rápido, volteando de vez en cuando hacia atrás, el miedo se ha instalado en mi sistema nervioso, ahora hasta sombras veo entre las antiguas casas que hay en el camino.

Estás alucinando, Alicia, pienso con determinación para tranquilizarme, es Guanajuato, aquí nunca pasa nada. Reduzco un poco la velocidad y respiro lentamente para relajarme, solo estoy siendo víctima de un mal viaje de mi estimulada imaginación. Me detengo en la siguiente esquina, miro hacia todas las direcciones, al fondo de la callejuela veo un grupo de gente caminando y cantando entre risas, sí, hay personas en la calle, todo está sereno, nada de qué preocuparse. Giro la cabeza en señal de negación y me río del alucine barato, solo fue mi mente desquiciada, así que nada que temer, como pensé, es Guanajuato, la capital de la cultura, aquí nunca pasa nada.

Continuo tranquila mi camino, pero cuando atravieso un callejón veo moverse algo en la oscuridad, trato de enfocar hacia el lugar pero no distingo más que sombras... de repente se mueven hacia mí, grito enloquecida y corro en dirección opuesta, es inútil, unas manos me colocan una bolsa negra sobre la cabeza. No era mi imaginación, alguien me seguía. Trato de zafarme, mas es imposible, entre las dos personas me tienen agarrada fuertemente.

Ahora sí estoy perdida, hasta aquí llegué, pienso con terror y me pongo a hacer lo único que se me ocurre: rezar con fuerza...

La oscuridad se cierne sobre mí, dentro de la bolsa no puedo ver nada, ni siquiera siluetas, solo puedo sentir el frío helado en mis manos, así que aguzo los oídos tratando identificar ruidos a mi alrededor. El motor de un auto se detiene junto a nosotros, la portezuela se abre y soy empujada dentro de él, mis captores entran junto conmigo, escucho murmullos y como se azota la puerta mientras el auto avanza a toda velocidad sobre la calle empedrada.

Trato de identificar hacia donde doblamos, pero es imposible, puede ser cualquier dirección.

Después de un rato, que me parece casi una eternidad, el automóvil se detiene. Alerto mis sentidos, escucho como el conductor y el copiloto bajan azotando las puertas, de inmediato siento como quien va a mi lado me empuja hacia afuera, bajo tambaleando sobre mis tacones, nadie dice palabra alguna, me arrastran por la banqueta. Es difícil caminar, el piso adoquinado e ir a ciegas dificultan los pasos, más eso les importa un comino a mis secuestradores.

— ¡Por favor, no me hagan nada, ni mi familia ni yo tenemos dinero! —ruego lastimeramente tratando inútilmente de conseguir que me suelten—
¡Se los suplico, déjenme ir, por favor! —Insisto entre lágrimas.

Mis palabras caen al vacío, nadie contesta, me empujan con más ímpetu mientras uno de ellos emite un leve *shhhhh* para que deje de hablar. El miedo tiene acalambradas mis extremidades, estoy entumida de pies a cabeza, quiero salir corriendo, zafarme de mis captores, pero no puedo, me tienen bien agarrada. De repente nos detenemos, escucho como tocan una puerta, por el sonido que emiten los nudillos sobre ella deduzco que es metálica; desde el interior alguien la abre haciendo un ruido estridente como el de un lamento, claramente la bisagras necesitan ser aceitadas lo que me hace pensar que el edificio es antiguo, como todos los del centro de la ciudad. Con firmeza soy conducida al interior, un fuerte olor a humedad y algo más que no logro identificar inunda mis fosas nasales.

¿Dónde estoy, Dios mío? ¿A dónde me trajeron? ¿Qué harán conmigo?

Lentamente avanzamos, logro extender mis brazos y me topo con pared a ambos costados, creo me llevan por un pasillo. Escucho unas risitas, nada más, parece que he escuchado antes una de ellas, pero mi cerebro adormecido por el miedo no logra identificar de quien es la risa. Nos detenemos de nuevo y otra puerta se abre...

— ¡Sorpresa! —gritan un coro de voces claramente femeninas.

¿Sorpresa? ¿Qué diablos...?

Unas manos quitan la bolsa de tela que tengo en la cabeza, la luz del recinto me ciega por un momento. Poco a poco mis ojos se acostumbran de nuevo a ver con claridad y empiezo a identificar rostros conocidos.

— ¡¿Qué carajos pasa aquí?! —grito enardecida sin dar crédito a lo que veo, todas mis amigas están aquí, en lo que parece ser un bar abandonado.

— ¡Feliz despedida de soltera! —Me dice la persona junto a mí y me giro

encolerizada hacia ella.

¡Es Britany! Mi mejor amiga, Britany... ahora comprendo. Poco a poco el miedo abandona mi sistema dando paso a una rabia inconmensurable. *¿Una broma? ¿Todo esto fue una broma?* Habrase visto semejante estupidez, no puedo creer que hiciera esto. Sé que tiene un muy ácido sentido del humor, pero secuestrarme para traerme a una fiesta sorpresa, ya es demasiado, se pasó de la raya.

— Ni que feliz ni que nada, ahora si te pasaste, Britany —escupo las palabras con rabia— me pudiste matar de un infarto, ¿Qué no piensas?

— Te dije que se iba a poner como leona—interviene Sally quien está a mi otro costado, ella fue mi otra “secuestradora”— Ya viste que no le pareció nada divertido como dijiste.

— ¿Divertido? —gritó levantando las manos— ¿Cómo puede ser divertido ser secuestrada? ¿A caso te volviste loca, Britany?

—Ay, ya cálmate, ni que fuera para tanto —contesta con desenfado—, quise hacer súper especial la despedida de tu soltería, no todos los días se casa mi mejor amiga —agrega con voz melosa tratando así de apaciguarme.

—¡Ah, no, no vas a convencerme! —grito histérica— Estoy muy molesta, si querías hacer algo especial hubieras planeado algún viaje, pero no secuestrarme, eso es demencial.

Britany se mira las manos entrelazadas frente a ella mientras todas las demás se miran unas a otras sin saber que decir, al parecer no tenían ni idea de lo del secuestro, ellas tan solo habían llegado a mi fiesta sorpresa de despedida sin saber ni una palabra del método que está loca emplearía para traerme hasta aquí.

—Ya, tranquila, Alicia. — Me dice Sally tratando de calmarme— Lo del secuestro fue de último minuto, no era el plan original.

—Así es, no queríamos hacerlo así, pero esta fue la única forma que se me ocurrió para traerte hasta aquí —agrega con voz de niña regañada Brit— ¿Me perdonas?

—Sí, nos perdonas —insiste Sally y las dos hacen un puchero digno de una pequeña de dos años.

Las miro estupefactas, ahora sí se pasaron, no puedo creer me hayan metido un susto de esta categoría. Aunque debo reconocer que el detalle de la fiesta es fenomenal, están aquí todas mis amigas más queridas y el lugar se ve increíble. Efectivamente es un bar abandonado, pero arreglado con muchísimas luces como las de navidad, mesitas tipo lounge, atrás se ve una

barra de bocadillos y una mesa de DJ. Todo está decorado en un estilo *vintage* femenino que me encanta. Sin embargo sigo muy enojada, morí de miedo todo el tiempo que duró el trayecto hasta aquí, no debieron ser más de 20 minutos pero para mí fue un siglo donde me imaginé terminando en los peores escenarios posibles.

—No lo sé, estoy muy molesta, la verdad —les contesto con voz seria— me asusté muchísimo, ya me hacía apareciendo mañana en el diario de nota roja de la ciudad.

—Sí, tienes razón, cuando lo planeamos no pensamos en ese detalle —susurra Britany claramente arrepentida.

—¿Y qué pensabas? ¿Qué me sentiría feliz y agradecida de ser secuestrada?—mascullo entre dientes en marcada ironía.

—*Ok*, tienes la boca llena de razón —tercia Sally— pero, ¿podrías olvidarlo por un rato? Disfruta tu fiesta y ya mañana piensas cómo castigar a estas amigas locas que tienes.

—Exacto —agrega Ely, quien era mi tercera “captora”, pero hasta ahorita se había mantenido en silencio con la cabeza gacha por la pena de la pésima broma—, juro que te recompensaremos por esto, haremos lo que tú quieras, te ayudaremos con lo que sea de la boda, pero ya sonrío y festejemos.

— ¿Por favor? —dicen las tres a coro mientras miran hacia las demás invitadas que siguen sin tener la menor idea de que está pasando.

Las observo con seriedad sopesando la situación. Si bien es cierto que estoy más allá de un simple enojo, lo cual no es para menos, también debo reconocer que se esforzaron en hacerme esta fiesta, no tiene caso echarla a perder, ya encontraré el modo de hacerles pagar esta bromita de pésimo gusto... y tengo una idea de cómo cobrármela. Ninguna ha querido acompañarme a buscar mi vestido de novia porque dicen que soy una fastidiosa que nada me gusta, preferirían caer en las fauces del infierno antes de recorrer conmigo todas las boutiques de novia, pues ahí directito caerán, a las fauces del infierno, ahora no podrán negarse a ir conmigo a buscar mi vestido, así tengamos que recorrer todas las boutiques de la ciudad y de ser posible del mundo. Hasta ahorita he entendido su negativa porque de verdad reconozco que soy muy quisquillosa y no es nada fácil lidiar con mis gustos exigentes, sin embargo ahora se merecen pasar por esa y otras agonías que se me irán ocurriendo sobre la marcha, aún me faltan varios detalles de la boda, sí, soy casi como una *noviazzila*: exigente, caprichosa y perfeccionista, ahora se merecen aguantarme, se los había evitado, pero se lo ganaron a pulso.

—Está bien —digo al fin terminando así con su incertidumbre—, a disfrutar, que esto es una fiesta, pero mañana les diré cuál es su castigo y recuerden que no pueden negarse a nada —agrego con una sonrisa triunfal, ya se me ocurrirá qué más hacer para cobrarme esta.

Las tres aplauden emocionadas y me abrazan arrastrándome hasta el centro del salón donde las demás invitadas nos esperan.

— ¿Qué pasa con esa música? —grita eufórica Britany.

—Sí, DJ, pon algo para entrar en ambiente, esto es una fiesta, no un velorio —agrega Sally.

— ¡Hoy le dices adiós a tu soltería, Alicia! —grita Ely a voz en cuello.

— ¡Bye bye soltería! —corean las demás.

El inoportuno rayito de sol se ha colado por una diminuta rasgadura que hay en la cortina de mi ventana atravesando desafiante la oscuridad en la recamara, he tratado de ignorarlo girándome, tapándome la cara, más los esfuerzos han sido inútiles, al final ha logrado atravesar mis parpados regresándome al mundo de los vivos. Molesta me desprendo de las cobijas, me levanto de un brinco de la cama, a paso tambaleante llego hasta el baño, enciendo la luz y por un momento quedo ciega por el resplandor blanquecino que despide el foco. Me echo un poco de agua fría en el rostro para despejarme, la imagen del espejo es devastadora, soy un completo desastre. El cansancio acumulado de la semana sumado a la desvelada de anoche y al champagne en cantidades industriales que nos hemos bebido me han dejado echa un guiñapo.

Algo tienes que hacer para resucitar, Alicia, pienso mientras me miro en el espejo observando con detenimiento los gigantescos círculos oscuros que tengo debajo de los ojos. Necesito con urgencia un té chai, pero antes un baño, eso me hará volver del país de los *zombies*. Abro la llave caliente de la regadera y dejo que el vapor haga su trabajo, una vez que el baño está lo suficientemente caliente ahora sí me despojo de la ropa. El agua casi hirviendo es una caricia que enrojece mi piel, termino de bañarme y disfruto un poco más del chorro de la regadera, antes de salirme poco a poco abro el agua fría y voy cerrando la caliente hasta que el agua se vuelve helada, lo que me hace temblar de pies a cabeza, despertando cada terminación nerviosa de mi piel. Caliente y fría, ese es el secreto para revitalizarte después de una

noche de parranda. Enrollo una toalla en la cabeza y cubro por completo mi cuerpo para calentarme. Me seco con rapidez, me pongo un albornoz de franela para ir directo a la cocina a prepararme un rico té chai.

Una vez puesta la tetera en la estufa, me asomo a la ventana de mi departamento, el sol brilla en su esplendor, miro el reloj de pared que está colgado en la entrada de la cocina, son las 3 de la tarde, como pasa el tiempo y yo que creía que me había levantado temprano, según mis ojitos no había dormido casi nada. Un chillido anuncia que el agua está lista, en una taza pongo el contenido de un sobre de té y la lleno de agua mientras la revuelvo bien para hacer espumita. Me voy a la sala a disfrutarla en mi sillón favorito, tomo uno de los manuscritos que me traje ayer de la oficina, tengo que empezar a trabajar para aprovechar el fin de semana. Leo unas cuantas líneas, las cuales tengo que releer una y otra vez, no entiendo nada, mi cerebro sigue embotado, no creo que pueda concentrarme en nada el día de hoy, ni tampoco podré dormir de nuevo, tengo que pensar cómo aprovechar el tiempo, nunca he sabido estar sin hacer nada.

Me levanto del sofá y doy vuelta como leona en la sala buscando ocupación, tomo una revista de la mesita junto al asiento, la ojeo sin ganas cuando un anuncio de una marca de vestidos de novia me prende el foco, eso es, empezaré hoy mismo el castigo de mis captoras, ya que no puedo trabajar me dedicaré a recorrer boutiques acompañada de mis “acomodadas” ayudantes. Camino a la recámara para buscar el celular y anunciarles su sentencia, cuando escucho que éste suena, no es la melodía normal de llamada, sino la especial para cuando llama Matías, así que casi vuelo para contestar, desde el jueves que se fue no hemos hablado.

—Hola, amor —digo agitada por la carrera, contesté casi en el último timbrazo.

—Hola, ¿Cómo estás?

—Crudita, pero bien, mi amor —respondo entre risas.

—¿Y eso? ¿Saliste anoche? —pregunta en tono raro, pero no de enojo, sino como por compromiso.

—Un rato, amor, mis amigas me hicieron una despedida de soltera sorpresa, toda una locura, fue en un viejo bar del centro, con DJ y toda la cosa, lo arreglaron muy bonito, pero lo más desquiciado...

—¡Alicia, cállate un segundo! —Interrumpe de golpe mi detallado relato.

Sus palabras y tono de voz me dejan helada, acaba de mandarme a callar, estoy estupefacta, Matías siempre ha sido un amor conmigo, nunca me ha

alzado la voz y mucho menos interrumpido abruptamente cuando le cuento algo, siempre me escucha con atención. Me he quedado muda de la impresión.

—Déjame hablar —agrega tratando de suavizar el tono, pero hay un dejo de irritabilidad en su voz—, necesito decirte algo y tú no dejas de parlotear sobre la dichosa fiestecita esa.

Atónita me siento en la cama, no puedo creer que al otro lado de la línea sea Matías... mi prometido, *jamás de los jamases* se había dirigido a mí de esa manera, él es toda dulzura y cariño conmigo, es el novio más amoroso sobre la faz de la Tierra. Me quedo en silencio esperando que hable, no puedo emitir sonido, estoy demasiado impresionada. Él también está callado, escucho su respiración. Mi mente empieza a divagar ansiosa esperando que diga algo, nada, y entonces me doy cuenta que desde que conteste el teléfono ha sido muy frío, no ha dicho ni una sola palabra de cariño como siempre lo hace, es más me llamó por mi nombre cuando nunca lo hace, él siempre dice “cielito” o “vidita”. Aquí hay gato encerrado, algo no va nada bien y su insistente mutismo lo comprueba.

—¿Entonces? —pregunto en tono arisco— ¿Qué quieres decir? pides que me calle para hablar y te quedas mudo.

Un carraspeo responde y más silencio.

Me irrito aún más. *¿Qué diablos le pasa?* Mi imaginación vuela a una velocidad vertiginosa, muchos escenarios pasan por mi mente, pero uno se instala en el sistema: ¿Será que ya no me ama? ¿Será que quiera cancelar el compromiso?... Sacudo la cabeza en señal de negación, Matías me ama, su actitud en este momento es de lo más bizarra, pero seguro se molestó por algo o tiene algún problema que no sabe cómo contarme. Suspiro fuertemente en el teléfono para serenarme.

— ¿Todo bien? ¿Pasa algo? ¿Tienes algún problema? —pregunto tratando de sondear.

—Sí, hay un problema —contesta en automático— y muy grave...

—Amor, estamos a tres semanas de casarnos, podemos solucionar cualquier cosa juntos —le interrumpo con dulzura para darle confianza.

De nuevo se queda callado. Casi puedo escuchar como los engranes de su cerebro se debaten en si contarme o no.

— ¿Es algo de tu trabajo? ¿Monetario? ¡Por Dios, Matías, háblame, soy tu prometida puedes contarme lo que sea!

Escucho como suelta fuertemente el aire.

—No, no es de trabajo, es otra cosa, pero...

¡Matías, apúrate! ¡Te estoy esperando!

Escucho a través del teléfono, es una voz femenina que le grita.

— ¿Quién te habla? —pregunto en un tono un poco celoso— ¿Quién es esa mujer, Matías?

—Nadie, no es nadie...

— ¿Nadie? ¿Y porque “nadie” te grita con tanta confianza? —pregunto más que irritada.

—No es nadie importante, es... —le tiembla la voz— es una compañera de trabajo, se nos hace tarde para la siguiente conferencia.

Esto suena a cuento chino, a un invento sacado de la manga, no sé porque no me la creo. Desde que me hablo ha estado muy raro, no parece él, y encima esa mujer que le habla con tanta familiaridad, la cual primero no era nadie y luego resulta que es una compañera de trabajo. Esto no me lo trago, todo huele muy mal.

—No te creo nada —le digo con seriedad— mejor dime qué era eso tan importante que querías decirme.

—Tengo que colgar —contesta apurado— luego hablamos...

— ¡Ah, no! A mí no me dejas así, ahora dices que me querías decir y de paso dices de verdad quién es esa mujer porque no te creo que sea una compañera de trabajo, ahora resulta, ¿no?

— ¡Qué problemática eres, Alicia! —grita nervioso— te dije que no es nadie... una compañera de trabajo y ya. De lo otro luego hablamos, no es nada importante, me tengo que ir...

—¿Problemática yo? ¡Ay, por favor! —ahora sí que ya ni la friega— Tú fuiste quien hablo y te has portado conmigo como nunca lo habías hecho, me dices que tienes algo importantísimo que decirme, hasta me callaste para hablar y ahora no dices nada y tienes que irte, ¿Crees que soy problemática por mi reacción? ¿Pues como esperabas que me comportara? ¿Feliz? ¿Qué te hiciera fiesta por ser un grosero conmigo?

Casi me quedo sin aire al responderle, más que molesta estoy desorientada, no sé qué pensar y él no me ayuda, cada que abre la boca es para crearme más y más duda. ¿Qué diablos le pasará?

Lo escucho suspirar.

—Tengo que colgar, se me hace tarde —susurra en un tono más sosegado—, pero tranquila, no pasa nada, disculpa si me alteré, estoy estresado por la ponencia que tengo que dar hoy, esta chica que me hablo

estaré conmigo en el *pódium*, es una compañera de la empresa de la sucursal de Monterrey, trabajamos mucho para la presentación y por eso me está apurando, pero nada más, no pienses mal.

Su discurso suena algo convincente, sin embargo no le creo del todo, desde que llamó estaba muy raro, algo no va bien, lo sé, mas es inútil insistir, no va a decir nada más. Tendré que esperar que vuelva para hablar con él.

—*Ok*, está bien. Ya me dirás cuando vuelvas que era eso tan importante que querías decirme.

—No era nada, tranquila. Nos vemos el lunes, cuídate —dice y cuelga la llamada.

Me quedo mirando la pantalla del teléfono, aún sin poder creer que esa extraña conversación haya ocurrido. Repito una y otra vez en mi mente cada palabra que dijo, analizando con detenimiento el matiz en su tono de voz, tratando de encontrar alguna señal que me haga entender porque se comportó así. Desde que llamó estaba extraño, como si no fuera él, primero sonó irritado, estaba como molesto, quería decirme algo que nunca dijo y que deduzco no era agradable por su urgencia en soltarlo. Después que se escuchó la voz de la mujer esa se puso nervioso, las palabras salieron de su boca a tropezones, como si estuviera inventando. Y para el final de la conversación parecía ansioso, queriendo deshacerse pronto de mí, a la vez tratando inútilmente de tranquilizarme. Todo está muy extraño, su versión final de la mujer que le gritó fue más creíble, pero aun así sonó a cuento, había un dejo de mentira en su voz.

Caigo hacia atrás en la cama tapándome la cara con las manos, empiezo a girar los engranes de mi memoria buscando alguna señal que no haya visto del porque Matías esta con esa actitud, pero no encuentro nada, su comportamiento hasta el jueves que nos vimos por última vez fue el de siempre. Ese día por la mañana nos vimos temprano para desayunar y era el mismo novio cariñoso del cual me enamoré. Acordamos varios detalles de la boda, me regañó dulcemente por no tener mi vestido listo a tan poco tiempo de la gran fecha, pero nada más. Después del desayuno me paso a dejar a la oficina y dio millones de besos asegurándome que iba a extrañarme horrores todo el fin de semana. Lo único fuera de lugar ocurrido después de eso fue que no me llamó al llegar a la ciudad de México, tan sólo mando un escueto mensaje avisándome que llegó bien, pero no le di importancia porque supuse que tendría mucho trabajo, además de que también yo estaba muy liada en la oficina. No, no hallo motivo alguno para su actitud.

¿Qué pasará, Dios mío? ¿Qué le pasará a Matías? ¿Me estará engañado? La sola idea me da escalofríos y provoca que las lágrimas salgan sin control de mis ojos, no, no puede estar engañándome, no lo soportaría, él sabe muy bien no le perdonaría jamás una infidelidad. *No, Matías no sería capaz*, repito una y otra vez, seguro es solo estrés del trabajo, sí, eso es, tiene mucha presión con lo de la dichosa conferencia, digo para convencerme repitiendo sus palabras.

Matías me ama... expreso en voz alta. Me ama mucho y seguro sólo está nervioso por la boda y por todo las cuestiones de trabajo que trae encima, hace unos seis meses lo ascendieron de puesto y ha tenido que viajar continuamente a la ciudad de México por cuestiones de trabajo, encima ahora su jefe lo tiene dando conferencias por toda la República, en tan sólo los últimos dos meses ha tenido que viajar a varias ciudades del país a dar su ponencia.

Logro convencerme de que esa llamada no significó nada y hasta olvido por completo el grito de la mujer esa, en pocas semanas me caso con el hombre que amo y es lo único que debe importarme. Me seco los lagrimones que se me habían escurrido, tengo cosas más importantes que hacer que alucinar barato, como por ejemplo encontrar mi vestido de novia, eso sí que es urgente y necesario.

Me levanto de la cama para arreglarme, ponerme guapa hará que mi humor mejore, les mando un mensajito a mis locas “secuestradoras” y las cito para vernos en nuestro café favorito, no les aclaro para qué, tan solo les digo que ahí les daré mi castigo por la bromita de mal gusto. Me visto cómodamente con unos *jeans* ajustados color gris, una blusita camisera blanca de manga larga con un suéter color verde olivo encima y ajusto al cuello una mascada rosa. Me maquillo suavemente y agarro una sencilla cola en el pelo dejando salir algunos mechones cobrizos sobre mi cara que lucen muy casuales. La imagen del espejo reflejada me gusta, siempre he sido vanidosa, soy guapa, gusto de arreglarme para resaltar mis atributos y el suéter que elegí combina a la perfección con el verde de mis ojos, además que hace que mi piel blanca no luzca tan pálida.

Tomo bolso y llaves para salir de mi apartamento, la anticipación de reunirme con las “captoras” y dictarles mi sentencia me tienen tan divertida que he olvidado por completo el episodio bizarro con Matías, pero justo cuando abro la puerta de mi casa suena el celular, es un mensaje precisamente de él:

Perdóname, por favor, perdóname por todo, no te merezco, tenemos que hablar, te busco cuando regrese.

Me quedo de una sola pieza, estática y fría. Miro de nuevo la pantalla brillante del celular y leo el mensaje de Matías por enésima vez. Hay tanta frialdad en sus palabras que se vuelven como un rayo que parte en dos mi felicidad. En mi interior algo se rompe, algo me dice que ya nada puede ir bien, las palabras que escribió son una cortina de humo que esconde lo peor, entre líneas puedo leer lo indeseable, la tragedia implícita detrás. La sonrisa de mi rostro ha desaparecido por completo, cierro de nuevo la puerta y regreso a mi recámara, ya no tengo ganas de ir a ningún lado, es más, ya no tengo ganas de nada. Algo va mal, muy mal. Lo sé, lo palpo en ese mensaje. Algo terriblemente mal entre nosotros. Ya no estoy tan convencida de que me ame. Ya no sé si me es fiel. Las dudas me agobian. ¿Habrá boda? ¿Nos casaremos?

Sacudo la cabeza para desentumirme, claro que habrá boda, ¿Cómo puedo pensar que no?, estoy siendo un poco exagerada, mis pensamientos están siendo demasiado dramáticos, mi fructífera imaginación esta alucinando, nadie echará por la borda tanto tiempo de relación, cinco años juntos se dice fácil, pero no lo es, hemos vivido demasiadas cosas juntos, hemos pasado *la Seca y la Meca*, altas y bajas, nos hemos peleado más siempre nos reconciamos. No, no creo, es casi imposible que quiera romper el compromiso y que no me ame, eso ya fue muy trágico de mi parte. Pero eso sí, algo va mal... algo va muy mal. Demasiado mal.

CAPÍTULO II

—No puedo creer que me convencieran de venir.

—Ah, no mamacita, ya me habías despertado y eso tiene precio —me responde Britany en tono bastante irritado.

—Lo mismo digo yo —agrega Sally—, no puedes andar despertando a la gente para luego cancelar la salida por un berrinchito.

—Más si es a deshoras del día, Alicia —remata Ely.

Las observo con una sonrisa burlona en los labios, a esta tercia no la mato ni con flor imperial, ha sido así desde que nos conocimos en la preparatoria, las cuatro hemos sido inseparables, siempre unidas apoyándonos en todo, si una se pone *rejega* las otras tres hacen equipo y nada ni nadie puede contra ellas; no me queda más que resignarme, no hay argumento válido para hacerlas entender mis razones para no venir a medirme vestidos de novia, por más que crea que la boda sigue su curso, que la actitud bizarra de Matías solo es porque la altura de la ciudad de México le afecta demasiado, aun así no quiero ver nada de la boda, no hasta dialogar con él.

—Ni hablar, contra ustedes no hay quien pueda. Así que empecemos, que me traigan el primer vestido —digo en forma bastante teatral casi sin poder aguantarme la risa.

Ni rauda ni perezosa la encargada aparece con un vestido en la mano, tal pareciera que hubiera estado escuchando detrás de la puerta del gigante probador. Desde que veo la mole de tela —porque eso que trae en la mano no puede llamarse vestido— niego con la cabeza:

—Ni muerta me pruebo eso —enfático levantando un dedo para reafirmar mi posición.

—Señorita, es el de la última temporada del mejor diseñador de España —me aclara estupefacta la encargada.

—Por mí lo pudo diseñar el mismísimo rey de España, es horrible y me niego a sambutirme en él.

Buscando apoyo moral volteo a ver a mi querida tercia de amigas que se encuentran cómodamente sentadas en los mullidos sillones dorados estilo Luis XV, primorosamente acomodados en el probador, están divertidas por la cara de horror que de seguro traigo y por la indignación de la encargada.

—Iré por el siguiente vestido —masculla entre dientes la refinada mujer.

Dicho esto sale por la puerta dando un dramático giro mientras niega con la cabeza incrédula, de seguro no puede creer que me haya parecido horrible el vestido, pero de verdad es espantoso, hecho de metros y metros de tela, la falda parece un empalagoso pastel de los que se devoraba María Antonieta, y las mangas —*¡Oh, por Dios, las mangas!*— bombachas, largas y ribeteadas, como si a un vestido de la edad media le hubieran colocado hombreras de futbolista americano, simplemente terrorífico.

La estiradita encargada, quien en un principio me pareció muy amable, pero que con el pasar de los vestidos se fue volviendo más y más agria, enseñó una docena de “moles de tela”, ninguna me gustó, pero me sentí obligada a probarme más de tres por pura pena que daba verla ir y venir con tanto adefesio al que ella insistía en llamar “exclusividades de diseñador”.

—Da gusto servirles de payasita de circo.

Les reclamo irónica a mis amigas que no paran de reír ya achispadas por las copas de champagne que nos sirvieron, costumbre copiada del país vecino del norte por las más finas *boutiques* de novias de la ciudad.

—Es que tu cara es un poema cada que te pruebas un adefesio de esos — responde entre risas Sally.

—Y la de la encargada al ver que no te gusta es aún más chistosa — agrega Britany mientras Ely se ahoga de la risa sin poder decir palabra.

—Menuda diversión la suya, como no son ustedes la que se están midiendo esas cosas.

—Nosotras no nos vamos a casar —contestan al unísono.

—Así que aguántese, mamacita —me rebate Ely.

—Eso sí me caso —les argumento entre dientes recordando la actitud extraña de Matías, quien, dicho sea de paso, no ha vuelto a reportarse en todo el día.

—Déjate de tonteras, claro que te vas a casar, ya te dijimos que ni al caso tus alucinaciones baratas, Matías de seguro anda estresado, pero nada más que eso. —Me regaña Brit.

—Claro, nena, tú tranquila que nosotras calmadas, Matías te adora — trata de tranquilizarme Sally.

—Lo sé, pero de que esta raro, esta raro, recuerden lo que les conté.

—Pues sí, mujer, pero no vas a echar por la borda tanto tiempo de relación y una boda en puerta porque el novio se puso extraño una vez, de seguro anda nerviosillo por tanto ajeteo, entre el trabajo y la boda estará hecho un lío —trata de razonar conmigo Ely.

Abro la boca para rebatir el punto, pero la cierro de nuevo, si bien es cierto que yo también tengo mucho trabajo y además estoy ansiosa por la boda, aunada toda la parafernalia implícita; también es cierto que las mujeres tenemos mejor manejo del estrés, además de que él tiene más presión por la nueva responsabilidad del puesto que tiene ahora. Sí, tienen razón este trío de locas, estoy alucinando y barato. Así que mejor sigo en lo mío con lo del vestido.

—Ok, sigamos con el desfile.

Ahora la encargada entra con un vestido aún más feo que los anteriores, creía que no sería posible, pero lo es, más que espantoso, completamente bordado y tan pequeño que de seguro no podía respirar con él puesto.

—Pero ese sí que no me lo pruebo.

—De acuerdo –gritan las tres en coro con cara de espanto.

La mujercita se regresa por donde entró con su exclusivo diseño en las manos y mascullando entre dientes cosas que no logramos entender, pero que de haberlas escuchado no nos habrían gustado. Aprovecho para ponerme de nuevo mi ropa y salir lo más rápido posible del vestidor antes de que aparezca de nuevo la señorita con otro “adefesio exclusivo”.

Guanajuato no es tan grande ni tiene suficientes tiendas de novia, recorrimos todas y cada una de ellas, me probé un sinfín de vestidos, pero no encontré el mío. No todos fueron horribles como los de la tienda “exclusiva” esa que fuimos primero, hubo algunos realmente muy bonitos, otros hermosos que se me veían muy bien, más ninguno me convenció, como explicarlo sin que suene demente... no hubo magia, así de sencillo, no hubo uno que me hiciera “ojitos”, que me hiciera brillar ante el espejo y sentir que era el indicado para caminar el pasillo del altar en mi gran día.

—Eres la novia más *quisquillosa* del planeta.

Gruñe Britany mientras se deja caer en el viejo sillón del fondo de un bistró a donde hemos venido a relajarnos un rato después de nuestro decepcionante recorrido *fashionista* de hoy. Unos capuchinos acompañados de los exquisitos postres que preparan, son la receta perfecta para endulzar la vida. Además el lugar nos encanta porque está escondido entre recovecos de los callejones de Guanajuato, aquí casi no llegan turistas por lo que es más privado y acogedor donde uno puedo platicar a gusto sin que haya demasiado

barullo.

—No es que sea quisquillosa —respondo haciendo un mohín—, simplemente no me convenció ninguno.

—¡Estás loca! ¡Me enamoré de dos o tres de ellos!— exclama Ely levantando los brazos.

—El último que te mediste se te veía increíble, creí que ese escogerías — agrega Sally.

Solo atino a encogerme de hombros y darle un sorbo a mi capuchino mientras jugueteo con el *strudell* de manzana que pedí. ¿Cómo se los explico?...

—Sí, sé que algunos eran lindos, que ese último se me veía realmente bien, pero ninguno era “el vestido”, ¿estamos?

Las tres me quedan mirando como esperando una explicación a mis palabras.

—No hubo “*click*”, ¿*ok*? —Les digo abriendo los ojos— No me vi caminando con ninguno al altar, por más bonitos que estuvieran... no hubo magia, ¿me explico?

—Te entiendo a la perfección — me dice Ely, quien es la más sensible de todas, a quien le gusta todo lo cabalístico y eso— ninguno tuvo la vibra correcta.

—Dicho de otro modo, sí.

—Están locas las dos, ¿verdad, Brit? —exclama Sally girando la cabeza, ella es la más práctica de las cuatro, para ella todo en esta vida tiene una solución objetiva.

—Esta vez no te apoyo, Sally

Exclama Britany. Si ella fuera un país, seguro sería Suiza, es la más neutral de todas, y a pesar de hacer locuras —como la del secuestro en mi despedida—, a la hora de mediar en una discusión o diferencias de opiniones siempre sabe cómo llegar a un acuerdo.

—Entiendo tu punto— agrega Brit—, pero hay algo que no tomaste en cuenta, por más lindos que viéramos los vestidos o lo increíble que alguno se le vio, eso no es todo...

— ¿Faltó la magia? —la interrumpe Sally en tono irónico.

— No sé si magia o qué, pero algo sí sé, es el día de su boda y ella debe sentirse la más hermosa, no sólo verse.

—Y ningún vestido la hizo sentir así —agrega Ely.

Sally se nos queda mirando con cara de “tienen razón, pues”.

—Ok, ustedes ganan... debe ser el vestido correcto, total se supone que una se casa solo una vez en la vida.

—Ay, no se supone, eso espero, porque no me veo organizando otra boda más en mi vida, esto de casarse es difícilísimo.

—*Difícilísimo*

Corean las tres mientras se atacan de la risa y me señalan, haciendo alusión de que la difícil soy yo. No me hacen mucha gracia, pero su risa es contagiosa, acabo estallando en carcajadas junto con ellas.

—Lo difícil no es la boda...

Interrumpe una voz de mujer proveniente de la mesa de junto a nosotras. Giramos la cabeza hacia ella y observamos cómo se levanta lentamente de su silla, recoge el libro que esta sobre la mesa —el cual supongo que no le dejamos leer, nuestras voces eran un poco altas mientras conversábamos— y se acerca a nosotras. Es una señora de edad avanzada, más de 70 años diría yo por las muchas arrugas que surcan su rostro y su cabello casi totalmente blanco que trae recogido en un chongo como los de las abuelitas. Emanan un aire de paz que no puedo describir, la sonrisa que juguetea en sus labios es la de alguien que sabe más de la cuenta.

—Lo difícil es el matrimonio —agrega dándome una palmadita en el hombro—, por eso lo más importante para casarse no es tener el vestido correcto, sino tener el novio correcto...

—Mi novio es el correcto —la interrumpo adustamente.

—¿Me quieres convencer a mí o te quieres convencer tú?

—No quiero convencer a nadie, solo aclaro el punto de que mi novio es el indicado —refuto fingiendo seguridad.

La sonrisa de la señora se hace aún más misteriosa a la vez que se encoge de hombros.

—Si tú lo dices, *mija*... recuerda: El vestido es para un día, el matrimonio para toda la vida.

Dicho esto me da una palmadita en el hombro y se da media vuelta alejándose de nosotras. Se hace un silencio momentáneo en la mesa que no dura mucho tiempo, las chicas no tardan en seguir con la conversación interrumpida, pero yo ya no escucho nada, mi mente es una vorágine de pensamientos. Las palabras de la señora me hicieron ver que todo el asunto del vestido es algo muy frívolo, eso queda en segundo plano después de la extraña conversación de hoy con Matías y el aún más extraño mensaje que me envió después —todavía no sé qué es lo que debo perdonarle—, en vez de

preocuparme por si el vestido es el indicado, debería estar averiguando si me voy a casar con el novio correcto.

Mi mente empieza a viajar lentamente al pasado, viendo como en una serie de imágenes nuestra relación desde que empezamos. Entre él y yo siempre ha habido armonía, creo que en todo este tiempo nos habremos peleado como 2 o 3 veces a lo sumo y nada de importancia, pequeñas rencillas o desacuerdos que Matías remedió siempre con flores. Ha sido prácticamente el novio perfecto: detallista, considerado, amable, romántico, cariñoso, respetuoso, fiel... y la lista sigue, nunca había tenido queja alguna de él, todo mundo lo adora: mis papás, mis abuelos, mis amigas. Nuestra relación ha sido muy linda y tranquila. No ha habido mucha pasión, pero sí estabilidad con armonía. Todo era casi perfecto... hasta hoy.

Cuando una duda—por más pequeña que esta sea—, se abre paso en nuestra mente no hay poder humano capaz de removerla de ahí, se instala e inmediatamente echa raíz extendiéndose como una hiedra venenosa que contamina todo nuestro sistema. No nos deja tranquilas ni un segundo, está ahí, siempre presente, haciéndonos darle vueltas una y otra vez a las cosas sin darnos tregua alguna. La única forma que podremos eliminarla para tener sosiego es aclararla, es conocer la verdad sin medias tintas, aunque duela.

¿Quién puede despejar mis dudas? ¡Sólo Matías! No puedo seguir haciendo especulaciones, dando le vueltas al asunto, analizando a conciencia cada palabra que dijo, el tono en que la dijo, la voz de la mujer... ¡No! Eso es una tortura, necesito aclarar que está pasando y necesito hacerlo ya, no puedo esperar más, se supone que regresa hasta el martes y de hoy a ese día me habré vuelto loca de la incertidumbre, como dije, la duda es veneno puro y para entonces habré muerto por dentro envenenada. No, no puedo esperar, es ahora, aún es temprano, tal vez alcance algún vuelo a México, sino pues en autobús y de último si tampoco hay boletos, tengo mi carro.

—Me voy a la ciudad de México ahorita —exclamo con vehemencia interrumpiendo de golpe la amena conversación de mis amigas, de la cual no he escuchado ni media palabra por estar perdida en mis pensamientos.

— ¿Qué? —gritan al unísono.

— ¿Te volviste loca?—la entonación de Ely es de pregunta, pero suena más a afirmación.

Britany y Sally se mantienen calladas, pero sé que piensan igual que Ely, creen que se me acaban de zafar todos los tornillos de la cabeza.

—No, Ely, no me volví loca —digo serena—, voy a hacer una locura,

pero es que no me puedo estar tranquila, necesito averiguar si me caso con el novio correcto...

—Ya salió el peine —exclama folclórica Sally —, fue por lo que dijo la señora, ¿verdad?

—Ay, Ali, no hagas caso, claro que tienes el novio correcto —me agarra la mano Ely para enfatizar sus palabras—, Matías es un lindo, te ha tratado siempre como una princesa, no tienes nada que temer.

—Hasta anoche no tenía nada que temer, si la señora me hubiera dicho esas palabras ayer estaría sonriendo de felicidad de pensar que me caso con el novio perfecto, pero después de la llamada de hoy y ese mensaje, ya no estoy tan segura...

—Cuando la duda aparece no hay paz hasta que se aclara —me interrumpe Britany con una de sus frases de psicóloga que siempre son tan atinadas.

—Exacto, necesito sacarme esta espinita una vez por todas para seguir con los preparativos o de plano empezar a enviar las tarjetas de disculpa por la cancelación.

Suelto el aire fuertemente al terminar, esto último me provoca escalofríos, espero de verdad no tener que cancelar nada.

—*Ningún cancelar ni ningún nada* —me regaña Ely—, tú tranquila, todo estará bien.

—Así es —afirma Sally— y aunque creo que estás loca, te apoyaremos en esto, ¿verdad, chicas?

—¡Claro!

Confirman Britany y Ely, en ese momento levanto la mano para llamar la atención del camarero y pedir nuestra cuenta. Necesitamos salir cuanto antes de ahí, son las seis de la tarde y antes de correr al aeropuerto debo pasar a mi departamento por algunas cosas que necesitaré llevar.

Mientras vamos camino de mi casa, Ely se pone a buscar en las páginas de las principales líneas aéreas para checar horarios y disponibilidades.

—Ni te fijas en el precio, Ely —le digo mientras doy vuelta a la izquierda en una de las pocas calles transitables de esta hermosa, pero tan complicada ciudad—, daré *tarjetazo*.

—¿Segura? Hay unos precios que se vuelan la barda y...

—Segura, no importa si es muy caro, ya luego me las arreglo con la tarjeta de crédito, creo que mi tranquilidad no tiene precio.

Ely se encoge de hombros y sigue buscando.

—Hay uno que tiene disponible, sale a las 8:45 de la noche, ¿nos dará tiempo?

—Creo que sí, el aeropuerto de Silao esta como a 15 minutos —aclara Britany.

—Y si le pisas un poco más el acelerador hasta en 10 —agrega Sally.

—Perfecto, tenemos tiempo.

Digo entusiasmada mientras me estaciono frente a la calle donde está el dúplex donde vivo, en esta ciudad, si vives en el centro, casi nunca puedes darte el lujo de estacionarte directo frente a tu casa ya que la mayoría de las calles son cerradas —además de empinadas y empedradas—, son pocas en las que puedes circular, pero bien vale la pena el sacrificio de caminar, son cerradas realmente hermosas y la tranquilidad que aquí se tiene no la hayas en ningún otro lugar. ¿Punto extra? La vista desde los balcones es espectacular.

—Espérenme aquí chicas, no tardo, solo meto lo esencial en una maleta y nos vamos.

Subo casi corriendo por la empedrada callejuela, mi casa está del lado izquierdo, es un dúplex muy pintoresco. Escucho unos pasos bajar rápidamente, un escalofrió me recorre, aquí es muy tranquilo, pero es que estoy tan acelerada por esta locura que mis nervios están a flor de piel. No diviso aun a la persona, la calle hace una especie de curva bastante pronunciada antes de llegar a mi casa, giro y casi me desmayo con lo que veo.

¡Es Matías! ¡Matías está aquí!

Aprovecho que él aun no me ha visto para enviarles un mensaje de *whatsapp* a mis amigas:

“Misión Abortada. Matías está aquí”

Sé que esas palabras son suficientes para ellas, saben que eso implica retirada, lo bueno es que dejé las llaves pegadas en mi carro, ya mañana pasarán por mí.

Camino rápido para llegar hasta él, estoy tan cerca de saber la verdad que mi cuerpo ha empezado a temblar de ansiedad.

— ¡Matías! —le hablo para llamar su atención.

—Ali, estaba por llamarte porque no te encontré en casa —su tono es

acelerado y nervioso como si lo hubiera atrapado en algo, tembloroso se guarda el celular en el bolsillo.

— ¿Qué haces aquí?

— Me urge hablar contigo...

— ¿Y tu ponencia? —le interrumpo adusta.

— Nunca existió tal ponencia —agacha la cabeza al terminar de hablar.

— Me mentiste

— Sí

— ¿Por qué? ¿Qué escondes? —cuestiono casi gritando.

No me responde nada, se queda en silencio mirando hacia sus pies mientras cambia su peso de uno a otro. Está evitando el contacto visual directo conmigo, algo muy grave oculta si no me mira a los ojos.

— ¿Quién era la mujer que te gritó?

Mi pregunta lo tomó desprevenido, levantó la vista asustado, como si yo lo hubiera descubierto en algo, pero aun así no dice nada, solo me mira unos segundos y de nuevo desvía la mirada. Siento que veo la luz al final del túnel, hay silencios que dicen más que mil palabras, pero quiero confirmarlo de sus labios, necesito escucharlo.

— ¡Contéstame, carajo! —grito con molestia — Dime quién es esa furcia...

— No es ninguna furcia —la defiende con energía y en su rostro se le ve la molestia por mis palabras—, ella no es eso, ella es...

— ¿Quién es, entonces? ¿Una “amiguita”? ¿Tu amante? ¿O qué? —respiro profusamente— Si tú no me aclaras yo saco mis propias conclusiones.

— Es que no entiendes, ella no es nada de eso, ella es... —hace una pausa mientras se lleva las manos a la cabeza.

— ¿Ella es qué, Matías? —pregunto desesperada, esta situación me está sobrepasando—, quieres que entienda, que la trate de mujercita “decente”, pero no dices nada, te quedas callado sin decir lo que los dos sabemos: Esa tipa es tu amante, me engañaste con ella, es una...

— ¡Es mi esposa! —interrumpe gritando.

Retrocedo un paso atrás incrédula mientras todo el piso se abre lentamente bajo mis pies, el impacto de sus palabras es una bala caliente que atraviesa el pecho. ¿Esposa? ¿Dijo Esposa? ¡Eso es imposible! ¡Él se va a casar conmigo en quince días! ¿Cómo puede estar casado con alguien más? Estoy en *shock*, mi cerebro no alcanza a procesar lo que acaba de salir de sus labios... ¿Esposa? ¿Cómo puede ser posible que tenga una esposa y yo no lo

supiera? ¿O soy muy tonta o él es muy buen mentiroso? ¡Quiero gritar! Las lágrimas se me agolpan en los ojos amenazando con salir, pero no se los permito, necesito estar serena para descubrir todo, merezco saber toda la verdad sin medias tintas, no me importa que duela, total mi pobre corazón acaba de explotar en millones de partículas, no creo que pueda romperse en más.

— ¿Tu que...? —la palabra se me atora en la garganta ahogada por las lágrimas contenidas.

— Mi esposa —repite con la mirada clavada en sus pies sin atreverse a levantarla hacia mí—, me case con ella ayer... está esperando un hijo mío.

CAPÍTULO III

El mundo se ha detenido por completo.

¿Ayer? ¿Se casó ayer? ¿Cómo diablos es eso posible? ¿Una boda puede planearse de un día para otro? ¡Imposible! ¡Oh, cielo santo! No logro asimilar la noticia, por mi cabeza pasaron un sinfín de razones de su actitud para conmigo, pero está no, nunca, ni por una vez pensé en una boda intempestiva con otra mujer. Es tan irreal que no puedo digerirlo. No puedo creerlo. Hace una semana veíamos planes para “nuestra” boda y hoy me dice que se casó con otra, ¿a qué estaba jugando?

—¿Ayer? ¿Te casaste ayer?

—Sí —contesta inaudiblemente sin despegar la vista del suelo.

Un dolor agudo se ha instalado en el pecho, las lágrimas se me atorán en los ojos, pero no dejo que salga ni una, no delante de él, no me verá llorar...

¡Ay, que quiero matarlo! Tengo destrozado de tristeza el corazón, pero también tengo mucho coraje, una rabia incontenible invade lentamente mi sistema, este cabrón lleva engañándome muchos meses, sino es que años.

— ¿Cómo es eso posible? —grito desesperada— De un día para otro decidiste casarte con otra, ¿Cómo es eso posible?

—Alicia, yo...

—¿Tú qué? —le interrumpo alzando la voz— ¿Me engañaste? ¡Eso está clarísimo!, la pregunta es: ¿desde cuándo?

Matías levanta la vista de golpe y me mira desorientado, sin saber que decir, abre la boca varias veces, la cierra de nuevo sin emitir sonido.

—Sí, Matías, ¿desde cuándo? —repito iracunda— una pregunta sencilla, ¿desde cuándo me engañas? ¿Desde cuándo sabes que tu amante está embarazada? ¿Desde cuándo planeaste la boda con ella?

—No sé—titubea mirándose los dedos.

—No te creo —escupo entre dientes—claro que lo sabes, así que dime de una vez, quiero saberlo: ¿desde cuándo soy tu burla? Porque tu pendeja está claro que desde hace mucho, no creo que te cases con alguien que conociste hace un mes, seguro llevas tiempo pintándome el cuerno, pero ahora eso es lo de menos, ya no importa, sólo quiero saber ¿desde cuando llevas planeando tu boda con ella?

Sé que es muy masoquista de mi parte, pero una parte de mi necesita saberlo. No sabría explicarlo, sólo necesito escuchar de sus labios que se

lleva burlando de mí mucho tiempo.

—Hace un mes—murmura al fin entre dientes.

Su respuesta me cae como un balde de agua fría. ¿Un mes? En ese entonces pagamos la luna de miel en la agencia, también en ese momento dimos el anticipo de la música y el último pago del salón. ¿Cómo pudo permitir que siguiéramos con nuestros planes si pensaba casarse con otra? ¿Qué clase de patán es? ¡Oh, Dios! No conozco a este hombre que tengo frente a mí, es otro por completo, que ciega estuve.

—¿Por qué no me dijiste? ¿Cómo pudiste permitir que siguiera con la boda? ¡Por Dios me ayudaste con los preparativos y todo! ¡Carajo! ¿Por qué? —las lágrimas quiebran mi voz más no les permito salir— ¿Qué pretendías? ¿Decírmelo en el altar? ¿O casarte conmigo y convertirte en bigamo? No logro entender que pudo motivarte para tanta canallada.

—¡No sabía que hacer! —grita exasperado— no podía decidirme entre ella y tú.

¿Escuche bien? Ahora sí me he quedado estupefacta...

—¡Oh, Dios santo! —levanto las manos al cielo— ¡El señor no sabía por cual novia decidirse y por eso planeo dos bodas!—giro la cabeza en negación, demasiada petulancia para mí.

—No es tan grotesco como lo pintas...

—Tienes razón —lo interrumpo— ¡Es peor! ¡Estas enfermo! ¡Eres despreciable!

— ¡No! Alicia, no puedes pensar eso de mí, no soy nada de eso, sólo me puedes acusar de indecisión, pero no soy ningún enfermo despreciable.

—¿No lo eres? ¿Pensaste acaso en las consecuencias de todo esto? ¿En el dolor que provocarías a “la que no eligieras”? ¡Eres un jodido egoísta sin sentimientos!

—¡Claro que no! —suspira fuertemente— Alicia, Te amo... pero también la amo a ella, simplemente no sabía qué hacer, no quería perder a ninguna, aunque sabía que debía decidirme por una.

—¿Amor?

—Sí, amor, yo las amo, te amo...

Hace un intento de acercarse a mí, pero lo empujo fuertemente mientras el gesto de desprecio en mi rostro lo dice todo. ¿Quién es este hombre? ¿Con quién diablos estuve a punto de casarme?

—Eso no es amor. ¿Qué pretendías, Matías? ¿La bigamia paso por tu cabeza?

—No, tampoco, como crees... me era difícil elegir. No sabía cómo detener una de las dos bodas, era más sencillo fingir.

—Y la elegiste a ella.

Matías agacha la cabeza, no se atreve a mirarme. En estos momentos le agradezco que la haya elegido a ella, de verdad, el favor que me hizo al librarme de él fue enorme.

—Fue por el bebé, eso me hizo decidirme por ella —suspira—, te dije tantas veces que tuviéramos un hijo, si tú hubieras quedado embarazada...

Lo observo como si una segunda cabeza le hubiera salido sobre los hombros. Como es posible que se atreva siquiera a insinuarme eso. ¿Será que el pendejo trata de echarme la culpa porque no me embaracé? ¡Tremendo animal!

—¡Soy una imbécil! —exclamo girando la cabeza de un lado a otro.

—Cariño, no te culpes —me dice suavemente y mis ojos casi se salen de sus orbitas—, tú no estabas lista para ser madre...

—¿Eres o te haces? —lo interrumpo abruptamente.

—¿Soy qué? —me mira sin comprender.

—¡Estúpido!

—¿Por qué me dices así? —pregunta indignado— Respeto, Alicia, ante todo respeto.

—Es que sólo un estúpido podría pensar que yo me estoy culpando—exclamo dramáticamente— Si me dije imbécil no fue por eso, sino por no darme cuenta antes de la clase de alimaña que eres.

—Deberías, me perdiste

El tono de su voz es de indignación y a mí la mandíbula casi se me cae a los pies de la sorpresa. No puedo creerlo. Nunca lo conocí realmente, es ahora cuando estoy viendo su verdadero yo. Estoy pelándolo como una cebolla, cada nueva capa que desprendo es peor que la anterior. Matías es un canalla de primera categoría y él ni por enterado se da, lo más risible de todo esto es que no siente culpa alguna, en su retorcido interior él piensa que su proceder estuvo bien. No he visto arrepentimiento en sus ojos ni en sus palabras, ni una sola vez me ha pedido disculpas y, es más, trata de culparme a mí de perderlo como si eso fuera el castigo más aberrante del mundo. ¿Patán? ¡Más que eso! Matías es un egocentrista misógino patológico. ¡De la que me libre!

—Hay veces que perdiendo se gana —ahora comprendo la dichosa frase—, gracias por decidirte por ella, así me libraste de casarme contigo.

Se me queda mirando atónito mientras dibujo la sonrisa más bizarra de toda mi vida. Me siento subida en una montaña rusa de sentimientos. Estoy triste, con el mundo hecho añicos, pero al mismo tiempo un alivio indescriptible me recorre de pies a cabeza: ¡De la que me salve! Pude arruinar mi vida casándome con un tipo así. *¿Cómo no me di cuenta antes?* Eso es algo que me reprochare siempre.

—Dices eso porque estas enojada, tú me amas y estoy seguro de que te duele.

Mi estridente carcajada resuena por toda la calle, lo dicho, éste hombre tiene un mal patológico. No puedo creer que aún siga pensando que la que sale perdiendo soy yo.

—¿De qué te ríes? —me reclama con el entrecejo fruncido.

—De tu estúpida arrogancia —hace un amago de interrumpirme, pero levanto la mano enérgicamente—, me importa un carajo tu “respeto ante todo”... no puedo creer que seas tan patán, canalla, arrogante, además, idiota. Sí, te amo y también es cierto que me duele, sin embargo lo que más siento en este momento es alivio.

—¿Alivio?

—Exacto —sonríó—, alivio de no casarme contigo. ¡De la que me salve! Más vale un minuto de pie que cien años de rodillas... ahora me duele, en poco tiempo será sólo un mal recuerdo. Mejor ahora y no divorcio después.

—Me vas a extrañar, tú me amas...

—Te equivocas, a ti no te amo —cierro los ojos fuertemente—, amo a quien creía que eras y esa persona no existe, no se puede extrañar a quien no existe.

Dicho esto le dediqué una última mirada y camine hacia mi casa sin voltear la vista atrás ni una sola vez, sé que seguía ahí de pie con cara de no poder creer mi reacción, su arrogancia esperaba que yo me soltara a llorar o le rogará que no me dejara, estoy segurísima de que eso esperaba, pero por más amor que sienta por él ni en mil años le rogaría después de semejante engaño, amor propio y dignidad antes que nada.

Al cerrar la puerta a mis espaldas las lágrimas contenidas salen a raudales, dejando brotar todo el dolor que mi pobre corazón trae dentro. Me dejo caer en el sillón y haciéndome un ovillo continúo llorando, dejo que todo el llanto que traigo dentro salga, no lo reprimo, necesito desahogar esta pena que se me atora en la garganta como una enorme bola de gritos que no logro expulsar.

Un pequeño cosquilleo en las piernas me despierta, debí quedarme dormida agotada de llorar y ahora tengo entumida las extremidades inferiores, con mucho cuidado me levanto dando pequeños brinquito de un pie a otro para quitarme ese molesto cosquilleo que provoca cuando se te “duermen” las piernas. Una vez pasada la molestia tomo mi bolsa para sacar el celular, tengo miles de llamadas perdidas de mis amigas y aún más mensajes en nuestro grupo en *Whatsapp*, no puedo leerlos todos, son demasiados, así que me limito a escribir un escueto mensaje:

“Estoy bien, chicas. Ya no habrá boda. En estos momentos quiero estar sola, mañana nos vemos y les platico. Las quiero”.

Dejo el celular sobre la mesita junto al sillón de la sala, lo escucho sonar, pero lo ignoro, de verdad no quiero hablar con nadie, necesito estar sola, lamerme mis heridas para poder seguir adelante. Ahorita lo único que me hace falta es un té y un buen baño relajante, eso me ayudara a despejarme.

El ruido del agua en la bañera me indica que esta casi llena, con mi humeante y deliciosa taza en la mano me dirijo hasta el cuarto de baño, en la mesita de junto a la tina deposito mi preciado té para poder despojarme de la ropa. Lentamente me introduzco en el agua tibia, el olor a lavanda de las gotitas de aceite que le agregue inundan todo el ambiente. Cierro los ojos mientras disfruto como los músculos de todo mi cuerpo se van relajando poco a poco. De a sorbos me voy acabando mi delicioso té *chai*, me deleito disfrutando de los diferentes sabores que se concentran en la tradicional bebida típica del sur de la India, en mi paladar se van abriendo paso la intensidad del cardamomo, el anís, el jengibre, el clavo, la canela, las almendras y las demás especies que se concentran en éste milagroso té capaz de hacerte olvidar de todos tus problemas sin importar su magnitud. En estos momentos me ha logrado transportar a otro lugar, a una dimensión diferente donde no existe Matías, ni la boda cancelada ni todos los problemas que se me vienen encima precisamente por eso. Ahorita solo existimos mi té y yo, el resto del mundo desapareció. Hoy no pensaré más en ello, ya mañana veré como lo resuelvo. *Porque mañana siempre será otro día...*

No sé cuánto tiempo pase sumergida en el agua, pero cuando salgo me siento renovada, mucho más tranquila y de un mejor ánimo. Con mi albornoz ajustado a la cintura camino hacia la cocina canturreando una canción, el efecto del baño en mi ánimo ha sido maravilloso, sin embargo al pasar por la sala de estar todo se torna oscuro, convirtiéndose en escena de un crimen, siento como si una bofetada me despertara abruptamente del estado *zen* en que según yo me encontraba. Apilados al fondo de la pared se encuentran todos los regalos que hemos recibido en las últimas semanas. Desde la mesa de centro casi puedo oír las risas burlonas de los gruesos *dossier* con la información que nos entregó la semana pasada la organizadora de bodas, en ellos están los menús a elegir, la mantelería, flores, vajillas y demás artilugios que hacen a una boda única; junto a ellos los boletos de la luna de miel me miran con desprecio... ¡Oh, Dios mío! ¡La boda se canceló! El trabajo que me espera es titánico, porque a como vi las cosas no cuento para nada con el canalla de mi ex. Debo hacer las tarjetas de aviso de cancelación de boda para enviar a los invitados, devolver los regalos, cancelar los servicios contratados y ver cuánto puedo recuperar de los anticipos...

Esto es demasiado, poco a poco un negro abismo se va apoderando de mí, ahora no puedo pensar en nada, el dolor regresa de nuevo intenso e insoportable. Llego a mi cama casi sin fuerzas, me dejo caer y abrazo mi almohada mientras de nuevo las lágrimas me ahogan. Mi peor enemiga; la memoria, comienza a hacer de las suyas sacando los peores recuerdos del baúl a donde los tenía escondidos. Ya no lloro por Matías, sino por todos aquellos que anteriormente me rompieron el corazón: mi primer novio en la secundaria que me dejó por esa disque mejor amiga; o el que tuve en la preparatoria que resulto que me había agarrado de su tapadera mientras se besaba a escondidas con su supuesto “compañero” de basquetbol — encontrarlos en el gimnasio en modo súper cariñoso fue algo verdaderamente traumático—; y aquel pedazo de alcornoque que fue mi novio en la facultad, según él me adoraba, pero apenas consiguió lo que quería y sin más me dijo adiós un día de San Valentín. Después de esos tres fracasos conocí a Matías, creí que había superado la mala racha, vaya error pensar así, él ha sido el peor. Cuatro novios, cuatro amores en mi vida y cuatro rupturas de corazón, creo que ya debo empezar a darme cuenta de que, como dijo Juan Gabriel: “*Yo no nací para amar, nadie nació para mí...*”

Creo que las palabras de mi madre para consolarme en mis rupturas son completamente falsas, no es cierto que *en algún lugar está esperando por mí*

el verdadero amor y que los errores son ensayos que nos permiten ser mejor persona para cuando llegue el amor de nuestra vida. Simplemente el “amor de mi vida” no existe, creí haberlo encontrado y como siempre resulto un fiasco. No quiero volver a sentir nunca este dolor, desde hoy declaro el corazón cerrado, no volveré a abrirlo a nadie, no me volveré a enamorar. Y que se cuide Cupidito, porque si lo veo cerca de mí, lo mato, juro que lo mato al desgraciado.

CAPÍTULO IV

Todo El fin de semana me la pase en la cama, dejé que todo el dolor saliera, no reprimí ni una sola lágrima, necesitaba desahogar mi alma y nada mejor que la soledad para sufrir a gusto. Porque Matías podrá ser un auténtico patán, pero yo lo amo, o más bien estoy enamorada del hombre que creí que era y es él por quien estuve llorando tanto desde el sábado. Sé que me seguirá doliendo por más tiempo, pero ahora es momento de seguir adelante, el mundo sigue girando por más que tengamos ganas de bajarnos de él.

Ya es lunes, otro día, otra semana, la vida continúa. Me doy una ducha helada para despertarme, me visto sobriamente y con un poco de maquillaje trato de ocultar la hinchazón de mis ojos. Una vez lista salgo a la calle, me recibe un día frío y gris como mi ánimo, respiro profundamente... *hasta Guanajuato se vistió de tristeza para mí.*

Camino a paso rápido, sin detenerme como siempre a admirar el paisaje tan hermoso que cada mañana me regala mi querida ciudad con sus casonas viejas y edificios de exquisita arquitectura que, al ser bañados por la brillante luz del sol que despunta en el horizonte, nos regalan visiones de ensueño en sus coloridos vitrales. Hoy mi mente está muy ocupada como para detenerse a fijarse en todos esos detalles que otras veces me alegran el corazón, cabe mencionar que mi estado de ánimo tampoco es el mejor, definitivamente he tenido mejores días. Además el sol se ha solidarizado conmigo, se ha ocultado tras enormes nubes oscuras que amenazan con dejar caer en cualquier momento un aguacero torrencial al igual que mis ojos, llenos de lágrimas agazapadas en el interior a la espera de menor provocación para salir a raudales.

En menos de quince minutos he llegado al edificio donde trabajo, tengo tiempo de sobra antes de que el reloj marque las nueve, así que paso a la cafetería de junto, necesito una buena dosis de cafeína para enfrentar la realidad, no sólo tengo mucho trabajo pendiente en la oficina, también debo montar la operación “cancelación boda”, por más desagradable que sea el asunto es algo necesario, los invitados no tienen la culpa de las circunstancias, ni yo tampoco, claro está, pero dudo que Matías quiera hacerse responsable, así que me corresponde a mí ocuparme de ello. Además trataré de recuperar la mayor parte de los anticipos, espero que el papel de

“novia plantada” ayude a que los proveedores se tientes el corazón y me perdonen la penalización que se aplica por cancelar a tan poco tiempo. *De lo perdido lo encontrado*, reza el popular dicho, así que espero poder al menos recuperar algo económicamente y ni que sueñe Matías que le voy a devolver un centavo de lo que él colaboró, lo tomaré como una forma de indemnización. Creo que es más que justo dada la situación.

Con una enorme taza de café en la mano llegó hasta mi oficina, sobre mi escritorio hay una enorme pila de manuscritos que tengo que leer, pero los ignoró por el momento, antes de sumergirme en tantas y tantas páginas debo hacer un par de llamadas para convocar a mi ejército de salvación personal, ni en sueño podría sola con todo lo que implica cancelar una boda. Necesito a las chicas, ellas serán mis ángeles salvadores, pero también necesito a alguien más, aunque a esa llamada le temo mucho, aún no sé cómo le diré a mi madre que ya no me casó. En fin, primero las chicas, ¿A cuál de las tres le hablaré primero? Es lunes, Britany debe estar en consulta y Sally en junta; ninguna de las dos podrá contestar. Así que le marcaré a Ely para avisarles, a las otras dos les mandaré mensajito. Necesito verlas hoy mismo.

Voy a mi lista de favoritos en el celular y busco el número de Ely, suena varias veces hasta que salta el buzón de voz, dónde tendrá metido el celular esta mujer que no contesta, eso es poco común en ella. Me conozco la rutina de mis tres amigas a la perfección y sé que la única que ahora está sin hacer nada es Ely. Ella trabaja desde casa como diseñadora, no cumple horarios de oficina ni juntas ni nada de esos engorros. Es completamente dueña del tiempo. Así que es muy extraño que no conteste, porque además el celular es como si fuera una extremidad más de su cuerpo, siempre lo trae encima. En lo que decido si marcarle de nuevo o mejor enviar un mensaje masivo, empieza a sonar *Marry you* de *Bruno Mars* en mi celular —lo que me recuerda que debo cambiar el tono de llamada por algo más acorde a mi situación actual, algo así de dolor y contra ellos como las de Jenny Rivera—, miro la pantalla y es Ely regresando mi llamada.

—¿Qué paso, Ali? Estaba en otra llamada por eso no pude contestar. ¿Cómo estás?

Su tono es de preocupación. No saben nada de mí desde el sábado y el mensaje que les envíe fue escueto.

—Ya decía yo, tú siempre contestas ¿con quién hablabas?

—Eso es lo de menos, mujer. Lo importante es: ¿Qué pasó el sábado con Matías?—grita casi exasperada—, nos dejaste muy preocupadas y en todo el

fin de semana no fuiste para contestar una sola llamada.

Su tono es de reclamo. Estoy consciente de que tiene razón, el mensaje fue muy escueto y evasivo, pero de verdad necesitaba estar sola, no quería la compasión de nadie, sigo sin quererla por eso estoy tan reacia a platicar.

—Dimos por terminado el compromiso, ya no habrá boda —suspiro—, es por eso que las necesito, hay que hacer toda la cancelación...

—¿Y no piensas decirme por qué? —me interrumpe abruptamente.

Suelto el aire fuertemente, sé que debo contarles, son mis amigas, más no quiero ser objeto de miradas de lástima, de por si la cancelación de la boda ya me pone en una posición bastante vulnerable.

—Se casó con otra —suelto de sopetón, si voy a decir las cosas es sin rodeos, duro y a la cabeza.

El silencio del otro lado de la línea se hace sepulcral. Puedo imaginarme como Ely abre y cierra la boca varias veces para hablar sin saber que decir.

—¿Coon... otra? —titubea— ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Cómo?

—Sí, con otra... el viernes, en México y supongo que en algún salón o directo en el juzgado, para serte honesta no pedí detalles.

El sarcasmo en mi voz es más que evidente.

—Ok, entiendo el punto. No preguntaré nada más. No te preocupes por las chicas, yo les hablo más tarde para vernos hoy. ¿Te parece bien a las 6 en el café de siempre?

Por eso amo a Ely, ella entiende las emociones de todas a la primera. Es como si fuera capaz de leer la mente, no necesité decirle algo al respecto, basto un poco de sarcasmo para que supiera que lo que menos quiero es compasión ni dar demasiados detalles.

—Perfecto, a esa hora nos vemos. Muchas gracias, Ely.

—De nada, juntas en todas, ¿recuerdas?

—Si, en todas. Hasta la tarde, amiga.

La llamada con mamá fue más sencilla de lo que imaginé, le comuniqué de la cancelación y para mi sorpresa lo tomo con demasiada calma. Me dijo que por teléfono no debíamos platicar, así que quedamos de vernos para comer. Mi madre es siempre muy emotiva, por decirlo de alguna manera, por lo que me tiene muy intrigada que haya tomado las cosas con esa tranquilidad tan poco habitual en ella. En fin, espero que no sea solo una falsa calma y de

verdad este tomando las cosas con tan buena filosofía.

Ahora debo olvidarme de todos mis problemas personales; concentrarme en el trabajo, los manuscritos apilados en mi escritorio no se leen solos, espero que sean realmente buenos, necesito distracción, despejar mi mente y la mejor forma de hacerlo es perdiéndome en historias que me hagan viajar a otros mundos y convertirme por unas cuantas páginas en otra persona. De verdad, amo mi profesión, ser editora de una de las casas de libros más importantes de Guanajuato fue mi sueño desde que estudie en la facultad de filosofía y letras. Nunca tuve las agallas para convertirme en escritora, hice algunos intentos por ahí, uno que otro relato y un bosquejo de novela que no paso a más, me faltó ese pequeño plus, no sabría cómo explicarlo, pero sentí... me faltó talento para desarrollar esa incipiente idea que poseía de la historia, además recuerdo muy claro, a la única persona que se lo enseñé, Matías, me dijo que no tenía madera, según él la historia era estéril y sin vida. Así que mi sueño como escritora quedó confinado al olvido en un viejo cajón de mi memoria. Mejor dedico mi tiempo en lo que sí tengo talento: distinguir entre una buena historia, editándola y dándole la forma correcta para triunfar. Hasta ahora he tenido muy buen ojo, casi todos los manuscritos que he elegido han llegado a obtener premios y a posicionarse bien en la lista de ventas. Es mejor estar tras bambalinas, los reflectores no se me dan muy bien.

A las dos en punto llego a Truco 7, el restaurante donde quede de verme con mamá, lo elegí porque está cerca de la oficina, a un par de cuadras, además de que ahí se comen las mejores enchiladas mineras de todo Guanajuato. Es un lugar muy acogedor y tranquilo, precisamente lo necesito para la conversación que tendremos mi madre y yo.

En su espera reviso el menú, siempre hago lo mismo, leo y releo los platillos que ofrecen para tratar de probar algo nuevo, pero me decido por lo de siempre: fideo al horno y enchiladas de mole. No he terminado de pedir cuando veo que mamá se acerca a la mesa y antes de que el mesero se vaya le pide una sopa de cebolla y unas enchiladas mineras, ni siquiera miró el menú, es lo que pide cada que viene aquí, creo los hábitos alimenticios son hereditarios.

—¿Qué bebidas les traigo? —nos pregunta cortésmente el mesero.

—Una jarra de naranjada —contesta mi madre sin preguntarme, sabe que

eso hubiera pedido yo también.

Una vez que el mesero se aleja, mi madre se acerca y me da un fuerte abrazo que transmite todo su amor. Sonríe y se sienta frente a mí. En sus ojos puedo ver comprensión, apoyo... todo lo que ahora necesito.

—Gracias, mami —le digo tomando su mano—, gracias por tomarlo con calma, por estar conmigo.

—No te voy a negarlo primero me exalte, pero pensé; antes que nada estas tú y cómo te sientes. Creo que el yoga me está ayudando a controlar mejor mis reacciones y emociones —sonríe triunfal mientras observa como el mesero sirve nuestras bebidas y deja la jarra en la mesa.

—Salud por el yoga —digo levantando mi copa.

Las dos reímos por la ocurrencia, pero no tardamos en volver a ponernos serias. La situación lo amerita, debemos entrar en detalle, a ella si le debo una completa explicación.

Mi madre me mira fijamente a los ojos y toma mi mano entre la suya:

—¿Qué paso, hija? ¿Por qué terminaste el compromiso?

Trago saliva para pasar el nudo enorme de la garganta, ¿Por dónde empiezo? Esta historia no tiene ni pies ni cabeza, creo que lo mejor es decir las cosas tal cual sin darle muchas vueltas:

—Él lo termino, mami. —tomo aire— Se casó con otra el viernes.

Los ojos de mi madre se abren muchísimo casi amenazando con salirse de sus orbitas. Está sumamente sorprendida, pero también veo tristeza en ellos, todo lo que a mí me suceda a ella le duele como si le pasara en carne propia.

—¿Cómo te sientes, mi amor? —pregunta con dulzura.

—Triste, muy triste —aprieto los labios antes de continuar—, amaba mucho al hombre que creí que era y es a él a quien voy a extrañar. También estoy triste por mis ilusiones, imaginaba una vida a su lado, teníamos tantos planes, tantos sueños por cumplir.

—Lo sé, hija, pero...

—Sí, mami, sé que fue mejor descubrir a tiempo su verdadera cara.

—Así es, te evitaste un dolor mayor más adelante...

—Y un penoso divorcio.

—Créeme, es más fácil cancelar una boda que divorciarte —hace una mueca significativa—, he visto a más de una amiga sufrir con esos menesteres.

—Lo mismo creo yo, mamita. Aunque parezca un fastidio, es mejor eso

que enfrentarte a guerras en un juzgado.

—Tal cual.

El mesero se acerca con nuestro primer platillo y mi madre me da un guiño para que no diga más, ella siempre es muy discreta, no le gusta que los demás escuchen sus penas.

—Ahora a comer, mi amor. Ya más tarde planearemos todo lo que hay que hacer para cancelar la boda.

—Hay que armar un plan, las chicas nos van a ayudar, las veré hoy a las 6.

—Perfecto, me reuniré con ustedes ya con un plan armado. Entre las cinco terminaremos todo el protocolo en un abrir y cerrar de ojos.

Me sonrío triunfal, para cuestiones de etiqueta y como se deben hacer las cosas, nadie como mi madre.

—Comete ya esos fideos o se enfrían y así saben horribles —agrega con energía, dejaría de madre si no me manda a comer.

El resto de la comida la pasamos casi en silencio, disfrutando de las exquisiteces que nos sirven en Truco 7. Mi madre no mencionó de nuevo a Matías ni lo concerniente a la cancelación de la boda, lo sé, en su mente estaba urdiendo el plan perfecto para que todo se resuelva lo más rápido posible sin que yo tenga que padecer ningún inconveniente. Ella es mágica, es mi madre y todo lo puede.

No fue hasta que nos sirvieron el café y el postre que tocó de nuevo el tema, pero sólo para informarme que papá ya lo sabía.

—Tu padre quiere matar a Matías—me soltó de sopetón.

—Me imaginé que estaría muy enojado.

—Ya sabes cómo es, explota primero; se calma después. Pero ahora sí no se ha calmado, necesita verte para poder hacerlo. Ven conmigo a la casa después del café de hoy para que hables con él, eres su niña, todo lo que a ti te hagan, a él le duele. Como a mí.

—¿Tú también quieres matar a Matías?

—Quería, antes de verte —una media sonrisa se dibuja en su rostro—, ahora ya no, él perdió y tú ganaste.

Esta comida fue catártica, platicar con mamá ha sido un bálsamo para mi alma. Con una enorme paz mental salgo del restaurante colgada de su brazo me ha inyectado fortaleza y esperanza, en verdad que mi sacrosanta es única, sólo ella es capaz de hacerme sentir mejor en cualquier circunstancia.

No ha cesado la lluvia desde el amanecer, la ciudad ha estado gris todo el

día. Sin embargo, no es necesario abrir los paraguas, la lluvia es constante, pero muy tenue, apenas una imperceptible caricia de agua sobre la piel. Mientras nos acercamos al coche, observo como poco a poco se va iluminando la ciudad, de entre las nubes un brillante sol se asoma regalándonos un hermoso arcoíris.

—Ya ves, nena —me dice sonriendo mamá—, después de todo siempre sale el sol para regalarnos un arcoíris. Ya verás que en poco tiempo todo esto será un mal recuerdo.

—Lo sé, después de la tormenta siempre llega la calma...

—Y la felicidad, sé que llegará alguien para ti, un buen hombre que te amé de verdad.

Ya se había tardado, creí que se iría sin mencionarlo. Mi madre puede ser muy maravillosa, pero su optimismo soñador ante el amor puede resultar exasperante. Anteriormente me he dejado convencer, pero no esta vez, he decidido no volver a enamorarme y así será.

—Eso no va a suceder, madre —le digo sonriendo y girando la cabeza en negación—, no quiero enamorarme otra vez, mejor solita que mal acompañada.

—Eso lo dices ahorita porque estás decepcionada, pero el tiempo se va a encargar de poner todo en su lugar y ni cuenta te darás cuando el amor te llegue.

—Ves demasiadas películas románticas, mamá —le digo entre risas—, lo de esas historias no pasa en la vida real.

—Claro que pasa, nena... Ya verás, mira, encontrarás de nuevo el amor, tu madre no se equivoca.

Le doy un beso en la mejilla para despedirme y le abro la puerta para que suba al carro, terminando con esto la conversación; no puedo discutir con ella sobre este tema, es imposible, siempre tiene argumentos, pero esta vez el tiempo me dará a mí la razón, se lo voy a demostrar, no caeré de nuevo en las redes de amor, simplemente no quiero volver a sufrir, no y no. Jamás. Nunca más. El amor murió para mí.

—Deja de hacer juramentos en vano, será antes de lo que te imaginas, ya verás.

Me dice desde la ventanilla antes de avanzar, sin dejarme siquiera replicar. Sabía perfectamente lo que estaba yo pensando y tenía que decir la última palabra. Así es ella, única e irrepetible.

En menos de cinco minutos llegó a mi oficina, se me fue el tiempo

volando con mamá y ya me había pasado veinte minutos de la hora de comida, espero que mi jefe no se haya dado cuenta. Al pasar frente a la recepción escucho que me llaman por mi nombre, es Almita.

—¿Qué paso? ¿El jefe se dio cuenta de que se me hizo tarde? —preguntó un poco nerviosa.

—Tranquila, él tampoco ha vuelto de comer —me dice guiñándome un ojo.

—Entonces, ¿Qué paso, Almita?

—Hay un hombre esperándote en tu oficina, llegó hace como 10 minutos. Dijo que le urgía hablar contigo.

—Le preguntate sobre qué.

—Sí, pero me contestó que era algo personal de carácter confidencial —al hablar levanta las cejas como imitando la formalidad de interfecto.

—¿Y lo dejaste pasar sin mayor información? ¡Ay, Almita! —pongo los ojos en blanco— ¿Qué voy a hacer contigo, mujer? ¿Y si es un estafador o algo por el estilo?

—No tenía facha de eso, dijo que era muy urgente, además... —hace una pausa suspirando y batiendo las pestañas— esta como quiere, se cae de guapo el individuo, tiene una sonrisa a la que no le puedes decir que no.

Almita se encoge de hombros y se muerde los labios, no puedo evitar reírme por sus ocurrencias. Sí, puede que esté muy guapo el hombrecito, pero no debió dejarlo pasar hasta mi oficina.

—Supongo que su nombre si le preguntaste, ¿verdad? —la escrudiño con la mirada.

—¿Por quién me tomas? —se hace la indignada— ¡Por supuesto que le pedí su nombre! Y hasta su tarjeta, tenía que obtener el número de semejante bombón de alguna manera.

—¡Ay, mujer! ¡Genio y figura!...

—Hasta la sepultura, mi alma —se ríe— y ahora ve ya, no hagas esperar a Don guapísimo, por favor.

—Hasta me voy a caer por correr —le digo jugando y tomo la tarjeta entre mis dedos.

Cuando voy a medio camino de mi oficina escucho de nuevo la voz de Almita:

—No olvides devolverme la tarjeta...

Me río sin poder disimularlo, mujercita. Sin detenerme le digo que sí con la cabeza y continúo mi camino mientras leo el nombre impreso en la dichosa

tarjetita:

Lic. Fernando Ceballos Ramos
Asesor Inmobiliario

¿Asesor inmobiliario? ¿A que habrá venido a verme? Yo no he comprado ninguna casa ni terreno... ¡Carajo! ¡Me lleva la chingada! De repente me acuerdo, claro que compramos una casa, Matías y yo. Se me olvidó por completo, como él se hizo cargo de todo el trámite, firmé una montaña de papeles para el crédito en conjunto o algo así, pero de ahí no supe más, todo lo veía él, los números y yo no somos buenos amigos, Matías es el experto financiero por eso lo dejé en sus manos. ¿Habrá algún problema? Espero no, por favor que la presencia de ese licenciado en mi oficina no sea para comunicar malas nuevas porque de ser así tendré que hablar de nuevo con ese pedazo de alcorcho... ¡Mierda! Parece que el tema Matías en mi vida será más difícil de erradicar de lo que pensaba...

CAPÍTULO V

—Buenas tardes, ¿Licenciado Ceballos?

El hombre se levanta del asiento al escuchar mi voz y girando hacia mí extiende su mano para saludarme.

—Para servirle, ¿Licenciada Alicia Bastar? —pregunta con voz de locutor de radio.

Asiento con la cabeza tratando de mantener la boca cerrada. ¿Guapo? ¿Guapísimo? Los adjetivos de Alma se han quedado cortos, él tipo es todo un adonis salido de una revista. Su altura y porte le confieren una seguridad arrolladora, la mandíbula recta cubierta en su totalidad por una pulcra cuidada barba de candado enmarcan a la perfección su blanca sonrisa de labios carnosos, pero lo más atractivo son sus brillantes ojos negros de forma almendrada cubiertos por unas espesas pestañas. Con el mayor disimulo posible lo recorro de pies a cabeza, no tiene ningún defecto, por donde lo mires *está como quiere*, se nota hace ejercicio, puedo adivinar unos brazos torneados y un fuerte pecho debajo de ese sobrio traje oscuro.

—¿Es usted, Alicia Bastar? —pregunta de nuevo en tono algo divertido.

Siento como la sangre me sube de a poco a las mejillas, por observarlo tanto no me di cuenta; el pobre sigue con la mano extendida frente a mí, lo cual más que molestarlo parece divertirlo, se nota que el señor está acostumbrado a provocar reacciones como la mía en el resto del público femenino. Y como no, si está hermosísimo.

—Mucho gusto. —le digo mientras que al fin le doy la mano— Tome asiento, por favor, ¿gusta algo de tomar? ¿Un café?

—Café me parece perfecto.

—¿Azúcar? ¿Crema?

—No, gracias —sonríe pícaramente—, me gusta negro y fuerte.

Con esa voz aterciopelada e intensa que tiene este hombre hace que describir cómo quiere el café suene tan sensual... me tiemblan las rodillas, menos mal que estoy sentada.

En la oficina nadie tiene asistente ni secretaria más que el dueño y jefe de la editorial, por eso nosotros tenemos que servir el café cuando atendemos a personas en nuestros cubículos, algo que a mí no me agrada mucho para ser sincera, pero que son políticas de aquí y, ni modo, se deben acatar. Sólo que esta vez pienso aprovecharme de la situación, Almita es sólo recepcionista,

no tiene obligación de nada, sin embargo con tal de ver de nuevo al Lic. Guapísimo estará encantada de traernos el servicio.

Tal como lo pensé, cuando se lo pedí estuvo más que dispuesta, en menos de cinco minutos se apareció con dos humeantes tazas de café las cuales nos sirvió sin quitarle un segundo la vista de encima al licenciado, agitando las pestañas y coqueteando de manera descarada. En todo ese tiempo lo observé, no solo para admirar lo guapo que es, sino también porque me llamó la atención; ni se mosqueo por tanta atención que recibió de Almita, la otra casi le da el café en la boca y él sólo sonreía sin inmutarse de más. Sabe perfectamente lo guapo que es, el efecto que provoca en las mujeres, de lo cual seguro se aprovecha en su beneficio, deber ser todo un don Juan de primera categoría.

Una vez que sale Alma de la oficina y nos deja solos, me apresuro a preguntar a qué debo su visita. Muy guapo y todo, pero no dejo de preocuparme por su presencia aquí.

—¿Y en qué le puedo ayudar, Licenciado Ceballos?

—Dejemos las formalidades de lado, llámeme Fernando, por favor —su tono es de lo más galante.

—¿Tan grave es lo que viene a decirme que necesita entrar en confianza primero? —sin quererlo mi voz suena demasiado suspicaz.

—No se ponga a la defensiva, no es nada grave —sonríe adorablemente.

—Mucho rodeo, podríamos ir al grano, por favor.

Mis nervios están a flor de piel. Estos licenciados trajeados y elegantes —por más papacitos que estén— sólo saben joderte la vida, la mía en estos momentos ya lo está bastante como para que me la jodan aún más.

—No se alarme, Alicia —dice suavemente para calmarme un poco—. No es nada del otro mundo, pequeños cambios y algo de trámite, eso es todo.

¿A qué está jugando? ¿Por qué no me dice las cosas tal cual son? ¡Parece escritor de esos que te mantienen al filo de la silla todo el tiempo! ¡Y literalmente así estoy! ¿Cambios? ¿Trámite? A mí eso me suena a MUCHOS PROBLEMAS...

—Licenciado...

—Fernando, por favor. —me regala una sonrisa perfecta que me hace olvidarme de todo por un segundo—. Insisto.

Su tono es tan afable que no puedo evitar sonreír como tonta colegiala delante del nuevo profesor.

—Esta bien... Fernando —su nombre suena tan bien en mis labios— ¿así

está mejor?

—Mucho mejor

Su encanto me está envolviendo, tengo que enfocarme, necesito saber de una vez de qué se trata todo esto.

—Volviendo al punto. Por favor, no se vaya por las ramas, explíqueme eso de los cambios y los trámites porque sólo de pensarlos me vuelvo loca de la preocupación.

—Tranquila, no se asuste de más.

Extrae de su maletín un folder y lo extiende mientras agrega en un tono profesional perfectamente ensayado: La inmobiliaria que les vendió la casa en el fraccionamiento del Arte Guanajuato tuvo muchos problemas y se declaró financieramente en quiebra. La inmobiliaria Grupo *Xenna*, para la cual trabajo, compró el proyecto del fraccionamiento incluido en ello los lotes nuevos y los créditos de los ya vendidos.

—Con esto me quieres decir que la casa ahora pertenece a ustedes, ¿cierto?

Mientras espero su respuesta observó las fotos que están dentro del folder que me dio. Son casas muy bellas de corte contemporáneo, en sus fachadas hay unos muros grises de pura piedra que contrastan armoniosamente con vigas de madera. Todo en líneas cuadradas y estéticas. Hermosas, pero no eran las que nosotros fuimos a ver. A mí me había cautivado una casa estilo rústico, con ventanas de herrería, tejas rojas con un bellissimo balcón lleno de macetas de flores (bueno al menos así lucía en las imágenes del proyecto). Recuerdo que me había enamorado su cocina al estilo mexicano, con brillantes ladrillos rojos formando una campana sobre la estufa y mosaicos de talavera. Estas nuevas casas que se ven aquí son modernas y de líneas frías. Se ven encantadoras, pero les falta calidez. En fin, eso a mí que más me da, no viviré en ella. Ahora debo preguntar que procede con eso de que ellos adquirieron los créditos de las casas ya vendidas.

—Más que la casa, nos pertenece el crédito que usted adquirió—carraspea, creo que va entrar en materia delicada—. No sólo quebró la inmobiliaria, sino también la financiera, eran un *holding*. Así que nuestra empresa absorbió todo, hasta los créditos...

—¿O sea que ahora la casa se las debemos a su empresa?

—Así es, ahora nos debe a nosotros.

¿Les *debo*? ¿La deuda está a mi nombre? Recuerdo haber firmado todo porque según el interfecto saldría a nombre de los dos, esa era la única forma

que había para comprar esa casa, ya que entre los dos alcanzábamos un crédito mayor.

—Querrá decir les debemos, el señor Matías Linares y yo, ¿no?

—¿El señor Matías? —pregunta intrigado.

Levanta la mano como para indicarme que espere y saca de su portafolio un folder color manila, revisa cuidadosamente los muchos papeles que hay en él. Está tan concentrado que en medio de los ojos se le hacen unas arruguitas de lo más lindas.

—No, Alicia, en todos los papeles del crédito no aparece ese nombre.

—¿Seguro? ¿Estas completamente seguro? ¡Busca bien, por favor!
—suelto el aire— Se supone que eran un crédito en conjunto o como se llamen.

—Crédito mancomunado —me aclara.

—Sí, eso, se supone que lo sacamos así.

Mi cara debe ser todo un poema de angustia, porque sin pedírselo Fernando revisa de nuevo todos los documentos, esta vez con mucho más cuidado.

—¿Matías Linares Nieto? —pregunta sin levantar la vista de los documentos.

—¡Sí! ¡Exacto!

Un alivio me recorre, hacerme cargo de una hipoteca yo sola no es algo que entre en mis planes ni creo poder con ella, más si es de una casa que no me gusta y la cual no quiero vivir. Le firmo lo que quiera al imbécil de Matías, que él se vaya a vivir ahí con su flamante esposa, después de todo el dinero del enganche salió de su bolsillo, así como las mensualidades, yo no di ni un peso para ello.

—Su nombre aparece...

—¡Lo sabía! —lo interrumpo sonriendo.

El rostro de Fernando no me devuelve la sonrisa, es más de preocupación que de otra cosa.

—Aparece sólo en la hoja de visita a la casa muestra —me extiende el papel para que lo vea.

—¿Qué? ¿Sólo ahí?

—Sí, como puedes ver en esa hoja están sus datos y los tuyos con las firmas de ambos al calce. Eso no es solicitud de crédito ni firma de contrato, tan sólo es un protocolo que los vendedores hacen llenar a quienes van a ver las casas muestras para llevar un control —se encoje de hombros—. No tiene

validez legal alguna.

Se me cae el alma a los pies. También en esto me engaño el imbécil, se aprovechó de la confianza que tenía en él y me hizo firmar todo para quedar yo como responsable. ¿Con que finalidad? ¿No entiendo? Nos íbamos a casar, viviríamos juntos esa casa, ¿por qué el engaño? ¿Por qué? Simplemente no logró comprender, pero creo que ni caso tiene que me esfuerce, todo lo que tiene que ver con Matías es una mentira, no es quien yo creía que era, es todo un patán. Estuve enamorada de un hombre que jamás existió.

—En resumidas cuentas —digo tragándome las lágrimas que amenazan con salir— ¿Soy dueña de una casa? ¿Es correcto?

—Exactamente—cierra el folder que tiene en la mano—, con crédito hipotecario a 25 años, pero toda tuya.

Su cálida sonrisa no me tranquiliza. ¿25 años? ¿Estaré pagando una casa 25 años? Ni si quiera me interesa vivir en ella. Algo se debe poder hacer...

—¿25 años? ¡Es muchísimo! ¿Y cuánto tendré que pagar mensualmente por esa eternidad?

—El enganche que aparece en el documento no fue muy fuerte por lo que las mensualidades se elevaron un poco...

—¿Cuánto? —lo interrumpo inquieta.

—Once mil pesos.

—¿Qué? ¿Tanto? ¡Es más de la mitad de mi sueldo! No puedo pagar eso...

—Además se deben algunas mensualidades —me interrumpe con sumo cuidado, siente pena ajena por mí, puedo notar lo en su tono de voz.

—¿Algunas... mensualidades? Eso suena a mucho dinero.

Me llevo las manos a la cabeza, que bárbaro, creí que este licenciado no traería buenas nuevas, pero jamás pensé que tan malas, esto es una pesadilla. Y bueno, él ni la culpa tiene, sólo hace su trabajo.

—El crédito es sobre saldos insolutos, lo que significa que el interés que se cobra mensual se calcula sobre lo que se debe en ese mes no sobre lo que se prestó originalmente...

—Fernando —lo interrumpo ansiosa—, disculpa, pero no quiero una clase de finanzas, no estoy entendiendo nada de lo que me dices. Por favor, dime en números duros cuanto debo.

—Disculpa, Alicia, sólo quise darte un preámbulo para que comprendieras cómo está el asunto.

—Lo sé y te lo agradezco, pero créeme cuando te digo que no entiendo nada de eso, no soy nada práctica, lo mío son las letras.

—Ok, comprendo, pero... disculpa que te lo diga así, no sé quién es Matías y ni tengo porque meterme en lo que no me importa, pero por no ser algo práctica y aprender un poco de “esto” como lo llamas, ahora estás metida en este lío.

Eso me sonó a un vil regaño y sé que no es quién para hablarme así, pero tiene la boca llena de razón, por mi necesidad de no meterme en trámites ni en esas cuestiones ahora me encuentro metida en un problema monumental.

—Estoy de acuerdo contigo, pero ahora por favor sólo dime cuanto debo, ya luego tomo un curso de “finanzas para tontos” —trato de sonreír un poco, pero lo que me sale es sólo una mueca—, ahora solo quiero saber de qué tamaño es mi problema.

—66 mil pesos de las mensualidades más los intereses moratorios, un total de 80 mil pesos.

—Es muchísimo dinero, no los tengo, ¿Qué pasa si no los pago?

—Esa no es una opción, debes pagar, Alicia.

—No tengo ese dinero, Fernando. En mi cuenta bancaria no llego ni a la décima parte de esa cantidad.

—Lo entiendo, perfectamente —suspira— Pero una deuda se debe pagar, no hay otra opción.

—Claro que sí la hay, no pagarla y punto. Total, ¿Qué puede pasar? No creo que las consecuencias de negarme a pagar sean tan graves...

Su rostro adquiere una seriedad que me asusta demasiado, se me hace que quiere amedrentarme, por más amistoso que sea haya comportado conmigo, trabajo es trabajo y él quiere recuperar el dinero que se le debe a su empresa, seguro gana comisiones por ello.

—Te repito, Alicia, es una deuda que debe ser cubierta, a la financiera no le importa que no tengas dinero, debes cubrir ese adeudo y ya.

—Te repito, Fernando —mi tono es un poco insolente— No tengo dinero para pagar...

—Consíguelo, hay préstamos bancarios que te pueden ayudar...

—Ni loca, no voy a enredarme en más problemas por un crédito que no pedí para una casa que ya no me interesa en lo absoluto.

—Lo entiendo, pero...

—Sí, ya se, debo pagar mi deuda —pongo los ojos en blanco— ¿Y si no pago? Sólo me has dicho que debo hacerlo, pero no me has dicho el motivo,

¿Cuál es la peor consecuencia de negarme a pagar? ¿Ir a la cárcel?

Esas últimas palabras queman mi garganta cuando las digo, sólo de pensar que podría ir a la cárcel por culpa del malnacido de Matías me provoca arcadas con sabor a bilis. Respiro profundo, no creo que eso sea posible, no conozco mucho de leyes, pero a nadie meten a la cárcel por negarse a pagar una hipoteca, ¿o sí?

—No, no irías a la cárcel —su voz es cansina— Sólo perderías la casa, el enganche y las primeras seis mensualidades que sí se pagaron.

Esas últimas palabras fueron un bálsamo para mí, me da completamente igual esas consecuencias, no me quitan el sueño en lo absoluto.

—Boletín de último minuto: ¡No me interesa! —sonrió algo aliviada— Ni la casa, ni el enganche, ni las mensualidades, nada.

—Comprendo que no te interesa esta casa... ni ninguna otra por un lapso de diez años por lo menos, ¿verdad?

—Ahora no me interesa, pero en un par de años tal vez si desee adquirir una casa, ¿por qué?

—Al no pagar esta deuda serás calificada con una mala puntuación en el buró de crédito —emite una sonrisa triunfal llena de arrogancia — ¿sabes lo que eso significa?

—Ni idea, la verdad —me odio por mi desconocimiento financiero—, ni siquiera sé que es el dichoso buró de crédito ese.

—Es donde todas las instituciones financieras acuden para calificar a sus deudores, así otras instituciones podrán saber si los sujetos que quieren obtener créditos con ellos son fiables.

—Gracias por la catedra de finanzas.

—De nada, ¿entendiste? —pregunta burlón.

—Pues no fuiste muy claro que digamos, pero creo que logré entender que si no pago nadie me dará crédito nunca más, ¿es correcto?

—Exactamente, mejor no lo pudiste decir.

Se cruza de brazos y me observa triunfal. Que petulante es, todo un sabelotodo que busca joderme a como dé lugar. ¿Asesor financiero? ¡Mentiroso! un despreciable cobrador a sueldo es lo que es. ¿Y ahora qué hago? No tengo esa cantidad y no quiero endeudarme para pagar, no me interesa la casa. ¡Maldito Matías! Tendré que verlo para que resuelva esto, debe hacerse responsable, él me metió en este lío. Aunque honestamente dudo que haga algo, le importo un bledo yo y los problemas que tenga aún si son por su culpa, por algo puso todo a mi nombre para poder deslindarse

cuando quisiera. Es más patán de lo que imaginé: un mentiroso y estafador.

Sin darme cuenta se me salen las lágrimas, es coraje puro. ¿Cómo pude ser tan ingenua? ¿Tan tonta? ¡Jamás debí confiar ciegamente en él! Respiro hondo y profundo pero no puedo controlar el llanto, de ser un par de lagrimitas escurriéndose por mis mejillas se convierte en un lloriqueo incontrolable. Fernando se mueve inquieto en su silla, claramente no se esperaba esta reacción de mi parte, menos después de portarme tan desafiante.

—Tranquila, Alicia... No puede ser tan malo, habla con el tal Matías, tal vez te ayude, no sé quién sea, si tu novio o tu marido, pero si él te metió en éste lío, debe sacarte.—me dice claramente nervioso mientras galantemente me entrega su pañuelo.

—Matías era mi prometido... hasta que el viernes pasado se casó con otra, así que no es una opción, él no me ayudará en nada.

Digo las últimas palabras entre sollozos entrecortados. Qué vergüenza estar llorando delante de un desconocido, pero no puedo controlarlo, siento angustia, una desesperación que me ahogan de a poco, no solo mi mundo se vino abajo, ahora también mis finanzas. ¡Estoy arruinada emocional y económicamente!

—¡Basta! Alicia, por favor ya no llores —me dice angustiado— No puedo ver llorar a una mujer.

Se levanta de la silla y le da la vuelta a mi escritorio para quedar junto a mí, se agacha y me atrae hacia su hombro dándome un cálido abrazo que reconforta. Su reacción me tiene sorprendida, pero de verdad que necesitaba ese abrazo.

—Tranquila, encontraremos una solución —dice acariciando mi cabeza suavemente.

—¿De verdad? ¿Existe una forma de no pagar sin ir al buró? —preguntó entre sollozos.

—Creo que hay una posibilidad.

Me separó de él para mirarlo a los ojos.

—¿Sí hay una posibilidad? ¿Me lo juras?

—Sí, hay una forma —dice sonriendo.

—¿Por qué no la mencionaste antes? —le reclamo secándome las lágrimas y acomodándome en mi asiento.

—Porque se supone no debo decir esa opción.

Me dice riéndose mientras niega con la cabeza y regresa a su asiento.

—Gracias, muchas gracias de verdad, pero ¿por qué me ayudas?

—Ya te dije, no puedo ver llorar a una mujer —me dice guiñándome un ojo—, más si es tan guapa.

Trato de hacer caso omiso a ese último comentario, no estoy yo para piropos, aunque claro, viniendo de un adonis como él es imposible que no me sonroje.

—¿Y de qué se trata la posibilidad?

—Traspasar la deuda.

—¿Cómo? Por favor, con bolitas y palitos...

Su risa resuena en toda mi oficina, parece que le hizo mucha gracia mi ocurrencia.

—Si conseguimos a alguien que quiera tu casa le traspasamos la deuda. Se hacen algunos cálculos en base a enganche, deuda inicial, deuda actual y demás cifras para saber de cuánto va a quedar su deuda.

—¿Y así ya no tendré que pagar nada?

—Ni un peso y hasta es posible que ganes algo de dinero del enganche, no mucho, pero si unos buenos billetitos.

—¿En serio? ¡Maravilloso! —casi me quiero parar y abrazarlo— ¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Mi trabajo es vender casas, no buscarle clientes a las ya vendidas.

—Entiendo perfectamente —suspiro—, muchas gracias por hacer una excepción conmigo.

—De nada... pero no cantes victoria, no dejas de estar libre de deudas.

Su semblante se endurece provocando que me asuste, tan contenta que me estaba poniendo ya, ¿y ahora qué? ¿Qué otra sorpresita?

—Pero tú dijiste que no tendría que pagar nada. ¿De qué deuda hablas?

—Ahora estas en deuda conmigo

Su voz suena divertida dejando de lado su semblante serio para brindarme una deslumbrante sonrisa. ¡Qué bromista me resulto el muchacho!

—¿Y cómo voy a pagar esa deuda?

—Con una invitación a cenar, ¿el viernes te parece bien?

No puedo negarme a alguien que acaba de salvar mi pellejo, mucho menos si es tan guapo como él.

—Perfecto. ¿Dónde nos vemos?

—Ni hablar, yo paso por ti.

¡Todo un caballero! No le gusta ver llorar a una mujer y quiere pasar por mí, tal parece que es un galán de cine de los años cincuenta, todo un encanto.

Tomo un papelito y le anoto mi dirección.

Lo acompaño hasta el elevador y antes de irse se gira hacia a mí para pedirme mi número de celular, lo anota y enseguida me marca para que se grave el suyo.

—Te llamo el jueves para confirmar.

—Me parece bien, hasta luego.

Le extiende la mano para despedirme, pero la hace a un lado y se despide con un beso en la mejilla.

—Hasta el viernes, Alicia.

Me dice guiñándome un ojo justo antes de que las puertas del ascensor se cierren por lo que no me da ni tiempo de contestar. Cierro los ojos e instintivamente me llevo la mano a mi mejilla, su beso aún palpita en ella. ¡Es tan guapo! ... la voz de mi madre diciéndome “Será antes de lo que te imaginas” resuena en mi cabeza, pero la ahuyento de un manotazo, sólo cenaremos, solamente eso, una cena de agradecimiento y nada más que eso.

CAPÍTULO VI

¡Jueves!

¡Al fin Jueves!

¡Un día más y seré libre!

No puedo creer que la semana esté casi por terminar, se me ha hecho insufriblemente eterna. Entre manuscritos, reportes y la cancelación de la boda no he tenido tiempo ni para respirar. Menos mal tuve ayuda del “equipo maravilla” si no a estas alturas estaría ya con camisa de fuerzas. Sin mis amigas y mi madre no hubiera podido con todo lo referente a cancelar la boda, porque cómo me lo imaginé, de Matías no he sabido más nada, se lo tragó la tierra, ni de chiste se le ocurrió al señor avisar a los invitados, devolver regalos, suspender los servicios contratados y un enorme etcétera que nos mantuvo más que ocupadas toda la semana.

Así que al día de hoy ya devolvimos todos los regalos y enviamos unas sobrias tarjetas de cancelación para los invitados, yo hubiera preferido llamar únicamente, pero mi madre insistió que lo correcto era hacerlo por escrito según los protocolos de etiqueta. Claro que no iba a gastar en tarjetitas para los invitados del innumerable, que él se encargue de sus familiares y amigos, yo solo avise a mis invitados, una pequeña venganza que no hace alguna diferencia, pero como la disfruté, me dejó un muy buen sabor de boca.

El papel de “novia plantada” consiguió ablandar el corazón de los proveedores de servicios que ya había contratado y conseguí que me devolvieran el 90 por ciento de los anticipos. Creo que por donde lo vea salí ganando, me libré de casarme con un patán y ahora tengo una pequeña fortuna en mi cuenta bancaria... ¡Gracias, Karma! La agencia de viajes no fue tan accesible, la estirada monita que atiene conmovida en lo más mínimo con mi trágica plantada, se montó en sus trece en que el viaje fue adquirido con descuento especial lo que lo hacía intransferible y no sujeto a cambio ni cancelación. Así que solo tenía dos opciones: me iba solita a disfrutar un crucero *lunamielero* por el caribe o perdía el dinero. Definitivamente le dije adiós a unos cuantos pesos: ¿Dos semanas en un enorme barco donde sólo habrá parejas felices mientras yo estoy sola como un hongo? ¡No, gracias! Esa no es mi idea de “vacaciones”, prefiero perder el viaje que ir a dar lástima por los rincones llorando mi pena de “novia abandonada”. Ese panorama me angustia, paso definitivamente. Mejor me quedo en tierra, ya

tengo algo en mente que me hará sentir mejor, sábado y domingo será un oasis en medio del desierto, he hecho reservaciones en un delicioso *spa* en San Miguel de Allende para el fin de semana, es mi forma para agradecer a mamá y amigas por toda la ayuda que me dieron. Disfrutaremos al máximo de deliciosos masajes, tratamientos, manicure, pedicura y demás monerías que hay en esos lugares para consentirnos. ¡Será una delicia!

Sin embargo, para disfrutar de ese par de días maravillosos primero necesito terminar la lectura... los manuscritos que tengo sobre mi escritorio, son tres y mi jefe quiere los reportes para el lunes a primera hora. Así que a volver a la realidad y perderme en esas páginas que ansiosas esperan frente a mí. A penas he pasado la primera página cuando suena el celular, lo ignoro no me puedo distraer, sea quien sea que atienda el buzón de voz. Sigo leyendo y de nuevo el celular, de hecho suena tres veces más. ¿Quién será que marca con tanta insistencia? Rendida me levanto de la silla para tomarlo del archivero donde lo tengo cargando, lo desconectó y miro la pantalla, el nombre que veo me deja helada: *Fernando Ceballos*.

¡Lo había olvidado por completo! Se supone que mañana iré a cenar con él...

—Bueno

—Alicia, buenas tardes, ¿Cómo estás?

Su tono de voz es muy afable, aunque alcanzo a detectar algo de ansiedad, ¿estará nervioso de salir conmigo? ¡No lo creo! Con lo guapo que es debe de estar acostumbrado a las citas, seguro tiene una diferente cada semana. Un mujeriego de primera categoría, no hay duda de eso.

—Con mucho trabajo, ¿y tú, cómo vas? ¿Muchos deudores sufridos que atormentar esta semana?

Me arrepiento casi al instante de mis palabras, tengo un sentido del humor demasiado ácido, no cualquiera se ríe de mis “chistes” y menos si no me conoce lo suficiente, espero no haber herido ninguna susceptibilidad.

—Me divertí bastante en ese aspecto —se ríe juguetón, menos mal que le vio el lado bromista—, de hecho tengo todo el resto del mes ocupado en cenas con deudoras agradecidas, definitivamente una provechosa semana.

¡*Touche!* Que me la va regresando y de qué manera, pero ni hablar, no me puedo poner delicada cuando yo empecé el juego... *el que se lleva, se aguanta*.

—Que beneficioso trabajo el tuyo, te pagan por andar de conquistador, como has de sufrir, ¿verdad?

Una carcajada se escucha del otro lado de la línea, el hombrecito está claramente divertido con mis ocurrencias. Y la verdad, su risa es contagiosa, no puedo evitar seguirlo.

—Muchísimo, no tienes idea —dice entre risas—, es un trabajo duro, pero alguien tiene que hacerlo.

—Todo un mártir de la humanidad el señor.

—Y hablando de sacrificios, le recuerdo que usted debe pagar uno mañana —dice juguetonamente.

—¡Ah, sí! La famosa cena —suspiro— como dices, alguien tiene que sacrificarse...

—Exacto, pero te apuesto que lo disfrutarás...

—¿Y cuánto quieres perder? —le digo desafiante.

—Mejor no apuestes, que voy a ganar.

—¿Cómo estas tan seguro?

—Lo estoy, linda —escucho como sonrío.

¡Qué hombre tan seguro de sí! Ahora sí que me dejo muda, ¿tan bueno es que no duda ni un segundo que disfrutaré la cena con él? ¡Ahora si estoy intrigada! Ya muero por que sea mañana.

—Has logrado intrigarme, espero ansiosa la cena.

—Yo también, ¿A las 8 te parece bien que pase por ti?

—Me parece muy bien... hasta mañana, Fernando

—Hasta mañana, Alicia —su voz suena llena de promesas que me provocan un escalofrío de emoción.

¿Qué sorpresas me deparan en esa cena? Ay, no sé, pero de que estoy que me muero de nervios, lo estoy. Ese hombre es un misterio por resolver que espero averiguar mañana. ¡Nervios al *full*! Aunque sigo en las mismas, nada ha cambiado en ese sentido, lo mío es sólo curiosidad, el enamoramiento no entra en ésta ecuación, eso para mí se murió, lo digo y lo sostengo: no me vuelvo a enamorar.

A las 7 por fin apagó el ordenador, mis ojitos están irritados de tanto tiempo frente al monitor, necesitaré gotitas de manzanilla para que se refresquen un poco. La oficina está casi vacía, por ahí queda uno que otro adicto al trabajo como yo, pero la mayoría ya se fue. Creo que si me apuro podré ir a alguna *boutique* aquí cerca, que aún éste abierta, quiero comprarme algo para la cena de mañana, ese hombre es tan guapo que no me quiero quedar atrás, debo lucir mucho más que hermosa.

—¡Alicia!

Una conocida voz me saca de mis pensamientos, giró hacia donde la escuche y veo a Sally. ¿Qué hará aquí? Su semblante no es el mejor, lo que me preocupa bastante.

—¿Sally? ¿Qué haces aquí, mujer? ¿Todo bien?

En su boca se dibuja una mueca indefinible. ¿Qué le habrá pasado? Ella no es de hacer dramas, así que sea lo que sea, es algo muy serio.

—Digamos que regular, pero necesitaba hablar con alguna de ustedes —suspira— necesito desahogarme.

—Claro, cuenta conmigo, para eso estamos las amigas —le digo mientras la abrazo fuertemente— ¿Y las demás?

—Britany tiene consulta hasta las 10 y Ely me dijo que no podía, pero no dio mayor explicación, la escuché algo rara.

—El otro día yo también así, algo se trae —entorno los ojos perspicazmente—, pero bueno, eso lo averiguaremos luego, ahora lo importante es que te pasa a ti.

—Todo y nada, amiga —suelta el aire fuertemente.

—Mmmm, parece más grave de lo que imaginé, te iba a proponer un café, pero creo amerita algo más fuertecito, ¿Verdad?

—Tal cual, ¿te late un vinito?

—Me late, no me gusta en jueves, pero que caray, a veces una copa es más que necesaria.

Salimos del edificio para enfilarnos a *La taberna de Diego y Frida*, un pequeño rinconcito ubicado en la calle *Positos* a tan solo unas 4 cuadras de aquí, ahí nos encanta cenar, tienen unas delicias para chuparse los dedos y en ningún otro lugar he probado un clericó tan exquisito, precisamente algo así necesita Sally, bueno, a mí también me hace falta un poco de vinito por las venas, después de semejante llamada telefónica hace un momento. La noche es algo fresca para ser verano así que apuramos el paso para entrar en calor y llegar más rápido, el trayecto es corto por lo que en menos de diez minutos llegamos a nuestro ansiado destino.

—Buenas noches, señoritas, ¿mesa para dos?

—Sí, de preferencia en la parte de arriba, por favor—le responde Sally a la joven que nos recibe en la entrada.

—Por supuesto, tengo disponible en esa área.

Nos dice mientras toma dos *menús* y nos guía hasta nuestra mesa. El lugar no es muy amplio, pero sí acogedor, sus paredes de colores vivos contrastan con sus muebles, tanto las mesas como los sillas son todas de color

chocolate obscuro, al igual que el barandal de hierro de la escalera y el tapanco que hace la vez de segundo piso del restaurante, un área mucho más pequeña que nos otorga privacidad así como una vista privilegiada del lugar. Desde aquí puedo ver el impresionante *collage* de Frida Kahlo y Diego Rivera intercaladas con fotografías de la polémica pareja.

—Puede traernos una jarra de clericó, por favor —le digo a la amable señorita cuando nos entrega los *menús* mientras nosotras tomamos asiento.

—Excelente elección, en seguida se las envío, ¿algo de comer?

—Déjanos seleccionar y te avisamos, guapa —le contesta Sally con una coqueta sonrisa.

Somos asiduas comensales del lugar, por lo que esta señorita de acento extranjero debe tener menos de una semana laborando aquí. Lo que no entiendo es para que Sally le dice que miraremos el menú si ordenamos siempre lo mismo: pasta para compartir y corte de carne para cada una. Aunque viendo los ojitos que le echa a la guapa mesera creo comprender su plan, lo “ojo alegre” no se le va a quitar nunca, si Mónica estuviera aquí ya le hubiera puesto el centro de mesa de sombrero, es celosísima.

—Sí quiere le explico los especiales —le responde con picardía la señorita.

—Encantada, que linda eres...

¡Oh, por Dios! ¿No que necesitaba hablar? ¿A dónde quedó toda la desesperación con la que llegó a mi oficina? Una cara bonita y se olvida de todo, pero le voy a arruinar su conquista, venimos en plan de platica profunda no de ligue superficial. Además no hay ningún caballero guapo cerca para que yo me entretenga en lo que ella consigue el teléfono de la susodicha. Y por otro lado, ¿A dónde deja a Mónica?...

—Nos lo sabemos ya, amiga —le digo con cortesía interrumpiendo el despliegue *gourmet* recién aprendido de la mesera— Es más de una vez te digo que vamos a querer, pasta a la carbonera para dos y un *rib eye* para cada una en termino tres cuartos.

Le digo todo rápidamente mientras le devuelvo el menú. Sin decir palabras da media vuelta y se retira, que me disculpe por interrumpirle su conquista, pero tengo hambre y muero de curiosidad de saber qué le pasa a ésta loca incorregible, la cual, por cierto, me tira unas miradas asesinas dignas de villana de telenovela.

—Ni me mires así.

—Podías haber dejado a la pobre señorita hacer su trabajo, ¿no?

—Si Mónica te viera, te mata.

—Pero no está... y ni creo que éste otra vez, ni tampoco que le importe.

¿Qué? ¿Escuche bien? ¿Habrán terminado? ¡Ay, no! Son la pareja más dulce que conozco. Aunque por la tristeza en la voz de Sally creo que algo por el estilo pasó.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir con eso?

—Me abandonó —su voz se quiebra y tiene que tomar aire para continuar—... Mónica me dejó, se fue ésta tarde.

—¿Por qué? No entiendo, ustedes juntas son lo máximo, ¿Qué paso?

—Se cansó de vivir a escondidas o algo por el estilo fue lo que dijo.

Guarda silencio mientras la mesera nos entrega nuestras bebidas. Esta vez ni siquiera la voltea ver, tiene la mirada pérdida en la foto de Frida y Diego que está en la escalera, da un largo trago a su copa de clericó mientras un par de lágrimas se escurren por sus mejillas. Sé que la adora, se la debe estar llevando la tristeza, pero entiendo un poco a Mónica, están juntas desde hace cinco años, Sally conoce a todos los amigos y la familia de ella, pero tan sólo Britany, Ely y yo hemos convivido con Mónica, solo a nosotras nos la ha presentado. Mi amiga no se ha atrevido a dar ese paso definitivo... *salir del closet*, ni su familia ni en el trabajo saben de su preferencia, situación nada agradable para Mónica, a nadie le gusta que la persona que amas te presente como una simple amiga, que mantenga su relación en la sombra.

—Ese fue un amor tormentoso, ¿verdad?

Su mirada sigue perdida en la fotografía de los famosos pintores así que ya me imagino a que romance se refiere. ¿Tormentoso? ¡Tóxico diría yo! Lo de ese par era un amor de esos que te envenenan la vida, pero que a pesar de eso no lo puedes dejar. Codependencia le llaman los psicólogos... ¡Que todos los santos del cielo me libren de algo así!

—Mucho más que eso, ¿pero qué tiene que ver contigo y Mónica? Lo de ustedes es una relación de lo más dulce, se llevan a las mil maravillas, a excepción de...

—Mi falta de valor para gritarla al mundo, ¿no? —me interrumpe y se acaba de un trago su copa, llenándola de nuevo hasta arriba.

—No lo dije yo, amiga

—Sí, lo sé, tienes razón... Mónica tiene razón, es sólo que me falta valor, pero no quiere decir que no me acepte como soy, claro que me acepto, sólo que mis padres son tan conservadores, tengo pánico al pensar en su reacción.

Tanto como que se acepte, creo que no mucho. O más bien sí, pero le da

miedo abrirse al mundo, le teme a que la señalen... y eso en cierto modo es como no aceptarse.

— Sé que no tienes duda de tu amor por ella, sin embargo no te atreves a gritarlo al mundo y eso es una forma de no aceptación.

—¡Claro que me acepto, carajo! —exclama con vehemencia—, tengo muy claro mis sentimientos por ella, se lo he demostrado de mil formas, cada día me desvivo para hacerla sentir amada, ¿Qué más quiere?

—Que te sientas orgullosa de ella, que la lleves de la mano por la calle, que no te avergüences de amarla...

—Nunca me he avergonzado de ella...

—Sally, sé que la amas —hago una pausa buscando las palabras adecuadas—, pero si alguien te preguntará si es tu novia, ¿la negarías?

Un silencio revelador se cierne sobre nosotras. Sé perfectamente cuál es su respuesta, pero parece que ella nunca se ha planteado esa pregunta por lo que darse cuenta de qué haría le acaba de caer como un balde de agua fría.

—Si, la negaría —dice al fin dejando salir el llanto que trae dentro.

—Lo sabía y ella también, pero tú no —le digo mientras le acaricio la mano que tiene sobre la mesa para consolarla, mi siguiente pregunta será otra bomba— y ahora te pregunto, ¿Qué sentirías si ella te negará?

Sally abre muchísimo los ojos por la sorpresa que le produce mi pregunta, se tapa la boca con las manos y su llanto se agudiza. *Así es, corazón, se llama empatía*, esa pequeña palabrita es la que nos conecta con los sentimientos de los demás, nos ayuda a ponernos en los zapatos ajenos, si nos duele, seguramente a ellos también.

—Te dolería muchísimo, ¿verdad?

No me puede contestar, tan sólo atina a asentir con la cabeza sin poder controlar sus lágrimas, imaginarse que Mónica la negará ante alguien le ha sacudido el piso, está sintiendo un poquito de lo mucho que la pobre ha sufrido todo este tiempo al ser mantenida escondida, presentada como una simple amiga.

—Eso ha sentido ella todo este tiempo —meto un poquito más el dedo en la llaga para hacerla reaccionar—, presentarla como una amiga es una forma de negación...

—¡No sigas! Tienes razón amiga, por favor no me atormentes más.

—Segura ¿lo entendiste?

—Sí, pero no sé cómo hacerlo —suspira secándose las lágrimas al ver acercarse a la mesera con nuestra cena—, mis padres son tan religiosos que

capaz y me quieran hacer un exorcismo creyendo que estoy poseída por algún demonio... jamás me aceptaran como soy.

—Puede ser amiga, o también existe la remota posibilidad de que te acepten, eso sólo lo vas averiguar cuando se los digas.

—No van a querer volver a verme nunca.

—Eso no lo sabes, puede que sí, pero son tus padres, te aman y el coraje les va a durar un tiempo, terminarán por aceptarlo. Dales la oportunidad, cuéntales.

—Me da miedo, no me atrevo.

—Entonces resígnate a perder a Mónica, búscate “un buen partido” cástate, llénate de hijos, así tus padres serán muy felices y tú tendrás una vida miserablemente frustrada.

Me mira con cara de que no le agrado en lo más mínimo mis palabras, pero sé que han hecho mella en su inconsciente. El panorama que le he pintado es como el infierno personal de Sally, su peor pesadilla, pero necesito confrontarla para que reaccione y acepte ante todo el mundo —incluido sus *mochos* padres— su amor por Mónica para que puedan vivir felices.

—Lo odio, pero hoy toda la noche has tenido razón y ahora de nuevo la tienes.

—Es bueno saberlo —le digo sonriendo mientras me llevo un bocado de mi delicioso filete a la boca.

—Hablaré con mis padres, les contaré de Mónica y luego iré a buscarla para decirle que la amo más que a nada y que estoy dispuesta a gritárselo a todo el mundo. No la esconderé nunca más.

—¡Así se habla, nena! —le digo sonriendo y levantando mi copa para brindar con ella.

—¡Sí! ¡La amo! —choca su copa con la mía— No pienso perderla, lucharé por ella, es la mejor.

—Me da gusto escuchar eso.

Le digo alegremente, pero mientras veo como se acerca la mesera a dejarnos otra jarra de clericó, entorno los ojos y agrego en un susurro:

—Pero si te veo coqueteando con otra mujer te rompo la cabeza, ¿estamos? — es una de mis mejores amigas, pero debe ser fiel, es lo correcto. Su carcajada resuena en todo el lugar.

—Prometido, amiga —sonríe.

El resto de la velada nos la pasamos platicando de todo un poco, del trabajo y demás asuntos que al final nos lleva al tema de moda en estos días

en mi vida: “Matías”. Sé que fue parte de mí por mucho tiempo, pero de verdad ya no quiero hablar de él, quisiera poder amputarlo de alguna manera, que se me borrrará su existencia de la memoria... es más desearía no haberlo conocido, todo sería más fácil.

—Amiga, de verdad, te pido de la manera más atenta que no me menciones a ese tipejo, por favor.

—*Ok*, no digo nada más de él.

—Gracias...

—Pero es que de verdad no entiendo cómo fue capaz de hacerte eso, Ali—me interrumpe y continúa con la misma cantaleta—. Es todo un patán y jamás nos dimos cuenta.

—Lo sé, Sally, pero estoy pasándomela muy agradable no me echas a perder la noche hablando de él, por favor, ¿sí?

—Esta bien, ya no digo nada, pero es algo de lo que algún día tendrás que hablar, porque necesitas desahogarte, fuiste muy escueta en el relato que nos contaste.

—¿Tú también notaste extraña a Ely?

Espero que mi nada sutil digresión la haga entender que no quiero hablar de él para nada, ni ahora ni nunca. Matías está más que muerto y enterrado para mí, ahora es pasado, es ahí donde debe quedarse para siempre.

—Ahora si me hiciste reír, que manera de salirte por la tangente.

—No entendiste con directas, a ver si con indirectas, querida —le suelto entre risas.

—Ya capté —se ríe—, y sí, yo también noté rara a esa mujercita, le marqué como cinco veces hoy antes de que me contestara; ella siempre está pegada al celular.

—Lo sé, el otro día me pasó lo mismo y cuando me regresó la llamada andaba como apurada y no quiso decirme con quién hablaba.

—Creo que habrá que hacerle tormento chino para que confiese sobre ese galancillo, porque esa mujer solo se pone así cuando alguno la anda rondando.

—El fin de semana tendremos tiempo de sonsacarle nombre y detalles.

—¡El *spa*! —exclama alzando los brazos de alegría al recordar lo que haremos este fin de semana— Lo espero con ganas, necesito un poco de relajamiento con urgencia.

—La que te escucha.

—Y sí, será el lugar ideal para que Ely nos confiese todo con lujo de

detalles.

Nos reímos por nuestros planes, pobre Ely la someteremos al confesionario, por mí no puede haber mejor idea, dirigir la atención en ella y en su misterioso galán me ayuda a no ser yo el centro de las miradas como lo he sido en los últimos días, lo que aleja el tema indeseable de la conversación.

El resto de la velada transcurre planeando el fin de semana, el *spa* nos ofrece muchísimas cosas para consentirnos que es difícil decidirse por una sola, queremos hacer todo los tratamientos que ofrecen. A mí la idea de los masajes y tratamientos de chocolate me resulta muy atractiva. Sally se inclina más por los masajes relajantes como el de piedras calientes, ha decidido hablar mañana con sus padres aunque después de semejante enfrentamiento necesitará algo que le quite tanta tensión de encima.

Entre semana nosotras somos como la cenicienta a las doce de la noche se nos rompe el encanto, mañana entramos temprano a trabajar así que no nos gusta desvelarnos mucho. Lo bueno es que trajimos abrigos porque al salir nos recibe una noche muy fría lo que nos hace apurar el paso para llegar pronto a casa. A pesar de la hora, la ciudad sigue despierta, se pueden ver turistas cantando y bailando en la calle, Guanajuato tiene vida casi toda la noche.

Sally y yo vivimos a solo una cuadrita de distancia, por lo que en el camino seguimos platicando. Me entran ganas de contarle de la cena de mañana, pero me muerdo la lengua, no quiero que empiece a especular, mi cita con Fernando —si se le puede llamar así— es sólo una cena de agradecimiento, nada más... no tiene ni caso comentarle, eso es darle mayor importancia de la que tiene, mejor no digo nada, *calladita me veo más bonita*.

El viernes a las cinco en punto apago la computadora y salgo de mi oficina, hoy no tengo intención de quedarme ni un minuto más después de mi hora de salida, Fernando dijo que pasará por mí a las ocho en punto, cuento con tres horas para ponerme bella, quiero verme espectacular, el hombre es todo un Dios griego y no quiero desentonar a su lado. Ayer ya no pude comprarme nada, pero me tire un clavado al *closet*, encontré el vestido

perfecto: es color ciruela, largo hasta la rodilla con cuello ojal, pero lo más espectacular es su escote en la espalda; totalmente al descubierto, espero que se una noche cálida para no tener que ponerme abrigo y lucirlo como se debe.

A las ocho suena el timbre de casa, es muy puntual, todo un caballero que hasta ahora, ha demostrado ser. Antes de abrir me miró en el espejo por última vez para checar maquillaje y peinado... están perfectos, me gusta lo que veo, resalté poco mis grandes ojos verdes para destacar los labios con un rojo mate, ese color contrasta a las mil maravillas con lo pálido de mi piel. El cabello lo recogí de forma descuidada dejando que algunos mechones salgan caprichosamente, me gusta el aspecto casual que me da éste tipo de peinado. Tomó mi bolso y mi *pashmina* para salir, por más que digan que una dama debe hacerse esperar, no se me antoja tener al pobre hombre parado ahí afuera más de cinco minutos. Abro la puerta y casi tengo que cerrarme la boca con las manos, si el otro día en mi oficina se veía guapísimo, hoy no tengo adjetivo para calificarlo, se ve más que sexy, el hombre es un orgasmo visual salido de un catálogo del Palacio de Hierro.

—Buenas noches, Alicia.

Me dice con su aterciopelada voz mientras me da un beso en la mejilla depositando en mi mano un hermoso ramo de flores que no había visto antes por estar babeando por lo guapo que luce.

—Buenas noches, Fernando —tomo las rosas y le hago un ademán para que pase—, muchas gracias, están hermosas.

—No más que tú, luces despampanante.

Menos mal que estoy de espaldas y no puede ver el efecto que su piropo provoca en mí, las mejillas me arden solo de imaginar su ardiente mirada sobre mi espalda.

—Muchas gracias —le digo coqueta mientras pongo las flores en agua—, tú no te quedas atrás.

—Es bueno saber que te gusta lo que ves —su voz suena llena de promesas.

—Lo suficiente —le contesto guiñándole un ojo.

—Con eso me conformo. ¿Nos vamos?

—Por supuesto —le digo acercándome a él.

La noche es fresca, pero no tanto como para cubrirme con la *pashmina*, quiero lucir mi vestido por más que sienta algo de frío. Fernando se da cuenta de eso y con sutileza me jala hacia él posando su mano sobre mi espalda, el suave tacto de sus dedos sobre la piel desnuda provocan pequeñas descargas

eléctricas que me recorren entera. Con sólo ese pequeño roce puedo sentir eso, qué pasaría si besaré o fuera más allá... no quiero ni pensarlo, éste hombre es muy peligroso en muchos niveles, la atracción que ejerce sobre mí es más fuerte que mi cordura, sólo espero sobrevivir ésta noche sin sucumbir a sus encantos.

Sólo una cena, Alicia... me repito una y otra vez ese mantra para tratar de convencerme, después de esta noche no lo veré de nuevo: *Sólo una cena...*

CAPÍTULO VII

—¿Aquí traes a todas tus conquistas? ¡Qué despilfarrador! —bromeo pícaramente con él al ver el restaurante al que hemos llegado.

—Sólo a las especiales —me sigue el juego guiñándome el ojo.

—¡Ah! ¿Me debo sentir halagada, entonces?

—Por supuesto, cariño —responde entre risas mientras me guía dentro del recinto.

Nos reímos al unísono por nuestro pequeño juego de palabras, me encanta, Fernando entiende mi ácido sentido del humor, me hace sentir cómoda siendo yo misma, bueno por lo menos hasta ahora así ha sido.

La recepción de *La Trattoria de Elena* es impresionante, un edificio bastante antiguo lo que confiere al lugar ese aire de superioridad que tienen la mayoría de las construcciones de ésta barroca ciudad, todas de más de un siglo de historia. El trabajo de ebanistería que hay dentro es hermoso, la escalera del fondo —la cual conduce al restaurante— está construida en pura madera fina con grabados maravillosos que brillan con el reflejo de los finos candelabros de cristal que engalanan el techo. En la entrada nos recibe un señor de fino porte que al ver a Fernando ensancha una gran sonrisa.

—Buenas noches, Sr. Ceballos —saluda el estirado *maître* a Fernando.

—Buenas noches Luca, ¿todo en orden?

—Tal cual lo solicitó, señor —dice mientras toma un par de *menús* y estira la mano hacia la escalera—, yo mismo los guiaré a su mesa.

—Muchas gracias, Luca, no esperaba menos de ti—contesta Fernando y toma mi mano para seguir al *maître*.

¡Qué familiaridad! Se nota cliente asiduo, el trato que le han proferido... de todo un príncipe, lo cual confirma mis sospechas: es un Don Juan que gusta de impresionar a sus citas, a éste hombrecito le gusta la conquista, sabe bien cómo usar sus recursos para deslumbrar, es todo un artista en la seducción, debo estar alerta o caeré rendida a sus pies: guapo y encantador es una combinación letal para mí, más en estos momentos de vulnerabilidad, aunque me niegue a enamorarme, mi ego está muy herido, tanta atención de éste caballero es un bálsamo que lo alimenta.

El elegante señor nos guía hasta las ventanas del segundo piso donde hay unos balconcitos hermosamente ataviados con una mesa para dos, son como privados al aire libre con vista espectacular del Jardín de la Unión y el Teatro

Juárez; desde ahí también se puede ver donde inician su recorrido las famosas *callejoneadas* de Guanajuato, una de las principales atracciones turísticas de la ciudad que consiste en un recorrido por los callejones donde la estudiantina va cantando, bailando y relatando leyendas; una divertida tradición que se mantiene viva en nuestra cultura.

—¡La mejor mesa del lugar!

Comento asombrada mientras tomo asiento en la silla que Fernando galantemente jaló para mí. El estirado *maitre* nos asignó la mesa del balcón de la esquina, es la mejor del lugar y casi imposible de conseguir para pobres mortales. Yo he cenado en este restaurante, pero jamás es conseguido si quiera mesa de balcón, mucho menos ésta, me tiene más que sorprendida.

—Solo me gusta lo mejor, no acepto menos —responde en un tono que no se descifra, algo entre seguridad con un matiz de presunción.

—A todos nos gusta lo mejor, lo difícil es conseguirlo siempre.

—No para mí.

Contesta mientras toma mi mano entre las suyas para depositar un suave beso en ella. Un sutil escalofrío me recorre la espalda, sus palabras y ese sugerente gesto no me deja lugar a ninguna duda: no cesa hasta lograr lo que se propone; yo soy su próximo objetivo en la mira, lo que me provoca unas intensas ansiedades que se instalan en la boca del estómago, no sé si sentirme halagada o asustada. Por un lado quiero conocer qué más trucos de conquista tiene bajo la manga y por otro quiero salir corriendo despavorida para ponerme a salvo de su encanto.

Prohibido enamorarse, Alicia... me repito una y otra vez, por más que despliegue tanto encanto, no estoy lista para otra desilusión.

—¡Presumido!—contesto jocosa tratando de ocultar la ofuscación que produjeron en mí sus palabras.

—No es presunción, es seguridad, querida —sonríe sugerentemente y levanta la mano para llamar al camarero.

—Si tú lo dices.

—Lo sostengo.

—No te vayas a cansar.

—Nunca me canso.

—¿Ni de esperar?

—Paciencia es mi segundo nombre...

—¿Y tu apellido?

—Perseverancia...

Nos quedamos mirando fijamente a los ojos, ninguno de los dos desvía la mirada como si de un duelo se tratase. Este jueguito ha dejado mucho en el aire, ahí flotando entre los dos como una promesa de algo más. Nuestras simples palabras iban con mucho más de un sentido implícito, él demostrando su poder seductivo y yo mi falsa resistencia, sólo espero que no haya notado lo falsa que es.

Un sutil carraspeo me hace levantar la vista, es el camarero al cual Fernando llamó antes.

—A sus órdenes, señor.

Sin contestarle regresa su atención a mí.

—¿Vino?

—Me encanta la idea.

—¿Alguno en especial?

Finjo mirar la carta de vinos que esta sobre la mesa, no tengo la más mínima idea de cuál elegir, con mis amigas siempre elegimos clericó y ya.

—Sorpréndeme —le digo al fin para ocultar mi ignorancia en enología, se ve que él es un sibarita que sabe de todo, no quiero quedar como una tonta.

Sonríe y se dirige al camarero:

—Una botella de *Merlot* chileno, por favor.

El camarero se retira por donde vino y Fernando regresa su mirada a mí, no tengo ganas de otro duelo de voluntades así que tomo el *menú* para ver que se me antoja cenar.

Escucho como se ríe, pero no levanto la vista, este hombre tiene un extraño efecto en mí que provoca que me ponga más que nerviosa.

—¿Te apetece una entrada?

—Ya que se ve que eres cliente favorito, ¿me recomiendas el *carpaccio*?

Deposito sobre la mesa el *menú*, no voy a pasarme la noche escondida de tras de sus páginas, no soy así.

—Excelente elección —sonríe— si me lo permites, me gustaría sugerir el *ossobuco* para cenar, ira a las mil maravillas con el *merlot*.

—Me parece perfecta tu sugerencia.

La velada transcurre maravillosamente, la comida y el vino son una exquisitez tal cual lo predijo Fernando, pero lo mejor de todo ha sido la compañía, es imposible aburrirse con este hombre, tiene narraciones de viajes por todo el mundo, estoy atónita con sus aventuras, ha vivido experiencias inolvidables en cada lugar visitado. Con razón sabe tanto de todo, tiene como

cien vidas en una, ya dije, es un sibarita que gusta de la buena vida y bien que se la ha dado.

Estoy un poco cohibida, mis anécdotas son planas sin forma ni volumen, mi vida ocurre muy sencilla, sólo soy una chica de provincia, conozco un par de lugares del país, lo más lejos que he llegado es Cabo San Lucas; jamás he salido de México. Así que cuando me cede el micrófono de la plástica le cuento alguna bagatela sin importancia y pregunto más de sus viajes, él sí que es fascinante, yo un ratón de biblioteca que ha pasado su vida detrás de las letras, leyendo manuscritos de otros sin atreverse a escribir el propio, no tengo el talento, alguna vez lo intenté, pero Matías me desinfló, dijo que mi pequeño relato carecía de emoción, que era muy cuadrado, duele admitirlo, pero tenía razón.

—¿Y te bajaste del tren? —le pregunto intrigada para que me siga contando, su aventura por España es fascinante.

—¡Por supuesto! —toma su copa para dar un sorbo al vino—, no lo pensé ni un segundo, tomé el bolso y corrí tras la enigmática mujer que lo había dejado en el asiento de frente al mío.

—¿La alcanzaste?

—Sí y ni las gracias me dio...

—No te creo, ¿en serio?

—Sí, le entregué el bolso, mi miró con desdén y dio media vuelta sin decir esta boca es mía.

—Me quedé parado como imbécil viendo cómo se alejaba —gira la cabeza sonriendo— no reaccioné hasta escuche al tren moverse.

—¿Qué? ¿Te dejó el tren? —chillo divertida mientras apuro el chorrillo de vino de mi copa.

—Exacto, me dejó el tren, por andar de caballero quedé abandonado en Tarragona...

Me río de lo lindo, no me he equivocado en nada con él, es todo un casanova. Se nota, le gusta la conquista sin importar el riesgo que esto implique así sea bajarse en la estación equivocada del tren.

—Además sin maleta y sin dinero —continúa platicando cuando hemos controlado las risas.

—¿Cómo? ¿Sin dinero?

—Sí, me bajé sin pensarlo dejando en el asiento mi chaqueta, ahí guardaba mi cartera. Estaba en la penúltima estación sin un euro en el bolsillo, sin pasaporte sin nada...

—¡Madre mía! —digo tapándome la boca del asombro— ¿Qué hiciste?
¡En tremendo lío que estabas!

—Mi primera reacción fue llorar, la verdad —confiesa resignado— para que me haga el valiente, me sentí muy desesperado en esos momentos, pero después de dejar salir algunos improperios, lágrimas y patadas al aire, me puse a pensar; tengo que reaccionar porque el siguiente tren llegará a la estación y será el último de la noche... si quería recuperar mis cosas debía viajar en él.

—El problema era con qué pagar el pasaje —lo interrumpo al filo de la silla, estoy más que intrigada.

—¡Exacto! —ríe a carcajadas, me contagia— por lo que me tuve que subir de *polizante* en el siguiente tren.

— ¿En serio? ¿Y no te cacharon?

— ¡A medio camino!

Nuestras risas resuenan en todo el lugar, las historias de Fernando son maravillosas, me tiene total y completamente encantada, podría escucharlo platicar toda la noche sin aburrirme un segundo.

— ¿Y qué hiciste?

—En un principio...

Lo interrumpe el sutil carraspeo de una sombra parada junto a nosotros, es el mesero que nos mira con expresión compungida.

— Disculpe, señor —dice extendiendo sobre la mesa la carpetita negra de la cuenta—, me da mucha pena con usted, pero ya cerramos.

Giro la cabeza para mirar dentro del restaurante: ¡Vacío! No hay nadie, ni siquiera el resto de los meseros, creo que este pobre es el último que debe quedar, por eso su expresión compungida. Ni cuenta nos hemos dado de nada, perdimos la noción del tiempo por completo.

— No te preocupes —sonríe Fernando al camarero mientras deposita su tarjeta sobre la cuenta y un par de billetes más—, entiendo, ya es tardísimo, cóbrate la cuenta y el resto es tuyo.

Al observar la cantidad, al muchacho se le iluminan los ojos quitándosele por completo la expresión compungida, después de todo parece que valió la pena quedarse tan tarde atendiéndonos.

— No quiero que termine la noche —me dice Fernando mientras toma mi mano entre la suyas.

— Ni yo —le contesto nerviosa.

— ¿Te apetece ir a otro lado?

— Claro que sí, pero a esta hora todo está cerrado.

— Menos tu casa o la mía ¿Cuál prefieres?

Callo, su casa o la mía, ¡Oh, Dios mío! Todas las alarmas de mi sistema nervioso se disparan al mismo tiempo, ¿Qué hago? Lo que menos quiero es que termine la velada, quiero seguir conversando con él, estoy fascinada con su compañía lo cual precisamente es lo que me da miedo, este hombre me gusta y mucho no sé qué pueda pasar si estamos solos en un lugar privado.

— Entonces, ¿A dónde?—me dice mientras extiende su mano hacia mí para ayudarme a levantarme de mi silla.

— En mi casa —sonrío tímidamente— prefiero mis terrenos...

— Tranquila —me dice mientras pasa su brazo por mi cintura y me atrae hacia él cuando caminamos rumbo al carro—, no pasará nada que tú no quieras...

Sí lo que yo pueda querer, es lo que más me preocupa...

CAPÍTULO VIII

— ¿Vino, café, refresco?... —le ofrezco nerviosa mientras observo como se acomoda en el sillón de mi sala con toda la familiaridad del mundo.

— Un vinito para seguir en la misma línea, ¿no?

Asiento con la cabeza devolviéndole la sonrisa, doy media vuelta, me dirijo a la cocina para buscar las copas y la botella de vino. Después de un rato al fin encuentro el infeliz artefacto este para abrir vinos, espero poder usarlo esta vez...

— ¿Te ayudo?

Escucho de pronto a mis espaldas, tan absorta estoy tratando de domar el sacacorchos que no me había fijado que Fernando me observa —más que divertido por mi torpeza para abrir el vino— desde el umbral de la puerta de la cocina.

— ¡Por favor! —exclamó resignada entre risas— no puedo con este *cacharro* infernal.

Se acerca a mí lentamente sin borrar de sus labios esa sonrisa burlona con la que tiene ratos observándome, seguro pensando que debo ser muy inútil para no saber usar algo tan simple como un sacacorchos, pero de verdad que no puedo, las habilidades manuales no son lo mío, bueno hay unas que me salen muy bien y de las cuales no he tenido queja alguna antes, pero no es algo que quiera contarle ahora mismo para redimir mis capacidades motrices y cómo al pensar en eso mi vista ha viajado hacia el sur de su anatomía, lo mejor es que me haga a un lado antes de que mis caprichosos pensamientos me lleven a imaginarme otras cosas que sólo hacen sonrojarme, no quiero que mis mejillas delaten mis sucios pensamientos, me hago hacia atrás levantando las manos soltando dramáticamente el artefacto detestable en una clara señal de rendición...

— Todo tuyo, caballero —anuncio en tono burlón, un poco de humor siempre distrae.

— ¡Tranquila! — dice con suavidad, mientras toma el mando del asunto— tú ve a ponerte cómoda al sillón que yo me encargo de esto, ¿sí?

— Ni que lo digas dos veces, te espero en la sala.

— Enseguida estoy contigo...

Esa voz es un susurro sensual que hace temblar mis piernas, así que casi corro a la sala antes de que se me doblen por completo. Me quito los zapatos,

repantigo en el sillón a esperar, estoy algo ansiosa, sé que detrás de su inocente frase se esconde una ardiente promesa que hizo corto circuito en mi sentido común: nada me salva esta noche, éste hombre es fuego y voy directo a quemarme en sus llamas sin querer evitarlo. No sé qué me pasa, normalmente soy muy bien portada, pero hay algo en él que me alborota la hormona, manda al traste todo mi autocontrol.

Después de unos minutos que se figuran eternos, Fernando aparece con dos copas en la mano y la botella bajo el brazo, se sienta junto a mí mientras me entrega una de las dos copas llenándola a la mitad.

— ¿Dónde nos quedamos?

— ¡Atrapado en Terragona! —le contesto divertida y me acomodo a seguir escuchando su curioso relato.

Me platica esa y muchas aventuras más, todas igual de divertidas y locas, a éste pobre le ha pasado de todo en sus viajes. Hemos perdido por completo la noción del tiempo, ninguna vez alguno de los dos ha mirado por asomo celular o reloj, estamos entretenidos frente a frente en una conversación sin prejuicios ni caretas siendo nosotros mismos, tenía mucho que no sentía esta conexión con alguien, me siento capaz de hablar de lo que sea con él sin sentirme expuesta, al contrario me siento tranquila confesando mis inquietudes más íntimas así como mis sueños y temores, le he abierto mi corazón de par en par y él a mí el suyo.

— ¿Y en todo este tiempo no te diste cuenta de nada? —inquire sin poder creerlo.

— Absolutamente de nada —me encojo de hombros—, sé que dicen que las mujeres tenemos un sexto sentido, pero creo que yo no fui dotada con uno, no percibí nada, para mí todo estaba... bien, tan bien como había sido siempre.

— ¿Y cómo había sido siempre? —su tono es de curiosidad.

— ¿Por qué lo quieres saber?

— Cuando contestamos una pregunta con otra es porque no queremos decir nada sobre eso —asevera aguzando la mirada.

— No es eso...

— Entonces, ¿qué es?

Lo observo fijamente tratando de adivinar qué es lo que quiere averiguar, pero me pierdo en el brillante negro de sus ojos, su mirada tiene esa intensidad que afloja todo, hasta los secretos más íntimos de tu alma.

— Matías y yo éramos una pareja normal, del montón, entre nosotros

nunca pasaba nada —confieso al fin—, éramos así como templados, ni frío ni calor...

— ¿Y eras feliz?

— Digamos que estaba conforme, no me lo cuestionaba mucho, para mí era normal y ya —suelto al aire con fuerza—, pero bueno, Matías no es un tema de conversación para esta noche, eso está en el pasado.

— Completamente de acuerdo contigo —sonríe coquetamente—, ahora somos tú y yo...

Nos miramos en silencio, Fernando juguetea coqueto con mi mano entre las suyas mientras acaricia mis nudillos sutilmente provocando pequeñas descargas eléctricas que me recorren de pies a cabeza. El vino poco a poco va haciendo efecto en mi sistema, cada vez me siento más desinhibida y cómoda a su lado, me siento tan a gusto, me armo de valor y aprovechando el sugerente juego de miradas le pregunto de golpe algo que me tiene intrigada desde el principio:

— ¿Por qué me invitaste a salir?

Sus pupilas se dilatan ante mi pregunta intensificando el destello de su mirada. Se acerca un poco más a mí y con suavidad retira un mechón de pelo de mi mejilla acariciándola sutilmente. Nos mantenemos en silencio cada vez más cerca de mí sin desviar un segundo su mirada de la mía provocando un intenso calor que me recorre entera, hasta hacerme vibrar; en cualquier momento explotaré por combustión espontánea. De pronto me jala hacia él tomando mis labios entre los suyos en un etéreo beso que poco a poco sube de intensidad, su lengua se abre paso en mi boca saboreando cada rincón mientras sus manos recorren mi espalda con ardientes caricias que me hacen suspirar. Le respondo el beso con toda la pasión que funde la sangre, me pego más a él rodeándole el cuello con mis manos y dejándome llevar por el placer, mi consciencia se ha bloqueado, lo deseo y mucho, no pienso cohibirme, toda mi vida he seguido los protocolos, me ha ido de la chingada creo que ya es hora de soltarme del chongo y vivir intensamente...

Fernando se separa suavemente de mí para susurrarme al oído:

— ¿Esto responde tu pregunta? ¿O necesitas te lo explique mejor?

Tiene una voz tan sensual, mi interior se convierte en fuego líquido solo de pensar cómo podría explicármelo mejor...

— Creo que no entendí muy bien.

Respondo coqueta mientras me muerdo los labios y lentamente me levanto del sillón alejándome de él en una abierta invitación a seguirme.

— Entonces necesito expresarme más claramente...

Sigo caminando sin romper el contacto visual con él, lentamente voy dando uno y otro paso hacia atrás, él ya se ha parado del sillón, como todo un experimentado cazador se va acercando a mí, de repente topo con la puerta de mi habitación giro lentamente el picaporte para abrirla, al ver esto Fernando agiliza sus movimientos, en un par de zancadas esta frente a mí para tomarme en sus brazos secuestrando mi boca con la suya en un apasionante beso que parece no tener fin.

— Voy entendiendo un poquito más...

Digo entre jadeos sin despegar mis labios de los suyos y obtengo como respuesta un dulce mordisco acompañado de un sensual ronroneo que hace eco directo en mi entrepierna.

— Quiero que lo entiendas por completo.

Susurra sugerente mientras su mano explora mi cintura colándose a través del atrevido escote de la blusa mientras mis manos acarician traviesas su espalda por debajo de la camisa. En ningún momento nuestros labios se han separado, hemos dejado a un lado el juego de palabras para saborear nuestros besos. Con manos temblorosas por el placer nos hemos ido deshaciendo de todas las prendas que traemos encima hasta caer completamente desnudos sobre la cama donde sus dedos recorren cada centímetro de piel mientras sus labios descienden coquetos por mi cuello regando besos y suspiros que me hacen arder de pasión...

— Más... por favor...

El jadeo en mi voz denota la urgencia de sentirlo dentro de mí, Fernando ha sabido encender mi cuerpo como nunca nadie lo había hecho provocándome el deseo de llegar en sus brazos a tocar la luna...

— Tus deseos son órdenes...

Y de golpe su férrea excitación me llena por completo alcanzando al instante el mejor orgasmo en toda mi vida...

Tenues rayos de luz se cuelan por la ventana de mi habitación haciéndome abrir los ojos a regañadientes, tan rico que estoy durmiendo, levanto lentamente mi cabeza y observo al adonis semidesnudo que duerme junto a mí — *¿Qué hice anoche?*— Pienso en un segundo de amnesia, pero luego recuerdo cada instante y me estremezco sonriendo como tonta: *¡Oh, sí! Ya sé que hice anoche...*

Estiro la mano para buscar el reloj que tengo en la mesita de noche y

mirar la hora: ¡Las 10 de la mañana!... de un salto me siento al borde de la cama para despertar, es tardísimo, no tardan en llegar mi mamá y las chicas para irnos al *spa*, lo último que quiero es que vean a Fer aquí, no tengo *nadita* de ganas que me acaben a preguntas. Además las chicas no importan tanto, pero que mi madre llegue y tenga a un desconocido durmiendo en mi cama no es algo para hacer mucha gracias que digamos, por más moderna y por más adulta que sea yo, aún hay límites.

— Buenos días, bello durmiente —le digo juguetona mientras le acaricio los rizos de la cabeza.

— Buenos días, bella... —sonríe y se da media vuelta para mirarme de frente— ¿despierta? ¿Tan temprano? ¿Por qué?

— ¡Es tardísimo! —lo destapo para que se levante—, tengo que alistarme para el *spa*, te conté ayer...

Estira su mano para jalarme hacia él y meterme entre sus brazos...

—Mmmm

Ronronea apretando su cuerpo a mi espalda para hacerme sentir las ganas que tiene de quedarse jugando un rato más.

— Creo que cinco minutos si tengo —contesto picara a su insinuación.

— Más que suficiente...

Nos fundimos en un “buenos días” de esos que te hacen sonreír hasta la noche, este hombre es un toro, jamás había sentido tanto placer en la intimidad con nadie, me ha hecho descubrir sensaciones que ni idea tenía de que podía llegar a sentir. Poco a poco me separo de él a regañadientes, quisiera seguir así como estamos por mucho tiempo más, pero no es posible.

—Me tengo que levantar...

—Lo sé...

Me incorporo sobre mis brazos para mirarlo fijamente a los ojos...

— No me rompas el corazón, por favor —dejo escapar de repente en un susurro.

— Nunca lo haré, nena — acaricia suavemente la mejilla—me has cautivado, no tienes nada que temer.

Le sonrió como una colegiala enamorada y le doy un tierno beso en los labios antes de levantarme para alistarme tratando de ocultar las tontas sonrisas que bailan en mis labios por sus palabras. Sé, probablemente este mintiendo, pero es lindo creer que es cierto.

—¿Te hablo mañana para vernos, cuando regreses del *spa*?— pregunta sin soltar mi mano en la puerta de la casa.

—Por mí, encantada.

Me planta un suave beso en los labios antes de dar media vuelta para irse. Lo observo mientras camina calle abajo, una o dos veces vuelve la vista y me tira besos con las manos hasta que llega a la curva donde desaparece por completo. Sé que no lo volveré a ver, por más que haya dicho que me habla mañana sé que no lo hará, así son los hombres, te enamoran para meterse en tu cama, pero cuando lo consiguen aplican el “si te vi, ni me acuerdo”... y la verdad no me importa, lo bailado ni quien me lo quite. Estaba perfectamente consciente de todo, lo disfruté, ahora la vida sigue.

Aunque si soy honesta del todo conmigo debo confesar que me encantaría cumpliera su palabra y me hablara mañana, quisiera volver a escuchar su voz, verlo de nuevo, perderme en sus brazos y besos... sé que me va a romper hasta el alma, pero aun así las mariposas ya han empezado a revolotear creando caos en mi estómago, terminaré vomitándolas, lo sé, pero no puedo evitarlas, el aleteo es más fuerte que mis señales de alarma.

Dentro de mí una pequeña ilusión ha nacido provocando ese conocido vértigo que te provoca subirte a la montaña rusa, sabes que puedes morir, pero a pesar de eso te subes gustosa...

CAPÍTULO IX

En todo el día he estado ansiosa por contarles a las chicas mi aventura de anoche, pero no se ha dado la ocasión, en todo momento mi mamá ha estado con nosotras y con ella no puedo abrirme así de capa, aunque sea de mente abierta no deja de ser mi madre, seguro se escandalizaría si supiera en donde terminé mi cita anoche, por lo que cuando me preguntaron en el almuerzo como me había ido tan solo les relaté la versión oficial apta para todo público.

Ahora que mi madre al fin se ha ido a dormir y nos ha dejado solitas en la alberca del *spa* disfrutando de los ricos mojitos que prepara el *barman*, aprovecho a platicarles la versión para adultos, omito solo los detalles más íntimos; les cuento todo con puntos y comas.

— ¿Te acostaste con él?! —exclama casi gritando Ely— ¿En la primera cita? ¡No lo puedo creer!

— ¿Te paso un megáfono? Es que no te escucharon en recepción —le suelto con cargada ironía.

— Ups... es que estoy demasiado sorprendida —chilla en un susurro.

— Ni que fuera para tanto —refuta Britany— no es la primera ni la última que termina en la cama en la primera cita, no hagas drama, mujer.

— Tienes razón —añade Sally —, pero Alicia no es así, por eso nos sorprende.

— Siempre hay una primera vez, ¿qué no?—les guiño un ojo sonriente— salud, chicas... ¡Vida solo una!

Les contesto levantando mi mojito para brindar, es hora de ser más atrevida, quitarme tanto prejuicio de encima y disfrutar de verdad la vida, total no saldré viva de ella, así que ahora acumularé experiencias, prefiero arrepentirme de lo que hice, que de lo que no.

—¿Quién eres y que has hecho con Alicia? —me inquiera boquiabierta Ely.

—Sigo siendo yo, en modalidad liberada, es todo.

—Mira; te habías tardado — aplaude Sally.

—Exacto —añade Britany—, no le hagas caso a la mojigata de Ely, me da gusto que al fin te decidas a soltarte el pelo.

—Si no digo que este mal —refunfuña Ely— es sólo que me sorprende.

—A mí también —suspiro—, creo que ya era justo y necesario liberarme

un poco, siempre hecho todo como se debe pero me ha ido de la tiznada, así que no creo pueda irme peor si rompo un poco las reglas de los correctos protocolos, ¿verdad?

Las tres me miran de una manera especial, saben perfectamente a lo que digo. Siempre conducida por la derecha y ya me ha tocado bailar con la peor de las suertes en el amor, hasta ahora puro llorar por pasarme de buena gente, así que dejar de ser la “niña buena” no creo sea una tragedia griega. Total, ¿Qué es lo peor que puede pasar? Sobre mí, caen las consecuencias de mis actos, así aunque sufra, lo bailado ni quien me lo quite.

—¡Salud por eso! —levanta su vaso Britany sonriendo de oreja a oreja.

—¡Salud!

Coreamos todas dobladas de la risa por esa “sutil” forma de Britany de romper el silencio melancólico que se había instalado entre nosotras por mi profundo análisis.

—Bueno, y a todo esto, ¿Cómo quedaste con el susodicho? ¿Va a hablarte? ¿Habrá próxima cita?

Pregunta con curiosidad Ely interrumpiendo nuestras carcajadas y regresando la conversación a su punto inicial: mi cita con Fernando. Quisiera responderle con un sí, un habrá próxima cita y muchas más, pero es algo que no puedo asegurar, lo más probable es que no la haya, es universalmente sabido que los hombres que consiguen tan rápido lo que buscan, no vuelven. Bueno, no sé si eso pase en otros lados, pero en éste, mi México tan machista que aún no acepta que las mujeres debemos vivir libremente nuestra sexualidad, siempre pasa. Para que un hombre se interese en ti hay que “hacerse la difícil” por un rato para que se enganche... lo sé, es demasiado del siglo pasado, pero así funciona en éste país a pesar de los modernos tiempos que vivimos.

—¿O es “ave de paso”? — interrumpe Sally entre risas sacándome de mis locas elucubraciones.

— ¡Es hombre! —pone los ojos en blanco Britany— ¿ustedes que creen? Ya se metió en su cama, aplica la de si te vi, ni me acuerdo.

— No todos son iguales, mujer —le refuta Ely.

— Todos lo son, dale el postre desde la primera noche y no regresan por más, es casi como algún tipo de *record* —insiste Britany—, lo siento amiga, pero me temo que no volverás a verlo.

— Exageras, Brit —interviene Sally—, sí, los hombres son un asco, por algo prefiero a las mujeres—se ríe socarrona—, pero creo que podemos darle

el beneficio de la duda, vivimos en el siglo XXI creo que tal vez ya se hayan abierto algunas mentes masculinas de nuestro machista país.

— ¿Tú? ¿Abogando por los hombres?

Preguntó admirada, me había mantenido callada, pero semejante defensa del género masculino por parte de Sally me saca del mutismo en el que había caído tratando de asimilar la triste realidad, Fernando es hombre y me acosté con él en la primera cita, definitivamente no me buscará otra vez.

— ¿Creí que los detestabas? —agrega Ely admirada.

— Tampoco es que los odie —se defiende Sally— solo no me gustan y pienso que son de lo peor, pero nada más.

— Entonces, ¿Por qué le das al interfecto el beneficio de la duda? —la reta Britany.

— Porque aunque crea que la mayoría de los hombres son de lo peor y vinieron al mundo solo para dos cosas: procrear y hacer sufrir a las mujeres — dice enfatizando con un dedo levantado—, también creo que no son todos, sólo el 99.9 por ciento, espero con el corazón que Fernando sea de ese .1 por ciento que es diferente.

Sally puede resultar muy dura a primera vista, pero quienes la conocemos bien sabemos por más que quiera aparentar rudeza es muy sensible y hasta un poco cursi ocasiones. Me enternecen muchísimo sus palabras, ella ha estado conmigo en las otras veces donde me han roto el corazón y sé que esta inusual declaración de ella es un genuino deseo: por fin cupido no halla errado su flecha conmigo.

Quedamos en silencio, le sonrío y abrazo tiernamente, quiero muchísimo a esta loca aunque sea tan cabeza dura la mayoría de las veces.

— ¡Salud por el momento tierno de Sally! —levanta la copa Ely.

— De aquí a que volvamos a ver algo así... tal vez en la próxima Era del hielo.

Las carcajadas no se hacen esperar, el alcohol que ya tenemos en la sangre y las disparatadas ocurrencias de Britany nos provoca una hilaridad que tenía tiempo no disfrutaba tanto.

— ¡Locas! —digo entre risas— ¿Qué haría yo sin ustedes?

— ¡Aburrirte! —gritan levantando la copa.

Elevamos las copas de mojitos, brindamos de nuevo dobladas de la risa, a éstas alturas de la noche ya estamos en la etapa de simpleza, todo nos hace gracia y merece un sonoro ¡Salud!

—Ahora que me acuerdo—suelto de sopetón en medio de las carcajadas

al notar el comportamiento tan fuera de lugar que ha tenido últimamente—, ¿Qué pasa contigo, Ely?

—Vaya, te acordaste —me secunda Sally.

— ¿Conmigo? ¡Nada! ¿Qué puede pasar? —en su tono de voz se puede adivinar el nerviosismo.

—Tienen razón, algo le pasa, no ha estado normal últimamente —tercia Brit.

— ¿También lo notaste? —preguntamos al unísono Sally y yo.

— ¡Claro! La señorita anda más distraída de lo común en ella y además no contesta el celular a la primera...

— ¡Alucinan barato! A mí no me pasa absolutamente nada, están locas.

—Claro que algo te pasa y ahora mismo nos lo vas a decir.

— ¡No me pasa nada!

Chilla mientras trata de huir de Sally que ya la tiene más que agarrada de la cintura para comenzar el consabido tormento a base de cosquillas. Es un método infalible con ella, no las soporta y con tal de zafarse es capaz de delatar a su madre.

— ¡Conocí a alguien!

Grita levantando las manos rendida, aguantó más de 2 minutos, de verdad que no quería soltar prenda, normalmente a los diez segundos está cantando como canario.

—No que no, mamacita —grita Sally con los brazos alzados en señal de triunfo.

— ¿Quién?

— ¿Cuándo?

— ¿Dónde?

Soltamos como tarabitas la seguidilla de preguntas. Queremos saber todo con lujo de detalles. Ely nunca sale con nadie, es muy quisquillosa a la hora de elegir galán, para que ella acepte a alguien necesita ser demasiado especial.

—No puedes ocultarnos algo así —le suelta Brit con autoridad al ver que no responde.

—Eso no se hace —secundo a Brit.

—Y menos a tus mejores amigas —tercia Sally.

Ely se mira las manos con nerviosismo, como debatiéndose entre decirnos o no, pareciera que en vez de contarnos del tipo que conoció, nos fuera a confesar que asesino a alguien.

—Hemos salido dos veces —suelta al fin—, es un encanto de hombre, guapísimo y súper detallista...

— Pero —la interrumpe Sally— a ese tonito de voz siempre le sigue un pero.

—Lo sé —suspira triste Ely— y existe ese condenado “pero”.

— ¿Es casado? —pregunta Brit.

— Dejen de interrumpir —las regaña para que Ely pueda seguir.

—No, no es casado, vive en otra ciudad. Salimos dos veces cuando estuvo aquí por negocios, pero de ahí solo llamadas y mensajes todo el día —suspira— Me dice cosas tan lindas, es todo un romántico.

— ¿Y cuál es el *pero*? —pregunta Brit.

—Que vive en otra ciudad, sonsa —la burla Sally.

— ¿Y? ¿Qué con eso?

—Es difícil —confiesa Ely.

—Lo sé, pero mientras haya amor que importa la distancia.

—Eso sí —afirma Brit.

— ¿Alicia Bastar?

Una voz masculina interrumpe nuestra conversación haciéndonos girar la cabeza hacia el camarero de pie junto a la piscina.

— Soy yo —contesto extrañada— ¿sucede algo?

El joven no me responde, se limita a levantar la mano y chasquear los dedos, al instante se acercan dos camareros, uno trae una botella en la mano y el otro un arreglo de flores hermosísimo. En completo silencio abren el champagne y sirven las cuatro copas que han puesto frente a nosotras depositando al terminar la botella en la hielera.

— ¿Qué... quién? —tartamudeo estupefacta de la sorpresa, mis amigas están igual de mudas que yo.

El camarero sonríe y retira la tarjeta de las flores extendiéndola hacia a mí.

— Aquí tiene la tarjeta, señorita. — Sonríe cortésmente— ¿gusta que el arreglo lo guardemos en su habitación?

— Por favor —respondo mirando la tarjeta muerta de curiosidad.

El camarero responde con una inclinación de cabeza y da media vuelta ceremoniosamente.

Las chicas me miran expectantes mientras acaricio el sobre de la tarjeta, ¿Será quien imagino?...

— Ya abre la maldita tarjeta —grita desesperada Brit.

—Sí, por favor —la secunda Ely, mientras Sally las apoya asintiendo con la cabeza.

Suelto un sonoro suspiro y mordiéndome los labios de los nervios anticipados abro el sobre. Una tarjetita color perla está en el interior, la caligrafía con la que está escrita es perfecta, me impresiona. Y sí, Fernando ésta detrás de esta maravillosa sorpresa.

— Creo que habrá una segunda cita. —les digo entre risas— al parecer pertenece a la minoría éste hombre...

— ¿Son de él? —pregunta Ely.

Atino a asentir con la cabeza mientras pestañeo como loca, estoy más que maravillada con tan impresionante sorpresa. Es increíble, nunca nadie, ningún novio ni galán ni pretendiente había tenido un detalle así conmigo, caray, Matías jamás me regaló una rosa si quiera. Leo y releo la tarjeta, que hermosas palabras, éste hombre sí que sabe llegar al corazón de una mujer.

— ¿Qué dice la tarjetita? —pregunta Brit curiosa.

— No sean chismosas —me río llevándome la tarjeta a los labios, mientras les guiño un ojo.

— Lo somos —dice Sally y me la quita de las manos — lo siento, nena, pero puede más la curiosidad.

Los ojos de Sally se abren muchísimo al leer las palabras ahí escritas y es que Fernando es muy romántico, enamora a cualquiera con esa forma de escribir.

— Léelo en voz alta —reclama Ely.

— Por favor —se une Brit a la petición.

— Ya pues —se ríe Sally— ahí les va:

Alicia, gracias por una noche inolvidable, que velada más deliciosa pase junto a ti, eres una mujer hermosa y llena de sorpresas exquisitas. Despertar a tu lado fue un regalo inesperado que quiero repetir muchas veces más... ¿Quieres cenar conmigo mañana?

Fernando

Las tres me miran con ojos de borrego degollado. Ya sé, el hombre es un encanto, todo un sueño y yo solo puedo pensar que ya valí, voy en caída libre directo a enamorarme...

Resiste corazón, resiste que otra decepción no la aguantamos.

CAPÍTULO X

— ¿No respondiste mi mensaje?

La masculina voz de Fernando me sobresalta, levanto la vista y ahí está, cruzado de brazos apoyado sobre la puerta de mi casa, tan concentrada estaba buscando las llaves en mi bolso que no me había percatado de su presencia.

— ¡Fernando!

— El mismo que viste y calza.

Contesta sonriendo y a mí se me cae la baba acompañada de la poca cordura que había logrado acumular en todo el día de estar repitiéndole a mi corazón una y otra vez que no se enamore de él, pero es qué ¿Cómo evitarlo? El detalle que tuvo el fin de semana fue increíble y aunado a eso me lo encuentro fuera de mi casa, esperándome, tan guapo como siempre con ese donaire que me hace suspirar, si quisiera pudiera ser modelo de esos que salen en los catálogos exclusivos, si hasta en pose ésta el condenado.

— ¿Te comió la lengua el ratón, Alicia? — pregunta bromeando.

Sonrió como tonta y trato de reconectar mis neuronas con mi facultad de hablar...

— Sería una lástima, ¿no crees? —contesto juguetona.

Fernando suelta una sonora carcajada y de dos zancadas se acerca a mí, me quita la maleta de la mano dejándola caer al suelo y me jala hacia a él sosteniéndome por la cintura, levanto la mirada y el brillo malicioso en sus ojos me provoca escalofríos por toda la medula espinal, ¡Por Dios!, este hombre es candela pura y yo voy directito a quemarme en su infierno, pero que caray, si es el demonio correcto vale la pena arder en sus llamas.

— Una desgracia para mi humanidad —contesta sugestivamente mientras busca ávidamente mi boca.

— ¿Tanto así?

Un gruñido salvaje sale de sus entrañas provocando que se me erice la piel.

— No tienes idea.

Susurra junto a mi boca y la secuestra en un beso de esos que te hacen olvidarte hasta de tu propio nombre. Mis manos enroscadas a su cuello mientras él se aferra más a mi cintura. Nuestros labios danzan a un mismo ritmo, saboreándonos dulcemente con mordidas tan sensuales que hacen arder la sangre en mis venas casi al punto de ebullición.

— ¿Por qué no respondiste a mi mensaje?

Pregunta junto a mis labios en un susurro casi inaudible, su fresco aliento nubla mis emociones dejándome endeble ante su cercanía. Cierro fuertemente los ojos y me aferro más a él, como le explico que me provoca emociones encontradas, por un lado quiero dejarme caer en sus brazos olvidándome de que existe el mundo y por otro mi instinto de protección quiere que salga corriendo en sentido contrario, huyendo de salir lastimada, de nuevo y tan pronto, la ruptura con Matías aún está fresca, no creo que rendirme a la tentación sea lo más sensato.

—Necesito saber, respóndeme por favor —insiste con vehemencia.

Pestaño un par de veces clavando mi mirada en la suya, perdiéndome en esos profundos ojos negros que me observan expectantes.

—Muero de miedo —digo al fin en un hilo de voz.

— ¿Y cómo crees que estoy yo? —responde apoyando su frente a la mía — También muero de miedo, es increíble los muchos sentimientos que me provocas. Nunca antes había sentido algo como esto, hasta ahora en mi vida solo he tenido conquistas, nada serio y de la nada apareces donde menos me lo imaginaba y te clavas en mi mente poniendo de cabeza todo mi mundo de Don Juan. Honestamente, creí que después de nuestra cita y esa maravillosa noche que disfrutamos juntos se rompería el encanto, pero no fue así, al contrario, ahora pienso mucho más en ti. Mucho más.

Trago saliva pestañeando repetidamente de la sorpresa, me siento abrumada, ni por un momento pensé en semejante intensidad de sentimientos, yo también me siento irremediablemente atraída a él, como las abejas al panal, pero no creí que él sintiera este cumulo de emociones por mí, es más, yo supuse desde un principio que para él solo sería una conquista más, una aventura de las tantas que de seguro tiene cada fin de semana.

— ¿No dices nada? —pregunta ansioso sondeando en mi mirada.

Trago saliva para tratar de desbaratar el nudo que se ha formado en mi garganta. ¿Qué le puedo contestar? Sé que debería abrirme como él lo hizo, decirle lo que siento, pero ni yo misma lo sé. Me encanta, eso es un hecho indiscutible, ha alborotado todas las mariposas en mi estómago, ese asesino animal capaz de provocar las mejores sensaciones así como enfermarte de indigestión cuando se pudren por la decepción. ¿Cómo le explico que el miedo que siento rebasa la razón? Hace tan poco tiempo estaba a punto de casarme con otro hombre al que amaba muchísimo y hoy me encuentro a la puerta de mi casa con el caballero más encantador que he conocido sin saber

responder a su vehemente declaración. ¿Qué le digo? Mi parte irracional quiere decirle que siente lo mismo, esa pequeña vocecita romántica que vive en mi cabeza no deja de gritar: avientate a sus brazos para no salir jamás. Sin embargo, la poca cordura que conservo insiste en ir despacio. ¿A quién le hago caso? ¿Me arriesgo o pongo a salvo?

— ¿Quieres un café? —digo al fin no sin antes carraspear un par de veces para lograr emitir algún sonido desde mi seca garganta.

Fernando me mira sorprendido separándose un poco de mí para observar mi rostro, sé que busca alguna señal, algún indicio de mis sentimientos. Él esperaba otra respuesta, pero es lo único coherente que he logrado hilar sin quebrarme frente a él.

— ¿Sólo eso? Acabo de ponerte mi corazón en charola de plata y me ofreces un café.

Estoy sin saber que decir, tiene razón, pero de todo lo que quiero decirle no logró ser coherente en nada. Agacho la cabeza mirándome las manos como buscando la palabra precisa diría el gran Silvio.

—Lo siento, Fer —le digo mirándolo a los ojos— quiero decirte muchas cosas más, pero todas se aglutinan en la garganta, no sé por dónde empezar, pero sé que sentados en casa con una taza de café será más fácil platicar —suelto el aire fuertemente y lo tomo de la mano—, no sientas que no me importas, al contrario, eres el hombre perfecto que aparece en mi vida de forma maravillosa en el momento menos oportuno.

Sus labios dibujan una sonrisa ante mis palabras, besa mi frente, ha comprendido lo que dije y, principalmente, lo que omití. Leyó entre líneas todo lo que quería decir y no pude, ha sabido ver más allá de mis propias emociones.

Toma mi mano fuertemente, carga la maleta y cruzamos el par de pasos que nos separan de la puerta de mi casa. Entramos, voy directo a la cocina a preparar el café, necesito ocuparme en algo para pensar con claridad. Fernando me alcanza de un par de zancadas.

— ¿Cargado o suave?

—Cargado, siempre —contesta sonriendo débilmente—, pero creo que dejamos el café para mañana.

— ¿Seguro?

—Es mejor, sé que ahora estas muy confundida y quedarme aquí es demasiada tentación para mí, terminaré haciéndote el amor... lo que va a nublar tu pensamiento, necesito que analices todo esto con la cabeza fría, no

quiero abrumarte más.

Lo dicho, es un encanto, aunque no deja de lado la arrogancia.

— ¿Nublar mi mente? ¿Tan seguro estás del efecto que tienes en mí?

Fernando sonrío socarronamente y se acerca, de un solo movimiento me aferra a su cintura, nuestros labios están a centímetros de distancia.

—Muy seguro, señorita —susurra mordiéndome el labio inferior— ¿acaso puedes negarlo?

No, no puedo, este traicionero cuerpo reacciona ante su ligero tacto, mis mejillas arreboladas demuestran el calor que provoca en el interior y las piernas están a punto de hacerme caer, literalmente, rendida a sus pies.

—Por lo menos déjame intentarlo, ¿no? —le respondo juguetona mientras mis brazos se cuelgan de su cuello en señal de total rendición.

Una sonora carcajada sale de su garganta inundando toda la cocina.

—Inténtalo todo lo que quieras, nena...

Su voz se pierde en mis labios, los ha secuestrado de nuevo en un intenso beso, me hace perder la poca compostura que me queda. ¡Qué caray! ¿Para qué me resisto? Fernando me enloquece y no hay nada más que averiguar, voy directo al patíbulo, pero no puedo ni quiero evitarlo, total, ¿Qué es lo peor que sucederá? ¿Qué me enamore? Creo no poder interrumpirlo de ninguna manera posible.

Nuestro beso va *in crescendo*, elevando nuestras temperaturas muchos grados centígrados sobre lo normal. Su juguetona mano me aferra a él aún más mientras acaricia la espalda baja creando oleadas de placer en mi interior. La mente se ha ido de paseo a un lugar muy lejano dejando al mando a esa pequeña asesina lujuriosa que vive en mi interior, no me importa si está bien o mal, sólo deseo que me arranque la ropa y deslice sus labios sobre mi piel desnuda.

Poco a poco avanzamos a tientas hacia mi recámara, los dos queremos lo mismo, siento la firmeza de su deseo...

—No podemos seguir —articula con dificultad soltando mis labios.

— ¿Qué? ¿Cómo? —pregunto confundida tratando de asimilar semejante cortón.

Fernando toma mis manos entre las suyas y acerca sus labios separándose un poco de mí, puedo notar como respira aceleradamente.

—Que no podemos seguir, nena —cierra los ojos fuertemente.

Lo miro con asombro, no puedo creer que nos haya parado en seco de esa manera.

—No me mires así, por favor.

—Es que no entiendo nada... creí que tú también deseabas...

No puedo terminar la frase, la voz se me quiebra, ¿Qué paso aquí? ¡Que alguien me explique, por favor!

—Lo deseo, por supuesto —su mirada es intensa—, no tienes idea de a cuánta fuerza de voluntad tuve que recurrir ahorita para no arrancarte la ropa y hacerte el amor ahí mismo en el centro de tu cocina...

— ¿Por qué no lo hiciste? —Lo interrumpo— ¿Qué te detuvo?

— Que estoy enamorado de ti y quiero hacer las cosas bien — suelta sin anestesia—, quiero que aclares tus sentimientos y pienses con la cabeza despejada como ya te había dicho.

Mi mandíbula ha caído al suelo, ¿enamorado? Esas son palabras mayores, creí que se sentía muy atraído por mí, pero no pensé que a ese grado.

— ¿Eso sientes por mí?

—Exactamente eso, cariño y por eso debes poner en orden tus sentimientos sin la influencia de la irremediable atracción física que existe entre nosotros —sonríe juguetón— nena somos química pura a punto de explotar y yo necesito que dejes fuera eso y pienses con el corazón.

—Me has dejado atónita, ni por un segundo pensé que sintieras...

— ¿Tanto por ti? - interrumpe tiernamente— Ni yo, pero así es, no se puede tapar el sol con un dedo.

—Yo... —trago saliva— no sé qué decir...

— Lo sé, corazón. Sé; acabas de terminar una relación, por eso es mejor que me vaya para dejarte asimilar todo esto.

—Me encantas, Fernando —le digo tomando su rostro entre mis manos—, pero...

—No digas nada ahora, por favor. Entiendo es pronto, sé por lo que acabas de pasar y por eso no quiero presionarte, sabré esperarte, pero sobre todo sabré conquistarte.

—Gracias por comprender y por la paciencia.

—Ni que lo digas, nena —sonríe abrazándome fuerte— mejor me voy, tenerte tan cerca provoca demasiada tentación, no creo poder resistirme otra vez si te beso.

—Y yo no querré que te resistas, así que sí, es mejor despedirnos.

Sonríe tiernamente abrazándome y depositando un beso protector en la frente.

—Hasta mañana, ¿nos vemos cuando salgas del trabajo?

— Por supuesto...

Miro como se aleja, abre la puerta de entrada y la cierra tras de sí. Me dejo caer en la cama con la mirada perdida en el techo, no puedo creer la intensidad de cosas que me han sucedido, estas últimas semanas han sido una locura, una cadena interminable de sucesos desquiciantes. No logro asimilar todo lo referente a Matías, la decepción de su engaño, descubrir la clase de hombre a la que estuve atada tanto tiempo, mi cabeza no logra procesar del todo tan terrible desilusión. Y ahora llega Fernando con su maravilloso trato, siendo ese caballero de brillante armadura con el que soñé desde que era una niña y dice que está enamorado de mí, dispuesto esperar, a conquistarme poco a poco. Simplemente no sé qué sentir. Por un lado quiero salir corriendo a decirle que sí, que me importa un bledo todo y tirarme a sus brazos, pero por otro tengo un miedo atroz a salir herida de nuevo. No tengo la menor idea de qué hacer, quisiera poder tener una bola de cristal mágica y dijera que me depara el futuro a su lado para ir a la segura. Además no puedo dejar de pensar en que opinaran mis padres, mis amigas, es que es tan pronto para relacionarme con alguien de nuevo.

El timbre de la puerta me saca de mis pensamientos... ¿Se habrá arrepentido de irse y viene a terminar lo que comenzamos? Una sonrisa descomunal se dibuja en mi rostro de solo pensarlo, de un brinco me paro y corro hacia la puerta.

—¿Mandaste al diablo a tu cordura?

Pregunto juguetona nomás abrir la puerta y me quedo de una sola pieza. No es Fernando quien tocó el timbre...

—¿Qué diablos haces aquí?

CAPÍTULO XI

No puedo disimular la molestia que me provoca su presencia, las mariposas del estómago se han entumecido dando paso a una rabia incontenible y lentamente envenena mi sistema. No puedo creer la desfachatez de este tipejo, como se atreve a venir a mi casa después de todo lo que pasó.

—Te hice una pregunta, Matías —escupo entre dientes— ¿Qué diablos haces aquí? La última vez que hablamos quedó todo concluido entre nosotros.

Me observa detenidamente, no logró descifrar el matiz de su mirada, parece sumamente molesto, cosa que me tiene completamente sin cuidado, no tiene razón alguna para presentarse aquí con tal actitud, después de todo fue él quien me estuvo viendo la cara de pendeja por demasiado tiempo.

—Insisto, ¿Qué quieres, Matías? ¿A qué has venido?

— ¿Quién era ese tipo que salió de tu casa? ¿Qué hacía aquí tan tarde?

Pregunta con una exigencia completamente fuera de contexto, ¿Quién se ha creído que es para cuestionarme de esa manera?

—No es asunto tuyo...

—Tan rápido hallaste con quién reemplazarme—se ríe con coraje— ¿A dónde se fue todo ese amor que disque me tenías?

—Al mismo lugar donde se fue el tuyo cuando te casaste con otra —la acidez en mi voz me quema la garganta, en serio ¿Qué le da valor a éste imbécil?—, así que ve a reclamarle tus pendejadas a tu santa esposa y a mi déjame en paz.

— ¿Tan fácil eres que te acuestas con el primer tipo que pasa en frente de ti?

¿Es acaso algún tipo de broma macabra? ¿De verdad me está haciendo una escena de celos? Si será cabrón este pedazo de hombre, *de que los hay, los hay*. Respiro profundamente para tranquilizarme, está logrando sacarme de mis casillas y no voy a protagonizar otra *escenita* en plena calle como la de la vez pasada; casi no veo a mis vecinos, pero sé que fui la comidilla y aunque me tenga sin cuidado lo que digan de mí, tampoco voy a darle de comer gratis a las hienas chismosas de enfrente.

—A ti no tengo que darte explicación alguna.

Le digo con firmeza y trato de cerrar la puerta de casa, pero me lo impide

con un empujón introduciéndose de golpe.

— ¿Qué haces? ¡Lárgate! Eres persona no bienvenida, así que por favor evítame el hablar a la policía.

— ¿Quién es ese tipo? —pregunta con rabia.

—No te importa en absoluto, vete de una vez por todas, no me interesa a que has venido ni que querías decirme, sólo quiero que desaparezcas, ¿puedes entender eso?

— ¡Por supuesto que me importa! — grita encolerizado—¡Tú me importas, Alicia! A eso he venido, a decirte que estoy arrepentido, que... te amo.

¿A caso escuche bien? ¿Me ama? ¡Oh, Cielo santo! Es más patán de lo que pensé, este tipejo no tiene remedio alguno.

— ¿Qué? ¿Te has vuelto loco?

—Sí, loco por ti... Alicia, me di cuenta del grave error que cometí, tú eres la mujer de mi vida —cierra los ojos y al abrirlos de nuevo están inyectados de rabia— ¿Quién era ese? Muero de celos solo de pensar que tú y él...

—Matías, eres un reverendo desgraciado, agarra tu amor y lárgate por esa puerta, ve con tu *esposita* a ser muy feliz y déjame en paz de una buena vez...

Mi voz fue aumentando de intensidad hasta terminar gritando, estoy atónita ante semejante estupidez humana, Matías es lo peor de lo peor que existe.

—No puedo... te amo y tú a mí, lo sé, por favor perdona mi pequeño error y continuemos con la boda.

¿Pequeño error? ¿Es en serio? ¿De verdad acaba de decir eso? Siento que voy a vomitar...

— ¿Pequeño error? ¡Te casaste con otra y está esperando un hijo tuyo! ¿Llamas a eso “pequeño error”? Definitivamente estás grave, te urge ir con un loquero, lo tuyo es patológico...

—El hijo no es mío, ella me engañó, recién la descubrí esta mañana... — su voz cargada de rabia, casi escucho como aprieta los dientes al soltar esas palabras— E inmediatamente lo supe, no sentía nada por ella, tú eres la única a la que amo y por eso verte con él me está matando, ¿dime quién es, por favor? ¿Quién es ese cabrón que salió de tu casa? ¿Tu amante?

¿Peor de lo peor? ¡Me quedo corta! Es la escoria más aberrante de la humanidad...

— ¡Que te importa!

—Necesito saberlo... ¿Quién era él?

— ¡Lárgate!

—Alicia, te exijo que me digas quién es, ¿sales con él? —Traga saliva y aprieta los puños tan fuerte que los nudillos se le emblanquecen— ¿te acostaste con él?... ¿Es mejor que yo?

Esto ya es demasiado, no tengo porque seguir tolerando tanta pendejada junta.

— ¡Desaparece, Matías!

Le grito sosteniendo la puerta abierta para que se largue, pero no se mueve ni medio milímetro de su lugar.

—Te hice una pregunta y quiero la respondas, ¿es mejor que yo?

Cierro los ojos tratando de hacer acopio a mi paciencia, sé que está provocándome para que le diga todo, pero no tengo porque darle explicaciones.

—Hablaré a la policía...

Saco mi celular del bolsillo trasero del pantalón para marcar al 066 cuando siento como me jala con fuerza hacia él arrebatándomelo, con mucha violencia estoy aprisiona contra su pecho, me tiene completamente inmovilizada.

— ¡Suéltame!

Forcejamos, no logró zafarme, es mucho más fuerte que yo y está haciéndome daño.

—Contesta mi pregunta, carajo.

Hago acopio de toda mi fuerza y logro soltarme de su férreo agarre...

— ¿Mejor? Por favor, no sólo es mucho mejor que tú en todos los aspectos, es un hombre en toda la extensión de la palabra, ni en tus mejores sueños podrías compararte con él —la rabia en mi voz es tan palpable que me amarga la boca— ¿Contesta esto tu pregunta o necesitas más detalle?

Ha interpretado mis palabras, sabe perfectamente lo que he querido decirle, una ira descomunal cruza su rostro. ¡Ay, Dios mío! Le he dado en donde más le duele...

— ¿Estás enamorada de él?

Pregunta iracundo y la respuesta viene a mi tan clara como él agua, así sin más mis sentimientos se revelan ante mí como una perfecta epifanía.

— ¡Sí! — le grito sin dudarlo— estoy enamoradísima de él, como jamás lo estuve de ti.

El rostro de Matías se desenchaja de coraje, jamás lo había visto de esa

manera, el odio en su mirada me petrifica provocándome oleadas de miedo...

—Si no eres mía, no lo serás de nadie.

La violencia en su voz me hiela la sangre, él ha sido todo lo despreciable del mundo, pero jamás agresivo, aunque en este momento no sé de lo que sería capaz. Trémula doy un paso atrás para alejarme, busco la salida para escapar, pero con un doloroso jalón en el brazo me lo impide aventándome hacia dentro, los pies se trastabillan y caigo al piso, enseguida siento su peso sobre mí tratando de dominarme. Con todas mis fuerzas intento levantarme, pero me lo impide con suma violencia, mis gritos ahogados deben escucharse por toda la calle, espero alguien venga a rescatarme, no tengo idea de lo que pueda ser capaz de hacerme.

— ¡Cállate, zorra! — su voz cargada de coraje estalla en mis oídos como diminutas metrallas— ¡Cállate! ¡Cállate!

Repetía una y otra vez sin apartar su mirada de mí un solo segundo, sus ojos inyectados de odio me asustan al grado de hacerme temblar, está fuera de sí, como si no estuviera aquí, como si en vez de gritarme a mí, lo hiciera a alguien más, tal pareciera que se está desquitando conmigo por lo que le hizo la esposa. De pronto levanta la mano en puño, instintivamente cierro los ojos y trato de cubrirme, pero es imposible, un golpe seco cae sobre mi mandíbula, el sabor a óxido de la sangre invade enseguida mis sentidos, dejándome un segundo como atontada, un poco por el dolor y otro por la sorpresa, jamás lo creí capaz de pegarme, aunque después de como se ha comportado últimamente nada debería sorprenderme. Las lágrimas empiezan a correr a raudales por mis mejillas, siento un miedo atroz a lo que pueda ser capaz de hacerme, todos los esfuerzos por librarme de él son en vano, lo empujo con los brazos, pateo, es inútil, es mucho más fuerte que yo y me tiene dominada contra el suelo frío de mi departamento. Otro golpe cae sobre mi rostro, esta vez va a dar a mi ojo izquierdo seguido de otro a la mejilla, el dolor es tan agonizante que me paraliza por completo, tan solo puedo llorar y rezar para que se detenga.

— ¡Suéltala, imbécil!

Una conocida voz retumba en mis oídos quitándome de un golpe el peso que tenía encima. Es Fernando, no sé a qué regresó, pero agradezco a la Divina Providencia. De un solo empujón me quita a Matías de encima que fue a dar sobre la mesa de centro de mi sala; se avalancha sobre él hasta dejarlo inmovilizado, tan solo puedo escuchar los golpes y los ruegos cobardes de Matías. Aprovecho el sentirme liberada para levantarme puedo.

Fernando se acerca a mí para preguntarme si estoy bien, cuando ve mi rostro martirizado se va otra vez contra Matías que yace en el suelo quejándose de la golpiza que le había propinado.

— ¡Ya no me pegues! —gime cubriéndose el rostro.

—Ahora si llorando, pero muy valiente golpeando a una mujer —dice encolerizado Fernando.

Se acerca a él y de un jalón lo levanta del suelo empujándolo fuera de casa no sin antes dejarle ir un par de puñetazos más.

—Lárgate y no vuelvas jamás, si me entero que vuelves a acercarte a Alicia voy a ir tras de ti, así tenga que sacarte debajo de las piedras y cuando termine contigo desearas no haber nacido, ¿entendido?

Matías no responde, se queda de pie mirándonos con desprecio, una sonrisa retorcidamente ácida se dibuja en su magullado rostro. Da un escupitajo cargado de sangre hacia donde estamos.

—Así que este es el tipejo del que éstas enamorada.

Fernando se gira en ese momento hacia mí, puedo ver un sutil brillo asomar a sus ojos, era exacto lo que él esperaba escuchar de mi esa noche, lástima que tuviera que oírlo de la venenosa lengua de Matías.

— ¡Lárgate de una puta vez, cabrón!

—Buena suerte con ésta zorrita...

Fernando cierra la puerta de la casa con doble pestillo no sin antes cerciorarse que Matías se haya ido. Se acerca a mi lentamente, puedo ver mil emociones que pasan por su rostro, ¿será que las palabras cargadas de hiel de este infeliz han hecho mella en él?

—Tenemos que ir enseguida a un hospital —dice mientras me acaricia con el pulgar mi maltrecho rostro.

—Estoy bien, puedo curarme en casa, gracias.

En este momento sólo necesito que me abrace, que me haga sentir protegida, quiero ternura, no ir a un hospital. En cambio él es todo un tempano de hielo, como si todo este embrollo fuera culpa mía.

—Necesitas que te vea un médico y punto.

Su tono de voz es autoritario.

—He dicho que no —me pongo de pie y camino al baño a buscar el botiquín, *para un necio, necia y media.*

Se queda de pie en medio de la sala observando cómo me alejo, se pasa repetidamente las manos por la cabeza exasperado, no sé qué le sucede, pero su actitud no es la mejor en éste momento.

— ¿Por qué te pones así, Alicia? —Su voz se escucha desesperada— Te estoy diciendo que necesitamos ir al hospital para que te curen como es debido y tú sólo me das la espalda. ¿Por qué eres tan terca? ¿Por qué te portas así?

¡Oh, por Dios! A mí me acaban de propinar una golpiza y el señor se queja de mi actitud, es él quien no está siendo lo que yo necesito ahora. Sí, es verdad, si no hubiera llegado seguro amanecía en la morgue, pero caray lo que necesito ahorita no es ir a un médico sino que me abrace y haga sentir segura, ¿es mucho pedir?

—Y, según tú, ¿Cómo me estoy portando?

—Necia y... no sé... fría...

— ¿Fría yo?, pero si eres tú quien no ha mostrado ternura hacia mí, quien no me ha abrazado... Tan solo te has dedicado a repetir como tonto que hay que ir al médico...

—Hay que ir, mírate.

—No quiero y si es lo único que se te ocurre hacer ya te puedes ir por donde viniste, gracias por salvarme. Adiós.

Sé que él no tiene la culpa de nada, pero me está sacando de quicio su terquedad y falta de consuelo, no necesito un jodido doctor, lo necesito a él, abrazándome, punto.

—Alicia, no te pongas así, por favor...

—Cómo quieres que me ponga, tu actitud es nefasta, como si yo tuviera la culpa de todo.

—¿Qué? ¿Cómo se te ocurre? —abre los ojos como plato— ¿De dónde sacas semejante idea tan absurda?

—De tu actitud, de dónde más —resoplo—, desde que él infeliz ese se fue no te me has acercado, has estado distante, como molesto, solo repites inútilmente: hay que ir al hospital. Así que en vez de preguntarme que me pasa a mí, no me dices tú porque demonios estás así.

Fernando se queda en silencio mirándome, abre la boca varias veces, pero en seguida la cierra de nuevo. Está luchando una batalla interna, puedo ver como el coraje surca su rostro.

—Alicia... yo... es que... no sé cómo manejarlo —suelta al fin—, no soporto verte así, tu rostro tan lastimado, quisiera matar a ese cabrón con mis propias manos, la rabia que siento es incontenible, por mí lo hubiera destrozado a golpes, me detuve por ti, porque me preocupe más por tu bienestar.

—No lo parecía...

—Alicia, no digas eso —me interrumpe y se acerca a mí para tomar mis manos entre las suyas—, por favor. No tienes idea de cómo estoy sufriendo, no sé cómo reaccionar, no sé qué hacer. Insisto en ir al médico porque es lo que me parece correcto. Entiéndelo de una vez, estoy enamorado de ti y verte así de ultrajada me enerva la sangre...

Encontramos nuestras miradas, puedo ver la angustia en sus ojos. Se acerca y me abraza fuertemente, besándome la frente con toda la delicadeza de la que es capaz.

—Me está matando verte así... Si yo no me hubiera ido, si hubiera estado aquí contigo.

—El hubiera no existe, y tú no podías saber...

—No podía saber, pero no puedo evitar pensar que si me hubiera quedado...

—No te atormentes culpándote, él único culpable es el imbécil ese...

—Shhhh

Pone un dedo en mis labios para silenciarme.

—Ya no lo menciones porque enfurezco más.

Asiento con la mirada y me pego a su pecho, aquí, en sus brazos, todo está bien, no hay peligro alguno si él está junto a mí, me siento protegida.

—¿Así que enamorada de mí? —dice de pronto levantando mi barbilla con su dedo índice.

—Algo hay de eso.

Sonrió pícaramente mientras lo observo. No lo puedo creer que tan pronto sienta algo así, pero es verdad, estoy enamorada de él. Es algo que va más allá de mí, el corazón me tiembla tan sólo por tenerlo tan cerca.

—¿Algo o mucho?

Me quedo en silencio, quiero responderle, pero tengo miedo. Fernando me observa detenidamente como buscando la respuesta, hasta que ya no aguanta más y me pregunta directamente y sin rodeos:

—Alicia, ¿estás enamorada de mí?

Suspiro fuertemente, claro que lo estoy, mucho, pero tengo miedo de admitirlo... y si le demuestro lo que siento, todo cambia y sufrir de nuevo.

—¿Alicia?

Con su dedo índice levanta mi barbilla, acerca sus labios a los míos, así tan cerca, la razón se me nubla.

—¿Estás enamorada de mí?

Pregunta de nuevo, el corazón se me acelera...

—Sí, Fernando, estoy enamorada de ti —respondo al fin—, muy enamorada...

CAPÍTULO XII

Aspiro lentamente el humeante aroma de mi café, sostengo la taza con ambas manos para calentarlas un poco, hoy el amanecer trajo un frío intenso que cala los huesos.

Adormilado todavía, Guanajuato se despierta lentamente. Desde la ventana de mi cocina puedo admirar como el alba se eleva sigilosa desde el horizonte, unos cálidos, pero tímidos rayos de sol bañan con luz dorada los tejados de las viejas casas de ésta hermosa ciudad; su calidez despierta a la perezosa neblina que, sin prisa, se eleva en las adoquinadas calles creando un mágico espectáculo donde, si se observa con atención, pueden vislumbrarse las sombras de las almas que alguna vez pasaron por aquí, corazones que latieron de amor, tantos siglos de historia de ésta romántica ciudad. Mi mente divaga imaginando a las parejas que se han reencontrado en la eternidad, algunas debieron pasar toda una vida juntas, separadas tan sólo por la caprichosa muerte, otras tal vez en vida no lograron coincidir en su paso por la tierra, encontrándose al fin en el más allá y hoy esperan cada madrugada para disfrutar del amor imposible en la vida... ni la misma muerte pudo destruir. Hay amores que duran toda la vida, otros que perduran aún después de ella; esas almas han viajado juntas por siglos, buscándose en cada existencia, sin tener en todas la suerte de hallarse.

¿Será que Fernando y yo somos almas viajeras perdidas entre tantas vidas y al fin en esta nos logramos encontrar? ¿Alguna vez, años atrás, ya paseamos enamorados por estos callejones? Tal vez fuimos aquellos famosos desdichados amantes del callejón del beso y, ahora, muchos años después, el destino nos regala la posibilidad de consumir nuestro amor.

Me río ante las ocurrencias de mi loca imaginación, siempre he sido una romántica empedernida, pero ahora sí que estoy delirante.

Unos fuertes brazos rodeándome la cintura me sacan de mis desvaríos. Cierro los ojos y dejo querer, sus traviosos labios ya se han apoderado de mi cuello provocando sutiles descargas eléctricas que me erizan la piel.

—Buenos días, cariño.

Susurra Fernando junto a mi oreja al tiempo que mordisquea juguetonamente el lóbulo.

—Mmmmm

Ronroneo girándome hacia él para enroscar mis manos en su cuello y

besarlo con dulzura en los labios.

—Ahora sí son buenos días, guapo.

Una deslumbrante sonrisa ilumina su rostro mientras sus manos aferradas a mi cadera; pega su cuerpo al mío que puedo sentir en el vientre ese gusto que le da tenerme en sus brazos.

—La cama sin ti está muy fría, ¿Por qué me has dejado solito en ella?

—Me apetecía un café, ¿gustas uno?

—A mí, a ésta hora, sólo me apetecees tú.

En su grave voz vibra una sexy promesa que me hace sentir escalofríos anticipados de placer.

—¿Te sirvo el desayuno en la cama?

Le pregunto traviesa y un destello de malicia brilla en sus oscuros ojos, sus labios atrapan los míos en un beso de esos que te hacen despegar los pies del suelo para ir a volar un rato al firmamento.

Sin dejar de besarnos avanzamos hacia mi recámara dejando en el camino, desperdigada por doquier, la poca ropa que traíamos encima. Nuestras manos se afanan en acariciarse, no hay centímetro de la piel del otro que pase desapercibido. Caemos en la cama entrelazados, Fernando suelta mis labios y lentamente baja del cuello hacia mi vientre desperdigando húmedos besos que me llevan a tocar el cielo. Mis manos se aferran a la sabana, me tiene enloquecida de deseo, despacio sube de nuevo hacia mi boca besándome salvajemente, con mordidas que me hacen gemir. Mis piernas se enroscan a su cintura y él entra en mí de una sola vez haciéndome gritar de puro placer...

—Así es como me gusta dar los buenos días, señorita.

Levanto mi cabeza de su pecho para mirarlo, sus labios dibujan la más encantadora de las sonrisas mientras su mano juguetea con mi cabello.

—Creo que podría acostumbrarme —me despego de él y descansando mi cabeza sobre mi mano—, es cuestión de hacer hábito, ¿aplica todos los días?

Fernando sonrío ante mi ocurrencia jalándome de nuevo hacia él para darme un sonoro beso en los labios.

—Por supuesto, querida. Se toma como medicina, todos los días.

—Me vas a hacer adicta.

—Esa es la intención —me guiña el ojo—, que te hagas adicta a mí, a mis caricias y mis besos.

—Lo estas logrando, querido.

Fernando me abraza más fuerte y yo cierro los ojos disfrutando el

momento. Se siente tan bien estar así, en sus brazos, olvidándome de que hay un mundo allá afuera. Solo él y yo, nada más. Sin embargo, por más que quisiera pasarme aquí, en sus brazos, el día —más bien, la vida entera—, hay responsabilidades que cumplir, el trabajo una de ellas. Ni siquiera he volteado a ver el reloj, no quiero darme cuenta de la hora para levantarme de la cama e ir a la oficina. Pero debo hacerlo. Soltando un chasquido estiro la mano para ver la pantalla de mi celular. Son las 7 de la mañana. Es hora de volver a la realidad.

—No quiero ser yo quien rompa el encanto, pero es “san lunes”, debemos ir a trabajar.

Un breve silencio se hace entre nosotros. Puedo sentir como se le agita un poco la respiración. Lo entiendo, yo tampoco quisiera moverme de aquí, se esta tan maravillosamente bien entre sus brazos. Con delicadeza, Fernando levanta mi cara hacia él para mirarme, un rictus de coraje se refleja en su rostro.

—No puedes presentarte en la oficina luciendo así —escucho como a prieta la mandíbula fuertemente.

—¿Cómo así?

—¿No te has mirado al espejo, verdad?

Instintivamente llevo las manos al rostro, ¿tan maltrecha me dejaron los golpes de este imbécil? De un brinco salto de la cama y corro a mirarme al espejo del tocador. Un grito histérico sale de mis entrañas. Me dejó como Santo Cristo. No sólo no puedo ir así a la oficina, no puedo salir así a la calle. Ni ver a nadie, harían muchas preguntas y podría llegar a oídos de mis padres. ¡Oh, por Dios! Si mi papá se entera se arma una tragedia griega.

Sin poder evitarlo las lágrimas empiezan a correr a raudales por mis mejillas. ¿Cómo se atrevió a golpearme así? ¿Con quién diablos estuve todo este tiempo? ¿Qué clase de animal es?

Al percatarse de mis lágrimas, Fernando se acerca a mí y me abraza fuertemente.

—Tranquila, todo estará bien, cariño.

—No puedo salir así.

—Habla a la oficina para reportarte enferma o lo que se te ocurra —me observa con detenimiento—, necesitas como mínimo una semana para que no se note.

¿Una semana? Es demasiado tiempo, ni en mil años mi jefe me dejaría ausentarme tanto tiempo, ni siquiera con justificante médico. Si por él fuera,

trabajaríamos hasta los domingos. Es lo que se conoce coloquialmente un negrero, un total y auténtico negrero. Aunque pensándolo bien me deben mis vacaciones, a regañadientes, pero ya las había autorizado, las cancelé porque fue necesario. Ahora es buen momento para usarlas, ya las firmó, son dos semanas, en ese tiempo me podré recuperar del todo.

—Ya sé que haré.

Mi tono de voz triunfal provoca una mirada de interrogante en Fernando.

— ¿Qué estas fraguando?

— ¡Vacaciones! —grito eufórica— me deben mis vacaciones y estaban autorizadas, las cancelé porque ya no las utilizaría.

— ¿Eran para la luna de miel? —pregunta adusto.

— Y por obvias razones las cancelé.

Le digo sonriendo y le robo un beso para quitarle el ceño que le provocó la mera idea. Sé que no es por celos, sino por coraje hacia ese imbécil.

— ¿Te las darán ahora?

—Por supuesto.

— ¿Cuánto tiempo son?

—Dos semanas.

Fernando se queda callado, como pensando. Se separa de mí, camina hacia la cama para tomar su celular de la mesilla de noche y sale de la habitación. Me ha dejado ahí de pie, sin decirme nada. ¿Qué estará tramando?

Después de lo que parece una eternidad, pero que a decir verdad no fueron más de cinco minutos, regresa con una sonrisa triunfal en los labios.

—Nos vamos de vacaciones, cariño.

¿Nos vamos? ¿Cómo? ¿A dónde?

— ¿Qué dices?

—Que acabo de avisar en la oficina que me ausentaré dos semanas.

— ¿Y así, sin más, te han dejado?

—Ventajas de ser jefe — dice fanfarrón guiñándome el ojo— soy dueño de mi tiempo. A veces tiene sus cosas buenas ser un engréido abogado cobrador, ¿no, crees?

Me río a carcajadas por su ocurrencia. Recuerda a la perfección todo lo que le digo, eso lo comenté la primera vez que nos vimos. Que buena memoria y, sobre todo, cuanta atención me pone.

—Eso veo, señor licenciado. ¿Y a dónde iremos? Digo, si se puede saber.

—¿Tienes visa?

—Sí, claro... pero quedamos en que nadie me viera así...

—Aquí en la ciudad, querida —sonríe tomando mis manos entre las tuyas—, donde pueden verte conocidos.

—Pero igual la gente me verá, como animal de circo.

Me cruzo de brazos haciendo un puchero. Sí, muy romántico pensar irnos a algún lugar paradisiaco o no sé, pero no quiero que la gente me mire así como estoy, traigo el rostro igual a *Rocky* después de una pelea.

—Te entiendo, pero son dos semanas —me abraza pegándome a él y acariciando mi mejilla—. Podemos pasarnos la primera encerraditos aquí en tu casa: sushi, pizza y muchas películas... la segunda semana ya estarás mejor y nos iríamos unos días a algún lado. ¿Qué te parece?

— ¿Y qué lugar tienes pensado?

—No comas ansias, ya lo sabrás —sonríe misterioso—, mientras iré al supermercado para abastecernos para una deliciosa semana tú y yo encerraditos en casa.

Sus ojos arden al mencionar las últimas palabras, puedo leer en ellos que me espera una semana muy intensa a su lado. Fernando y yo una semana solitos en casa, nada más imaginarlo me arde la piel de la anticipación.

CAPÍTULO XIII

Mantenerme oculta de mis padres esa primera semana no fue tan complicado. Si bien los veo cada dos o tres días y almuerzo con mi madre una vez a la semana, para ellos no es raro que cuando tengo mucha carga de trabajo me desconecte por completo del mundo y me concentre de lleno en mis preciados manuscritos. Mientras mantenga continua comunicación —una llamada cada noche—, para ellos es suficiente, son muy comprensivos con su hija adicta al trabajo. Si pude torearlos a ellos, mis amigas fueron pan comido. Mensajitos constantes, llamadas diarias, y ellas contentas. Mismo pretexto, mucho trabajo. De esta manera pude mantener a raya a mis seres más queridos, por nada del mundo quería que me vieran en tales condiciones, lo menos que deseaba era provocar problemas mayores. No por proteger al desgraciado de Matías, sino para evitar que mi padre se metiera en un grave problema, porque de enterarse seguramente su reacción inmediata sería la de partirle la cara al infeliz y la verdad no me gustaría ver a mi padre involucrado en algo así. La reacción de mis amigas sería algo parecido. Así que lo mejor que pude hacer fue mantenerlos a todos al margen.

Toda esta semana Fernando no se me ha despegado para nada, hemos estado encerrados en casa, tan solo salimos a poner la respectiva denuncia. Por un lado yo me resistía, pero él me hizo *casi manita de puerco* para ir a la procuraduría a demandarlo. Y es que mi reticencia no era otra cosa más que el viacrucis por donde pasan las víctimas de violencia de género en esas dependencias. La mayoría de las veces pareciera que la agredida fuera el delincuente, más que interrogatorio, hay momentos que te sientes como torturada para sacar información, tan solo les falta el famoso “*tehuacanazo*” para ser una mala película policiaca mexicana, de esas de los años setenta. Y quienes peor te tratan son las mujeres. La solidaridad femenina se la pasan por el arco del triunfo. No cabe duda, son más machistas algunas mujeres, que los mismos hombres. Inconcebible.

Y después del trago amargo que duró casi todo un día, Fernando y yo nos refugiamos en mi casa el resto de la semana. Pizzas, sushi y palomitas fue nuestra dieta; *Netflix* nuestro entretenimiento, casi agotamos todas las películas de su repertorio, además de las series más de moda, incluida “Gran Hotel” que volví a ver gustosa porque Fer no la había visto. Ahora sí que desquité los exageradísimos 99 pesos que me cobran mensualmente. Otra

cosa que nos repasamos de principio a fin y de regreso fue el *kamasutra*. Y creo que hasta nos inventamos algunas que bien merecerían ser incluidas en el dichoso librito, son altamente recomendables. En pocas palabras, vivimos una luna de miel en casa, disfrutándonos al máximo.

Lo que no he logrado sonsacarle bajo ningún método de convencimiento es a donde nos vamos el lunes. Se ha mantenido hermético en lo referente al viaje. Ya hoy estamos a domingo y no tengo la más mínima idea de qué empacar.

— ¿Qué ropa debo llevar para nuestro viajecito?

Le pregunto con desenfado tratando de ocultar, inútilmente creo, mi enorme curiosidad. Estoy frente al *closet* con la maleta abierta junto a mí y sin saber que ropa meter en ella. Espero que esta táctica funcione para que me diga a dónde vamos, las ansias me están matando, no puedo creer que aún no me diga nada, yo no me aguanto cuando quiero sorprender, acabo diciéndolo antes de tiempo, me gana la desesperación. Ah, pero Fernando es todo un experto en no soltar prenda, me está acabando.

—Buen intento —sonríe malicioso mientras me abraza por la espalda y me da un beso en la mejilla—, pero no diré nada.

— ¿Entonces qué empaco?

Digo haciendo un mohín de niña chiquita y cruzándome de brazos en clara señal de berrinche. Sí, lo sé, ya estoy grandecita, pero es que en serio la curiosidad me está matando.

—Te ves hermosa así, pero no me convences. Por mí no empaques nada, solo ropa interior sexy...

—Para seguir encerrados mejor nos quedamos aquí. Para que ir tan lejos a donde sea que vayamos, si no vamos a salir de la recámara...

Fernando está más que atacado de la risa, sus carcajadas se escuchan en toda la casa.

— ¿Tan divertida le parezco, señor mío?

Mi tono de voz suena un poco enfadado, no me agrada la idea de que se burle de mí.

—No tienes una idea, mi vida.

Contesta jocosamente, pero de inmediato se pone algo serio al ver mi semblante. Se acerca de nuevo a mí y me rodea con sus brazos. Sus labios buscan los míos...

—Nada de besos hasta que me digas...

Arquea la ceja con una sonrisa traviesa.

— ¿Segura?

—Por supuesto...

Nos quedamos mirando fijamente a los ojos, como aceptando el reto.

—Como digas, cariño.

Su sonrisa es encantadora, pega su frente a la mía acercando tentadoramente sus labios a los míos, pero me resisto. Tener tan cerca su boca es casi irresistible, pero me aguanto. Él atormenta mi curiosidad, yo lo atormento a él, es justo. Aunque en este caso también me perjudico porque qué difícil es estar sin besar esos labios carnosos y dulces.

—Así es, mi vida. —le guiño un ojo y regreso al *closet*— entonces...
¿Qué empaco?

—Ropa fresca para el calor y alguna chamarra que te combine con todo —su tono es serio, pero puedo notar como reprime la risa, se divierte a mi costa.

—No quieres darme pistas, ¿verdad?

—Ni una, cariño.

—No sé para qué tanto misterio, llegando al aeropuerto me voy a enterar, no puedes guardar tu dichosa sorpresita hasta llegar al destino.

Le digo en tono triunfal mientras paso los ganchos dentro del *closet* buscando blusas vaporosas. Trato de meter prendas de colores neutros combinables entre sí para no sobrecargar la maleta, me duele el codo solo de pensar en pagar exceso de equipaje. Aunque en el fondo quisiera meter muchísimo para así tener opciones a elegir, más cuando no tengo idea del destino, sabiéndolo sería más fácil elegir poca ropa porque tendría una mejor idea de que vestiría, pero este hombre y su mutismo no me ayudan mucho.

—Guardaré el secreto el mayor tiempo que me sea posible, no entiendo cuál es tu insistencia, creía que a las mujeres les encantan las sorpresas...

— ¡Instantáneas! —lo interrumpo con vehemencia.

— ¿Instantáneas?

—Sí, cariño—pongo los ojos en blanco, los hombres no entienden nada de nada—, nos gusta que nos sorprendan sin saber con antelación que lo harán, ¿captas?

Fernando se queda peor que al principio, su cara de “¿Qué diantres quieres decir con eso?”, me deja más que claro que no me capto la idea en absoluto.

—Es tan fácil...

—Amor, saca las manzanitas que soy hombre, acuérdate. Ustedes porque

tienen muchos más *gigas* de entendimiento.

¡Mi vida! ¡Ternurita! Claro que tenemos mayor capacidad de discernimiento, aun no tengo claro porque nos denominan el sexo débil si es históricamente sabido que somos bastante más inteligentes... y lógicas.

—Nos gusta que nos sorprendan, pero precisamente eso, que sea una sorpresa sin saber nada antes de que nos la den. Somos demasiado curiosas para aguantarnos el saber que nos van a regalar algo o llevar algún lugar sin conocer el qué y el dónde. Por eso no debemos saber que nos van a sorprender, simplemente decírnos en el momento.

—Ahora si te entendí. Por eso es que te mueres de curiosidad.

—Exactamente, cariño. Me hubieras dicho que nos íbamos de viaje un día antes o el mismo día de ser posible...

Se levanta lentamente de la cama para acercarse a mí y rodearme con sus brazos con mucha ternura.

—Cariño, ¿te he hecho sufrir mucho entonces estos días?

—Mucho... eso es maltrato psicológico.

—¿Quieres saber a dónde vamos?

—¡Por favor!

—¿Qué me das a cambio?

Su sonrisa ensanchada pícaramente. Sé perfectamente por donde va su pedimento.

—¡Sorpresa!

Me has hecho sufrir, ahora te toca a ti, guapo.

—*Touche...*

—¿Trato hecho?

—Los tratos contigo los sello sólo con un beso...

No lo dejo terminar de hablar, secuestro sus labios con los míos y lo beso con toda la sensualidad de la que soy capaz, succionando suavemente y elevando poco a poco la pasión. Mis manos se aferran a su cuello mientras sus manos a mis caderas. Le doy mordiditas y jugueteo con mi lengua, subiendo poco a poco de intensidad hasta sentir como la temperatura se eleva a grados insospechados. Cuando siento que lo he llevado casi a un paso de enloquecer, me separo sutilmente para mirarlo a los ojos...

—Entonces, cariño. ¿A dónde vamos?

—A Las Vegas, mi vida —me responde casi sin aliento.

Quedo estupefacta. ¿Las Vegas? ¡Qué emocionante! Siempre he querido conocer la ciudad del pecado, y nada mejor que visitarla con quien quiero

cometerlos todos.

—¿Las Vegas? —pregunto emocionada.

— Las Vegas, mi amor.

Contesta con misterio y un brillo especial en los ojos... ¿Habrá algo más que no me ha dicho?

CAPÍTULO XIV

No puedo dejar de parpadear. Las luces de Las Vegas me deslumbran a los lejos a través de la diminuta ventanilla del avión. Asombroso, había leído en algún lugar de la intensidad luminiscente de la ciudad del pecado, pero creía eran simples exageraciones, ¿Cómo podía creer que fuera cierto que eran visibles aún desde el espacio? Que equivocada estaba. Las Vegas es todo un ente brillante que me recibe en medio de la noche.

—Impresionante, ¿verdad?

Me pregunta Fernando al percibir mi emoción. Mi vista esta fija en dirección a la ciudad que nunca duerme y ansiosa nos espera en tierra de un momento a otro.

—Es un sueño —suspiro y me giro hacia él que tiene su vista clavada en mí.

—El más hermoso de mi vida—responde con vehemencia. Algo me dice entre líneas y no se refiere precisamente a la ciudad. Pensar que es sobre mí su alegría provoca se me suban los colores al rostro, es todo un encanto—
¿Estás feliz?

—Muchísimo —asiento con energía— gracias por el viaje...

—Shhh.... Ni siquiera lo pienses — interrumpe llevándose mi mano a sus labios para depositar en ella un dulce beso cargado de promesas —el placer es todo mío, cariño.

El brillo en su mirada hace que me olvide por completo del mundo exterior. Creo que irradia más luz que diez veces Las Vegas. Hay algo diferente en él. Su forma de mirarme es especial, como si me guardara algún secreto que estuviera ansioso por revelar. Creo el viaje trae sorpresa incluida, pero ni me molesto en tratar de averiguarla, dudo mucho que logre sonsacarle algo al respecto. Fernando puede ser muy reservado cuando se lo propone.

—Hay algo misterioso en tu sonrisa, ¿Qué trama usted, señor?

—No comas ansias, mi vida —suavemente me jala hacia él para envolverme en sus brazos. —todo a su tiempo, tú déjate sorprender.

Pongo los ojos en blanco. Ya sabía que no soltaría prenda, ni sé para qué pregunté.

—Me encanta don Misterio —le digo entre risas.

—Y lo que te falta por descubrir...

No puedo explicar lo que sus palabras me hacen sentir. Es una mezcla

extraña entre curiosidad y un poco de ansiedad. Me gusta el no saber todo de él. Ir descubriéndolo lentamente. Sorprenderme cada día al conocer una nueva faceta de su personalidad. Es refrescante. Sin embargo, me da algo así como un ataque de pánico. Yo creía conocer por completo a Matías y resulto ser completamente distinto. ¿Cómo me va a ir con Fernando? De él conozco prácticamente nada. Es imposible no sentir miedo, si el conocido resulto escoria, ¿Qué puede resultar el desconocido?

Sacudo sutilmente la cabeza para alejar todos esos tóxicos pensamientos. No es el momento, ni el lugar. Ahora sólo debo disfrutar, ya después profundizaré en eso de conocernos mejor. Mientras me aferro a su cuello regando diminutos besitos. Su perfume y aroma natural crean un olor perfecto, embriagante. Suspiro profundamente. No importa el futuro, si nos conocemos mucho o poco. Quiero vivir aquí y ahora.

—Hasta acá puedo escuchar los engranes de esta inquieta mente —me susurra al oído mientras levanta mi cabeza para mirarme a los ojos— ¿En qué tanto piensas, amor?

No es momento para el tema en cuestión que tiene trabajando a mi ratón. Estamos llegando a Las Vegas, la ciudad del pecado. Es momento de diversión. Lo mejor es posponer esto de que debemos ir más despacio y conocernos mejor para cuando regresemos a Guanajuato.

—En nada importante —sonrío y enrosco mis manos detrás de su cuello — ya quiero aterrizar y conocer este sueño de ciudad.

—Eres muy mala mentirosa —me golpea juguetón con su índice en mi nariz—, ¿en qué pensabas? —insiste acercando seductoramente sus labios a los míos.

—En nada, ya te dije.

Me río nerviosa dándole un casto y fugaz beso en los labios.

—Lo dicho, mala mentirosa —se ríe a carcajadas—ya encontraré el modo de que me digas que tanto pasaba por esa cabecita tan inquieta.

Pega dulcemente su frente a la mía cerrando los ojos. Pareciera que quisiera extraer de mi mente eso que no me atreví a decirle. No quiero arruinar el momento, todo es tan maravilloso que me abruma. Trato de disfrutarlo, pero esa vocecita en mi cabeza sigue atormentándome con la idea que es demasiado perfecto y en algún lugar de su hermoso cuerpecito deben andar las letras chiquitas con su defecto de fábrica. Insisto en buscarle el lado malo. Estoy dándole sentido a la frase burlona esa: *“Las mujeres son tan exigentes que si aparece el príncipe azul no es del azul que quieren”*. Me

convertí en un vil y asqueroso estereotipo. Honestamente, le temo al *chingadazo* que me voy a dar cuando las nubes de algodón por las que me tiene flotando se desvanezcan. Desde esta altura, a la que me ha subido con sus encantos, la caída será mortal. Pero del suelo no paso, aunque los moretones emocionales ni con la mejor árnica lograré quitármelos.

Abre los ojos para observarme detenidamente y no puedo evitar perderme en la oscura noche de su mirada. Es tan intensa que desnuda las emociones. Con delicadeza sube su mano a mi mejilla para acariciarla mientras sus labios se acercan a los míos para fundirse en un tierno beso que suavemente va subiendo de tono hasta alcanzar ese tipo de intensidad que pide a gritos posiciones más cómodas... e íntimas. Sus manos se aferran a mi cintura acariciando la espalda por debajo de la blusa. En respuesta me aferro a su cabello dándole pequeños jaloncitos que le encantan. Sus labios sueltan los míos y descienden para explorar mi cuello, echo la cabeza hacia atrás para darle todo el acceso posible...

—“*Excuse me. Fasten your sit belts and place your sits in a vertical position. We are about to land*”.

(Disculpen, pueden enderezar sus asientos y abrocharse el cinturón. Estamos a punto de aterrizar)

La mecánica y fría voz de la azafata nos asusta bajando de golpe la excitación. Con un atravesado “*sorry*” de Fernando nos separamos riéndonos como un par de adolescentes pillados por sus padres. Ya bien acomodados en nuestros lugares, toma mi mano con las suyas para llenarla de besos mientras me guiña un ojo seductoramente. Es promesa implícita; llegando al hotel terminaremos lo interrumpido.

Un elegante y largo auto color negro nos espera afuera del aeropuerto. Al parecer es parte del servicio de transporte que va incluido en el paquete especial que Fernando adquirió. Por lo lujoso del vehículo supongo no fue nada barato, no le pregunto al respecto de los gastos porque es muy delicado con eso. En todos estos días no me ha permitido desembolsar ni el costo de una pizza siquiera. Sin embargo, creo que esto ya es mucho más que un quién paga la cena a domicilio, lo correcto será cooperarle algo. Cuando llegemos al hotel tocaré el tema.

Las Vegas es una ciudad impresionante. Estoy completamente lampareada, luces y más luces brillantes por todos lados. A medida que el

auto avanza me deleito observando por la ventana los hermosos edificios que veo en el camino. Lujo y diversión definen a la perfección la esencia de esta ciudad. Ahora comprendo porque dicen que nunca duerme, son las once de la noche, hay mucho movimiento por todos lados, gente en las calles, tráfico y más luces. No cabe duda Las Vegas tiene vida propia. Muy divertida, por cierto.

Nos detenemos frente a un imponente edificio. Es alto, pero delgado como un paréntesis. Frente a él se extiende un enorme lago artificial donde miles de chorros de agua danzan armoniosamente. Estoy prácticamente boquiabierto ante la majestuosidad del hotel. No puedo recordar su nombre, pero esta enorme fuente la he visto antes en películas y en casi todas las postales de Las Vegas.

—Es el Hotel *Bellagio* —me aclara Fernando al ver mi cara de curiosidad—, esta fuente es sin lugar a dudas la más famosa de toda la ciudad. Si no tienes una foto aquí, no viniste a Las Vegas.

No le contesto, tan solo puedo asentir con la cabeza abriendo la boca. Estoy más que asombrada, es absolutamente hermoso el hotel. Frente a él se eleva irreverente una copia iluminadísima de la torre Eiffel.

—Ese es el hotel París —menciona al notar la dirección de mi mirada. Puedo jurar; su tono de voz es igual al de los guías de turistas—, muy hermoso, pero no tan lujoso como éste.

Fernando extiende su mano invitándome a caminar delante de él para seguir al botones con nuestro equipaje.

Si por fuera impacta, por dentro te cautiva. El *Bellagio* es un hotel que exuda magnificencia por cada poro de sus carísimos tapices y alfombras. No hay rincón que este descuidado, cada minúscula parte ha sido delicadamente decorada. La palabra lujo no alcanza para describirlo, es más bien excelso.

Caminamos por el pasillo central hasta la zona de elevadores. Llegamos en cuestión de segundos al piso donde esta nuestra habitación, el joven nos guía por un largo pasillo hasta llegar a la puerta que en letras doradas tiene escrito: *Cypress suite*.

¿Una *suite*? ¿Reservó una *suite*? Creo que los gastos de éste viajecito exceden por completo mi capacidad económica. Ya no estoy tan segura de tocarle el tema financiero. Aunque una parte de mi piensa que es lo correcto, mi billetera sufre al pensar cooperar siquiera con la cuarta parte. ¡Fernando es un despilfarrador! Pero con mucho estilo.

El botones nos abre la puerta de la habitación. ¿Despilfarrador? Me quedo corta, es un loquillo gastador compulsivo. La mandíbula casi se me cae al suelo de la impresión. Ante mi vista se extiende una hermosa sala de piel frente a un gran ventanal con vista directa a la famosilla fuente. También hay un comedor de hermosa madera color maple. La mesa esta elegantemente puesta. Velas, vajilla, platería acompañados de manteles y servilletas blancas. Un hombre ataviado con esos trajes como de pingüino espera parado junto a ella. A penas nos ve entrar se desbarata en palabras atentas en inglés y destapa la botella de vino tinto que estaba sobre la mesa.

Es todo tan lujoso, que me siento un poco abrumada. Fernando le da unos billetes al joven botones y con una reverencia se retira. El Señor Pingüino que viene hacer una clase de mayordomo o “*concierge*” como me susurro Fer al oído, nos invita con un ademán a sentarnos. Muero de hambre, todo lo que se ve servido luce delicioso, pero antes de sentarme necesito refrescarme un poco. Me disculpo y dirijo al baño, intuyo está detrás de la pared junto al comedor.

Una gigante cama se extiende ante mis ojos. Se ve comodísima. Ataviada con un suave cobertor color crema con cojines en un intenso turquesa combinando a la perfección con el tapiz de damasco que está en la pared detrás del cabezal. Frente a ella se extiende otro ventanal con una inigualable vista de la ciudad. El baño es un sueño en mármol grisáceo con accesorios en tonos dorados. La *suite* grita glamour por todos lados.

No tardo mucho en el tocador. En pocos minutos me reúno de nuevo con Fernando en el salón principal. En seguida se levanta del asiento para estirar la mano y atraerme hacia él. El *concierge* jala educadamente la silla para que yo me siente.

Una exquisita tabla de quesos artesanales está en medio de nuestros platos. Le doy un sorbo a mi copa de vino y pruebo uno de ellos. Delicioso.

— ¿Te gusta todo esto, cariño? ¿Estás muy callada?

Puedo notar el nerviosismo en el tono de su voz. Claramente busca consentirme. Y se lo agradezco. Pero en mi interior me siento un tanto intimidada, obvio he estado antes en hoteles cinco estrellas, pero esto es por mucho lo más lujoso que he visto en mi vida, apuesto que es una categoría siete estrellas, si es que existe.

— ¡Es hermoso! —Le respondo sonriendo para tranquilizarlo—, sólo estoy un tanto cansada... y hambrienta.

—Me imaginé que llegaríamos con hambre. Te encantará el menú que

elegí para la cena— guiña un ojo emocionado—, creo que ya me he ido aprendiendo tus gustos.

Un mesero entra empujando el carrito de servicio. Alcanzo a ver las curiosas campanitas de metal que cubren platos. Siguiendo el protocolo correcto el mesero lo coloca delante de nosotros, al destaparlos un delicioso aroma inunda mis sentidos abriéndome aún más el apetito. Todo se ve delicioso.

—Sí que me ha observado, señor.

Le comento a Fernando al ver el *rib eye* que humea en mi plato acompañado de puntas de espárragos. Sin lugar a dudas de mis comidas favoritas. Soy totalmente carnívora.

—No tienes una idea de que tanto, nena —alcanzó a percibir el doble sentido implícito en sus palabras y el brillo en sus ojos confirmándolo.

— ¿Ah, sí? A ver qué tanto me conoces —lo miro fijamente como retándolo— ¿Qué termino esta la carne?

—Por supuesto que tres cuartos, casi cocido y suave por dentro — guiña coqueto el ojo—, es el que te gusta ¿no?

Sonrió sorprendida. De verdad que en pocos días me ha aprendido a conocer muy bien, hasta el más pequeño detalle de mis gustos culinarios ha sido objeto de su atención. Así cómo no enamorarse de él, caray. Me la pone muy difícil, quiero ir un poco más lento, pero cada detalle suyo me toma descolocada y hace que vaya más en caída libre directo y sin escala alguna a sus brazos. Total, si me rompo de nuevo la crisma al menos es con alguien que me está haciendo sentir a las mil maravillas.

¡Cupido por favor que esta vez sea el bueno, te lo suplico!

CAPÍTULO XV

Los suaves rayos del sol que se cuelan por la cortina me obligan a abrir los ojos. Remolineo en la cama, no quiero despertar. Estiro la mano por el lado derecho buscando a mi adorado tormento, pero me encuentro con la cama vacía. ¿Dónde estará Fernando? Me incorporo rápidamente, sentirme sola en una ciudad desconocida es una sensación bastante desagradable, me provoca un poco de ansiedad. Lo llamo repetidamente por su nombre y nada. Es una *suite* grande, más no lo suficiente para que no escuche, así que no está aquí. Me levanto de la cama y dirijo al baño, algo en la mesita junto a la ventana llama mi atención. En un delicado florero de cristal hay un hermoso ramo de rosas rojas que no estaba ahí anoche, estoy segura de ello, hice un escáner muy detallado de todo cuando llegamos. Junto al florero hay una pequeña charola de metal brillante, encima de ella una taza con una pequeña jarrita acompañado de una tarjetita blanca:

“Buenos días, dormilona. En la jarrita hay un delicioso café. Salí a ver unas diligencias, no tardo mucho. Ponte más bella de lo que estas, iremos a conocer Las Vegas de una manera diferente”

Besos, cariño.

¿Las Vegas de una forma diferente? ¿Qué traerá entre manos éste romántico empedernido? Me llevo la tarjetita a los labios sin poder evitar sonreír como tonta enamorada. No hay día que no me sorprenda con algo, es un especialista en detalles éste hombre. Estoy feliz de que sea así, aunque un poco abrumada, jamás había sido objeto de tanta atención, me encanta, pero a la vez asusta un poco que todo sea tan perfecto, da miedo que sean ilusiones de cristal que se rompan de un momento a otro. *¿Y si resulta peor que Matías al final?* No puedo evitar ese tóxico pensamiento, es algo que inconscientemente ronda en mi cabeza. No quiero ni siquiera imaginarlo, ¿peor que Matías? ¡Tendría que ser un monstruo! Y lo dudo mucho, Fernando está muy lejos de ser así, son puras alucinaciones baratas mías. Sacudo la cabeza para espantar esos demonios de la mente y me sirvo una tacita de café. Camino hacia la ventana para admirar la vista y distraer a mi caprichosa imaginación. Si de noche es impresionante, de día no se queda atrás, Las Vegas es hermosa, una ciudad que transpira diversión y aventura

por todos lados. Desde aquí puedo ver las famosas fuentes danzantes del hotel, es un espectáculo arrobador, todo un privilegio admirarlo desde mi habitación.

No sé a qué hora habrá salido Fer ni cuánto tardará, así que será mejor de una vez empezarme a arreglar, odio que me hagan esperar por eso yo no le hago eso a los demás. Entro al inmenso cuarto de baño y la tina de mármol me hace ojitos, sería delicioso remojarme un rato en ella, pero más rico hacerlo acompañada, una idea loca cruza por la mente, creo que sé cómo corresponderle a mi adorado tormento tantos detalles. Tomo el teléfono y marco al servicio de *concierge* que nos tienen asignado.

—*Hello, ¿me i help you?*

—*Hello, yes, i need champagne and strawberry for the night.*

Yo intentando hablar inglés es peor que *Bon Jovi* cantando en español, mi pronunciación es fatal y nunca le atino a la conjugación de los verbos ni nada, así que ruego a todos los cielos que el hombrecito haya comprendido con tan poquitas palabras que quiero una botella de champagne y una fuente de fresas, todo arreglado de manera romántica y sensual.

—*Of course, my lady* —puedo escuchar como sonrío del otro lado de la línea, ¿se reirá de mí o conmigo?— *Charge to room?*

—*No no no... credit card, please*

No entiende que es sorpresa, hay este *concierge* no me lee la mente, ¿no que muy eficientes? ¡Patrañas! Espero que lo de mi petición sí lo haya comprendido como debe ser.

—*Perfect. Number please.*

Corro por mi cartera para dictarle los números de mi tarjeta de crédito. Ojalá no salga tan caro el chistecito, me dio *penita* preguntarle cuánto sería, además que no recuerdo bien como armar esa oración. Necesito urgente clases de inglés. Y ahorita que pienso en precios, ni me preguntó cuál champagne ni yo le especifiqué, espero que no sea de esas carísimas de cosechas antiquísimas que cuesten más siquiera que mi límite de crédito.

—*You credit card has been approved. Your ticket was of 500 USD.*

¿400 dólares? Eso es como 8 mil pesos, no estuvo tan exagerado después de todo.

—*Are you understand me well?* —¿así se dirá?— *I want something romantic... What bottle of champagne choice?*

—*I undestand you perfectly, dont worry for nothing. I choice you a cristal champagne of 1992.*

— ¡Oh, thank you!

— You're welcome... Anything else?

—That's all, thanks.

Me da mucha ilusión sorprender a Fernando, es tan lindo y amoroso conmigo que me emociona corresponderle de la misma manera. Esto es lo que siempre soñé una relación llena de romanticismo, detalles y sobre todo mucho amor. Ay, creo que mejor me meto a la ducha porque ya escurro miel por todos lados, además que no debe tardar en regresar mi *Grey* particular.

¿A dónde será que iremos? ¿Usaré falda, vestido o pantalón? ¡Ni idea! Tengo casi toda mi maleta volteada de cabeza sobre la cama, sin saber que ponerme. Es que cómo saber qué vestir si no sé a dónde vamos, eso es misión imposible, cuando los hombres dejen tarjetas con invitaciones sorpresas deberían incluir alguna pista para que usemos el atuendo adecuado. El ruido de la cerradura me distrae de mi difícil decisión. Fernando ha regresado. Le tocará esperarme, ni modo, quién lo manda a no ser más específico.

—No puedo negar que lo que más me gusta verte puesto es tu ropa interior —me suelta con cargada insinuación—, pero ¿aún no estas lista? ¡Se nos hace tarde, cariño!

—Lo sé —le digo compungida— es que no tengo ni idea de que ponerme.

Se acerca a mí en un par de zancadas. Me abraza por la espalda acariciando mi cintura desnuda mientras riega mi cuello con pequeños besos que me provocan escalofríos.

—Elige *jeans*, amor. Es algo casual.

—Perfecto. Estaré lista en unos minutos.

—Mientras hago un par de llamadas para arreglar unos asuntos en México.

—Me doy prisa, amor.

—Tranquila, bella —mordisquea el lóbulo de mi oreja—, tienes tiempo. Está todo listo para dentro de media hora. Así que no te aceleres, cariño.

Me inclino hacia atrás para mirarlo. Es tan perfecto, tan guapo, tan y tantas cosas más que hace que me tiemblen las rodillas. Fernando me sonrío maravillosamente y atrapa mis labios entre los suyos, mordisqueando suavemente mientras su mano inicia un peligroso y conocido camino hacia el sur en mi espalda baja. Le detengo la mano. Si seguimos nos tardaremos más de media hora.

—Hasta tiempo de un *rapidín* nos da, mi amor.

—No lo creo, señor mío —le digo tratando de soltarme—, tengo solo media hora para estar lista.

—Eso es negociable. Puedo avisar que tardaremos más por unos problemas técnicos.

Su mano vuelve a las andadas. Esta vez no la detengo y llevo las mías a su cuello colocándome de frente a él.

—¿Seguro? ¿Tenemos más de treinta minutos?

—Para nosotros el tiempo del mundo, siempre.

Ronroneo pegada a su oído. Amo que este siempre disponible para nosotros, que posponga todo para estar conmigo. Que un hombre te de todo su tiempo es el mejor de los detalles.

—Entonces puede no ser tan *rapidín*...

No me deja terminar la frase. Atrapa mi boca y me tira sobre la cama haciendo un reguero de ropa por todos lados. Sus manos me acarician de arriba abajo mientras las mías se afanan por desabrocharle la camisa. Yo estoy en ropa interior y él trae demasiado encima. Para ayudarme se incorpora un poco para deshacerse de los pantalones y terminar de quitarse la camisa. El *bóxer* también sale volando por los aires dejándolo tal cual vino al mundo: ¡Está cincelado a mano este cabrón! Es más que hermoso. Una vez desnudo se acerca a mi vientre y toma las bragas entre los dientes arrancándolas de un jalón del pequeño hilo que traen a un costado. Me he sacado el sostén por lo que ya no hay más que un trozo de tela que se interponga entre nuestros calientes cuerpos. Su boca sube poco a poco a través del vientre hasta llegar a mis labios y prácticamente devorarlos a besos. Sus manos exploran mi entrepierna con salvajes caricias que me hacen temblar.

—Cariño, ya estás lista...

—Para ti, siempre.

De un golpe se hunde en mí. Puedo sentirlo en todo su esplendor invadir mis entrañas. Es una sensación de plenitud tan deliciosa que me llevan al borde del éxtasis. Fernando se da cuenta, ha aprendido a leer mi cuerpo como si fuera el suyo propio, sabe lo que tiene que hacer para darme ese empujoncito y lanzarme al precipicio del placer. Sus movimientos acelerados y mi excitación a la máxima potencia, se detiene un momento para tomar vuelo y arremeter con más fuerza, el cuerpo tensado en respuesta haciéndome explotar en un orgasmo maravilloso que me hace sentir cosquillas en cada milímetro de mi piel. Al percatarse, Fernando se detiene para disfrutar de los

espasmos de mi interior mientras observa gestos y gemidos.

—Me encanta hacerte sentir tanto. Quiero que te vengas de nuevo, amor... ahora conmigo.

No puedo ni articular una respuesta coherente, pero mi mirada vidriosa de excitación no deja lugar a dudas. Fernando sonrío y empieza de nuevo a moverse dentro de mí. Siguiendo un ritmo cadencioso, primero despacio para después acelerar más y más... esto es absolutamente delicioso. Mi cuerpo poco a poco vuelve a encenderse otra vez, aún no he regresado pero ahí voy de nuevo, puedo sentir como se tensa mi vientre para recibir otra descarga de adrenalina. Dentro de mí él puede sentir las señales del inminente segundo orgasmo, se acerca a mi oído y susurra jadeando:

—Me voy contigo, cariño...

Un *jeep* todo terreno nos está esperando en la puerta del hotel. El joven que lo maneja se baja y le entrega las llaves a Fernando.

— ¿A dónde vamos?

—Déjate sorprender, la vida se trata de eso...

Dice guiñándome un ojo mientras sostiene la puerta para que suba al auto. Le respondo con una sonrisa y me ajusto el cinturón de seguridad. En seguida tomamos camino por la avenida y en pocos minutos salimos por una calle lateral para tomar la carretera. Lo único que se divisa por todos lados es desierto, no puedo imaginarme hacia donde nos dirigimos. Llegamos a un cruce y toma una pequeña carretera de terracería. A lo lejos alcanzo a ver un enorme globo aerostático de colores. ¿Ahí vamos?

— ¿Es lo que creo? —no puedo ocultar la emoción en mi voz.

Fernando sonrío y acelera un poco, como queriendo llegar lo antes posible.

—Te dije que te llevaría a conocer Las Vegas de una forma diferente.

¡Sí! ¡Haremos un recorrido en globo aerostático! ¡Wow esto escapa a cualquier cosa que hubiera podido imaginarme! Es maravilloso, siempre he querido viajar en uno de esos y que mejor en esta impresionante ciudad.

A medida que avanzamos el globo se va haciendo más y más grande. Llegamos a una puerta de madera de esa de los ranchos, la cual nos abre un joven que saluda afablemente a Fernando, creo que ya se cuáles son las diligencias que salió a hacer hoy por la mañana. Nos estacionamos frente a

unas instalaciones bastante rústicas, que se encuentran a escasos metros del enorme artefacto. Fernando baja de un brinco y da la vuelta al *jeep* para abrirme la puerta, y al darme la mano para ayudarme a bajar se la lleva a los labios mientras me susurra:

—Quiero poner el mundo a tus pies. Te adoro, nena.

¿El mundo a mis pies? Más bien lo está haciendo girar para mí. Le está dando un sentido nuevo a la palabra amor, es totalmente maravilloso.

Me toma fuertemente de la mano y caminamos hacia el globo. Ahí un señor nos está esperando con la puerta de la canastilla abierta. Fernando intercambia unas palabras en inglés con él y nos subimos de inmediato. Sin darme cuenta nos empezamos a elevar. Todo empieza a hacerse diminuto conforme tomamos altura. Una vez en los aires el globo avanza hacia la ciudad. La vista es simplemente extraordinaria.

Fernando me atrae a sus brazos, hace descansar mi cabeza en su pecho mientras con la mano señala a diestra y siniestra describiendo los lugares que vamos recorriendo.

—No tienes idea de lo feliz que me haces—susurra al oído— antes de ti no creí que existiera la mujer que lograra hacerme querer vivir todo con ella, pero te conocí y me cambiaste el mundo.

Un enorme nudo se forma en la garganta. Quiero contestarle algo, decirle lo mucho que él también me hace sentir, pero me silencia suavemente.

—No digas nada aun —suspira—, déjame terminar, por favor.

¿Qué querrá decirme? Siento como un nerviosismo sube lentamente desde mi estómago.

—Alicia eres la mujer perfecta para mí. Desde que te vi me cautivaste con tu belleza y después con esa forma tan especial que tienes de ser. — Suelta el aire con fuerza—, quiero pedirte, más bien suplicarte que me permitas compartir todo contigo, vivir a tu lado para siempre y hacerte feliz... cástate conmigo, por favor.

CAPÍTULO XVI

¿Estupefacta? ¿Impactada? ¡Mucho más que eso! He quedado completamente en *shock*. No he podido articular palabra desde hace cinco minutos, creo que es lo más que he logrado estar en silencio en toda mi vida. ¿Es real lo que me acaba de decir? ¿Esto es una propuesta de matrimonio?

—Ali, cariño. No me hagas esto. Dime algo, por favor.

Mis ojos están a punto de salirse de sus orbitas. La sorpresa me ha entumido todo mi sistema nervioso. Y no es que no quiera casarme con él. Claro que quiero, es el hombre perfecto, imaginé todo, menos esto. Es tan maravilloso, tengo que pellizcarme para darme cuenta... no es un sueño. No sólo me acaba de pedir matrimonio sino que además lo ha hecho de la manera más romántica de la historia.

— Sí, sí, sí —grito casi histérica asintiendo repetidamente—, es muy pronto, pero vida solo una. ¡Claro que me quiero casar contigo!

Puedo escuchar como suelta el aire de golpe. Lo estaba reteniendo de la ansiedad. Sus labios dibujan la más perfecta sonrisa mientras del bolsillo izquierdo saca una diminuta cajita azul, la abre delante de mí. Dentro está el más perfecto anillo de compromiso que haya visto jamás. Es delicado y femenino sin ser ostentoso, más bien sencillo, un pequeño solitario engarzado en un aro de oro blanco. Simple, pero elegante. Muy a como soy yo. Es perfecto para mí. Toma mi mano izquierda e introduce el anillo en el dedo anular, ese que va directo al corazón.

—Te amo, cielo... gracias por hacerme él más feliz de la tierra.

—Yo también te amo —le digo sonriendo—, gracias a ti por aparecer en mi vida.

Me ve con enorme ternura. Toma mi cara entre sus manos para besarme tiernamente y estrecharme fuertemente en los brazos. Puedo sentir como su corazón late acelerado. Al igual que el mío. Es como si estuvieran conectados de alguna forma extrasensorial. No puedo explicarlo. En tan poco tiempo he sentido lo que nunca con nadie. Felicidad pura. Esto es lo que siento justo ahora. El mundo puede irse al carajo mañana, no me importa, me quedaría este momento como el más hermoso de los recuerdos.

Pueden juzgarme por loca o acelerada, me importa un bledo. ¿Qué nos acabamos de conocer? ¡Qué importa! El amor es así. Inexplicable e intempestivo. A veces puedes pasar muchos años con alguien y no sentir

mucho. Otras pasas pocas horas con una persona y sin saber porque lo amas irremediamente. Anteriormente he hecho las cosas “bien”. Siguiendo el procedimiento correcto, tomándome el tiempo “adecuado” para todo. ¿Y qué paso? ¡Me fue de la chingada! ¿Por qué no arriesgarme ahora a hacer las cosas diferentes? Guiándome por la razón no me fue nada bien, esta vez seguiré a mi corazón puede que tenga mejores resultados. ¿Y si no? ¡Qué caray, del suelo no paso! Nada que el tiempo y las canciones de *James Blunt* no curen.

Las llantas del *jeep* ruedan a gran velocidad sobre el asfalto caliente por el intenso sol del desierto de Las Vegas. Más yo siento que floto, levito sobre verdaderas nubes de felicidad. Vamos completamente en silencio y tomados de la mano con una sonrisa digna de comercial de dentífrico. De vez en cuando Fernando toma mi mano y se la lleva a sus labios mientras me guiña un ojo. *Love is in the aire...* puedo palparlo con todos mis sentidos. El aire está cargado de promesas. No necesitamos hablar, los dos sabemos perfectamente lo que el otro siente.

Nos detenemos frente a la enorme puerta giratoria del *Bellagio*. Un joven rubio le abre la puerta a Fernando que de un brinco baja del *jeep* para darle casi corriendo la vuelta para tenderme la mano.

—Permítame ayudarla futura señora de Ceballos.

—Gracias, futuro señor de Bastar.

—Por supuesto, siempre tuyo... sólo tuyo.

—Me gusta tu forma de pensar.

— ¿Y usted es mía, señorita?

—Totalmente.

Una enorme sonrisa le ilumina el rostro. Me abraza tomándome de la cintura mientras giramos. No puede esconder su alegría. Ni yo. Estoy tan feliz que temo el corazón me explote en el pecho henchido de amor. Parecemos dos adolescentes enamorados. Entramos al hotel tomados de la mano y deteniéndonos de cuando en cuando a besarnos. Cuando entramos en el elevador recuerdo lo de la sorpresa que encargué. Las mariposas revolotean más fuerte en mi estómago por la ansiedad anticipada. Muero por ver su cara, sé que le va a encantar. Espero que todo se encuentre tal como lo solicité. Llegamos al cuarto y no puedo ocultar mi nerviosismo. Fernando se da cuenta y me mira de soslayo.

— ¿Todo bien? ¿Pasa algo que deba saber?—su mirada me repasa con detenimiento, se le forman unas arruguitas de preocupación entre las cejas.

— ¡Mejor que nunca!—sonríó emocionada para tranquilizarlo— ¡Estoy feliz!

— ¿Y por qué el nerviosismo?

— ¿Cuál? Nunca me he sentido tan bien. Ven entremos al cuarto, esto de que te pidan matrimonio es agotador.

Su carcajada hace eco en el amplio y vacío pasillo.

—Sí, verdad. Descansemos un poco antes de bajar a cenar.

Al entrar al cuarto me decepciona no encontrar nada. ¿Me habrá entendido el tipito del teléfono? ¿Por qué no hay nada? ¿Será que pensó que sería para más tarde? No puedo evitar mi contrariedad. Estaba ansiosa por ver su cara por la sorpresa, quería darle un pequeño detalle para corresponder tantos que él me ha dado a mí. Camino hacia la recámara para ver si hay algo. ¡Nada! Creo que tendré que marcar al *concierge* de nuevo, pero ¿Cómo le hago para que no se dé cuenta?

— ¿Segura que todo bien, cariño? Pareces molesta.

He estado frunciendo el entrecejo sin darme cuenta. Más que molesta estoy contrariada.

—Dolor de pies. Estos tacones me acaban.

—Mi cielo —dice llevándome de la mano hasta la cama para hacerme sentar en ella mientras se agacha frente a mí—, eso tiene solución. Quítatelos.

Desabrocha las sandalias para ayudar a quitármelas. Una vez mis pies están desnudos; los toma en sus manos y les da un leve masaje.

— ¿Mejor?

—Mucho mejor.

—Iré por un poco de crema. Eso te los aliviará más.

¿Masaje de pies? Es un sol.

De un par de zancadas llega al cuarto de baño, abre la puerta y con la misma vuelve a salir. Casi corre hacia mí.

—¡Mi amor! ¡Qué *detallazo*! Gracias.

¡Ah! Creo que ya sé dónde están mi champagne con fresas: ¡En el cuarto de baño!

Fernando me carga y besa profundamente mientras camina hacia el baño. ¡Todo maravillosamente perfecto! La bañera llena y cubierta con pétalos de rosa. Alrededor hay prendidas muchas velas desprendiendo un delicioso aroma a sándalo. Junto a ella una pequeña mesita con un par de copas y una fuente con las fresas más rojas que haya visto antes, a un lado, dentro de una hielera metálica esta la botella de champagne perfectamente envuelta en una

servilleta de lino blanco. Fernando me baja y empieza a desabrocharme lentamente la blusa.

—Hay que disfrutarlo.

—¿A qué te refieres? ¿Al champagne o a mí?

—Ambos, amor, ambos.

Nos quedamos en completo silencio. Fernando continúa con su labor de desvestirme. Él también se despoja de toda su ropa. Una vez desnudos me acerca a su cuerpo y abraza fuertemente. Con suavidad levanta mi barbilla para besarme despacio, sin prisa, disfrutando nuestros labios, saboreándonos, devorándonos con total devoción.

De nuevo en brazos me lleva hasta la bañera e introduce en ella y se acomoda detrás de mí jalándome hacia él. Nos quedamos quietos, disfrutando el momento. Llena las copas de champagne y me pasa una.

— ¡Por nosotros, amor mío!

— ¡Por nosotros!

El momento es perfecto. Todo es como debía de ser. Me siento flotando. Esto es más de lo que alguna vez pude soñar.

—Gracias, cariño —le digo con vehemencia—gracias por llegar y quedarte.

Mi voz está cargada de muchísima emoción. Sé que no necesito decir más. Me ha entendido perfectamente.

—Gracias a ti.

Suspiro fuertemente, cierro los ojos descansando mi cabeza en su pecho. No necesito nada más. Podría quedarme a vivir eternamente en sus brazos, el lugar más seguro, en donde soy más feliz.

—Amor, ¿Cuándo te gustaría que nos casáramos?

Rompe de pronto el silencio Fernando.

—No sé, cariño —el recuerdo de los preparativos de mi boda frustrada me atacan. No quiero pasar por todo eso de nuevo. Me da miedo. ¿Cómo se lo explico? —, me gustaría algo sencillo. Muy pequeño.

—Lo comprendo perfectamente —sé que sabe muy bien porque dije eso —, pero la pregunta no es el cómo, sino cuando.

— ¿Un mes? ¿Dos meses?

— ¿Por qué tanto tiempo?

No puedo evitar reírme por la forma tan tierna en que dijo eso.

—Un mes se te hace mucho... ¿Qué tal una semana?

—Mucho también. Es demasiado tiempo.

— ¿Pues cuánto tiempo es poco para el señor?

—Un día... ¿Nos casamos mañana?

Me incorporo abruptamente para girarme y mirarlo. Su rostro dibuja una enorme sonrisa. Pareciera que se divierte con esto. ¿Estará bromeando?

—No lo dices en serio, ¿verdad?

— ¿Por qué no? Estamos en Las Vegas la capital mundial de los matrimonios intempestivos.

—Pero... mañana... es muy pronto. Y...

— ¿Y qué, amor? —Me acaricia la mejilla suavemente— Tú no quieres fiesta ni nada y yo no quiero esperar más para que seas mi esposa. Es la solución perfecta casarnos aquí... mañana.

Mis ojos a punto de salirse de sus orbitas. ¿Casarnos mañana? Todavía no puedo digerir que ya estemos comprometidos. Por otro lado tiene razón en lo que dice. Yo no quiero preparativos, pruebas de vestido —Oh, Dios bien sabe que menos eso, probarse vestido de novias es la peor de todas las pesadillas de una boda—, ver salón, música, flores, etc... además Guanajuato es tan pequeño, digo me importa un bledo que digan los demás, pero tan pronto volver a contratar los servicios de los proveedores de bodas, no hay mucho de donde escoger en mi ciudad, seguro serían los mismos y eso es como raro. Creo que no es tan descabellado. De hecho, pensándolo bien, me gusta la idea.

—No es tan loco como parece.

— ¿Entonces? ¿Nos casamos mañana?

— ¡Sí! —Chillo entre risas— Nos casamos mañana.

—Perfecto —sonríe y me besa con ternura— al fin mañana serás mía, para siempre mía.

—Un favor

—Lo que quieras

—Regresando hacemos una cena con nuestros amigos más íntimos y familia para contarles. Me pesa un poco no compartir con ellos este momento.

—Por supuesto, amor. Será como tú quieras.

—¿Quién oficia la boda? ¿Es como en las películas?

—Tal cual, amor —se ríe—, mañana nos casará el mismísimo rey del Rock.

— ¡Oh, Elvis!

CAPÍTULO XVII

—*I pronounce you husband and wife* —declare solemne el legendario rey del rock seguido de su inconfundible movimiento de cadera—, *you can kiss the bride*.

Fernando sonrío arrobadoramente, me toma por la cintura e inclinándose hacia atrás al más puro estilo *hollywoodense* me besa apasionadamente. No es un beso cualquiera, es el primero como marido y mujer.

—Mía, al fin eres completa y totalmente mía.

Las piernas tiemblan ante semejante declaración. Es una locura. Lo sé. Todo esto es una total y absurda locura, pero a la vez tan hermoso, tan real que no pudo ser de otra manera. Somos el uno para el otro sin duda.

—Tuya, amor. Y tú eres mío. Nos pertenecemos para siempre.

Me abraza con todas sus fuerzas y susurra al oído:

—Para toda la vida...

Salimos corriendo de la pequeña capilla como los dos locos enamorados que somos. Nunca me había sentido tan plena ni tan feliz, floto en una nube. Llegamos al restaurante donde el *maitré* nos recibe entusiasmado, al parecer ya nos esperaba. Nos guía hasta un pequeño privado que es todo un sueño, han llenado todo los rincones de velas blancas y flores. Al centro han colocado una mesa con mantel de lino blanco y sobre ella la vajilla más lujosa que mis ojos hayan visto. Todo reluce en esplendor. Mi flamante marido separa la silla para mí. Es todo un caballero, adoro eso en él.

Un ejército de meseros aparece de la puerta del fondo. El primero viene con una botella de *champagne* que descorcha efusivamente haciendo volar el corcho por los aires, dicen que hacerlo así es de buena suerte para los recién casados. ¡No la necesitamos! Lo nuestro es amor del bueno, la suerte sale sobrando. Nos llena las copas mientras otro de los jóvenes nos sirve una crema que huele divinamente, es de queso de cabra con nuez según leí en otra tarjetita que hay en la mesa donde está impreso el menú de la cena. Son cuatro tiempos y todo se lee exquisito: Crema de queso de cabra con nuez; ensalada de endivias con fresas y almendras fileteadas aderezada con balsámico dulce; langosta termidor y como postre una auténtica delicia: láminas de avellana rellenas de mousse de chocolate. ¡Un banquete de bodas!

Suave música invade de pronto el pequeño salón. Tan absorta estaba que no había reparado en el piano que había al fondo. Las notas de Matrimonio de amor me hacen vibrar. Fernando pensó en todo. Mejor de lo que hubiera imaginado jamás. Es la boda perfecta y no tuve que sufrir con proveedores ni con los dichosos vestiditos de novia. Además me casé con el mejor hombre, Fernando es más de lo que siempre soñé. Y lo amo con toda mi alma. ¿Qué más puedo pedir? ¡Esto es perfecto!

— ¿En qué piensa, señora mía?

—En ti, en nosotros —sonríó levantando la copa— Soy la más feliz, te amo.

—Yo más, cariño.

Salimos un poco achispados del restaurante. Tres botellas de champagne tienen su efecto. Vamos riendo y cantando por los pasillos del hotel hasta el ascensor donde Fernando me toma en brazos, ha decidido cargarme hasta la habitación. Por más que le dije que no, ha insistido, según él es el protocolo de los recién casados para una eterna luna de miel. Es risible el trayecto, Fernando va literalmente tambaleándose, es muy fuerte y puede con mi peso, pero el alcohol le quita resistencia hasta Sansón. Cuando al fin llegamos a la habitación Fernando esta que no puede más, aun así no me deja bajar, a cómo puede abre la puerta y cruza conmigo el umbral, pero eso sí una vez dentro me baja dramáticamente.

— ¡Cenaste mucho, cariño! —dice entre risas mientras se deja caer en la cama para quitarse los zapatos.

— ¡Usted que es debilucho, esposo mío!

—Muy débil —pone cara de sufrido y levanta los brazos hacia mí— Ven a socorrer a este pobre débil cansado de cargar a su esposa.

— ¿No que muy fuerte?

—Débil, muy débil... te necesito.

Hace la cara más dramática y falsa que he visto. No puedo evitar doblarme de la risa, es un encanto. Corro hacia él imitando su dramatismo y cuando estoy a su alcance me toma de la mano y me avienta a la cama junto a él. Su mirada arde en deseo, puedo sentir como quema cada pedacito de mi piel al recorrerla con los ojos.

— ¿Con todo eso duerme, señora?

—Y ahora usted también, señor, cada noche dormiré junto a todo esto. — le respondo guiñándole el ojo.

—No volveré a dormir en mi vida —gruñe sonriendo.

— ¿Por qué lo dices? —contesto coqueta mientras disimuladamente subo un poco mi vestido.

—Cariño porque solo un orate dormiría con semejante bombón a lado...

La voz se va haciendo un susurro y sus manos terminan de hablar por él. Lentamente desliza sus dedos por mi cuello en una suave caricia que enciende la sangre. Estamos en silencio. Las palabras sobran, esa risa que me provoco el pícaro comentario se ha esfumado. Sus ojos están clavados en los míos y arden, hay pasión líquida en su iris. Con otra mano explora mi espalda y baja lentamente la cremallera que va hasta al final del vestido el cual me arranca de un tirón. La delicada lencería debajo lo deja sin aliento. Sus ojos se deslizan por mi cuerpo mientras sus manos acarician mi silueta.

— ¡Eres preciosa! —exclama besando suavemente mi hombro— Y sólo para mí, para mis ojos... ¡Eres mía!

Sus labios apoderados de los míos en un exigente beso que pretende firmar esas palabras. Soy suya. Toda suya. Levanto mis manos hasta su cuello para aferrarme a él, hacerle sentir que le pertenezco, puede estar seguro de lo que dice, que soy sólo de él. Su esposa, amante para toda la vida.

Sonrió pegada a sus labios e incorporo un poco hasta lograr girarme para quedar sobre él, Fernando se ríe por mi osadía, el champagne ha hecho lo suyo en mi sistema volviéndome más atrevida. Me desabrocho el sujetador y lo aviento a un lado dejando pechos al aire, la lujuria en su mirada me prende, mostrarme ante él, saberme tan deseada... soy una Diosa. Lentamente desabrocho la camisa hasta dejarle el torso desnudo, es un adonis, me inclino hacia adelante y comienzo a regar besos desde su cuello hasta su vientre al topar con el pantalón me detengo, levanto la mirada hacia él, su mirada es un poema, puedo leer la lujuria en sus ojos que me piden a gritos seguir. Desabotono el pantalón y bajo su bragueta con los dientes, Fernando suelta un suspiro de sorpresa. Torpemente, pero con toda la pasión logro bajarle el pantalón con todo y *bóxer* liberando una férrea excitación, la cual sin dudar tomo entre mis manos y la llevo a mis labios, saboreando lentamente; boca, dientes y lengua se dedican a darle placer a mi amado esposo, al cual tengo al borde de la locura. Me gusta sentirlo así, provocarlo, llevarlo al éxtasis. Esta es nuestra primera noche como esposos y quiero que sea memorable. El ligero temblor en su cuerpo me indica que es así.

De repente, Fernando me detiene. Me jala hacia él y da la vuelta hasta acostarme boca arriba junto a él.

—¡Wow! ¡Eso fue fantástico! —Suelta el aire entre los dientes— Pero no quiero llegar así, quiero hacerlo dentro de ti, amor.

— ¡Sí! —exclamo eufórica, la excitación me tiene en otro mundo.

Fernando me besa mientras su mano explora suavemente, va bajando por mi pecho hasta llegar a la entrepierna donde se detiene para provocarme, con movimientos rítmicos me acaricia lentamente subiendo la intensidad hasta hacerme explotar, en ese momento justo se sube sobre mí y entra de golpe. Mi cuerpo tembloroso lo recibe gustoso elevándose de nuevo hasta el nirvana, Fernando me sigue gritando mi nombre a través de sus dientes apretados. Al final cae sobre mí, recostando su cabeza sobre mi pecho. Estamos tan exhaustos que nos quedamos dormidos casi al instante.

La brillante luz del sol se filtra insistente por mis parpados hasta hacerme abrir los ojos. Lo hago con pereza, acostumbándome de a poco a la claridad. Trato de estirarme, pero algo me lo impide, son los brazos de Fernando que me tienen bien amarrada a él, quien sigue profundamente dormido. Logro soltarme, giro sobre mí para quedar de frente a él. No puedo evitar quedar absorta mirándolo, es tan guapo, su rostro dormido se ve tan apacible y perfecto. Sus facciones son un deleite para mis ojos. ¡Guapísimo, mi marido!... wow, mi marido, repito las palabras una y otra vez, aún mis labios no se acostumbran a pronunciarla. Es tan increíble y a la vez tan real, siento que puedo explotar de felicidad en cualquier momento.

—Buenos días, señora de Ceballos —abre de pronto los ojos y me sorprende mirándolo— ¿Mirando algo que le guste? Por su sonrisa podría decirse que sí.

Siento que el calor inunda mis mejillas. Sí, es mi marido, pero a penas desde anoche y me da mucha pena que me haya pillado mirándolo como una tonta y como tal sólo logro sonreír ante su comentario. Se da cuenta y estira el brazo para jalarme hacia él.

—Tontita, no te pongas así —acaricia suavemente mi mejilla—Me encanta que me mires, eso alimenta mi ego y como mi esposa es tu deber —dice entre risas mientras su mano baja por mi espalda.

—Lo sé. Deja que me acostumbre —le doy un dulce beso en los labios— y creo que mi ego también debe ser alimentado, cariño. Te estas tardando.

— ¿A caso no ves las babas que tiro al mirarte? sus pupilas brillan, ¡Eres

preciosa! ¿Y lo mejor? Eres toda mía...

Me besa profundamente como para asegurarse entendí lo mucho que le gusto y lo mucho que le pertenezco. Amo esta sensación. En sus brazos he encontrado todo. Nada puede sucederme si estoy junto a él. Si para alcanzar esta felicidad debía sufrir todo lo que pase con Matías, lo volvería a padecer una y mil veces más con total de que al final de camino me encontrara de nuevo a Fernando. Mi Fernando. Mi dulce, hermoso y adorable marido.

Después de desayunarnos como la enamorada pareja de recién casados que somos, nos apuramos a ducharnos y vestirnos. Hoy se termina la luna de miel, debemos regresar a la realidad. En Guanajuato nos esperan muchas responsabilidades y no sólo de trabajo, también personales. Debo presentarles a mis padres a Fernando y anunciarles que es mi marido, una tarea nada fácil. No me había caído el veinte de lo complicado de la situación hasta ahorita que lo aterrice de esa manera. ¡Mis padres ni siquiera lo conocen! ¿Cómo carajos les voy a presentar a mi marido? ¡Que bizarro se escucha eso! En fin, es algo que tendré tiempo suficiente de pensar en el vuelo de regreso a casa.

En el elevador camino al *lobby* vamos tomados fuerte de las manos y en silencio. Creo que a él también le ha caído la realidad de golpe. ¿Ya habrá sopesado la dimensión de la locura que cometimos? Lo más romántico que he vivido, sin lugar a dudas, pero locura al fin y al cabo. No hemos platicado nada más allá. ¿Dónde viviremos? ¿Su casa o la mía? Ni si quiera hemos platicado que pensamos de tener hijos. ¿Nos habremos ido de bruces? ¡Ay, no, mis pensamientos son una tortura! Creo que la euforia va disminuyendo dando paso a la vida tal como es. Mucho que platicar y por la cara seria de Fernando debe estar pensando como yo.

— ¿Cruda *postmatrimonio* en Las Vegas, querido?

Le pregunto en tono jocoso para tratar de romper el silencio.

— ¿Y eso qué es? —dice con ceño.

— ¿Qué si ya te arrepentiste?— suelto como en tono de broma, pero con el corazón compungido. Todo ha sido maravilloso, pero sé que de seguro ya está sopesando lo que nos espera al volver.

El elevador se detiene de pronto. Fernando lo ha detenido apretando un botón, dramáticamente al estilo película.

— ¿Arrepentirme? ¡No! ¿Cómo se te ocurre eso, amor?

—Vienes tan serio, que yo creí...

—Pues no creas — interrumpe— todo esto puede parecer muy

precipitado más créeme, cariño que no fue a la ligera. Tal vez para ti fue sorpresa, pero yo lo planeé desde Guanajuato. No elegí Las Vegas al azar, fue con alevosía y ventaja, quería casarme contigo desde que te vi en tu oficina tan frágil por lo que te había hecho ese cabrón. Ahí me di cuenta; lo único anhelado para hacer en mi vida era protegerte. Dedicar mi existencia a hacerte feliz, a provocar sonrisas a diestra y siniestra en ese rostro tan bello que tienes. Alicia, me enamoré de ti a primera vista, ni yo mismo lo entiendo, esto se escapa a mi razonamiento, pero tampoco me interesa analizarlo mucho, prefiero sentirlo a entenderlo —suspira profundo y toma mis manos entre las tuyas— Te amo y punto, cariño. No hay más que decir. Si vengo serio es sólo porque estoy pensando en cómo nos vamos a organizar ahora que regresemos, en la mejor opción para los dos. No es arrepentimiento, eso jamás. ¿Entendido?

Dice sonriendo y levantando ligeramente mi barbilla con su dedo índice para mirarme a los ojos. Yo sólo puedo asentir con la cabeza y sonreír, tal declaración me ha dejado muda. Todavía no puedo creer que haya planeado todo de antes. Es el hombre más romántico de la historia...

—¿Sí? —pregunta levantando la ceja esperando mi respuesta.

—Entendido, amor —digo al fin rompiendo el nudo de emoción que bloqueaba mi garganta.

Me acerca él y abraza fuertemente.

—Te amo, nena —sonríe y pone de nuevo en marcha el elevador. — jamás lo dudes.

—No lo dudo; yo también te amo.

Fernando sonríe y atrapa mis labios con los suyos en un beso que sube de intensidad rápidamente, la vehemencia de su declaración así como la energía sensual de los elevadores van haciendo mella en ambos. Nuestros cuerpos se pegan aún más buscándose exigentes, nos estorba la ropa, pero sus manos se afanan en acariciarme por encima de ella, siento que la temperatura esta por incendiarnos de tanta pasión... hasta que el timbre del elevador nos despierta de golpe. Fernando sonríe junto a mi boca y se queda así un momento, pegado a mí trata de recuperarse. Las puertas se abren y salimos de la mano.

Caminamos por el pasillo riendo como adolescentes, vamos tan distraídos que no vemos a una mujer que esta de espaldas al final del pasillo y nos tropezamos con ella.

—Disculpe —decimos al unísono sin poder evitar reírnos.

—No se preocupen —responde la mujer girándose a mirarnos. Al ver a

Fernando su sonrisa se congela.

—Fernando... —sale escarcha de su voz.

Giro a mirar a mi marido, su rostro está descompuesto. No puedo descifrarlo, su semblante no refleja nada agradable. Parece disgustado, o apenado. No sabría decirlo bien a ciencia cierta.

—Leonor... —su voz es un tempano.

El ambiente se corta con un cuchillo entre este par. Más que incomoda me revuelvo un poco junto a él para indicarle que estoy aquí. Él no se percata, pero ella sí. Su mirada se vuelve hacia mí y literalmente me barre de pies a cabeza para clavar sus ojos de nuevo en él.

—¿También con ella viniste a casarte? —escupe llena de veneno.

CAPÍTULO XVIII

¿Quién carajo es ésta mujer y qué fue lo que dijo? ¿También con ella vino a casarse? ¿Es bígamo? ¿Divorciado? ¡Ay, no! Esto no puede ser. ¿Traigo encima alguna maldición que yo no sepa o qué demonios? ¿Qué alguien allá arriba, o allá abajo me detesta y odia mi felicidad? ¡Es que no puede ser cierto esto! Hace tan solo unos segundos volaba en la novena nube de la felicidad. Me sentía en el espacio sideral. La dueña del universo de su mano. Y viene esta mujer con unas cuantas palabras destruye todo.

Los segundos pasan de una manera agonizante. Pareciera que las manecillas del reloj pesaran una tonelada, casi ni se mueven. Los tres estamos engarrotados. Ellos dos en un duelo de miradas desafiantes y yo como una estúpida espectadora que no deja de cambiar su peso de un pie a otro sin saber qué demonios hacer. Me suelto de la mano de Fernando y alejo un poco, él ni siquiera se percató, está sumido en una especie de trance al igual que ella. Debato entre hacer alguna especie de ruido para ver si alguien reacciona o salir huyendo de tan ácida escena. Decido por lo segundo. Mi orgullo es más fuerte. Me alejo con pasos lentos, esperando a ver si él se da cuenta, miro hacia atrás y sigue en la misma posición, así que apuro el paso por el pasillo hasta llegar a la gigante puerta giratoria de la entrada. El cálido aire del desierto de Las Vegas inunda mis pulmones, tomo una fuerte bocanada para tratar de relajarme, sigo en estado de *shock*, mi vida se ha convertido en una interminable cadena de dramas, ¿Cómo ha pasado esto?

Tomo el primer taxi que encuentro en la entrada. Kilómetros, distancia... necesito justo ahora. No tengo ni la menor idea de que pensar. Él no me ha seguido, creo que aún no se da cuenta de mi ausencia. Sé que las cosas se solucionan hablando, pero no podía quedarme ni un segundo más parada como idiota observando cómo se miraban. Para haberse quedado tan distraído es que ella fue —o es, ya ni sé que creer— alguien muy importante en su vida. Lo que me recuerda lo poco que conozco de mi marido. Estoy enterada de casi nada en su pasado, tan sólo lo que él me ha contado y seguramente que sólo ha dicho lo que yo quería oír. Lo conveniente, lo necesario para caer redondita ante él. Y lo logré. He sido la tonta más grande de la historia.

La voz del chofer del taxi preguntándome a donde me dirijo me saca del ensimismamiento. Tengo más de cinco minutos arriba del vehículo sin decir ésta boca es mía, con la mirada perdida a la nada y mis pensamientos girando

a mil por hora.

—*To airport, please.*

Le digo en mi inglés mediocre. El auto comienza a avanzar y se detiene en la salida del camino de entrada para esperar un espacio e incorporarse en la avenida. Giro para mirar atrás y entonces lo veo, fuera del hotel está Fernando buscándome como loco. Escucho que grita mi nombre. Volteó de nuevo y me hundo en el asiento para esconderme. Se tardó demasiado. Sí debemos hablar, pero justo ahora no me da la gana. Ya nos veremos en Guanajuato, de todos modos tiene que entregarme mis maletas, traigo tan sólo mi bolso de mano. No sé si estoy siendo exagerada montando un *numerito* de la nada, pero simplemente se tardó mucho, no reacciono cuando debía y me siento demasiado frágil para hablar con él ahora. Mejor que las cosas se enfríen un poco.

Entrando al aeropuerto corro hacia el primer módulo que encuentro de una aerolínea conocida. No me importa el costo ni si hay escalas, tan solo quiero tomar el vuelo más próximo para México. No me importa ni la ciudad ni nada. Tan solo quiero subirme a un avión lo antes posible. Sé que Fernando se imagina que vine hacia el aeropuerto y no quiero verlo aquí.

Consigo asiento en un vuelo que sale en un par de horas. La ansiedad carcome. Una parte de mí quiere salir corriendo al último rincón del planeta y esconderme en donde no me encuentre jamás. La otra sí quiere que me alcance, abraze y diga que esa mujer alucina; expresó una insensatez provocada por algún resentimiento pasado... ¿Y sí eso fue? ¿Si esa mujer soltó solo un dardo venenoso porque estaba ardida de vernos juntos?, pero el comportamiento de él tampoco fue el mejor, se quedó ahí como un pazguato sin decir nada, ni afirmar ni negar, tan sólo mirándola fijamente y olvidándose por completo de mí. Mi mente gira, ya no sé qué pensar. ¿Habré actuado de manera exagerada? ¡Ya no sé qué pensar! Como que últimamente en mi vida todo va de un extremo a otro, desaparecieron los términos medio, voy de cálido a frío y viceversa a una velocidad vertiginosa, necesito a gritos estabilidad, alcanzar el equilibrio o corro el riesgo de ir a parar a un manicomio. Además no he sido la más ecuánime emocionalmente hablando, han pasado demasiadas cosas en poco tiempo, mi pobre corazón esta subido en una permanente montaña rusa de subidas prolongadas y bajadas cardiacas, de seguir así acabara por caer en un coma emocional.

Después de pasar los pertinentes filtros de seguridad del aeropuerto para poder ingresar al área y esperar me siento en la primera cafetería que

encuentro. Necesito despejarme. Mis neuronas han colapsado junto con mis nervios. Conforme ha pasado el tiempo la impresión de la situación ha disminuido y he podido pensar con un poco más de lucidez, precisamente, mi diagnóstico personal es que fui una total y absoluta reina del drama exagerada. No debí salir corriendo así. En el momento me pareció lo más adecuado, pero ahora con la cabeza fría creo que debí quedarme y esperar la reacción de él con la correspondiente explicación. Lo mejor que puedo hacer ahora es hablarle para avisarle donde estoy y la hora de mi vuelo. Saco de la bolsa mi celular para llamarle, tengo como 10 llamadas perdidas de Fernando más una letanía de mensajes de *whatsapp* preguntándome dónde estoy, se nota la preocupación en sus palabras. Cuando estoy marcando su número una voz familiar me hace levantar la vista, es él, parado frente a mí con el celular en la mano y una sonrisa de alivio en los labios.

—Alicia, mi amor —suspira ya junto a mí— ¡Al fin te encontré! Estaba muy preocupado, ¿Por qué te fuiste tan abruptamente?

—Creo que sabes perfectamente la razón.

Mi voz es seca, por más convencida de la exageración, tampoco es que este la mar de contenta, él no se portó a la altura, se quedó impávido ante la situación. Por supuesto necesito una explicación, debe decirme quién es esa mujer y la razón de su venenoso comentario.

—Lo sé muy bien —agacha la cabeza y se mira las manos.

Permanece un momento en silencio, pensando que decir. Creo ya tuvo suficiente tiempo para inventar una excusa y ordenar sus ideas, pero otra vez se queda como una estatua, mudo y quieto.

— ¿Y?... lo sabes bien, ¿y qué con eso? —levanta la vista ante mi exigencia, sus ojos son dos platos enormes que me miran con una mezcla de asombro y algo más que no logró descifrar— ¿Quién es ella? ¿Por qué dijo eso? —Le inquiere con un poco de rudeza— y, lo más importante, ¿Por qué no dijiste nada? Fernando te quedaste impávido, incapaz de articular palabra, ¿Por qué? ¿Acaso ella dijo la verdad?

— ¡No! ¡Claro que no! — grita levantando los brazos— Está loca, no sé porque dijo eso, y no, nunca he venido a Las Vegas a casarme, de hecho no vine con ella aquí, no sé porque dijo todo eso... si me quedé así fue por la sorpresa, nada más, te lo juro. —se pasa las manos repetidamente por la cabeza en clara señal de desesperación al ver que sus palabras no hacen mella alguna en mi actitud.

—¿Entonces? —lo interrumpo.

Suelta fuertemente el aire jalando una silla para sentarse delante de mí. Toma mis manos entre las tuyas a pesar de mi reticencia.

—Alicia, mi Ali —cierra los ojos suspirando profundamente— Mi esposa, te amo, entiende eso. No hay, no existe ninguna otra mujer en mi vida, te lo juro. Ella es alguien del pasado con quien tuve una aventura, pero nada más. Te lo dije cuando nos conocimos, no he sido un santo, he tenido mis *quereres* con muchas mujeres, más con ninguna he formalizado, ni una de ellas te ha llegado si quiera a los talones, jamás antes pasó por mi cabeza casarme ni formar una familia. Esos son deseos que sólo tu despertaste en mí, tan fuertemente que organicé todo este loco viaje para no esperar ni un instante más sin que fueras mi esposa, sin unirte a mi existencia para siempre.

Sus ojos están húmedos por las lágrimas retenidas. La voz se le ha quebrado. Y a mí me tiembla el corazón. No había comprendido la intensidad de sus sentimientos, de verdad me ama, sé que es sincero, nadie es capaz de fingir semejante declaración.

— ¿Me crees, verdad? —dice con mucha ansiedad mientras besa mis manos— dime por favor que crees en lo que te estoy diciendo.

Asiento con la cabeza, soy incapaz de hablar, un enorme nudo se me atraviesa en la garganta. Me ha emocionado muchísimo todo lo que dijo, tanto que un par de lágrimas se escapan sin poder evitarlo.

—No, no, no llores, mi amor —me atrae hacia él y abraza fuertemente— no puedo soportar saber que te lastime.

—Sólo estoy emocionada —le digo con la voz entrecortada—, me has desarmado con tus palabras.

Me separa un poco de él para mirarme y con su pulgar seca mis mejillas. Sonríe de la manera más tierna que jamás nadie lo ha hecho. Besa con veneración mi frente y luego pega la tuya a la mía cerrando los ojos.

—Alicia, te amo con todo lo que soy y lo que voy a llegar a ser. Tú eres la mujer perfecta para mí, en ti todo lo encuentro, te pertenezco en cuerpo y alma, soy tuyo, sé que eres mía y no por posesión sino porque así lo deseas. Jamás dudes de mí ni pienses que necesitaré algo fuera de ti y de casa, tú eres mi todo, te quiero para protegerte y cuidarte. Nunca voy a lastimarte, mi amor.

Toda molestia que pudiera yo sentir desaparece ante sus palabras; estoy sin aliento. ¿Cómo podría ser posible que sintiendo todo esto que dice pueda engañarme? ¡Imposible! Fernando es el hombre de mis sueños, es mucho más que perfecto. Fui una tonta, me dejé llevar por celos infundados, no debí irme

así. Él adorándome de esa manera y yo corriendo por una nimiedad como una adolescente atolondrada.

—Lo siento, mi vida —suelto el aire para no llorar—, fui una tonta. Discúlpame, por favor.

—Sí, lo fuiste —me sonrío divertido—, pero así te amo, tontita. Además la situación no era para menos, cariño. Entiendo cómo te sentiste, tranquila. Tal vez yo hubiera reaccionado igual en tu lugar, sé que no fue nada agradable, amor —besa con cariño mis manos—, todo olvidado. ¿Sale?

Y por si fuera poco es lo más comprensivo del mundo. No cabe duda que me saque la lotería con él. Es un amor, dulce, tierno, apasionado, guapo y tan perfecto. Hasta que me toca ver una. ¡Gracias universo!

—Vale, cariño —siento el boleto en mis manos—, ¿ahora qué hacemos con este boleto?

— ¡Abordar! —se encoge de hombros— Sale en 45 minutos, ¿no?

— ¿Cómo? ¿Y tú?

Se ríe al ver mi cara de desconcierto. Saca de la bolsa de su cazadora un boleto.

—Aquí está el mío.

Sigo sin entender. No teníamos ya boletos de regreso. ¿Cómo sabe en qué vuelo viajo?

—No teníamos boletos, cariño —aclara adivinando mi pensamiento— Pensaba comprarlos al llegar al aeropuerto. Y ahora que vine detrás de ti, para poder pasar a esta sala tuve que adquirir mi boleto.

— ¿Cómo supiste que vuelo era?

—Imaginé querías el más próximo a salir. Además de que logre convencer a la señorita del mostrador me dijera si estabas en la lista de pasajeros.

— ¿Cómo le hiciste?

—Secreto de estado — guiña un ojo y se ríe— ¡Ah! Y por cierto, he cambiado tu asiento a primera clase. Quiero que mi mujercita tenga lo mejor.

Lo dicho, un pedazo de encanto este hombre, después de mi berrinche todavía consintiéndome. Lo adoro.

Un desconocido pasa junto a nosotros y nos mira con una risa burlona, sé que de seguro pensó “*Get a room*”... y es que lo más rico de las peleas son las reconciliaciones, justo ahora estamos haciendo honor a dicha frase, claro con las limitantes que nos da estar en una cafetería en medio del área de abordaje del aeropuerto de Las Vegas. Pero no nos hemos inhibido, somos

un todo de brazos entrelazados, besándonos sin poder soltarnos un solo segundo. De esos besos que te saben a promesa de algo más, para lo cual, por cierto, tendremos que esperar muchas horas más, faltan unos quince minutos para subir al avión y todo el rato del vuelo. Al menos que nos sintamos un tanto traviosos para entrar al “*Mile High Club*”. Muy riesgoso, pero la sola idea me excita sobre manera.

—También tú lo pensaste —pregunta curioso al ver el travieso brillo en mis ojos.

—Sería interesante, ¿no crees?

—Muchísimo, pero... —se queda pensando con los ojos entrecerrados, como ideando la manera— bueno, si ya lo han hecho otros, por lo menos en las películas, aunque sea riesgoso encontraremos el modo, cariño. Dice subiendo su mano por mi pierna acercándose peligrosamente a mi centro.

Dejo escapar un sutil gemido audible solo para sus oídos y me muerdo los labios por la excitación. Fernando saca mi lado más atrevido, ese que jamás antes había explorado. A su lado quiero experimentar tantas cosas, es increíble cómo me derrito en sus manos. Es capaz de encenderme con solo mirarme.

Escuchamos en los altavoces anunciar nuestro vuelo. Caminamos hacia la sala de espera que indicaron. Fer no deja de verme con una enorme sonrisa pintada en sus labios. Puedo percibir la fantasía en su mirada. Sé que mi idea lo ha dejado gratamente sorprendido.

—Así que quieres entrar al *Mile High Club*, mi pequeña pervertida— susurra al oído con una voz tan sexy que hace eco en mi entrepierna.

—Siempre hay una primera vez para todo, ¿no?

Le respondo traviesa al oído y muerdo cariñosamente el lóbulo de la oreja. Me responde con un gruñido que le sale de las entrañas. Sé que lo he encendido un poco más, si eso puede ser posible.

— ¡Subamos ya a ese avión!

Afirma apretando mi cintura para acercarme aún más a él para depositarme un excitante beso en el cuello que enciende la sangre al punto de no poder evitar un sensual gemido emergido de lo más profundo de mí.

— ¡Ahora! —Su tono de voz suena autoritariamente sexy, me agarra la mano y acelera el paso— ¡Al avión! ¡Ya!

CAPÍTULO XIX

¡Wow!

¡Indescriptible! ¡Mágico!

¡Fuera de éste mundo!

Sí lo que acabamos de hacer es considerado pecado en alguna religión, arderé felizmente en el infierno. Estoy más que extasiada, no me arrepiento y lo repetiría una y mil veces más. Es más, creo que debemos considerarlo como parte obligatoria de nuestros próximos viajes.

Todavía me tiemblan las rodillas por los nervios. La adrenalina no ha abandonado mi sistema. Tanto así que todavía puedo sentir uno que otro espasmo vagando por mi cuerpo. Fue breve, pero fantástico, hice un esfuerzo sobrehumano para no gritar al explotar, ese orgasmo de antología merecía un buen grito de guerra, pero tuve que silenciarlo. La premura, el espacio reducido, la excitación de lo prohibido, el saber que podíamos ser descubiertos, la rapidez... todos los elementos se acoplaron para poner a mil nuestros sentidos, la emoción se puso a flor de piel que un solo roce de nuestros cuerpos era capaz de catapultarnos a la luna casi al instante.

Recostada en el asiento respiro profundamente. De algún modo tengo que calmar este pequeño temblor que quedó en mi cuerpo. Fernando aún no regresa del baño, me salí yo primero con sumo cuidado de no ser vista por nadie; afortunadamente las azafatas andaban perdidas en la cabina del piloto y los pasajeros dormidos. Al parecer nadie vio cuando entré al baño ni cuando mi flamante marido me siguió ahí dentro. Después de cinco minutos sale del baño caminando despacio hasta el asiento. Creo que el también sufre de temblores post adrenalina.

—Abróchate la sonrisa, mi cielo.

—No me pidas eso —sonríe aún más —, sigo volando. ¿A poco tú no te sientes igual?

— ¡Uf! Sigo perdida en el espacio —me muerdo los labios—, ahora comprendo porque tan famoso el *Mile High Club*.

—Ahora somos miembros —toma mi mano temblorosa y se la lleva a los labios—, por supuesto que activos, cariño... ¡Esto lo repetimos!

—¡Hagámoslo tradición de vuelo!

—Apoyo la moción.

Nuestras sonoras carcajadas inundan la cabina de primera clase haciendo

que las miradas de más de un pasajero se pose sobre nosotros. Una azafata también giro la vista hacia nuestros asientos, su mirada era reprobatoria. ¿Se habrá dado cuenta de nuestra travesura en el baño? ¡Por todos los cielos, espero que no! Moriría de vergüenza si nos señala públicamente. La mujercita camina hacia nosotros y una vez delante dice dirigiéndose a mí en un español muy clarito:

— ¿Tuvo algún problema en el baño, señorita?

Puedo sentir claramente el calor ardiendo en mis mejillas. ¡Se dio cuenta!... ¡Tierra trágame?

— ¿Porque su pregunta?

Inquiere Fernando con la voz más tranquila del mundo. Ha tenido que hablar él porque yo simplemente no puedo articular palabra, la vergüenza me gana.

— Porque usted la ha seguido ahí dentro.

Puedo palpar claramente lo que su frase quiere decir. El doble sentido implícito en sus palabras es demasiado evidente.

— Este... me sentí un poco indispuesta —contesto al fin después de aclarar mi garganta al pasar el ataque de tos que me dio.

La señorita enarca una ceja incrédula. Es más que obvio que sabe que hicimos ahí dentro. No se ha tragado para nada mi pobre excusa.

— ¿Saben que lo que hicieron en el baño está prohibido? —se agacha un poco hacia nosotros bajando la voz: —es ilegal, ¿lo sabían?

Mi rostro ha cambiado del rojo vergüenza al blanco lívido. ¿Ilegal? Eso suena a muchos problemas. ¿Podremos ser arrestados por tener sexo en el baño del avión? ¿En qué ley lo dice? ¿Por qué nos lo dice así? ¿Cuál es su intención? ¿Si nos acusará?... aclaro un poco mis pensamientos, si ella fuera a delatarnos lo hubiera hecho sin más en vez de venir a informarnos. Creo que nos está haciendo una advertencia.

— ¡Culpables!

Exclama Fernando sonriendo divinamente, así como niño cachado en una travesura. Yo lo miro como si le hubiera salido una segunda cabeza. ¿Se volvió loco? ¿Qué clase de abogado es? Hasta yo sé que ante todo negar los hechos. Siempre negar, no importa que tengan las evidencias en la mano, hay que negarlo todo.

El rostro de la azafata se vuelve más serio. No sé qué quería hacer mi flamante marido, pero ésta mujer buscaba conseguir una confesión, él se la entregó en charola de plata.

— Graves problemas, señores.
Su voz es seca y clara.

Fernando sonrío coquetamente. Creo que quiere usar sus encantos con la azafata. Algo que no es para nada de mi agrado. Aunque sea con la intención de salvarnos el pellejo no me agrada que mi marido coquettee con otra en mis propias narices.

— ¡Recién casados!

Exclama mi marido levantando nuestras manos entrelazadas para mostrar así los anillos de boda. Le guiña un ojo a la señorita y besa mi mano. Gesto que le da por su lado romántico porque ya menos regañona nos dice:

—Está bien. Lo pasaré por alto, pero que no se repita, por favor —le responde el guiño coquetamente a mi marido.

—Muchas gracias, señorita —interrumpo el intercambio de miradas de la azafata y mi marido.

—De nada, señora —me mira rápidamente para regresar la atención a Fernando —, pero ahora el señor debe acompañarme a firmar unas formas.

—Lo que sea —sonríe el coqueto—, con tal de que no pase a más.

—Sígueme, por favor.

La azafata da media vuelta mientras Fernando se desabrocha el cinturón, se acerca a mí para darme un beso rápido en la mejilla y susurra al oído.

—Regreso enseguida, amor.

Fernando alcanza a la mujercita y desaparecen en el pasillo que hay junto al baño, creo que ahí es el recinto de las azafatas o algo así. Me quedo mirando unos cuantos minutos hacia allá esperando que regrese y nada. Según que no iba a tardar, pero ya han pasado más de diez minutos. Cierro los ojos y respiro, no montaré otro numerito de esposa desesperada como el de hoy en la mañana. Mejor tomo una revista del respaldo para distraerme, así no pensaré en tonterías sin sentido. Me entretengo en la lectura de un artículo sobre las bellezas de las playas mexicanas...

—Despierta, dormilona.

Abro los ojos sobresaltada. Quedé profundamente dormida, estaba tan cansada de todas las emociones del día que caí rendida.

—Estamos aterrizando —agrega Fernando al ver mi cara de desconcierto.

—¿Tan pronto? —pregunto aún somnolienta.

—Tienes más de una hora dormida.

Termino de despertar y miro por la ventanilla. Efectivamente estamos sobrevolando la ciudad de México.

—¿Por qué tardaste tanto, amor? —inquiero al recordar que se había ido con la azafata— ¿Para qué te quería?

—No tarde, regresé casi enseguida y te encontré dormida.

Claro que tardo. Efectivamente me dormí, pero ya habían pasado como quince minutos. Guardo mis comentarios, es mejor no ahondar en ello, pero de que tardo, tardo y mucho.

— ¿Y para qué te quería la señorita? —sondeo tratando de ocultar los celos en mi voz.

—Firmar un documento —contesta sin pestañar—, aunque paso por alto el asunto, debía quedar documentado, algo administrativo.

— ¿En serio? ¿No tendremos problemas por eso?

—Ninguno, cariño. No te preocupes, la convencí de romper los papeles. Por eso tarde un poco.

¿No que no había tardado? ¡Está extraño! No me gusta nada. Pero no quiero empezar mi vida de casada así, mejor dejo este asunto por la paz, para que hacer más tormentas. La confianza es primordial, debo creer en él. No tengo intención de boicotear mi matrimonio, menos a un día de haberlo celebrado.

Lo primero que hago al llegar a casa es telefonar a mis padres. Ellos no saben de mi viaje, pero quiero verlos para contarles sobre la boda. No tengo idea de cómo se los voy a decir, pero es imperante hacerlo lo antes posible, ya se me ocurrirá la manera de hacerlo menos impactante. Adelanto un poco el terreno diciéndoles: hay algo importante que debo compartir, mi madre trata de obtener más información, pero me hago la loca, esto debe ser en persona.

— ¿Cuándo los veremos? —pregunta Fernando al verme colgar la llamada.

—Hoy mismo. Vamos a ir a cenar a su casa.

— ¿Hoy? —Traga saliva— ¿No es muy pronto? Creí que esperarías una semana cuando menos.

— ¿Para qué esperar? El impacto será el mismo hoy o el mes que viene, así que mejor pasar ese trance lo antes posible, ¿no crees?

— ¿No prefieres hacerlo sola?

Detecto un dejo de temor en su voz. Sé que es algo difícil de manejar,

pero tampoco es para que me quiera mandar al ruedo solita. Donde queda lo de “en las buenas y en las malas”.

— ¿Miedo? ¿Me abandonas en esto?

—Para nada —suspira—, creo que lo mejor es que primero hables tú con ellos, les expliques para ya después presentarme. Siento que es lo más correcto.

—No quiero hacerlo sola. Necesito estés a mi lado.

—Son tus padres, cariño. Mejor primero habla tú hoy con ellos y ya mañana me los presentas cuando estén enterados.

Experimento una sensación de desolación. Entiendo su punto, pero no lo comparto. Sí, son mis padres y tal vez yo deba hablar primero, pero quisiera hacerlo con él junto a mí, dándome el apoyo.

—Quiero que vayas conmigo —hago un mohín para tratar de convencerlo.

—Insisto que lo ideal es que vayas tú sola primero, mi vida.

Le respondo con una sonrisa de medio lado, no me parece su idea. Él se da cuenta y acerca con ese aire seductor que me dobla las piernas.

—No seas tontita, vidita —dice acariciándome el mentón para hacerme levantar la vista hacia él— piensa en tus papás, vas a llegar conmigo y presentarme como tu marido. Mucho impacto, ¿no crees? Lo mejor es que vayas sola, platiques con ellos, les expliques. Eres su hija, los conoces mejor y sabes cómo tratarlos, conmigo presente la situación se pondría delicada. No te abandono, sólo que me parece que es lo mejor —sonríe y se aleja para observarme, me guiña un ojo al agregar: “Claro, yo hago lo que mi señora ordene y mande”

Aunque cueste reconocerlo y quiera que vaya conmigo, creo que tiene razón. Lo mejor es ir sola primero. Siempre sabe cómo convencerme este hombre, como hacerme entrar en su razón.

—Está bien, tú ganas —levanto las manos en señal de rendición—, iré solita a ver a tus suegros.

—Es lo mejor, nena —acaricia mi mejilla y besa en los labios.

—Creo que tienes razón. Pero si no vuelvo en dos horas vas por mí, ¿eh? —digo entre risas, Fernando me abraza.

— ¿Dos horas? ¡Mucho tiempo, amor! si no se de ti en media hora llamó a la guardia nacional.

Sonríe tomándome en sus brazos. Me acurruco en su pecho y cierro los ojos. De verdad lo amo, es loco todo esto, pero lo amo. Fernando acaricia mi

cabello suavemente.

—Todo saldrá bien, cariño. Ya verás.

—Sé que sí. A mis padres lo que más les importa es mi felicidad.

Hundo más mi rostro en el pecho de mi marido, no quiero que note mi nerviosismo. Sí, estoy segura de eso, ellos quieren verme feliz. Pero de que antes van a matarme por mi precipitación, sí que lo harán.

¡Ay, Diosito, espero me agarres confesada!

CAPÍTULO XX

El silencio en la mesa familiar se ha hecho incómodo. Les he soltado la noticia después de la cena. Esperé a que mi madre sirviera el café para contarles sobre Fernando y nuestra boda en Las Vegas. Han pasado más de veinte minutos, mi padre sigue sin pronunciar palabra, esta con la mirada fija perdida en algún punto de la cortina que cuelga frente al comedor, como en estado catatónico. Mamá se limitó a expresar frases cortas: “Ay, Dios mío” “¿Cómo es posible?” “Casarte con un desconocido, ¿acaso te volviste loca?”... Después soltó un par de lágrimas y se quedó en silencio igual que papá esperando que él diga algo. Yo también lo espero. De hecho imaginé todo menos esta reacción impasible.

Estoy impaciente. No puedo pasar un segundo más así, me levanto de la mesa y camino de un lado a otro. Mi padre sigue igual. No fue ninguna gracia lo que hice, pero al menos dijera algo, así sea un regaño... pero nada, sigue sin decir esta boca es mía. Lo mejor es irme y dejarlos asimilar la noticia. Me encamino a la sala a buscar mi bolsa para retirarme cuando gira hacia mí:

— ¿Y dónde está mi flamante yerno? —Dice al fin— ¿Por qué no ha venido contigo?

Doy media vuelta para verlo de frente.

—No lo ha creído prudente. Prefirió que yo hablará primero con ustedes.

—Te ha dejado sola con el paquete —ataja mi madre— ¡menudo cobarde!

Mi mamá siempre ha sido muy comprensiva conmigo, mi cómplice y amiga, pero ahora se encuentra bastante molesta. Con justa razón, aunque no es para que exagere tanto.

—No, mamá, Fernando no es un cobarde. Fui yo la que insistió en que no viniera —miento para defenderlo—, hablar con ustedes era algo que quería hacer sola antes de presentárselos.

—Él no debió aceptarlo, su deber como tu esposo era estar contigo en este trance. —rebate mi madre.

Su comentario me cae como patada de mula porque pienso exactamente lo mismo, mas no lo voy aceptar, tengo que dejarlo bien parado ante ellos a toda costa.

—Insistió, pero no se lo permití.

—Contra tu voluntad tenía que acompañarte—su tono es tajante. Y

carajo, tiene razón, claro que debió venir, creo lo mismo, sin embargo debo defenderlo, dejar bien en claro que fue mi culpa que él no viniera así no sea cierto.

—Como si no conocieras lo terca que soy.

—Lo sé, querida. Esta boda precipitada me lo comprueba.

—Dile que venga ahora mismo —interrumpe mi padre nuestra discusión—, quiero conocerlo.

—Enseguida le marco, papá.

—También dile que traiga a sus padres. Quiero conocerlos. Si es tu marido debo saber de dónde viene.

Suelto el aire que había estado reteniendo. No creo que haya problemas con sus padres, pero es algo muy precipitado. Además tampoco es que sea una niña, no fue adecuada mi boda, pero soy una mujer adulta que desde hace mucho se mantiene, creo que soy capaz de conducir mi vida y sobrellevar las consecuencias de mis actos.

—Le diré —respondo tragándome mis pensamientos—, espero que puedan venir, es algo precipitado.

—Si no es hoy, organizamos una comida mañana. Quiero conocerlos lo antes posible.

Le hablo a Fernando para avisarle. Me dice que enseguida me alcanza en casa de mis padres y hará lo posible para que los suyos vengán con él. Ya les informé sobre la boda. No se han entusiasmado mucho, pero al parecer lo han tomado con mejor cariz. Claro como él es hombre, si yo lo fuera mis padres estarían más tranquilos. *¿Cuándo dejará México de ser tan machista?* Pienso y regreso al comedor para avisar: Fernando ya viene para acá.

Mi padre asiente con la mirada. Se levanta de la silla para dirigirse a su pequeño despacho no sin antes decirme que le avise cuando lleguen y que vaya a la cocina a informarle a mi madre que ha ido para allá a prepararse un té de tila para sus nervios. La voz de mi padre suena tan ajena en este momento. Jamás la había escuchado así, es una mezcla entre decepción, tristeza y un poco de molestia. Se me encoge el corazón sólo de pensar que se sienta tan decepcionado de mí, soy su pequeña y me duele pensar que ya no me considere más así. No me dejará de amar, eso lo sé, soy su hija, pero en este momento creo que se rompió la imagen que tenía de mí. Lo comprendo, no fue una gracia lo que hice, sin embargo creo que tampoco es para tanto. Confío que no le dure mucho esta actitud distante conmigo, cuando vea lo feliz que soy y lo maravilloso que es Fernando se le pasará todo malestar.

Voy en busca de mi madre a la cocina. Tal vez ella me ayude a tragar el mal sabor de boca, ella siempre ha sido mi cómplice y refugio. Sé que esta situación no es fácil de comprender, pero estoy segura que al hablar con ella a solas entenderá mis razones. Es una romántica empedernida que ama las historias mágicas de amor, me enseñó a creer en los príncipes azules y los finales felices. Tiene que entenderme, ver las cosas desde la perspectiva de historia de novela.

La encuentro sentada en un banco de la barra de la cocina. Tiene una taza de té la cual no deja de remover con la cuchara. Su mirada esta clavada en el líquido ambarino.

—Mamá...

Levanta la mirada hacia mí, su tristeza me encoge el corazón.

— ¿Cómo pudiste hacernos esto, Alicia?

La voz se le quiebra y deja escapar las lágrimas que estuvo reteniendo todo este tiempo.

—No pensé que fuera tan grave, yo...

— ¿Tan grave? —gira la cabeza de un lado a otro— Grave fue cuando te fuiste a Guadalajara sin permiso. O cuando te llevaste una materia a examen extraordinario. Esas fueron situaciones “graves”. Esto es la peor decepción que pudiste hacernos. Casarte en Las Vegas con un completo desconocido es algo mucho peor, no tengo palabras para definirlo.

Exagera. Sí, no fue lo mejor, pero tampoco es para que me quemé en la hoguera con leña verde.

—No es un completo desconocido.

—Para nosotros, lo es —suspira—, y para ti también, o ¿me equivoco?

Agacho la mirada. No sé qué responderle a eso. ¿Cómo le explico que siento que lo conozco de toda la vida?

— ¿Hace cuánto conoces a este tipo, Alicia?

—Dos semanas.

— ¡Dios mío! —Cierra los ojos— ¿te volviste loca?

— ¡Estoy enamorada! —exclamo con vehemencia — tú me enseñaste que el amor no se razona, solo se siente. Amo a Fernando, mamá.

—¡No lo conoces!—levanta la voz—¿Cómo puedes amarlo? ¿Y si es un psicópata? ¿Un mentiroso o golpeador? ¡Tú qué sabes!

—Él no es nada de eso, es un buen hombre. Me ama y esto sólo fue una locura de amor.

—Una pendejada, diría yo —su tono es molesto— te fuiste sin decirnos

nada a otro país a casarte con un extraño. Te pusiste en peligro y nosotros sin saberlo.

—Tanto como en peligro creo que exageras, mamá. Fernando no es ningún asesino serial ni un gañan. En este tiempo lo he conocido bastante, es un buen hombre y me ama.

—Dos semanas no es suficiente para conocer a alguien. Mucho menos para amarlo, hija.

— ¿Y cuánto tiempo lo es? —mi voz es filosa— ¿Dos años? ¿Tres? Te recuerdo que a Matías lo conocía de más tiempo y me rompió la madre. No solo salí engañada, sino que además me golpeo...

Instintivamente llevo las manos a la boca para detener mis palabras, pero creo que es demasiado tarde.

—¿Matías te golpeo? ¿Cuándo? —me agarra las manos que tengo sobre la barra. Las lágrimas me salen a raudales— ¿Por qué no nos habías dicho nada?

—Quise evitar una desgracia. Mi papá lo mata si se entera.

—¿Cuándo fue?

—Hace una semana más o menos —suspiro profundo para calmar las lágrimas, el recuerdo del suceso nefasto me pone muy mal—, se apareció en mi casa todo violento, reclamándome que había visto salir a Fernando de mi casa.

—¿Y el tal Fernando lo sabe? ¿Hizo algo?

Asiento con la cabeza y continúo mi relato:

—Efectivamente Fernando acababa de salir de mi casa, de hecho cuando oí la puerta creí que era él que había regresado por algo.

—Pero era Matías.

—Así es. Y estaba agresivo, como nunca lo había visto. Al parecer se enteró que la mujer con la que se casó lo engañó y el hijo que espera no es de él.

—El karma no falla —me interrumpe mi madre.

—Lo mismo pensé. El caso es que se puso a reclamarme porque había salido con otro, al parecer había estado espionando mi casa.

—¡Infeliz!

—Un desgraciado, mamá. Me dio una madriza, si no ha sido porque Fernando regreso creo que me mata o me deja baldada.

—¿Y que hizo él?

—Me lo quitó de encima —sonrío al recordar a mi valiente caballero con

brillante armadura— y le dio una golpiza que no creo le queden ganas de regresar por otra. Le advirtió que no estoy sola; tengo quien me defienda y que no se vuelva a acercarme a mí.

—¡Ay, Dios mío! De pensar que algo te pasará, me muero. —Sus ojos se vuelven a humedecer.

—Tranquila, mami —le aprieto la mano— no pasó nada y Fernando no solo me defendió sino que también me curó los golpes después.

—¡Qué bueno que cuidas de ti! —Hace una mueca con la boca—Creo que el famosillo Fernando ha ganado un par de puntos conmigo.

—¡Es que es un amor! —le sonrío— Te va a encantar, lo sé — y me paro a abrazarla.

—Ni creas que me vas a contentar tan fácil, señorita —me dice, pero puedo ver como sonrío.

—Conócelo, mami —le digo melosa—, en verdad es maravilloso. Y sé que fue precipitado, pero muy romántico.

—Comprendo hija. Pero entiende que nos excluiste, nos dejaste fuera del día más importante de tu vida.

—Tienes razón, mami...

—Yo soñaba con verte vestida de blanco —me interrumpe.

—Solo nos casamos por el civil —le recuerdo con los ojos iluminados—, aún falta la ceremonia por la iglesia.

Puedo ver le cambia el semblante.

—Tienes razón. Hay que organizar la boda por la iglesia.

—¡Claro! —la abrazo— y ahora ayúdame a quitarle lo enojado a papá. Esta súper seco conmigo.

—Ya se le pasará, déjame a mí. Cuando sepa que te defendió de Matías, va a adorar a tu marido.

—No quisiera que papá supiera. No quiero que enfrente a Matías y ese loco le haga algo.

—Tranquila, yo sé cómo tratar con tu padre. No puedo ocultarle algo así...

El timbre de la puerta interrumpe nuestra conversación. Me levanto emocionada, seguro es Fernando, ya no me aviso si pudo hablar con sus padres para que vinieran, espero que sí.

Antes de abrir trato de calmar mi respiración, di tal carrera desde la cocina, el pulso se me acelero, no sé si vienen mis suegros, pero de ser así no quiero que la primera impresión sea la de una loca agitada.

El hombre que está parado frente a la puerta no es Fernando... ¡No lo puedo creer! ¿Qué hace aquí?

CAPÍTULO XXI

—¡Rodrigo! —Salgo de mi sorpresa y lo abrazo fuertemente —¿Cuándo volviste? ¡Que gusto que estés aquí!

Puedo sentir como aprieta su abrazo. ¡Está aquí! Mi Rodri aquí. No lo puedo creer. Se fue desde hace más de un año de mochilero por Europa. Al principio estábamos en continua comunicación, después sus mensajes y llamadas se espaciaron hasta hacerse nulas, tenía más de tres meses que no sabía nada de él, tan sólo me enteraba de sus aventuras por el *Facebook*. Fue justo cuando le conté que iba a casarme, creo que quiso evitarse soportarme en mi papel de novia histérica.

—Estoy bajándome del avión, no podía esperar más para venir a verte, *mounstra*.

—Sólo por eso te perdono el que dejaras de comunicarte conmigo, *mounstro* —mi boca se tuerce en una sonrisa extraña—, me hiciste mucha falta, ¿sabes? Han pasado tantas cosas...

—Lo sé, me enteré de lo de Matías —me jala y me abraza—, por eso estoy aquí, mi *mounstra*. Supuse que estarías muy mal.

—Gracias, *mounstro* —apoyo mi cabeza en su hombro—, no sabes la falta que me hiciste, tú siempre has sido mi paño de lágrimas en todas mis decepciones amorosas y está fue la peor de todas.

Rodrigo acaricia mi cabello y besa mi coronilla con mucho cariño, un gesto tan de él que a mí siempre me ha tranquilizado mucho. Es su manera de decirme: “*tranquila pequeña, aquí estoy y todo estará bien*”... Es tan fraternal. Lo adoro. Mis amigas son especiales, pero él es mi mejor amigo, mi cómplice en todo, mi pilar, mi confidente... no hay momento de mi vida en el que *mounstro* no haya estado conmigo.

—¿Cómo estás? —me separa un poco de él para mirarme, pero sin soltarme—, sé que ha pasado poco tiempo desde la ruptura...

—¡Estoy volando en una nube de felicidad! —lo interrumpo eufórica y le muestro mi anillo del dedo anular— ¡Me casé!

El rostro de Rodrigo se desfigura de la sorpresa. Abre tanto los ojos que parece que se le van a salir de sus orbitas.

—Pero... no que... tú... él —tartamudea todo nervioso.

—Conocí a alguien maravilloso —cierro los ojos al pensar en mi guapo marido—, te va a encantar, estoy segura.

—¿Cuándo? ¿Cómo? —Sigue sin salir del estupor— Si hace tan solo un mes estabas comprometida con Matías —suelta el aire— No entiendo, Alicia.

Odio cuando me dice Alicia, es como si estuviera enojado conmigo, siento una patada en el estómago cuando me llama así. Para él siempre soy Ali o *mounstra*.

—Sí, lo sé, es una locura...

—Ni que lo digas, Alicia.

¡Otra vez! ¿Acaso está molesto? Estoy feliz, eso es lo que debe importarle. No tiene por qué ponerse así.

—Tampoco es para que te enojés.

Me mira fijamente sin pestañar.

—No estoy molesto, sólo sorprendido. Es muy poco tiempo desde tu ruptura, ¿Cómo es posible que en tres semanas conozcas a alguien y te cases con él? ¡Eso es extremo hasta para ti!

—Ya sé, *mounstro* —le digo sonriendo como tonta mientras le hago ojitos—, es toda una locura, pero te juro que nunca he sido tan feliz. Estoy perdidamente enamorada de él. Es mi otra mitad, estoy segura.

Hace una mueca con la boca tan de él. Es su forma de decirme que estoy loca, pero que cuento con su apoyo en todo aunque no esté de acuerdo en absoluto.

—Ay, *mounstra* —se ríe un poco— ¿Cuándo entenderás que no somos mitades buscándonos sino enteros para compartir?

Pongo los ojos en blanco. Rodrigo y sus filosofías existenciales de lo que debe ser la vida y el amor. Siempre con sus ideas de no debemos completarnos sino acompañarnos y *bla bla bla...*

—Ya sé, pero no quiero sermones, solo a mi amigo dándome su apoyo.

Suspira fuertemente cerrando los ojos y girando de un lado a otro la cabeza. Sé que piensa que conmigo no se puede. Y tiene razón.

—¿Eres feliz? ¿De verdad estas feliz?

—Mucho, nunca lo había sido tanto.

—Si tú eres feliz, yo también.

Ese es mi *mounstro*. Me le cuelgo del cuello y lo abrazo con todas mis fuerzas. Como extrañé a este tonto. De verdad no sé qué sería de mi vida sin él.

—¿Y dónde está el flamante marido? —Pregunta sin soltarme— Quiero conocerlo...

—Detrás de ti.

Dice una voz masculina detrás de nosotros. Es Fernando, no puedo ver su rostro, pero por el matiz de su voz deduzco que no está muy contento. De hecho sonó bastante molesto.

Suelto casi en automático a Rodrigo. Como un resorte. Fernando camina unos pasos acercándose a mí para jalarme de la cintura. Si sus ojos fueran balas atravesaba a Rodrigo ahora mismo.

—Amor, que bueno que estas aquí —mi voz suena de lo más melosa para tratar de apaciguar su evidente molestia—, él es Rodrigo, mi mejor amigo.

—Mucho gusto, Fernando. Alicia me estaba contando de su reciente boda, muchas felicidades.

—Gracias —es toda la escueta respuesta de Fernando y se gira hacia mí para agregar: mis padres vienen en camino.

La frialdad en su voz me produce escalofríos. Creo que está más que celoso, pero no tiene porque, ya le he dicho que es mi mejor amigo.

—Perfecto, les avisaré a mis papás

Abro la puerta para que entremos los tres, pero parece que la testosterona ha hecho de la suyas. Fernando y Rodrigo se miran desafiantes sin moverse un ápice.

—Entremos —les digo a ambos estirando la mano hacia dentro de la casa.

—Será mejor que yo me vaya, Ali —exclama Rodrigo con voz seca.

—¿Cómo crees? —estiro la mano para jalarlo haciendo caso omiso del disgusto en el semblante de mi marido— a mis papás les encantará saludarte.

—En otro momento vendré —mira a Fernando que sigue como estatua junto a mí—, creo que ahora no es lo más prudente.

—Totalmente de acuerdo contigo —expresa Fernando con dureza.

—No digas tonterías. Tú eres como de la familia...

—No insistas, mi amor — interrumpe Fernando — tu amigo ya dijo que mejor vuelve en otro momento, creo que es lo más prudente como él mismo dijo.

—Pero...

—No te preocupes, *mounstra* —sonríe Rodri—, te hablo en estos días para venir a saludar a tus papás.

—Buena idea —me jala Fernando hacia dentro—, entremos ya que mis suegros esperan.

Quedo pasmada por la actitud tan posesiva de mi marido. Miro a Rodrigo con un poco de vergüenza, hace tan sólo unos minutos le dije que estaba más

que feliz, que le iba a caer muy bien Fernando y llega éste comportándose como un patán de las cavernas. Nunca lo había visto de esa forma. Lo desconozco.

Veo como se aleja Rodrigo, no pude ni siquiera despedirme bien. Fernando cierra la puerta de la casa casi azotándola.

—¿Qué te pasa? —le reclamo soltándome de su agarre.

—¿A mí? —Sus ojos echan chispas— ¿Qué diablos hacías tú abrazándote de esa forma con ese tipo?

—Rodrigo, te dije que se llama Rodrigo. Es mi amigo, te lo aclare. Lo conozco desde la infancia, no tenías porque comportarte así.

—Me vale un comino como se llame —masculla entre dientes—, eres una mujer casada y no tienes por qué andar abrazando a otros hombres por más “súper amigos” que sean.

—¿En serio estas diciendo eso? ¡Te volviste loco!

—¿Todo bien? —Interrumpe mi madre— ¿Están discutiendo?

Fernando se transforma en un segundo. Pasa de encabronado a encantador de manera automática. Estoy pasmada.

—Todo perfecto, señora— me jala hacia él y me abraza dulcemente— ¿Cómo cree que puedo discutir con el encanto de hija que tiene?

La mandíbula me cae a los pies. ¿Cómo puede cambiar tan rápido de actitud? Hace solo un momento quería atravesarme con la mirada y ahora soy un encanto. ¿Enloqueció?

—Ya decía yo, están en plena luna de miel para andar peleando. —Mi mamá sonrío con astucia, sé que no se comió su actuación—, pasen a la sala iré a hablar a mi marido, ¿vienen tus padres?

—Ya están en camino.

—Excelente, hijo.

Mi mamá se aleja por el pasillo para ir en busca de mi padre. Nosotros caminamos hacia la sala, yo trato de zafarme, aún sigo molesta, pero Fernando me lo impide.

—Ni creas que ya se me pasó. Sigo muy molesto.

¿Acaso escuche bien? Oh, por Dios. Si la que echa chispas del coraje soy yo, pero el señor todavía se hace el ofendido. Quien se portó como un troglodita fue él.

—¿Y tú porque? Él que se portó como patán fuiste tú, la que está molesta y mucho soy yo.

Abre la boca para contestarme, pero escuchamos que mis padres se

acercan por el pasillo. Así que congela la sonrisa y me dice entre dientes:

—Ya ajustaremos cuentas llegando a casa —.Abro la boca para refutar, pero Fernando me hace callar con su gélida mirada.

—En la casa, dije —masculla entre dientes.

Se levanta del sillón al ver acercase a mis padres, me jala un poco fuerte para que yo también lo haga. Estoy tan abrumada y molesta que se me transparenta en el rostro. No puedo creer que se éste comportando así. Fernando nota mi desconcierto, se acerca a mi oído y me dice en voz baja:

—Ahora compórtate y no arruines más las cosas.

Lo miro con los ojos desorbitados. Estoy en *shock*. Él no es así. ¿Dónde está el hombre amoroso y tierno con quien me casé?

Mis padres frente a nosotros y yo sin poder disimular mi consternación.

—¿Todo bien, hijita?

Pregunta mi papá, yo sólo logró asentir con la cabeza. No puedo hablar. Fernando me lanza una mirada significativa como diciéndome que será mejor que sonría y finja que todo está bien, no quiero más problemas así que a cómo puedo dibujo una sonrisa, en parte para no hacer más grande esta absurda situación, pero también para no preocupar a mis padres, ya suficiente es con la noticia de mi reciente boda.

—Se encuentra cansada por el viaje, ¿Verdad, amor?

Fernando me sonrío como si nada pasará y me besa en la mejilla. Sé que es una actuación, sólo lo hace para guardar las apariencias. ¿Cómo puede lucir tan sereno si no tiene ni un minuto que le salían chispas por los ojos?

—Sí, es que fue un viaje muy largo —bostezo para reafirmar mi cansancio.

—¡Ah, menos mal! —sonríe mi madre— por un momento creí que estaban discutiendo los recién casados, eso no es posible, ahorita debe ser pura miel.

—Imposible que discuta con su hija —dice Fernando luciendo su sonrisa más encantadora—, ella es un amor.

—Hombre inteligente no discute con su mujer, tan solo asiente —bromea mi papá.

—Y yo soy muy inteligente.

—Eso veo —ríe mi papá—, pero que hacemos de pie, por favor tomen asiento que tenemos mucho por platicar.

—Por supuesto, señor. Imagino que tiene muchas preguntas, las cuales responderé gustoso.

—Me parece —mi padre se sienta en el sillón frente a nosotros junto a mamá—, pero esperemos a tus padres para entrar en más detalles, ¿tardarán?

—Venían para acá, pero se les atravesó un inconveniente —se disculpa—, pero si le parece los invitan a comer mañana para conocerlos.

—Excelente idea, mientras conversemos tú y yo. Como te podrás imaginar hay muchas cosas que quiero saber; para mí eres un completo desconocido, necesito saber con qué clase de hombre se casó mi hija. Y me gustaría hacerlo en privado contigo, hay conversaciones que deben ser de hombre a hombre y está es una de ellas.

—Totalmente de acuerdo, señor.

—Pasemos entonces a mi despacho. Ahí podremos hablar tranquilamente.

Se levantan y nos dejan solas a mamá y a mí. Siento que la habitación gira a mí alrededor. ¡Que ansiedad! Mi papá es un amor, pero ahora está en su papel de jefe de tribu sobreprotector, ¿Qué le ira a decir? Los nervios empiezan a hacer estragos en mi sistema, no sólo me preocupa esa plática sino la que me espera llegando a casa. Después de lo de Rodrigo y de todo lo que le diga mi papá, creo que Fernando y yo tendremos mucho de qué hablar. Me espera una noche larga, muy larga.

CAPÍTULO XXII

El camino de regreso a casa es un tormento. Una vez cruzado el umbral de casa de mis padres Fernando dejó a un lado su papel de encantador para cubrirse con la máscara de patán insoportable. Ahora ni la puerta del auto me abrió para que subiera. Es más, casi arrancó al momento de sentarme, con trabajo y me dio tiempo de cerrar la puerta.

Viene sumido en el más agonizante silencio. Ni si quiera me voltea a ver. Puedo ver como las venas de las manos le resaltan de tan duro que trae tomado el volante. Lo veo más que molesto. Frente a mis padres se comportó como el adorable caballero que conozco, ahora es un neurótico desconocido. Y no tiene ni razón de ser tanto berrinche. Está exagerando sobre manera.

—Creo que le caíste bien a mis padres —digo como que no quiere la cosa para tratar de romper la tensión entre nosotros. El pesado ambiente que se ha instalado en el auto amenaza con ahogarme.

Un gruñido es toda la respuesta que recibo de él.

—¿No vas a dirigirme la palabra?

—Dije que hablábamos en casa, Alicia. Estoy demasiado enojado para hablar contigo. No quiero ser grosero.

Quedo estupefacta. ¿Grosero? ¿Por qué razón tendría que ser grosero conmigo? ¡Por Dios! Se está comportando como un neandertal. A este Fernando no lo conozco. ¿Quién diablos es? ¿Con cómo es posible que se ponga en ese nefasto plan? ¡Es irracional!

Decido no contestarle nada, mejor opto por imitar su silencio por más ansioso que me resulte. Si él está montado en sus trece, yo también puede ponerme en los míos. Él tampoco me conoce a mí en mi versión encabronada y si sigue en esa actitud puede aparecerle el diablo que me sale cuando me hacen enojar.

Al llegar a casa se baja hecho un bólido y azotando puertas. Tomo aire y respiro profundo, efectivamente, una larga noche. Lo sigo al interior de la casa. Quiero y no quiero iniciar esta conversación. No tengo ganas de discutir, pero tampoco quiero prolongar esta situación. No me gusta la actitud que trae justo ahora, quiero al Fernando de Las Vegas, a ese tierno, romántico y pasional de quien me enamoré.

—¿Crees que nací ayer? — grita a penas me ve entrar en la recámara— ¡Es obvio que tienes algo con ese cabrón! Entérate de una vez, Alicia, a mí no

me veras la cara.

—Rodrigo es mi a-mi-g-o —le deletreo marcando cada sílaba—, nada más. Lo conozco desde siempre y nunca ha habido algo entre nosotros que no sea cariño fraternal.

—La amistad entre hombres y mujeres no existe.

—¡Claro que sí! Rodrigo y yo somos amigos, es más, él es como un hermano para mí.

—¡Patrañas! —Grita exasperado— Ese tipo quiere acostarse contigo. Los hombres se acercan a las mujeres porque buscan sexo. Nada más.

— ¡Estás loco! Claro que hay amistad y él es mi amigo, mi mejor amigo, en que idioma te lo tengo que decir.

—En ninguno —avienta los zapatos que se acaba de quitar— y déjame decirte, que era tu amigo.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir con “era”?

—Que no lo vas a volver a ver y es mi última palabra.

¿Qué? ¿Se le fundieron las neuronas?

—No vas a prohibirme nada, Fernando —escupo con bilis en la lengua— y mucho menos mi amistad con Rodrigo. Lo conozco desde hace veinte años. Ha sido mi amigo toda mi vida prácticamente y lo seguiré siento, te guste o no.

—Eso está por verse, querida.

La amenaza en su tono de voz me crispa los nervios. ¿Prohibiciones a mí? ¿Pues quien se ha creído? Eso sí que no se lo voy a permitir ni ahora ni nunca.

—¿Pues quién te crees?

—Nada más y nada menos que tu marido. Y vas a hacerme caso si sabes lo que te conviene.

—¿Y en qué parte del acta matrimonial dice te debo obediencia? ¡Ja! Totalmente fuera de contexto, querido.

—No lo sé si lo dice o no, lo único que sé es que no veras de nuevo a ese tipo. Y punto.

—Pues temo decepcionarte, porque no dejaré de hablar a Rodrigo —casi hecho espuma por la boca de la rabia que tengo—, no voy a cambiar a mi mejor amigo de toda la vida por un desconocido.

—Te recuerdo que estás casada con éste desconocido, amada mía.

—Existe el divorcio, querido mío.

Nuestras voces destilan veneno. Al parecer los dos estamos mostrando el

cobre. Aunque en realidad más él que yo, su comportamiento es irracional, mi postura es defensa pura, será mucho el amor, pero no voy a dejar que me controle. Sabía que nos iríamos conociendo en el camino, que solo hemos visto lo bueno de ambos hasta ahora, sin embargo jamás creí que el lado oscuro de él fuera tan machista y controlador.

Nos hemos quedado en silencio después de mi última frase. Fue como una bomba. Nuestras miradas se enfrentan desafiantes. Fernando ha abierto la boca en varias ocasiones más de inmediato la cierra. Yo ni si quiera he hecho el intento de hablar, estoy agotada, demasiadas emociones y corajes para un solo día, en este momento lo único que deseo es darme un buen baño y dormirme, no me interesa seguir sumida en una guerra de voluntades sin sentido. Decido que Fernando, su coraje, su orgullo y su machismo pueden irse mucho a la chingada, yo me voy a descansar. Doy media vuelta para dirigirme al baño dejando a mi flamante marido con un palmo de narices, no tengo ganas de seguir ni un minuto más en ese absurdo duelo de miradas.

Cierro la puerta con seguro y abro la regadera para dejar correr el agua tibia. Un par de minutos después escucho que Fernando me llama casi a gritos, como que tardó un poquito en reaccionar que lo deje ahí, parado en medio de la habitación, sólo con su berrinche de niño consentido. Lo ignoro por completo y para que su voz no perturbe mi relajación subo el volumen de mi *ipod*: *Grita lo que quieras, querido, la música se oye más y suena mejor.*

Me tomo el tiempo del mundo bañándome con la intención de que el agua que cae sobre mí se lleve consigo todo mi malestar, como lavando todo el coraje que traigo encima. Después de más de media hora salgo fresca y relajada, me he puesto ya mi ropa de dormir. No veo a Fernando por ningún lado, no está ni en la recamara, ni en la cocina ni en toda la casa. No le doy mucha importancia, tal vez salió a caminar o que se yo, no tengo muchas ganas de pensar en nada más, ya aparecerá, si no es hoy, será mañana. Sirvo un vaso de agua para tomarme un paracetamol, tanta discusión sin sentido dejó un tremendo dolor de cabeza como saldo.

Me acuesto en la cama y casi enseguida caigo en un profundo sueño, pero a pesar de lo agotada que estoy no duermo tranquila, tengo sobre saltos y pesadillas. Despierto varias veces en la madrugada hasta que al final me rinde el cansancio, no tengo idea de a qué hora quede noqueada, pero para nada descansé lo suficiente, cuando la luz se filtra por mis parpados me pesan un mundo, tanto que me cuesta abrirlos a pesar del malestar que me provoca la claridad. Después de un rato de lucha abro los ojos, estiro la mano para ver

la hora, son las 8 de la mañana. Me estiro un poco e incorporo, Fernando no está a mi lado, al parecer no durmió aquí. Despabilada con toda la pereza que traigo encima me encamino al baño, necesito echarme un poco de agua para terminar de despertar. Cuando salgo lo encuentro sentado al borde de la cama, trae la misma ropa de ayer y una cara de velorio que no puede con ella.

—Buenos días, Alicia.

Su voz está cargada de pesadumbre.

—¿Dónde pasaste la noche? —es todo lo que digo por saludo.

—Salí a caminar un rato para despejarme.

—¿Y dormiste en la calle?

—No dormí, Alicia —suspira—, pero creo que eso es lo de menos. Tus duras palabras me impactaron, creo que tenemos que hablar.

—Pues las tuyas no fueron de miel, querido.

Me lanza una profunda mirada. Tiene los ojos irritados. Se le nota el cansancio en ellos.

—Lo sé... y lo siento —se pasa continuamente las manos por el cabello en señal de nerviosismo.

—Gracias, yo...

—No digas nada — interrumpe—, tienes mucha razón en todo, pero principalmente en lo último que dijiste.

¿Lo último que dije? ¿A qué se referirá?

—No entiendo, dije muchas cosas. ¿A cuál de todas te refieres?

—Lo sabes —su boca se retuerce en algo parecido a la sonrisa—, esas palabras me cayeron como balde de agua fría y creo que tienes toda la razón: tenemos la opción del divorcio.

CAPÍTULO XXIII

El piso se me tambalea debajo de los pies. ¿Divorcio? ¿De verdad tomo en serio mi comentario? ¡Sólo fue un arranque! Lo mencioné porque estaba sumamente molesta, no era algo que yo hubiera considerado de verdad, nos acabamos de casar, no tengo intención de terminar lo que apenas empieza. ¿Tan poco me quiere? Ni siquiera puedo articular palabra. Me ha dejado en estado de *shock*. Yo no lo dije de verdad, pero él se ve que va muy en serio, su mirada es determinante, puedo sentir que es algo que caviló toda la noche, no un arranque momentáneo como el mío. Aspiro profundamente para reprimir las lágrimas que amenazan con ahogarme, me duele, pero no voy a llorar, no delante de él.

Fernando esta en silencio. Aguarda una respuesta de mi parte, más no creo poder darle una en este momento. Así que sólo asiento con la cabeza para hacerle ver que escuche.

—Dime algo, no te quedes callada.

Encojo los hombros, ¿Qué le puedo decir? Lo mío fue un arranque, él parece ser que va muy en serio, no hay nada más que yo pueda decir o hacer.

—Tenía preparado todo un discurso, anoche tuve tiempo de pensar en todo lo que quería expresarte —carraspea— y justo ahora me siento desarmado al verte así sin nada que decirme.

—Creo que lo has dicho todo—argumento con frialdad.

—No, no lo he dicho —se levanta y se acerca a mí—, si hice mención a tu comentario no fue porque sea lo que quiero, sino porque el recordar que es una posibilidad latente me sacudió por completo.

—¿Entonces no estás pensando en divorciarte de mí? Si no es eso, ¿para qué lo mencionaste?

—¿Divorciarme de ti? ¡No! ¡Nunca! —Pasa nervioso las manos por la cabeza y camina de un lado a otro— ¿Cómo pudiste pensarlo? Mi Ali, te amo y quiero pasar mi vida contigo.

—¿Y para qué lo mencionaste con ese tono? —grito casi exasperada y me quiebro, no puedo contener más mi llanto.

Al ver cómo me doblo Fernando corre hacia a mí para tomarme en sus brazos. Me aprieta fuerte en su pecho y acaricia mi cabello con ternura.

—Tontita, no, amor... divorcio es lo último que deseo —me besa en la coronilla de la cabeza—, yo quería decir que hacer tangible esa posibilidad

me dio duro y a la cabeza, me hizo reflexionar —me separa de él para mirarme a los ojos—, no quiero perderte, quiero hacer todo para tenerte a mi lado toda la vida. Perdóname, amor, me porte como un idiota.

Limpia mis lágrimas con su dedo pulgar, mirándome con muchísima ternura.

—¿No me vas a dejar, verdad? —hace un mohín encantador.

—¿Idiota? Un poco más que eso, amor —le digo sonriendo a la vez que sorbo por la nariz.

—Lo admito, cariño. Más debes reconocer que en una minúscula parte tenía un poquitito de razón.

Aguzo la mirada. ¿Razón? No la tenía en absoluto, sus celos fueron infundados.

—Entiéndeme —agrega—, verte en brazos de otro no fue algo para nada agradable. ¿Qué hubieras sentido tú? Si te pusiste mal con el nefasto encuentro con esa loca hoy en la mañana, no quiero saber cómo te pondrías si me vieras abrazando a “una amiga”.

¡*Touche!* Justo en el blanco. Desde esa perspectiva sus celos ya no son tan infundados. Aunque en mi defensa, yo si le di su lugar, además aclaré la situación en seguida.

—Tantita razón tiene usted —hago una mueca—, pero no se esponje, porque yo le di su lugar, señor mío. Y lo presenté como lo que es, mi marido. Además aclare en todo momento la relación que tengo con Rodrigo, la cual es únicamente amistad y nada más. Es como mi hermano, me cansé de repetírtelo.

—Sí, sé que tú te comportaste mejor que yo.

—Mucho mejor.

—Lo admito. Pero debes admitir que tenía razón de tener celos.

—Al principio, sí. Más después de explicarte, no.

—Te la compro —sonríe encantadoramente—¿empate?

—A mano, señor mío.

Me abraza muy fuerte besándome por todos lados. Es un encanto, cuando quiere es un encanto. No se portó de lo mejor anoche, pero es normal, estaba celoso el tonto.

—Gracias, mi vida. Gracias.

—De nada, amor. Aunque debo puntualizar que no te portaste de lo mejor anoche. No me gusto tu agresividad.

—Perdóname, cielo. No ocurrirá otra vez. Lo prometo.

—¿Seguro?

—Te lo juro

Sonrío ante su respuesta y él busca ávido mi boca para besarme con ansiedad, con un hambre loca de mí. Puedo sentirlo en su desesperado beso; tuvo miedo de perderme. Juguetonamente tira la toalla que traigo enrollada al suelo y me levanta por los aires para arrojarme a la cama sin soltar mis labios.

Nos perdemos el uno en el otro, con ganas y avaricia, como quien prueba un bocado de algo exquisito y tiene miedo se lo arrebaten, devorándose con hambre, con esa gula intensa que nos da cuando sentimos pudimos perder el manjar que tenemos en frente.

Hasta ahora nos hemos entregado sin medida el uno al otro, pero nunca tan intenso, tan loco y carnal como con la lujuria que nos devoramos ahora. Teníamos sed, mucha sed y no paramos hasta saciarnos.

—¡Ay, amor! Si nos vamos a reconciliar así cada que discutamos...

—Nos peleamos diario, cariño — responde jadeando y pegando su sudoroso cuerpo aún más al mío.

—Apoyo la moción, mi caballero.

Ronronea tiernamente junto a mi oreja.

—¿Otra vez soy su caballero, señora mía?

—Ni un segundo lo has dejado de ser —agarro la mano que tiene en mi pecho para enredar mis dedos con los suyos.

—No me porte como tal anoche...

—Anoche fuiste mi caballero oscuro, pero caballero al fin y al cabo.

Recorro sus nudillos con pequeños besos, sé que se siente muy mal por su comportamiento de anoche y quiero suavizar su culpa. Es muy cierto que fue lo más nefasto que he visto, pero la situación se prestó para sus celos, en su lugar yo también me hubiera alterado. Aunque claro con su debida explicación debió comprender, pero los celos son así, nos ciegan, no nos permiten pensar con claridad. Y debo reconocer; recapacité cuando tuvo la mente fría. Actuó mal, pero no es para quemarlo en leña verde, y tuvo el valor para rectificar, reconocer y pedir disculpas. Creo que hay que darle carpetazo a todo esto.

—Gracias por perdonarme, no cabe duda que eres perfecta, mi cielo — me surte a besos—, definitivamente eres la mujer perfecta y lo mejor que eres toda mía.

—Fue un desacuerdo, mi amor. Es mejor olvidarlo—giro hacia él y tomo su cara entre mis manos—, ya ni lo pienses. Yo ya ni me acuerdo, ¿Por qué

peleamos?

—¿Peleamos? —guiñe el ojo—, yo sólo recuerdo que nos reconciliamos.
—Y de qué manera...

Nos reconciliamos un par de veces más. El desencuentro de anoche bien lo valía, merecía que los resarciéramos con creces, muchas creces. Alrededor del mediodía al fin abandonamos la cama y con un hambre atroz. Arreglarnos rápido fue la solución para salir a la comida con mis padres en casa de los suyos. Agradezco toda la relajación de ésta mañana, me ha dejado en un estado *zen* que no da lugar a los nervios, lo cual, dada la importancia de la comida, es vital para que todo salga bien.

A las dos en punto aparcamos delante de la casa de los padres de Fernando, mis suegros —que extraño se escucha eso, creo debo acostumbrarme—, antes pasamos por los míos y a comprar un par de botellas de vino tinto para no llegar con las manos vacías. Mi galante marido baja rápido del auto para abrir mi puerta y la de mi madre, es todo un caballero educado. Yo estoy con la boca abierta por la imponencia del lugar, más que una casa es una residencia señorial, casi podría decirse es una hacienda.

—Adelante, por aquí, por favor.

Nos guía Fernando por un delicado camino de piedra que hay en medio de un bello jardín al estilo japonés con fuentes y flores exóticas perfectamente cuidadas. Al final llegamos a un placentero porche donde sus padres nos esperan.

—Buenas tardes, bienvenidos a su casa —se adelanta el papá de Fernando y se acerca a nosotros. Es un señor entrado en años, pero que aún conserva la galanura, ahora sé de donde la heredo Fernando.

—Muchas gracias —contesta un poco parco mi padre, como analizando todo, adelantándose unos pasos con mi madre siempre de su mano.

—Gracias por la invitación —agrega mi madre.

—Es un placer —sonríe el señor Ceballos—, pero agradecemos a estos muchachos que son los que nos han reunido hoy aquí.

Detecto cierta ironía en la voz. Al parecer tampoco le ha caído muy en gracia al señor Ceballos nuestra intempestiva boda. La mirada significativa que le ha lanzado a su hijo lo dice todo.

—No hay de qué—responde Fernando haciendo caso omiso al tonito de su padre. Aprieta mi mano para darme confianza.

Por un segundo nos quedamos en silencio, un instante algo incómodo,

pero que en seguida rompe cortésmente el papá de Fernando.

—¿No piensas presentarnos, hijo? ¡Qué modales!—bromea el papá de Fernando.

—¡Que torpe! —se disculpa— El señor Ernesto Bastar y su esposa Sofía Luque, los padres de Alicia, mi esposa.

—Mucho gusto, Roberto Ceballos a sus órdenes y mi esposa Graciela Ramos —se dirige a la mamá de Fernando que se había mantenido un poco retraída detrás de él como esperando el permiso para hablar.

—Encantada, pero no nos quedemos aquí de pie, por favor, entremos.

Seguimos a los papás de Fernando al interior de la casa. Si por fuera impone, por dentro deslumbra. Es hermosa, decorada con un exquisito gusto al estilo *shabby shic* que tanto le gusta ver a mi madre en los programas de televisión, la cual, por supuesto, me lanza una mirada para hacerme ver que le encanta el lugar.

Mi padre y el de Fernando entablaron enseguida una profunda plática sobre fútbol y se han adelantado a nosotros. No cabe duda que ese es el tema universal de los hombres. Mamá trata de platicar con la señora Graciela haciéndole observaciones sobre la elegante decoración de su casa más solo recibe frases cortas como respuesta. Mi suegra es una mujer muy educada, pero sumamente tímida, vaya contraste con mi mamá que habla hasta por los codos.

La comida transcurre en un ambiente de total cordialidad y a la vez bajo una sutil tensión, se nota que el padre de Fernando es alguien muy dominante, en esa familia se hace lo que él diga, cuando y como lo diga, hasta mi independiente marido se cuadra ante su progenitor. Ni hablar de la mamá de Fer, quien es una mujer apocada, que sólo habla con monosílabos y antes de emitirlo mira a su marido como buscando aprobación. Pude notar también que mi suegro exuda machismo por todo su ser, a pesar de ser tan educado y bastante político detrás de todas sus palabras esconde un dejo de superioridad masculina, remarcando continuamente la pobre opinión que las mujeres le merecen. No lo dijo directamente, pero en uno que otro comentario dejó entrever que para él la mujer no es más que un objeto decorativo que sirve para ama de casa y tener hijos, ni puede hablar, ni opinar... según su perspectiva nuestra palabra no tiene mucho valor, lo cual su esposa acata a pie de la letra, ya que se cuida de no decir nada más allá que lo imprescindible para no parecer un mueble. Creo por eso no le caí muy en gracia y mucho menos le agrado nada nuestra boda precipitada, algo que

trato de disimular, pero se le nota bastante, mi madre me lo comentó en un momento al estar a solas.

Camino de regreso a casa, después de dejar a mis padres, analizo la sinergia en el comportamiento de la familia de Fernando. El machismo mostrado por mi suegro me hace pensar que él pudiera haberlo aprendido, nos moldeamos al ambiente en el que crecemos. Al pensar en ello recuerdo su actitud nefasta de anoche y la intención de prohibirme ver a Rodrigo, como si creyera que por ser mi marido tiene el derecho de decirme qué hacer o no. Espero, a pesar de haber visto eso toda su vida no quiera adoptar como su *modus operandi* y lo de anoche haya sido un tonto ataque de celos sin importancia; de verdad estaremos en graves problemas de ser así. Porque no tengo vocación de sumisa, crecí en un ambiente totalmente diferente, mi padre es el hombre más feminista que conozco y tanto él como mi madre me enseñaron a que los hombres y mujeres valemos igual, que tenemos los mismos derechos y obligaciones.

—¿Qué tanto piensas, querida?

Pregunta Fernando de repente como para romper el silencio en el que venimos.

—Nada, cariño—miento, no quiero hablar ahora de mis pensamientos escabrosos sobre su familia—, estoy cansada y pensando en lo de la boda religiosa que menciono tu papá.

—¿A caso no quieres casarte por la iglesia conmigo?

—¡Claro que sí! mi cabecita se quedó dándole vueltas a la planeación, muchos pendientes, amor.

—Tienes razón, pero ya lo haremos con calma.

—Así es y creo ahora tenemos una cuestión más importante que platicar.

—¿Ah, sí? —pregunta asombrado.

—Sí, mi amor. Algo que no hemos pensado, pero que es prioritario.

—¿Y qué es tan importante, amor?

—¿Dónde vamos a vivir? ¿En tu casa o en la mía?

Fernando sonrío de manera enigmática, como que sabe algo que yo no.

—No es chistoso, ¿Por qué te ríes? Debemos aclarar eso, amor.

Su sonrisa se ensancha más y exclama con emoción:

—¡En nuestra casa!

—¿Nuestra casa?

—Sí, amor —toma mi mano y se la lleva a los labios—, papá acaba de decirme que de regalo de bodas nos va a dar una de las nuevas casas de la inmobiliaria. Mañana veré ese trámite.

—¿Nos va a regalar una casa?

—Sí, cariño... de la nueva privada que acaba de construir, son hermosas.

—¿Él las construyó?

—¡Ay, mi vida! —ríe—, la inmobiliaria para la que trabajo es de las muchas empresas de mi familia.

Quedo petrificada. Creí que solo trabajaba para la inmobiliaria, no que era el dueño. ¿Y entonces como es que andaba de cobrador siendo el hijo del propietario? Aunque ahora comprendo como pudo solucionar mi problema tan eficiente y rápidamente con tan buenos resultados a mi favor.

—Entonces tú debes de estar encargado de cosas más importantes como ir a cobrarle a alguien una casa...

—Ya sé por dónde vas —interrumpe—, mi padre quiere que conozca todos las áreas, es por eso que he recorrido cada gerencia de las empresas, algún día manejare el consorcio y debo conocerlo a fondo.

—Qué casualidad que precisamente te tocó irme a ver a mí, ¿no crees?

—¡Destino! Amor, fue él quien me llevo a ti.

—Entonces le debo mucho al destino.

—Yo le debo todo, cariño.

Espero que el destino no se equivoque, todo esto es un poquito irreal, como un sueño del cual no quiero despertar y un día descubrir fue una pesadilla. Pido a la Divina Providencia que sea real, maravillosamente real.

CAPÍTULO XXIV

Mujeres y su impuntualidad. Tiene quince minutos que llegué al café donde quedamos de vernos, pero ninguna ha hecho acto de presencia. Anoche les mandé un mensaje diciendo que necesitaba platicarles algo urgente. Ni por la curiosidad llegan a tiempo y eso que tiene más de dos semanas no las veo. Estoy sumamente nerviosa por contarles, estoy segura que van a pararse de manos, ellas son muy importantes para mí, aprecio mucho su opinión.

La ansiedad me está acabando, cada segundo volteo a la puerta, ninguna de las tres aparece, les he mandado más de diez mensajes, y sólo contestan que ya vienen en camino, han de venir en burro las muy cabronas. Después de no sé cuánto tiempo aparece la primera. Sally llega agitada de correr, y hablando hasta por los codos como es su santa costumbre.

—Mil disculpas, Ali —me abraza fuertemente— trate de salirme antes de la oficina, pero ya conoces al *negrero* de mi jefe, no hubo modo de escaparme, andaba en nivel explotador marca *no mames*.

—Sí, ya sé cómo se las gasta tu jefe —pongo lo ojos en blanco— y tú con la impuntualidad. Tremenda combinación.

—Que tanto es tantito —se ríe— ni aguantas nada.

—¡Tengo más de 20 minutos sola como ostra!

—¿Y las demás?

—Eso mismo quisiera saber yo, todas dicen que ya vienen, pero nada que aparecen.

—Britany tenía junta, aun no debe haber terminado por eso no llega.

—¿Y Ely? De ella me extraña, es la más puntual de las tres.

—A esa ya la perdimos —levanta las manos enfatizando sus palabras—, no sé en que anda, pero últimamente su comportamiento es anormal a ella.

—Algo nos contó la última vez que nos vimos. Creo que por ahí andaba un amorcito rondándola.

—Al parecer, pero no suelta prenda —se encoge de hombros—, y ahora que dices la última vez que nos vimos, ¿Quién se cree usted señorita para desaparecer así por poco más de dos semanas?

—Estee... estee... —me río de nervios—, ahorita que lleguen todas les cuento.

Me lanza la mirada más asesina del planeta.

—Hay un lugar en el infierno para quien deja a una amiga con la

curiosidad de algo —me tuerce la boca en un gesto de indignación—, ¿lo sabías?

Casi le escupo el trago de café encima de la carcajada que me sacó. Esta Sally y sus ocurrencias, es terrible.

—Solo es un ratito, mujer —digo entre risas—, en cuanto lleguen las demás les doy la noticia.

—¿Estás embarazada? —abre los ojos como plato.

—¡No! Y no trates de adivinar, mejor ayúdame a mandarles mensaje para que se apuren.

—Ahorita les meto presión, mi curiosidad está casi en coma de la ansiedad.

Después de una insana cantidad de mensajes en el chat de *whatsapp* y casi veinte minutos aparecen las otras dos.

—¡El celular parecía matraca vieja! —exclama casi gritado Britany al llegar—¿Te volviste loca, Sally? Bueno, más...

—Casi, porque ésta mujer no suelta prenda, dijo que hasta que estuviéramos todas, así que si, enloquecí —dice señalándome con el dedo para enfatizar.

—¿Y tú? ¿Dónde diablos te metiste? —arremete ahora contra mí, Brit.

—Ahorita les cuento —miro hacia donde Ely que no ha dicho esta boca es mía desde que llegó, tan solo dijo hola así como distraída y no se ha despegado del celular.

—¡Ah, sí! —exclama Britany al notar que observo extrañada a Ely—, a ella ya la perdimos, anda muy extraña, la vi desde la esquina caminando hacia acá y ni un segundo despego la mirada de la pantallita de su celular.

—¿Hablan de mí? —levanta al fin la mirada.

—Hasta que aterrizas, querida —apunta Sally.

—Disculpen, son cosas de trabajo.

Es toda su respuesta, regresa a su mutismo y se sienta junto a Britany. De verdad que anda muy extraña Ely, mucho más que yo que tengo que soltar tremenda bomba; quien sabe en que anda metida, eso no es trabajo, desde la última vez que nos vimos andaba muy dispersa, creo que después de mi novedoso informe me aplicaré a averiguar qué le pasa.

—¿Y qué esperas? —me apura Sally sacándome de mis pensamientos— ¿Aplausos? ¡Ya suelta la sopa de una buena vez!

—Sí, Ali —secunda Brit—, ya dinos eso tan urgente que tienes que contarnos.

Las tres clavan su mirada en mí, hasta la distraída Ely soltó el celular para poner atención. ¡Ay, Dios mío! ¿Y ahora cómo les digo? Creo que no hay forma sencilla de dar esta noticia, así que es mejor soltarla tal cual, sin rodeos.

—¡Me casé en Las Vegas con Fernando!

Ya está, lo dije. Solté la bomba, ahora esperaré que haga efecto. De primera se han quedado mudas. Me miran como si me hubiera salido otra cabeza. Están como petrificadas, si no fuera un momento tan serio, juro que les tomo una foto para que puedan ver sus caras, son un poema a la incredulidad.

—¿Tú qué? —articula al fin Sally.

—¿Te casaste?—secunda Ely a quien la noticia la ha sacado de su mutismo.

—¡No puedo creerlo! —exclama Britany—¿acaso enloqueciste?

—Y la psicóloga diagnosticando locura a todo el mundo—le digo con sorna.

—Querida, no es para menos, casarse así no es lo más cuerdo que has hecho en tu vida y...

—Ya deja los sermones para después —la interrumpe Sally—, ahora queremos respuestas, ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Por qué? ¡Escupe todo!

—Detalles, Ali, queremos lujo de detalles —añade Ely.

Suelto el aire con fuerza. Ya sabía yo que querrían saber el huevo y quién lo puso, pero ¿por dónde empiezo? Debo contarles desde el nefasto episodio con Matías, aunque sé que eso será otra bomba que las pondrá en órbita.

—¡Empieza mujer! —me presiona Britany—, tienes toda nuestra atención, no nos tengas así.

—Ahí voy —suspiro—, estaba pensando como comenzar...

—El principio podría ser buena idea—me interrumpe Sally.

—Gracias por la sugerencia —contesto con ironía.

—Ya déjate de rodeos, mujer y cuéntanos de una buena vez... por piedad. —me presiona Brit.

—¡Esta bien! Les cuento.

—No omitas detalle —agrega Ely.

—Ni uno, les contaré todo tal cual paso —suspiro— El día que regresamos del *spa*, cuando llegué a la casa...

Les relato toda la historia desde el momento en que llegué a mi casa ese día después del *spa* y me encontré a Fernando esperándome junto a la puerta

de entrada. Casi repetí de memoria su vehemente declaración de emociones y lo mucho que me hizo sentir. Obviamente les platiqué de la inoportuna visita de Matías al día siguiente en la mañana incluyendo por supuesto la tremenda golpiza que me propino, lo cual provoco un odio colectivo hacia el idiota de mi ex. Por supuesto hice mucho énfasis en cómo me defendió Fernando, lo cual provoco que las tres aplaudieran por la madrina que le puso a Matías. El viaje a Las Vegas se los describí casi como si lo estuviera viendo, sin dejar fuera nada, desde la propuesta de matrimonio en el globo aerostático hasta la boda ante el rey del rock. Decidí omitir lo de la mujer del hotel y el episodio con Rodrigo fuera de casa de mis papás. Son cosas que ya pasaron, ajustes de recién casados que no creo deban enterarse, no veo para que deban saberlo. Además se trata de que mi maridito les caiga bien, no que empiecen a verlo con malos ojos por nimiedades que estoy segura no se repetirán.

—Y eso es todo. Así pasaron las cosas. ¿Qué piensan?

Las pregunto ansiosa por conocer su opinión. Las tres permanecieron en silencio mientras les platiqué mi aventura romántica, emitieron sonidos de molestia cuando les dije lo de Matías y vitorearon las acciones de Fernando o soltaron alguna exclamación por un detalle romántico, pero nada más, durante todo el relato no expresaron más que eso. Así que ahora soy yo la que se muere por saber sus observaciones.

—¿No van a decir nada? —insisto al ver que siguen calladas.

—Ay, mujer, ¿Qué puedo decirte? —pregunta Brit—, toda esta historia parece salida de una novela...

—Viviste tu propia película —suspira la romántica de Ely.

—Puedo decirte que tu maridito me ganó desde que escuche que se madreó al pendejo de Matías, ¿Cómo pudo ser capaz ese imbécil de pegarte? —puntualiza Sally.

—Déjate eso, ¿Cómo pudiste no decirlo? —reclama Brit.

—Creo que eso es lo de menos —agrega Ely—, lo importante es que tuvo quien la defendiera, su caballero andante y ahora su flamante marido.

La romántica de Ely suspira con ganas al decir estas palabras.

—Bueno, sí, tienes razón —dice Brit—, creo que la boda minimiza lo del idiota, pero es que de verdad me da coraje, si lo llego a ver lo pateo, lo juro.

—Como es el karma, la mujercita lo engaño y hasta el hijo de otro le quería encasquetar —observa divertida Sally.

Las tres nos reímos por la ocurrencia de Sally. Solo ella es capaz de darle importancia a lo menos relevante. Se fija siempre en las cosas más

insignificantes, le da más importancia a detalles ínfimos que a las acciones más importantes. A veces no es tan malo porque es capaz de ver lo que lo demás ignoramos.

—Eso es lo de menos, mujer —pone los ojos en blanco Brit—, lo importante es que está loca se nos casó, eso hay que celebrarlo.

—¡Sí! Deberíamos salir a cenar en estos días para conocerlo —propone entusiasmada Ely mordiendo los labios—, así también podría presentarle a Rafael, mi novio.

—¿Tú qué? —pregunto asombrada.

—¿Ya tienes novio?— agrega Sally

—¿Cuándo pensabas decirnos?— remata Brit con el interrogatorio.

—Tranquilas... y tú ni digas nada, Ali. Hoy perdiste derecho a reclamo, te casaste sin avisar, recuerdas.

—¡*Touche!*

—*Calladita te ves más bonita*, tú ni preguntes nada —exclama entre risas, Brit.

—Pero, como nosotras no hemos ocultado nada sí podemos pedir que cuentes; de una vez suelta la historia y con detalles, por favor. —La voz de Sally suena muy rara donde trata de ocultar la risa.

—Y tú te tapas los oídos, Ali —bromea Ely.

Las tres estallamos en carcajadas. Creo que tantas declaraciones nos han dejado en el estado más simple, ese en el que te ríes hasta por que la mosca pase.

—Ya, mujer. Cuenta —insiste Sally.

—Pues no hay mucho que contar. Ya les había dicho que andaba alguien enamorándome, pero nada concreto, se los conté ese día del *spa*. Habíamos salido un par de veces, me enviaba mensajes diario y llamaditas todas las noches, pero más nada. De hecho desapareció dos semanas, no contestaba llamadas ni mensajes, la verdad eso me deprimió bastante, porque a pesar de no ir más allá, pues yo si me enamoré.

—¿Y luego? —preguntamos las tres.

—¡Hoy apareció de nuevo! —sonríe casi extasiada, de verdad que sí le pego el amor por este sujeto—, me fue a ver a mi casa y me llevo un bello ramo de rosas. Se disculpó por la ausencia, pero que de improvisto había tenido que salir de viaje de trabajo al extranjero. También me dijo que tenía miedo de enamorarse, que yo le gustaba demasiado, que las dos semanas lejos no había dejado de pensar en mí y por eso me buscaba, pero que quería

ir despacio, ya le han roto el corazón antes y no quiere volver a sufrir.

—Un hombre herido que teme a enamorarse no es algo muy común — observa Britany.

—Mucho menos querer ir despacio, generalmente van a lo que van — suelta la lengua mordaz de Sally.

—Rafael es diferente —lo defiende Ely—, es muy sensible y pobrecito ya ha sufrido mucho.

No sé qué comentarle, me hace mucho ruido que haya desaparecido así nomás y le diga que tiene miedo. Me huele a gato encerrado. No existen los hombres heridos o “pobrecitos” que han sufrido, ellos cuando quieren van con todo sin importar su historial amoroso. ¿A qué se referirá con eso de ir despacio? ¿En todos los aspectos o sólo en la parte de formalizar?

—¿Ya tuvieron relaciones? —inquire Britany.

Su pregunta es casi un eco de mis pensamientos, lo mismo estaba yo cuestionándome, pero no quería ser tan directa. Ely es demasiado susceptible, con ella hay que ir un poco con pinzas, pero eso a nuestra querida psicóloga le viene *guango*, ella es siempre duro y a la cabeza, sin rodeos.

—Obvio que ya. —contesta rápidamente Ely.

—¿Y dónde quedo eso de que quiere ir despacio?—mi pregunta lleva *jiribilla*, lo sé.

—¡Has robado mi pregunta! —exclama Sally medio en broma—, en eso estaba justo pensando, si quiere ir despacio debe ser en todo.

—Así es, si tiene miedo a enamorarse porque no lo tiene a acostarse contigo —lo dicho, Brit no conoce los filtros al hablar—, al parecer el temor del joven tan sólo es al compromiso.

—Bueno, ya, si tampoco es que me casé con él como aquí mis corales — el tono de su voz es un tanto agresivo.

—Es que para eso debe haber una relación —la lengua mordaz de Sally aparece en escena—y es lo último que al parecer tú tienes...

—Porqué tiene miedo, estamos empezando, no todos los hombres son igual de acelerados que el tal Fernando, algunos otros prefieren llevarse las cosas con calma y creo que a la larga es mejor.

Eso ya fue ataque directo sin miramientos, si ya hasta parece marcación personal. Más no me lo tomo a pecho ni me molesto porque sé que no es contra mí, sino que le cuesta aceptar que tenemos razón. Yo sabía que la inquisición no le caería muy en gracia a nuestra amiga, la entiendo, a nadie nos gusta que nos hagan ver lo que no queremos, más cuando se trata de

nuestra pareja, estamos enamoradas y no queremos aceptar cuando algo no anda bien.

—Amor y paz —hago el símbolo internacional con los dedos de mi mano derecha—, ya *ahí muere*, amiga. No queríamos ser insidiosas, es sólo que nos preocupamos por ti. Te queremos, amiga.

—Así es amiga, y ya sabes que yo soy *rezongona*, pero nos preocupas —puntualiza Sally.

Britany asiente con la cabeza y se acerca a abrazarla al ver que se pone sensible casi al grado de la lagrimita:

—Queremos lo mejor para ti, tontita.

—En fin, amiga —le digo con entusiasmo—, no te *achicopales*, seguro andamos en la paranoia y éste individuo dice la verdad. No nos hagas mucho caso.

—Sé que su proceder parece raro, pero de verdad es encantador. Ahora que lo conozcan lo verán, les encantará.

—Seguro que sí —la conforta Sally, pero en su gesto noto que no confía nada en el tal Rafael.

—¿Y cuándo haremos la cena para conocer al flamante marido?

Pregunta Britany cambiando de tema para no tener que decir nada más sobre el noviecito o lo que sea de Ely, ya que si abre la boca no será para decir algo positivo, ella no es capaz siquiera de fingir por no hacerla sentir mal, Britany es sincera siempre pase lo que pase, dicen *más vale una verdad que duela, que una mentira que mate*.

—¿El viernes les parece? ¡En mi casa! —expreso orgullosa de mi primer evento social como señora de casa, ni yo me la creo.

Al fin ha llegado el viernes, siete días esperé, ya quiero que mis amigas conozcan a Fernando, quien, dicho sea de paso, le pareció genial la idea de la cena, dice querer conocer todo mi mundo y quienes están en él. Hasta aceptó que invitará a Rodrigo dijo sería un buen momento para cambiar la impresión que se llevó de él ese día en casa de mis padres. Ha cambiado por completo de actitud sobre mi querido amigo, lo cual me tiene sorprendida, a pesar del pleito del otro día seguía un poco reacio sobre mi amistad con él, las observaciones agudas que le estuve haciendo sobre lo mucho que detesto el machismo le causaron algún efecto. No veo otra razón, pero tampoco me

clavaré mucho en ello, me agrada su cambio al respecto y es lo único que debe importar.

Sacó a relucir mis pocas dotes culinarias en ésta cena, busqué algunas recetas con mi mamá y me esforcé, la verdad quedó delicioso. Ya tengo todo bien dispuesto: mesa arreglada como se debe, el vino enfriándose, yo ya terminé de darme los últimos retoques y verme linda. Faltan algunos minutos para que lleguen, pero la ansiedad me gana, quiero todo este perfecto. Fernando comunica que se le presentó un pequeño inconveniente en la oficina y llegará un poquito retrasado, dice que se está esforzando por resolverlo pronto para llegar lo más rápido posible. No me preocupa mucho, aquellas locas siempre llegan tarde, así que ni me apuro.

La primera en llegar es Britany, al parecer hoy su consulta de la noche le ha cancelado. Enseguida aparecen Rodrigo y Sally. Ely manda un mensaje, viene algo retrasada, al parecer al tal Rafael se le presentó también algo en su trabajo e igual tiene que resolverlo. ¿Qué pasa con los hombres y sus inconvenientes laborales? Tal parece que los dos que deben estar más puntuales son los que llegaran más tarde.

Destapo una botella de vino y sirvo una botanita para entretenernos en lo que mi maridito, Ely y su galán aparecen. Aprovechamos para hacerle toda una serie de preguntas a Rodri sobre su viaje por el mundo, el señorito tomo su mochila al hombro y se fue todo un año a andareguear por ahí, recorrió casi todo Europa y una parte de Asia. En algunos lugares se detuvo más tiempo y trabajo hasta de mesero para continuar su travesía porque sus ahorros se agotaban. Pero dice que valió la pena cada segundo que pasó en aquellos países, ver otras culturas le hizo crecer mucho como persona, lo hizo adaptarse a entornos y costumbres, conocer tan variadas formas de actuar, de pensar le hizo reflexionar mucho sobre su propia idiosincrasia adoptando lo mejor de cada cultura a su filosofía personal.

—Vas adoptando y adaptando, es el secreto para realmente vivir a fondo cada lugar que visitas, sentirlo de verdad hasta casi formar parte del entorno, de esa manera te vas con las manos llenas de aprendizaje, con una visión diferente —nos relata con pasión Rodri.

—Como dice el dicho: *al lugar al que llegues, haz lo que vieres* — observa Britany fascinada, ella es una trotamundos de corazón aunque casi no viaje, pero los pocos que ha hecho han sido intensos y exóticos.

—Ay, *mounstro*, me encanta esa forma tuya de ver el mundo y su humanidad, viajar contigo debe ser otro boleto —le digo admirada, para mi él

siempre ha sido un soñador con determinación.

—Ya lo creo que con Rodrigo jamás nos aburriríamos —señala Sally—, además de divertido eres súper interesante, amiguito...

—Sí ya me imagino, las mujeres lo han de seguir como moscas a la miel, todo un galán rompecorazones, ha de traer a más de una cacheteando la banqueta.

Digo en broma, pero al parecer, ignoro porque, mi comentario no cayó en la más mínima gracia, de hecho Sally y Britany cruzan unas miradas un poco extrañas, mientras Rodrigo cambia abruptamente de tema, ignorando por completo mi comentario retoma el relato que nos estaba haciendo sobre las bellas playas de Bora Bora. Las otras dos locas le siguen la corriente. ¡Qué extraño! ¿Por qué mi broma fue ignorada así? Estoy a punto de preguntar cuando suena el timbre, me paro corriendo a abrir, seguro es Ely y su galán.

—Disculpa la tardanza, amiga —se disculpa Ely.

—No te preocupes, ¿y el galán?

—Estaba esperándolo, pero al parecer el problema en la oficina se puso más grave de lo que imaginaba, trataré de alcanzarnos más tarde, piensa será un poco difícil.

—Ni modo, ya habrá tiempo de conocerlo, podemos organizar otra cenita, pásale ya están todos aquí, sólo falta Fer, no debe tardar.

Me hago a un lado para que pase y cuando voy a cerrar la puerta veo llegar a mi marido que viene casi corriendo.

—No es muy tarde, ¿verdad, querida? —llega a mí de un par de zancadas y me da un beso rápido en los labios.

Ely se detiene al escuchar su voz y se gira para saludarlo, será la primera en conocerlo.

—Mira, cariño, ella es Ely, una de mis mejores amigas.

Fernando estira la mano para saludarla, pero Ely está como petrificada, parece que ha visto a un fantasma. Y de hecho él también parece muy sorprendido, lo disimula, pero puedo notar que al verla se ha sacado bastante de onda.

—¿Todo bien, Ely? —le pregunto al ver que no reacciona—, ¿ustedes se conocen?

Los dos me miran con los ojos desorbitados ante mi pregunta. Ely está muy pálida. Fernando enseguida se recompone y sonrío.

—No, cariño, para nada —su sonrisa se ensancha más—, el rostro de tu amiga me es familiar, pero nada más.

—No, no nos conocemos, Ali —logra hablar Ely, pero noto su voz casi quebrada—Mucho gusto, Fernando.

—El gusto es mío —dice abrazándome por la cintura—, vayamos con los demás, ya quiero conocer a tus otras amigas.

—Sí, entremos —miro a Ely que ha sacado su celular de la bolsa—, ¿vienes?

—Ahorita las alcanzo, debo enviar un mensaje.

—No tardes, nena.

Camino con Fernando al comedor donde están los demás. Él se comporta de manera encantadora, saludando con simpatía y siendo el más amable del mundo hasta con Rodrigo, a quien le ofrece una disculpa por su comportamiento del otro día. Es toda una castañuela mi maridito, él es de personalidad muy agradable, más hasta ahora no lo había visto tan afable, como queriendo caer simpático a todos. Tal vez es por quedar bien con mis amigos, sabe que para mí son importantes.

—¿No había llegado, Ely? —pregunta Brit.

—Sí, pero se quedó mandando mensajes, ya sabes pegadísima al celular como vive últimamente.

—¿Y el galán? ¿No vino? —observa con agudeza Sally.

—No, según tenía problemas en el trabajo.

—Eso no me suena nada bien —comenta Brit.

—Ni a mí —la secundo—, además la vi un poco triste, como con ganas de llorar.

—¿Le habrá pasado algo? —pregunta Rodri, él es mi mejor amigo, pero nos tiene cariño de hermano a todas.

—No sé, la verdad no me gustó su cara, se puso pálida y triste de repente. Será mejor que vaya a verla.

—Sí, Ali, será lo mejor —dice Sally—, contigo se desahoga más, Brit y yo somos muy regañonas.

—Sí, iré por ella —levanto la botella de vino vacía de la mesa —, mientras saca el otro vino, amor.

—Claro, cariño —responde un poco acelerado, quien sabe que mosca le pico esta noche a éste hombre, pero ni lo pienso mucho, ya luego le pregunto, ahorita es mejor que vaya por Ely.

No está en la entrada ni el callejón. Camino hasta la calle y no veo su carro estacionado. Ely no está ¿Qué le habrá pasado? ¿Por qué se fue así sin avisar?...

Le llamo, pero no contesta el celular. Después de cinco llamadas, tan solo manda un mensaje diciendo que tuvo que irse, que luego me explica, ahora no quiere hablar con nadie, que por favor la deje en paz...

CAPÍTULO XXV

Regreso al comedor un poco compungida, me preocupa muchísimo Ely, creo ese galán que trae le está haciendo mucho daño. No es ella últimamente, anda dispersa y demasiado ensimismada. Algo grave le está ocultando; la manipula demasiado para que no se dé cuenta. Le tiene lavado el cerebro.

—¿Y Ely? —preguntan en coro Rodri, Brit y Sally.

—Se fue, no está.

—¿Cómo que se fue? —inquire Brit.

—Sí, se fue —afirmo asombrada—, no tengo idea de qué le afecto, pero se fue. Le marqué, pero no contestó, tan solo me mandó un mensaje de que luego me explicaba y que la dejara en paz.

—Ese hombre la tiene mal —asevera Sally—, no me agrada nada.

—Ni a mí—secunda Brit—, tendremos que hablar seriamente con ella.

—Lo mismo opino —afirmo mientras busco a mi marido con la mirada, no está tampoco él.

—No entiendo nada, ¿de qué galán de Ely hablan? —pregunta Rodrigo, no sabe de qué hablamos.

—Pónganlo al corriente mientras busco a mi marido para que ya cenemos. ¿Saben a dónde fue?

—Desde que te fuiste fue a la cocina por el vino y no ha vuelto.

—De seguro no encuentra el sacacorchos, voy a ayudarlo o tomaremos vino el próximo siglo.

Entro corriendo a la cocina, pero Fernando no se encuentra ahí. La botella de vino la dejó junto con el sacacorchos, lo cual quiere decir que lo encontré. La luz de la terracita está encendida, de seguro para allá fue. Me asomo por la ventana y lo veo caminando de un lado a otro con el teléfono pegado a la oreja, a pesar de la poca luz puedo ver su semblante descompuesto. Le hablo, más no me escucha, está demasiado concentrado en su llamada. Decido salir a buscarlo, tenemos invitados a cenar, debemos atenderlos.

Ya te dije que las cosas no son así, carajo. Déjame explicarte en persona, por favor, lo menos que deseaba era que te enterarás de esa manera, yo te lo iba a decir, te lo juro... esto es temporal, lo voy a deshacer pronto, no te alteres, déjame que te explique... ¿sí? ¡Por favor! Te ruego que no tomes ninguna decisión hasta que hablemos, ¿sí?... ¡Eres un sol! Mañana

nos vemos donde siempre, ¿sale?

¿Con quién hablará? No parece alguien de la oficina, ni tema de negocios, más bien suena como una conversación personal.

—Fernando, ¿con quién hablas?

Le pregunto de sopetón y casi se le cae el teléfono de la sorpresa. Gira hacia mí con una cara de susto como quien fue pillado en algo. No me gusta nada esto.

—Con nadie —cuelga de inmediato.

Lanzo una mirada de incredulidad. ¿Con nadie?

—Y a “nadie” le das tantas explicaciones —la ironía en mi voz es palpable.

Guarda el celular en el bolsillo del pantalón y camina hacia mí. Estira los brazos para abrazarme, pero doy un paso atrás, no estoy para arrumacos. Me cruzo de brazos lanzándole una mirada más que significativa.

—No te pongas así, cariño —coloca sus manos a cada lado de mis brazos cruzados para tratar de suavizarme.

—¿Cómo me estoy poniendo?—abro mis brazos para soltarme de su agarre—, con alguien hablabas y el asunto era algo serio, estabas con el *rictus* desencajado de la preocupación.

—Asuntos del trabajo, solamente.

—No parecía algo laboral —argumento con severidad—, más bien personal...

—No alucines, mi amor. Créeme cuando te digo que es solo un mal problema en la oficina.

—No me lo pareció, más bien creo hablabas con una mujer, ¿Qué es eso que le tienes que explicar?

—¿Neta? ¿Es en serio esta escena de celos?—se indigna ante mi aseveración.

—No es una *escenita*, solamente interpreto lo que escuché, tus palabras fueron más claras que el agua.

—Mira, Alicia, no es algo que quiera discutir contigo y menos ahora que tenemos invitados — resulta que él es el molesto—, hay problemas en la oficina los cuales abandoné por venir al compromiso que teníamos con tus amigas.

—Pero... es que tú... la llamada.

—Te estas portando como una niña caprichosa, no me parece para nada tu actitud —su tono es de total molestia—, no aprecias el esfuerzo que hago

por complacerte.

—Claro que sí lo aprecio, es sólo...

—Es que nada, Alicia —suspira—, eres una egoísta, no me consideras, estoy hasta el gorro de problemas en el trabajo y dejé asuntos pendientes por resolver con tal de llegar a tu dichosa cena para que ahora me reclames una llamada con gente de la oficina.

—Es que yo creí, parecía que...

—¿Qué estaba hablando con una mujer?— interrumpe terminando mi frase—, ¿acaso estás loca? ¿Me crees tan estúpido como para estar discutiendo con “mi amante” en la casa que comparto con mi esposa?

—No, claro que no... pero entiende.

—Entiéndeme tú a mí, deja de querer que solo te considere a ti. Piensa un poco en mí por una vez —eleva los brazos al cielo—, si hasta estoy siendo consecuente con tu amiguito ese y tú en plan celosa psicópata. No se vale, la verdad.

Callo. No sé ni que responder, me alteró tanto escucharlo hablar así por teléfono e hice conjeturas al vuelo. No vi más allá, me dejé llevar por las apariencias. Fernando tiene razón, mi comportamiento es algo psicópata y desconsiderado.

—Tienes razón, cariño —me acerco a él quien ahora esta con los brazos cruzados—, discúlpame, ¿sí?

—Es que no te fijas, Alicia. Acusas sin saber.

—Ya no me digas nada, la regué. ¿Me disculpas?

Le pestañeo para tratar de hacerlo sonreír. La verdad es que el asunto de Ely me dejó bastante indispuesta y descargué mis nervios con él. Acelerándome demasiado sin pensar, lo acuse sin argumentos. Mi encantador marido hasta se salió de la oficina para llegar a conocer a mis amigos. Sí, la regué y bastante.

Se hace el digno un ratito, puedo notar en su seriedad que ya se ablando, tan solo está haciéndome sufrir. Merecido que lo tengo por *argüendera*.

—Pero que no vuelva a ocurrir —sonríe juguetón y me jala hacia él abrazándome con fuerza.

—Lo prometo, cariño —le digo melosa.

—Ahora vamos a dentro que tenemos invitados por atender — guiña el ojo.

Doy media vuelta para entrar de nuevo y Fernando aprovecha que le doy la espalda para darme una juguetona nalgada.

—Para eso están, pero se piden, señor —bromeo para seguir suavizando el asunto.

—Y ya están dadas, mi señora. Le recuerdo que son mías.

—¿Ah, sí?

—Claro y al rato ellas recibirán su merecido por el comportamiento de su dueña.

Abro los ojos de par en par. La amenaza sonó tan sensual que siento como una corriente eléctrica de anticipación recorrer la espina dorsal.

—Con esa clase de advertencias hasta dan ganas de portarme mal más seguido.

—Para mí será un placer corregirla, señora mía.

Gruño como respuesta. Me encantan estos jueguitos sexuales, la atracción entre nosotros es tal que ni enojados podemos dejar de seducirnos.

A penas entramos a la cocina, Fernando me atrae hacia él atrapándome en sus brazos para besarme con frenesí.

—Ya no peleemos, amor —pega su frente a la mía—, por favor. Odio discutir contigo, más por tonterías.

—Está bien, mi vida —cierro los ojos para disfrutar estar así con él, de verdad lo adoro—, prometo controlar mis celos.

—Y yo los míos, cariño.

Nos damos un *piquito* rápido antes de regresar al comedor. Él toma la botella de vino y yo saco del horno la charola con los pequeños bocadillos de queso que preparé como botona. El episodio ha quedado atrás, escurrimos miel al volver a la mesa, hasta del caso Ely me olvidé por completo.

—¡Al fin! —chilla Britany a penas no ve.

—¿Recuerdan que son los anfitriones, verdad? —bromea Sally.

Rodrigo no emite sonido alguno, hace una mueca parecida a una sonrisa.

—Tranquilos, ni que nos hubiéramos tardado tanto...

—Hasta creí habían ido a cosechar las uvas—bromea Brit.

—¡Exageradas! —les saco la lengua a las *molonas*—, no nos tardamos tanto, ¿verdad, Rodri?

—Para nada —es su respuesta.

—Disculpen, chicos —interviene Fernando—, yo soy culpable de la tardanza, estaba consultando unas cosas con mi brillante esposa.

Me jala por la cintura plantándome un delicado beso en la mejilla para sorpresa de todos. Britany y Sally ponen cara de borreguito así como diciendo “*ay, que dulce*”, sin embargo a Rodrigo no le hace mucha gracia la

demostración de cariño de mi marido, creo quedó con muy mala impresión de él, será difícil quitársela.

La cena transcurre en una conversación muy amena, platicamos de todo un poco, claro, el tema principal fue Ely. Todos, a excepción de Fernando que a penas la conoce, estamos muy preocupados por ella, nunca se había comportado de esta manera. Al parecer el amor le ha pegado durísimo, lástima sea con una persona así, a ninguno de los cuatro nos late el tal Rafael, creemos algo escabroso le oculta. Me temo que mi amiga saldrá muy lastimada, pero ni cómo hacerle entender, cuando nos enamoramos nos volvemos *más necios que una mula*, únicamente el tiempo y los daños pueden hacer que abramos los ojos.

Fernando se ha comportado de manera encantadora, esforzándose por agradarle a mis amigos. Brit y Sally están más que encantadas con él, han hecho excelentes comentarios cuando por algo se ha ausentado de la mesa. Dicen que es un amor, todo un caballero y se ve que me adora. Completamente de acuerdo con ellas, mi maridito es el mejor. Él que esta que con trabajo dice esta boca es mía es Rodrigo. Se ha encerrado en su mutismo, observa sin mediar más de dos palabras en la conversación, tan raro en él, antes que Fernando llegara tenía acaparado el micrófono y ahora le sacan monosílabos con tirabuzón. Seguro es porque no le cae nada en gracia Fer, es comprensible después de la escena de celos que monto fuera de casa, allá con mis padres, sin embargo creo que exagera, no fue para tanto y debería darle otra oportunidad, más si él está haciendo todo por caerle bien. Ya después hablaré con mi *mounstro* favorito para que se aliviane.

—Un placer conocerlos, chicos —se despide Fernando afablemente de ellos cuando los acompañamos a la puerta—, espero se repita pronto.

—Encantada—contesta jocosa, Brit. El vinito puso bastante achispada a mi amiga.

—Por mí el próximo viernes —bromea Sally.

—Por mí, también, pero lo que diga mi señora—se gira Fernando sonriéndome.

—Más de acuerdo no puedo estar, ¿tú también vendrías, Rodri? —lanzo una mirada significativa a mi amigo quien sigue en su plan huraño.

—Sí sigo en la ciudad, con gusto —exclama en tono parco—, ya te hablo en la semana para platicar —mira de reojo a Fernando—, claro si a tú marido no le molesta que te vayas a tomar un café conmigo.

Esa ha sido la oración más larga que ha hilado en toda la noche y su

intención es bastante instigadora. ¿Qué le pasa? ¡Claro que hablaré con él! Mi gesto adusto le demuestra que no me hizo la más mínima gracia su malintencionado comentario.

—Para nada —replica enseguida Fernando—, mi esposa es libre de ir a donde quiera — me besa la mano—, confié plenamente en ella. Además tú eres su mejor amigo, casi su hermano, no tiene por qué molestarme.

Los dos se quedan callados sumiéndose en un duelo de miradas cargadas de testosterona que me está poniendo nerviosilla. Britany y Sally no tienen ni idea de qué pasa, tan solo clavan sus ojos en los míos con la muda pregunta que ya enfrentaré. Yo no quería contarles nada de lo ocurrido para no generar animadversión por mi marido, ahora, gracias a los adustos comentarios de Rodrigo, tendré que contarles. Quiero matarlo, ya me las pagará, hablaré con él muy seriamente. Lo quiero mucho y entiendo su postura, pero ya se pasó, no tenía por qué ser tan intrigante.

Bostezo fuertemente argumentando que estoy cansadísima para romper el incómodo momento. Les doy un beso en la mejilla a mis amigos diciendo buenas noches. Una forma nada sutil, pero efectiva para romper la tensión. Las chicas se despiden murmurándome que en la semana nos reunimos para contarles de que va todo ese rollo de mi marido y Rodrigo. Ya que, no me quedará de otra.

Le susurro a Fernando quien se adelanta al interior de la casa, que ahorita lo alcanzó, entiende perfecto necesito hablar con Rodrigo y, por sorprendente que parezca, ni se opone ni pone celoso, creo es más maduro que mi amigo y de verdad olvidó por completo el episodio del otro día.

—Te pasaste, *mounstro*.

—Que poca memoria, Ali —rechista en tono adusto—, pero ya platicaremos en la semana.

—Así es, ya platicaremos, estoy bastante molesta contigo. Quiero que lo sepas.

—Insisto, que poca memoria. No te das cuenta del grave error que cometes. Parece que los errores del pasado no te han servido de nada, estás metida con un cabrón manipulador y ni por asomo te das por enterada; te está sabiendo manejar a las mil maravillas.

—Fernando no es un cabrón. Sólo te cayó mal...

—Claro que lo es — interrumpe—, pero te niegas a aceptarlo; en el fondo lo sabes. No pasa nada, tú no te preocupes, algún día abrirás los ojos y como siempre aquí estaré para pegar tus pedazos rotos. Platicamos en la

semana.

Da media vuelta y se va. Así sin más explicación, dejándome como tonta parada fuera de casa con sus palabras flotando sobre mí como una funesta amenaza que nubla mi horizonte.

CAPÍTULO XXVI

—¿Por qué lo satanizas tanto?

Inquiero un poco molesta, tengo más de media hora discutiendo con Rodrigo sobre lo mismo. Él insiste en que Fernando no es un buen hombre, que es un grandísimo manipulador que va hacerme ver mi suerte. Y por más que le he repetido de muchas maneras que su juicio está nublado por la primera mala impresión que se hizo de él por lo de aquel día, no logró convencerlo de que cambie un ápice su opinión. Ya *se le metió entre ceja y oreja* que va a hacerme sufrir; cuando a éste hombre se le clava algo en la cabeza ni Dios padre logra quitarle esa idea, primero le arrancas la cabeza antes de hacerlo cambiar de opinión.

—No estoy diciendo que sea un demonio, tampoco exageres, Ali. Pero te va a hacer sufrir, lo sé y me crispas no poder hacer algo al respecto.

—No lo creo, *mounstro* —le digo agarrando la mano que tiene sobre la mesa para tranquilizarlo—, Fernando me ama, sé que seremos muy felices. Confía en mí.

—Ay, *mounstra*, claro que confío en ti —sonríe inquieto— en quien no confío es en él y tu mal juicio para enamorarte. Te han roto la madre tantas veces que ya hasta perdí la cuenta...

—Pues muy mi madre, ¿no? —trato de bromear para que le baje a su ansiedad, pero ni una sonrisa logró sacarle.

—Lo sé, pero no tienes una idea de lo mucho que me duele verte sufrir —cierra los ojos con gesto bastante compungido—, en serio, me mata verte llorar por pendejos que no valen ni una sola de tus lágrimas.

Llegan al alma sus palabras, mi querido *mounstro* amargadito, de verdad me quiere, ha sido siempre mi paño de lágrimas, es la persona en la que más confío sobre la faz de la tierra. No hay otro como él. Lo adoro. Alguna vez leí que tu alma gemela no necesariamente debe ser alguien de quien te enamores, sino también puede ser un amigo que aparece en tu vida para darle equilibrio, para estar contigo en todas las facetas, en las buenas, en las malas y en las peores. ¡Rodrigo es sin lugar a dudas mi alma gemela!

—¡Ay, *mounstro*! —me levanto de la silla para abrazarlo—, mil gracias, te preocupas tanto por mí...

—Sabes que te adoro, *mounstrilia*. Quiero verte feliz.

—Lo soy, Fernando me hace feliz. No va a decepcionarme, lo sé. Puedes

estar tranquilo, tu pequeña *mounstra* está a salvo.

—Quisiera creerte, nada me daría más gusto que tengas razón y yo me equivoque, pero...

—Esta vez tendré yo razón, ahora me tocará a mi decirte “te lo dije” —lo interrumpo.

—Seré el más feliz si es así.

Alcanzo a percibir un dejo de tristeza en su voz. Sé que no me cree, que no logré hacerlo cambiar de parecer; sigue convencido de que Fernando me hará sufrir. Puedo adivinarlo en su benevolente mirada, esa que tanto he odiado siempre, esa que hace cuando está seguro de que voy directo contra el muro a darme en *toditita* la crisma. Lo conozco tanto, eso piensa, pero esta vez está equivocado y el tiempo me dará la razón. Y como no quiero discutir más el tema, será mejor que lo de por zanjado.

—¿Cómo ves lo de Ely? —cambio abruptamente de tema para hacerle ver no quiero seguir hablando de lo mismo.

—Vaya digresión, ¿así o más tajante? —se tira la carcajada por mi “sutil” giro en la conversación—, eres única *mounstra* y ya no tocaré más el tema nunca más, guardaré mi opinión al respecto, sabes que como siempre, aquí estoy para ti, lo que necesites, cuando y como lo necesites no dudes en buscarme.

—Gracias, *mounstro*, lo sé.

—No lo olvides —me agarra fuerte la mano—, te deseo toda la felicidad y de no ser así, tranquila que aquí está tu paño de lágrimas dispuesto a de nuevo pegar los pedazos de tu corazón. Lo he hecho antes, lo hare cada que sea necesario; deseo de verdad que nunca más lo sea.

No respondo nada, tan sólo le sonrío y abrazo fuerte, entre él y yo a veces las palabras salen sobrando.

—Ya en serio —le digo riéndome—, volviendo a lo de Ely, ¿verdad que estuvo raro?

—Esa es otra que no entiende —exclama con los ojos en blanco y las manos levantadas al cielo—, no ve más allá de sus narices, ni si quiera conozco al tipo y a distancia olí que es un patán.

—Que buen olfato, la verdad es que si te hubiera escuchado en todas las veces anteriores, otro gallo me hubiera cantado.

—¡Hasta que me hizo justicia la revolución! —exclama riendo—, repite eso para que lo grabe, por favor.

—¿Y lo uses después en mi contra? — increpo riendo— ¡Ni lo sueñes!

Perdiste tu oportunidad de grabar a perpetuidad que te di la razón. Eso es algo que no volverán a escuchar tus oídos, querido.

—Necia, de verdad que eres necia, mujer —ríe girando la cabeza de un lado a otro—, más necia que bonita...

—Y mira que soy bonita...

—¿Bonita? —interrumpe— ¡Hermosa, Ali! ¡Eres hermosa!

Percibo en su voz algo que no alcanzo a descifrar, pero que es muy diferente. No sé cómo explicarlo, simplemente no se escuchó como mi *mounstro*, sino diferente. Algo raro, así de simple. No puedo decir en qué sentido, pero no parecía mi Rodrigo ese que dijo esas palabras, algo en el tono, en la forma y en el brillo en su mirada me hicieron sentir otra cosa; no quiero ni por un segundo pensar, es más ni me atrevo si quiera a ponerle título, es una locura. Seguramente percibí mal, eso que por un segundo pensé es punto menos que imposible.

—¿Tan necia soy? —bromeo para aligerar la tensión, no sé aún qué paso, pero por unos segundos nos quedamos como en otra dimensión, una muy loca, por cierto.

—¿Necia? ¡Teeerca!

Nos reímos a carcajadas, no es que haya sido muy gracioso, pero creo que necesitábamos liberar esa extraña energía que se había instalado entre nosotros, algo fuera de lo común que nunca antes nos había ocurrido, desde que nos conocimos entre él y yo se creó un vínculo especial, una relación de amistad tan natural como respirar.

Para evitar caer de nuevo en lo mismo en una sola tarde alejo la conversación de mí para centrarla de nuevo en Ely. Y no sólo es para cambiar de tema, sino porque de verdad me dejó más que preocupada la otra noche. Se comportó de manera demasiado extraña, me angustia pensar hasta qué punto le afecta ese tipo que ni si quiera fue capaz de quedarse a la cena para conocer a Fernando, siendo que ella era la más curiosa de las tres. Desde ese día hemos tratado de contactarla más ha sido en balde, a nadie le contesta el teléfono, ni siquiera los mensajes. Ely vive pegada al celular, por lo que dedujimos nos está ignorando, tal vez no quiere escuchar las críticas que de seguro piensa le haremos sobre su tal Rafael, de quien, por cierto, tengo una pésima opinión, como dice Rodrigo, huele a patán a kilómetros de distancia.

—¿Te contestó?

Le pregunto a Rodrigo cuando regreso del baño, quedamos que haríamos el intento de ver si a él si le contestaba, pero nada. También lo ha ignorado.

—Esto ya es código rojo —declaro y agarro el celular para hablarle a las chicas—, necesitamos refuerzos.

—Espera, no convoques aún al *convoy* —me detiene Rodrigo agarrando mi celular para evitar que lance el mensaje de alerta al equipo *swat* más especializado del mundo, o lo que es lo mismo Brit y Sally.

—No alarmes todavía a la caballería pesada. Mejor vamos tú y yo a casa de Ely, si nos ve llegar a los cuatro no lograremos nos diga absolutamente nada. En cambio, los dos solos, podremos lograr que nos diga algo, ya sabes cómo es ella, si se siente acorralada se cierra en banda y ni Dios padre le saca una sola palabra.

—¿De cuándo acá tan psicólogo?

—Ya ves, uno que tiene sus talentos escondidos. Y súmame a eso más de quince años de conocerlas, creo que he tenido tiempo para descifrarlas un poco, mucho más a ti, mi *mounstra* favorita.

—Buenos argumentos, *Sigmund* —reconozco entre risas—, te daré el beneficio de la duda. Vamos a verla, pero si la misión fracasa, acudimos a la armería completa, ¿vale?

—Totalmente de acuerdo. Pidamos la cuenta, para ir de una vez —levanta la mano para llamar al mesero—, el factor sorpresa puede ayudarnos.

—Tienes razón es mejor ir de una vez.

Cuando salimos del restaurante pienso en avisarle a Fer que tardaré un poco más en llegar a casa, pero decido no hacerlo, me dijo que estaría en una junta muy importante en la oficina y no quiero interrumpirlo por una nimiedad, total no creo llegar más tarde que él a casa, según dijo el problema que traen encima es muy complicado y era mejor no lo esperará despierta porque seguro le daría la madrugada en junta ejecutiva para encontrar la mejor solución.

En Guanajuato a todos lados se llega caminando, más en el centro. Los autos en las diminutas callecitas no tienen cabida, si el lugar a donde vas esta tan sólo a un par de cuadras. En pocos minutos llegamos a casa de Ely. Ella vive en un antiguo edificio detrás de la universidad. Son tres departamentos, uno por piso, el de ella está al final, al que pertenece el *roof garden*, un pequeño rincón de ensueño que mi amiga ha decorado con un gusto exquisito con muebles antiguos de jardín que consiguió a precio de *ganga* en una venta de *garaje*. Tiene una variedad en plantas y flores que le dan ese toque etéreo que tanto invita a reflexionar. Es el lugar favorito de mi amiga, ahí siempre se aísla cuando anda deprimida, estoy segura justo ahora es donde está, por eso

le digo a Rodri que subamos directo para allá. Cuando llegamos a la puerta de entrada me doy cuenta que esta entreabierta, lo cual se me hace muy extraño, así que acelero el paso, no es normal que Ely dejé abierto. Al entrar escuchamos murmullos discutiendo, seguro con el tal Rafael de quien no alcanzo a escuchar la voz, solo resuena la de mi amiga que entre lágrimas le grita:

“¿Por qué no te vas de una vez? No quiero más nada contigo, estás casado, por Dios... ca-sa-do... ¡Lárgate de una vez! “

Rodrigo y yo nos miramos desconcertados. ¿Casado? ¿El tal Rafael es casado? Creo que a ninguno de nosotros se nos había ocurrido esa posibilidad, o bueno, por lo menos a mí no, pensé muchas cosas, menos esa. ¡Pobre Ely! Con razón ha andado así, si el tipejo este la engañó. Ah, pero me va a escuchar, que sepa que mi amiga tiene quien la defienda. Jalo a Rodri de la mano para ir hasta donde se escuchan las voces discutiendo, nos acercamos, pero no alcanzó a ver al tipo porque lo tapa la pared de las otras escaleras, esas que llevan directo al interior de su departamento. La que sí nos alcanza a ver es Ely que al momento se pone pálida como si no nos hubiera visto a nosotros sino a un fantasma.

—¡Alicia! ¿Qué haces aquí? —me interpela lanzando una extraña mirada a su interlocutor.

—Venimos a verte, nos quedamos muy preocupados por ti...

—Queríamos saber si estás bien —agrega Rodrigo.

Caminamos un poco más hacia ella, muero de ganas de tener de frente al tipejo ese para decirle sus frescas, pero Ely nos grita espantada:

—¡No se acerquen! Estoy en medio de algo muy personal, por favor, vengan después.

Rodrigo y yo cruzamos miradas, algo está demasiado extraño aquí, Ely suena tan asustada, ¿será que la tiene amenazada con algo? Haciendo caso omiso a la petición de mi amiga nos acercamos más y podemos escuchar cómo se azota la puerta de la otra escalera, al parecer el tal Rafael ha decidido huir, como la rata que de seguro es.

—¡No entendieron! ¡Les dije que se fueran! —grita exasperada Ely.

—¿Qué te pasa, amiga? —le pregunto desconcertada, no está siendo ella, la desconozco.

—No me pasa nada, ¿pueden dejarme en paz? —levanta la mano para señalar la puerta— Creo que fui clara, vengan después, por favor.

Rodrigo esta igual o más sorprendido que yo, ni siquiera ha hablado, y es

que no pareciera que estamos delante de Ely, es otra.

—Pero, Ely...

—Pero nada, Alicia. Quiero estar sola y créeme que de querer compañía, tú serías la última persona sobre la faz de la tierra a quien buscaría —su voz destila veneno puro—, no quiero ser grosera, pero ya váyanse.

¿A mí? ¿No quiere verme a mí? ¿Por qué? ¿Qué le hice?

CAPÍTULO XXVII

Cuando llegamos a casa las chicas ya están ahí. Les he hablado después de que bajamos del *roof garden* de Ely, de donde me ha tenido que sacar casi a cuestras Rodrigo porque yo no quería irme hasta recibir una explicación lógica, no es normal que mi querida amiga me hable de esa manera, no le he hecho nada para que no quiera verme. En todos los años que llevábamos de conocernos nos hemos conducido de manera honesta, más que amigas considero somos como hermanas, jamás haría algo para lastimar a alguna de ellas ni viceversa. La reacción de Ely es de lo más desconcertante, tiene días que anda extraña y lo de hoy ha sido la gota que derramo el vaso. ¿Por qué esta tan molesta conmigo? ¿Qué le hice? Yo tan sólo me preocupe por ella, mi intención era ayudarla, en ningún caso he querido atacarla ni juzgarla.

Mi cabeza casi estalla de tanto pensar, ni un segundo se ha detenido recordando minuciosamente todo lo ocurrido desde el día de la cena de mi casa, no ha encontrado motivo alguno para la actitud de Ely conmigo. ¿Qué diablos le pasa?

—¿Esto te dijo? —cuestiona Sally incrédula.

—¿No habrás escuchado mal? —se une Brit al interrogatorio.

Rodrigo y yo giramos la cabeza de un lado a otro en señal de negación. Si hubiera estado sola creo que hasta yo pondría en tela de juicio lo que oí, pero también *mounstro* estaba ahí, él fue testigo de sus palabras, no alucine barato, de verdad las dijo y en el tono más adusto escuchado en mi vida.

—Fueron sus palabras exactas —comenta Rodrigo—, los dos las oímos fuerte y claro. No dejo lugar a malas interpretaciones. Y si me permiten agregar, no solamente fue la dureza de las palabras sino como las dijo, su voz sonaba cargada de resentimiento contra Ali...

—¿También lo percibiste? —interrumpo abruptamente a Rodrigo. Entonces no estoy loca, si fue ataque personal hacia mí.

—Hasta un tonto se hubiera percatado —pone los ojos en blanco—, Ely hablo con cargado rencor hacia ti.

—¿Por qué? —preguntan a coro Brit y Sally.

—Eso mismo es lo que yo quisiera saber —me siento abatida de tanto pensar qué pude haberle hecho para tanto coraje hacia mí.

—Todos quisiéramos —agrega Rodrigo—, estoy seguro que tú no le has hecho nada para que reaccione así.

—Creo saber que le pasa —interviene Britany con ese gesto tan suyo de cuando logra descifrar algún abstracto misterio.

—¿Qué? —preguntamos a coro, todos morimos de curiosidad al respecto, estamos más que inquietos por saber qué diablos le pasa a Ely.

—Dicen que le reclamaba al tipo que está casado, ¿no? —Rodri y yo asentimos con la cabeza—, pues ahí está el *quid* del asunto: No es que este molesta contigo, lo está con ella, se siente pésimo por ser tan tonta de no haberse dado cuenta de que el tipo está casado. Tú, recién casada y toda llena de felicidad... Creo que nuestra pequeña fue infectada por el espantoso y amarillo virus de la envidia.

Fuertes declaraciones. ¿Será que sea así? Brit es muy buena psicoanalizando al resto de la humanidad, casi nunca falla. Además es la única respuesta coherente que halló a la actitud de nuestra amiga.

—Viéndolo así, creo que tienes mucha razón—la apoya Rodri, el otro *Freud*—, parece muy razonable tu descubrimiento.

—Ely nunca ha sido así —replico defendiéndola, me cuesta mucho creer que mi amiga me tenga envidia, es algo enfermizo.

—Creo que fue el momento —argumenta Sally—, estaba discutiendo con el tipejo, justo en ese momento llegas... no buscó quien se la hiciera, sino quien se la pagará, te pusiste *de a pechito*, nena.

—Opino igual —afirma Brit—, seguro cuando se le enfrié la cabeza va a enviarte un mensaje disculpándose. No es propio de ella tratar mal a sus amigas, se va a arrepentir y buscar. Ya verás.

Espero que Britany tenga razón, no me agrada para nada la idea de estar peleada con alguna de ellas. He sido muy selectiva con las personas que tengo en mi vida —tan sólo en los galanes he sido displicente, para la amistad si he sido exigente—, el pequeño grupo que me rodea es lo máximo, son los mejores, quiero a cada uno de estos loquitos conmigo hasta el último día. No sé qué haría sin la sensatez y apoyo incondicional de Rodrigo; esa brutal honestidad de Britany, mi psicóloga favorita; la acertada y justiciera locura de mi querida Sally; y, por supuesto, no sé qué haría sin Ely, la espiritual y equilibrada, aunque ahora ande desubicada, siempre ha sido la más ecuánime de todos.

Seguimos especulando un rato más, sacando muchas teorías, pero ninguna conclusión. Es misión casi imposible deducir a ciencia cierta que está pasando con nuestra amiga, todo lo que pudiéramos decir son simples hipótesis sin fundamento real, tan sólo ideas al aire que vamos atando según

lo poco que hemos visto. De lo único que podemos estar seguros es que, sea cual sea la relación de Ely, no es buena para ella, la ha cambiado por completo manteniéndola aislada de nosotros, sus amigos que tanto la queremos. Además de tenerla sumida en una especie de depresión. Algo que no te deja ser tu misma, te aísla y te deprime no puede ser bueno, al contrario, es algo tóxico que terminará por consumirla si no sale de ahí lo antes posible. El problema radica en convencerla de ello. Pusimos varias estrategias sobre la mesa para lograr hacerla entender, las descartamos todas, no creemos que ninguna funcione, la única forma existente para que ella termine esa relación es que lo decida por cuenta propia y abra los ojos por sí misma; por desgracia, las mujeres solemos tardarnos en tomar esa iniciativa, necesitamos primero darnos varios topes contra la misma piedra para percatarnos que estamos en el peor de los lugares y es urgente salgamos de ahí, lo cual, dicho sea de paso, suele ser bastante tarde, justo cuando nuestro corazón termina hecho añicos, nunca antes. Si tan solo hiciéramos caso a lo que nos dicen, pero somos necias por naturaleza de género. En fin, espero que Ely no necesite demasiados topes, que eso de estar casado le sea más que suficiente para poner *pies en polvorosa* lo más lejos posible del tipejo ese.

Cerca de la media noche desbaratamos al fin la mesa redonda. Mañana hay trabajo y casi todos madrugamos, a excepción de Rodrigo que acaba de llegar de su año sabático por el mundo, él todavía no se incorpora a la fila de los asalariados con horario. Los acompaño a todos a la puerta para despedirnos, quedamos de vernos en los siguientes días para tomar un café, es nuestra costumbre vernos al menos dos veces a la semana.

Cuando ya se han alejado, Britany se detiene y gira para dejarme caer una pequeña de sus bombas atómicas:

—¡Ah y ni creas que se nos olvida!

—¿Qué cosa, mujer?

—Ni te hagas la desentendida que bien que sabes.

—Juro que no —finjo demencia al caer en cuenta a qué se refiere.

—Hacerte la loca no te salva —sentencia con el dedo índice levantado—, no se me olvida lo del otro día en la cena, lo que dijo Rodrigo sobre si a tu maridito le molestaría que salieras con él.

—¿Ya te acordaste, querida? —secunda Sally con una sonrisita de lo más fingida.

Volteo a ver a Rodrigo, juro que quiero matarlo, ya sabía yo que su comentario incomodo desataría a la *Santa Inquisición*, sólo tenía la esperanza

que estuviera distraída un rato con el caso de Ely e hiciera caso omiso, pero a éstas *no se les va ninguna al hilo*.

—¿Y de cuándo acá hacen caso a las pendejadas que digo? —trata de salvarme el pellejo mi *mounstro* no tan favorito en este momento.

—Ni la defiendas —alega Brit—, de ésta no se salva, ya nos platicará el día que nos veamos.

—Y ni creas que se nos va a olvidar —agrega Sally dando media vuelta y despidiéndose con la mano—nos vemos el jueves para el patíbulo, querida.

Si mis ojos fueran bala atravesarían a Rodrigo, quien tan sólo atina a encogerse de hombros mientras articula un “lo siento”, grandísimo *zoquete*, la regó toda y ahora ni cómo arreglarla. En fin, tampoco es para tanto, les tendré que contar lo de ese día afuera de casa de mis papás y soportar la lluvia de ácidos comentarios al respecto. Ahí morirá el asunto, obviamente recibiré unos cuantos consejos para que me la lleve despacio, algo bastante difícil dado el caso; ya estoy bien casadita. Además, eso fue un mal episodio, Fernando rectificó y ha estado de lo más amoroso, ni preocupada de que se repita la escena. Tampoco me agobia lo sepan, quería guardar la imagen impoluta de él ante ellas, es todo.

Le articulo un “no te preocupes “a Rodri y les digo adiós con la mano, doy media vuelta y entro a casa. Fernando no ha regresado de la oficina, tal cual me dijo el problema que les aqueja es tan grave que le haría llegar tarde. Cierro la puerta pasando la doble llave y el pestillo extra, el cual no ponía antes, pero ahora me hace falta un poco más de seguridad, es increíble como en tan poco tiempo me hice adicta a la seguridad que le brinda Fernando a mi vida. Y a eso le sumo la paranoia, secuela del episodio: Matías, más que nunca necesito sentirme tranquila en casa.

Mientras estoy levantando las tazas de café y los platos con galletita que quedaron en la mesa escucho que suena varias veces mi celular, es el tono especial que le tengo puesto a los mensajes de *whatsapp*, seguramente es Fernando avisando que ya viene o que se le hará más tarde. Ahorita que deje todo limpio los leo, tengo mucho sueño y no quiero distraerme con nada, entre más rápido termine, más pronto podré meterme en la cama.

A eso de la una de la mañana al fin me acuesto en mi caliente camita. Acomodo mi almohada, pongo el celular a cargar y lo reviso para leer el mensaje que entro hace rato. De hecho son dos ventanas de conversación las que aparecen en la pantalla: una es de Fernando avisándome que no lo espere despierto porque va aun para largo en la oficina y la otra es de Ely quien me

ha escrito todo un pergamino para pedirme disculpas, tal cual lo dijo Britany. Me alivia escribiera, pero algo en sus palabras me deja un poco inquieta, esos mensajes tienen otra intención; detrás de sus frases hay algo más que no tiene el valor para decirme. No sabría explicarlo, porque ni yo misma lo entiendo, pero lejos de tranquilizarme, me ha puesto en estado de alerta, la forma de expresarse da pie a doble interpretación. Lo que más alterada me dejó fue lo último que me escribió, unos minutos después del pergamino de disculpas:

Necesitamos hablar de manera urgente, tú y yo a solas, por favor. Sé que lo que tengo que decirte será para ti un golpe muy fuerte, tal cual lo fue para mí, pero tengo que decírtelo, eres mi amiga y no mereces esto. Necesito explicártelo en persona, ¿podemos vernos mañana a la hora de la comida?

CAPÍTULO XXVIII

No paro de mirar el reloj, aún falta un par de horas para las dos de la tarde, la ansiedad me carcome. Comeré con Ely, me muero por saber qué es lo que tiene que decirme, anoche después de su mensaje no logré conciliar el sueño, cuando Fernando llegó a las tres de la mañana yo seguía dando vueltas en la cama sin poder dormir. ¿Qué tendrá que decirme? ¿Por qué tanto misterio? No sé a qué se deba, pero siento que lo que mi amiga tiene que decirme me afecta de manera demasiado directa, es algún tipo de corazonada, hay algo en sus palabras, estoy inquieta, por más que cuando le conté a Fernando anoche me haya dicho que es solamente alucine barato mío; de seguro es algo muy de ella y yo *haciendo tormenta en un vaso de agua*, mi intuición dice otra cosa.

Cuando salgo de la oficina me encuentro a Fernando esperándome en el lobby. ¿Qué hace aquí? Si mal no recuerdo le he dicho que iría a comer con Ely.

—Hola, mi vida —me saluda con un beso tierno en los labios.

—¿Paso algo, amor?

—Nada, cariño. Te vi muy alterada anoche por la comida de hoy y quise venir a acompañarte hasta el restaurante.

—¿Sabes que debo hablar a solas con Ely, verdad? —inquiero en un tono un poco adusto, me tiene muy sorprendida su presencia aquí, creo que fui clara con que no podríamos vernos hasta en la noche en casa.

—Por supuesto, no es para nada mi intención quedarme, solo quiero apoyarte, amor —me mira compungido—, pero si te molesta me voy, no quise incomodarte, yo solo me preocupo por ti.

—No me molesta, solo estoy nerviosa...

—Por eso estoy aquí, tontita —me da un beso respingón en la nariz—, sabía que estarías ansiosa, anoche ni dormiste. Te amo, nena y quiero apoyarte en todo, hasta en este tipo de cosas.

¡Ah, qué lindo! Mi marido es un amor y yo una odiosa bruja salida del peor de los cuentos, me andaba ya poniendo a la defensiva cuando él lo único que hace es brindarme su amor y soporte. Que suerte tengo, me saque la lotería con él.

—Eres un sol, cariño —le sonrió como tonta y él me toma de la cintura para salir conmigo del edificio—, ¿Cómo soportas a esta amargadita, eh?

—Es un don —ríe con picardía—, sé muy bien como bajarle el genio a ésta ogra —me acaricia sugestivamente la cintura para remarcar la intención de sus palabras.

—Algo que le sale a las mil maravillas, señor mío.

En un par de minutos llegamos al restaurante, está a unas cuatro cuerdas de mi oficina. Ely ya ha llegado, me envió un mensaje hace un ratito para avisarme que ya tenía mesa. Fernando insiste en acompañarme a la mesa para saludarla. Ely sigue con esa cara de susto que tenía el otro día, pareciera que ve fantasmas por doquier. La saludo con un abrazo, ella me susurra un lo siento al oído.

—¿Te acuerdas de Fernando? —le digo señalando a mi marido—, ¿si alcance a presentártelo ese día, no?

—Claro —masculla entre dientes y le extiende la mano—, mucho gusto.

—Encantado —contesta entusiasmado Fer—, las amigas de Ali, son mis amigas.

—¿No es un amor? —sonrió como tonta adolescente plantándole un beso en la mejilla.

Ely sonrío mecánicamente. Hasta pareciera que le cuesta trabajo hacerlo, esta como engarrotada, debe ser por lo que comento Britany ese día.

—Sí que lo es—farfulla.

—Bueno, yo me despido, cariño, tan solo vine acompañarte —exclama Fernando repentinamente.

—Espérate un segundo, amor. Quédate un ratito con Ely en lo que voy al baño —me muevo inquieta, como siempre ya ando que no aguanto—, ¿por favor?

Ely abre los ojos de par en par. Como sorprendida, tal pareciera que la idea de quedarse sola con él le fuera del todo desagradable.

—Por supuesto, amor.

—No es necesario...

—Insisto en acompañarte —interrumpe Fer—, no te tardes, mi vida.

—Gracias, cariño. En unos minutos vuelvo.

Para variar y no perder la costumbre en el servicio de damas hay una fila infernal, me tardo una eternidad en volver a la mesa, tanto que cuando regreso Fernando ya se ha ido.

—Se cansó de esperarte — comenta una taciturna Ely en respuesta a mi gesto de duda al no ver a mi marido—, se ha tenido que ir, al parecer lo llamaron de su oficina.

Encojo los hombros, de seguro alguna otra emergencia. Y aunque me hubiera gustado me esperará en mi fuero interno pienso que es lo mejor, Ely y yo tenemos que platicar a solas, con Fernando entre nosotras no lograría que ésta mujercita me dijera nada de lo que le está pasando, si de por sí, dada su actitud, veo difícil suelte prenda, está más seria de cuando llegué al restaurante, tal pareciera que en el tiempo en el baño un fantasma se hubiera pasado por aquí.

—Seguro me enviará un mensaje más tarde —sonrío tratando de suavizarla—, mejor que estemos solas, ¿no crees?

Ely asiente con la cabeza con la mirada perdida hacia la puerta, me asusta su pálido semblante.

—¿No crees? —repito buscando respuesta, pero sigue muda...—Ely ¿estás bien?

Se gira hacia mí, pero su vidriosa mirada sigue perdida, tal pareciera no está en este planeta.

—Sí... bien. —contesta en automático.

—Pues no lo pareciera —exclamo en tono preocupado—, da la impresión de que andas en otro planeta.

—Para nada, amiga —su voz suena hueca—, estoy muy bien. ¿Ordenamos?

Abre el *menú* que tiene delante de ella y se tapa con él la cara. Pareciera quisiera ocultar su rostro para que yo no vea lo contrariado de su semblante.

—¡Claro! —exclamo levantando también el *menú*.

El mesero aparece al ser llamado por Ely, quien de manera expedita le dicta su orden. Hago lo mismo.

—¿Ahora vas a decirme qué te pasa? —inquiero a penas nos deja solas el camarero— porque no te creo eso de que nada. Últimamente has andado muy extraña, el cambio que sufriste de mi llegada a ahorita es abismal. ¿Qué tienes, Ely?

—Ya te he dicho que nada —pone los ojos en blanco—, estoy perfectamente bien, no sé porque se empeñan en creer otra cosa.

Se expresa un poco molesta. Otra vez se ha cerrado en banda. Creí que hoy al fin saldría de su ostra para contarme, más sigue ensimismada, ni con tirabuzón lograré sacarle algo.

—Te hemos notado rara, es todo. Y obvio nos preocupamos por ti —aclaro tratando de suavizarla—, cuando quieres a las personas te interesas por ellas y su bienestar, por eso insistimos.

Calla unos segundos con los ojos clavados en los míos, noto que contiene las lágrimas.

—Se los agradezco —dice al fin—, pero no pueden ayudarme. Tengo que salir sola de esto.

—No tienes porque, para eso estamos los amigos, Ely.

—Esto es algo que debo resolver sola, por favor compréndelo —suspira—, y dile a los demás le paren a su acoso. De verdad, justo ahora, no quiero hablar con nadie del tema. Déjenme superarlo y yo los busco.

No sé qué contestarle. Por un lado quisiera dijera qué es exactamente lo que le está pasando, sin embargo tiene todo el derecho a su espacio, a resolver sus asuntos ella sola. Debemos respetar eso. Me siento como en una encrucijada, de corazón quiero ayudarla, sacarla del mal momento que está pasando, pero también quiero respetar su decisión de hacerlo sola.

—Crees que es lo más conveniente para ti...

—Claro, lo creo —interrumpe de golpe mi discurso—, necesito espacio para mí. Estaré mejor sola, estoy segura.

Ni hablar, no puedes ayudar a quien no se deja. Si ella ha decidido que este trance debe vivirlo sola no hay nada que podamos hacer más que respetar eso. Dejarla a que supere su crisis. Cuando ella nos busque aquí estaremos.

—Así será, respetaremos eso —le digo sonriendo para darle un poco de *comfort*.

—Muchas gracias, Ali. De verdad necesito este espacio.

—Ni que lo digas, solo recuerda aquí estamos para cuando nos necesites.

—Lo sé, gracias.

El mesero llega con nuestra comida justo a tiempo para detener la conversación o nos seguiríamos en un eterno intercambio de frases de agradecimiento. Por primera vez desde que la conozco me siento incomoda a su lado con ganas de salir corriendo.

Comemos en completo silencio, tan solo expresamos una que otra frase de mera cortesía, pero nada que vaya más allá de frívolos comentarios sobre los platillos o el tiempo lluvioso de la ciudad. Nada profundo, nada personal. En qué parte del camino me cambiaron a mi amiga, no lo sé, espero el trance sea temporal porque de verdad la extraño.

Cuando estamos pagando la cuenta me acuerdo de su mensaje. Tan mal me dejó su actitud que casi lo olvido por completo, si eso fue el motivo principal de esta comida.

—¿Y qué es eso tan importante que querías decirme? —le suelto de

sopetón saliendo del restaurante.

Mi pregunta la toma tan de sorpresa que abre los ojos como plato.

—¡Ah, eso! Nada relevante —se encoge de hombros.

—Creo que sí lo es —saco el teléfono para releer sus palabras—, me has dicho que era urgente y un golpe fuerte para mí... no creo que sea poco relevante como me dices ahorita.

Pasa las manos repetidamente por el cabello en clara señal de nerviosismo. Pareciera que ya no se atreve a confesarme lo que pensaba decirme.

—No te preocupes. Ya no tiene importancia, en serio.

¡Claramente me está mintiendo! Nadie te avisa que tiene algo urgente que decirte para luego echarse para atrás restándole importancia.

—No te creo —mi rictus es serio, una cosa es que le dé su espacio y otra que me mienta. —, algo ocultas.

—Te dije que lo olvides. —expresa de manera seria con cierto tonito de advertencia que me pone en guardia.

—Imposible. Anoche me mandaste un mensaje diciéndome que había algo urgente que tenías que comunicarme que era un golpe para mí, y lo quiero saber. ¡Ahora me lo dices! —mi voz suena exigente.

—El mundo no gira en torno a ti —vocifera totalmente fuera de lugar.

—¿Y eso a que viene, Ely?

—Que tú crees que todo tiene que ver contigo y no es así.

—No es que yo lo crea, tú lo dijiste expresamente: “un golpe fuerte para ti”—le repito las palabras de su mensaje—, creo que es motivo suficiente para que piense que me afecta, ¿no?

—Eres una egocéntrica, Alicia —escupe con rabia.

Un terrible odio se refleja en sus ojos, tanto que me asusta, pero no me amedrenta, le he tenido paciencia porque sé que no está bien, más no le permitiré su ataque.

—Déjate de sandeces —mascullo entre dientes—, la que envió el mensaje fuiste tú, y más claro ni el agua, así que dime de una buena vez que es eso tan urgente que según tú me afecta.

Su boca se retuerce en un gesto amenazante, algo así como una sonrisa, pero cargada de rencor.

—Si quieres saberlo pregúntale a tu marido.

Escupe sus venenosas palabras y se da media vuelta alejándose de mí, dejándome a media calle con la cabeza dando vueltas, ¿Qué habrá querido

decir? Siento como sus palabras me aplastan el pecho de a poco. ¿Por qué debo preguntarle a Fernando? ¿Qué sabe ella que yo ignoro? Algo me dice que la respuesta no va a gustarme.

CAPÍTULO XXIX

El rostro de Fernando esta impávido, no logró detectar emoción alguna en él. Hoy cuando llegó a casa lo enfrenté a penas cruzo la puerta, ni tiempo le di de saludarme, estaba esperándolo sentada en el sillón frente a la puerta, al verlo le deje ir de sopetón la tortuosa pregunta que había estado quemándome la garganta desde que Ely destilo su veneno fuera del restaurante, dejándome ahí, de pie, con la cabeza hecha un lío y mi corazón atenazado por la angustia:

“¿Por qué razón Ely me ha mandado a preguntarte a ti lo que ella tenía que decirme y que sería un golpe para mí? ¿Qué tienes que ver tú en todo lo que a ella le pasa?”

Lo dije de corrido soltando de golpe todo el aire que ni sabía que estaba reteniendo. No hice pausas, ni siquiera pestañé. Por toda respuesta encontré el silencio, la pregunta quedó flotando en el aire viciando el ambiente de incertidumbre.

El reloj avanza angustiantemente lento y Fernando sigue sin emitir sonido. Está de pie frente a mí, quieto sin mirarme a los ojos. Su rostro no refleja nada, pareciera que es una estatua de piedra. Mi ansiedad es directamente proporcional a su frialdad, entre más impertérrito está él, más angustia siento yo, tanta que el corazón me taladra los oídos de tan fuerte que late dentro de mi pecho.

—¡Por Dios, di algo! —grito exacerbada por la desesperación, su mutismo está acabando con mis nervios.

—No tengo nada que decir —dice al fin girando su mirada hacia mí—, al parecer tu amiga y tu desmedida imaginación lo han dicho todo. Me has condenado antes de preguntarme. Para que quieres una respuesta si está más que claro que me has declarado culpable de antemano.

¡Abogado tenía que ser! De forma magistral ha girado el asunto a su favor. Ahora él es quien esta ofendido por mi acusación. Habrase visto semejante desfachatez.

—Ni lo intentes —agito mi dedo índice hacia él—, no te va a funcionar, no trates de evadir el tema de esa manera girando las cosas a tu favor. Te hice una pregunta y espero respuesta. No he hecho juicios ni he declarado culpables, tan solo quiero que me des una explicación. Tus tácticas de abogado conmigo no te van a funcionar ésta vez. Así que deja de darle

vueltas y respóndeme de una maldita vez.

Intento modular mi voz para que no se transparente mi desesperación, pero es muy difícil, su impasividad le da al traste a mi esfuerzo por mantenerme ecuánime e imparcial. Me desespera sobremanera su actitud de hielo y aún más su irracional papel de víctima.

—¿Por qué no le preguntas a ella? —escupe entre dientes—, no es a mí a quien debes cuestionar, la explicación debe dártela tu queridísima amiga.

—No caeré en este juego retorcido, Fernando. Por algo me dijo que te preguntará...

—¿Y yo que diablos tengo que ver en sus asuntos? —argumenta con irritación.

—Eso es lo mismo que yo me pregunto y por lo que tengo rato esperando una respuesta...

—Respuesta que no tengo —grita desesperado—, ¿Qué esperas que te diga? Ignoro por completo porque tu disque amiga te dijo eso, no sé nada al respecto. ¡Carajo! La conocí hoy al medio día, ¿Cómo demonios puedo saber qué madre es lo que le pasa a la pendeja esa? ¿Tan influenciable eres que cualquiera es capaz de ponerte a dudar sobre mí? Te creí más inteligente.

Fernando esta fuera de sí, toda serenidad en él ha desaparecido. Más no parece nervioso ni culpable, al contrario, insiste en que nada tiene que ver con lo que ella dijo.

—Ely no es cualquiera, es mi amiga y...

—Pues no lo parece — interrumpe de golpe—, más bien pareciera que te odia. No veo otra razón para dañarte de esa manera con palabras cargadas de veneno y sin fundamento alguno, porque te repito: ¡NO TENGO NADA QUE VER CON ELLA, NO TENGO PUTA IDEA DE PORQUE TE HA MANDADO A PREGUNTARME! —grita vocalizando cada palabra— ¿así o más claro? ¿Saco el pizarrón para explicártelo por pasos?

No contesto nada. Lo veo, tratando de encontrar en su mirada alguna pista me indique que tan sincero o falso es. No sé qué pensar en absoluto. ¿Quién de los dos miente? ¿A quién debo creerle?

—Si no tienes nada que ver, ¿Por qué Ely me dijo que te preguntará? — mi voz suena como un susurro. Estoy hecha un tremendo lío. Ninguna pieza parece encajar.

—NO LO SÉ —grita neurótico golpeando la mesa de centro de la sala con la palma abierta— ¡Por culera! ¡Qué sé yo! En vez de estarme cuestionando a mí, tu marido, a quien se supone juraste siempre confiar en él,

deberías estar interrogando a tu dichosa amiguita esa. Es a ella a quien debes exigirle una explicación, no a mí.

Me cuesta reconocerlo, pero creo que en este punto tiene razón, es Ely quien debe explicarme, después de todo fue ella quien lanzó el veneno contra Fernando. Lo malo es que sé que no me responderá, menos ahora, seguramente se aislara por completo para no dar la cara. Y yo no puedo con esta duda; carcome por dentro.

—No va a responderme —digo en un hilo de voz—, es por eso que te pregunto a ti.

Pone los ojos en blanco llevándose las manos a la cabeza con desesperación. Suelta un improperio al aire antes de agacharse delante de mí para que nuestros ojos queden a la misma altura.

—Cariño, si yo supiera algo, juro, te lo diría —hace uso de toda su paciencia para expresarse lo más dulce posible—, ignoro por completo la razón que llevo a tu amiga a decirte semejante sandez. Por Dios, Ali, hoy fue la segunda vez en mi vida que la vi, la primera fue aquí en la casa el sábado y no cruzamos ni media palabra, ¿recuerdas que corrió casi despavorida por alguna extraña razón? ¿Cómo puedes confiar más en alguien con un comportamiento tan errático que en mí?

Toma mis manos entre las tuyas para tratar de transferirme confianza, se las lleva a los labios y las riega de tiernos besos. Yo sigo en silencio sin saber que pensar. El levanta la cara para buscar mis labios, me hago a un lado, no estoy para besos ni arrumacos, estoy ávida de respuestas y a pesar de que su argumento sea bastante razonable, se ha sembrado en mí la semillita de la duda, ha germinado rápido y sus raíces se extienden por todo mi sistema manteniéndome en un estado de intranquilidad perenne. La duda sólo se alivia descubriendo la verdad, así que sí aún no se alivia es porque no la has descubierto.

—Entonces, ¿me condenas? —la tristeza en su voz me atraviesa duramente— *sin deberla ni temerla* me has declarado culpable tirando todos mis argumentos a la basura, decidiste creerle a una loca desacreditando por completo mi palabra, ¿tan poco me amas? ¿Por qué no confías en mí?

Fija en mí, su dolorosa mirada. Nos quedamos así, viendo fijamente sin pestañar, aprovecho para navegar dentro de sus hermosos ojos negros buscando la respuesta que tanto anhelo, alguna veta que me indique si miente o dice la verdad.

—Dicho de ese modo suena atroz —reconozco después de unos minutos

—, pero entiéndeme, no es nada fácil mi posición: ¿Cómo te sentirías en mi lugar? ¿Qué harías tú?

—¿Qué harías tú en el mío? —me revierte de inmediato— ¿Cómo te sentirías si yo me dejara llevar por la insidia de alguien más y desconfiara sin pruebas de ti?

Touche... no había visto las cosas desde esa perspectiva, me obsesioné tanto con conseguir a toda costa la verdad que no me detuve a pensar en nada más, ni por un momento analicé el asunto más allá de resolver el misterio a como diera lugar. Esa absurda necesidad mía de siempre querer averiguar todo, no quedarme jamás con cualquier duda, encontrar la respuesta a todas las preguntas.

—Respóndeme, Ali —insiste Fernando—¿Qué harías tú si yo dudara así de ti? ¿Cómo te sentirías?

—No sé qué haría, pero me sentiría muy ofendida, de eso estoy segura, creo que te hubiera dejado hablando sin explicación alguna —confieso con total honestidad.

—¡Gracias por eso! —extiende los brazos hacia mi dándole énfasis a sus palabras—, y en cambio, yo estoy aquí tratando de convencerte de que nada tengo que ver con las absurdas palabras de tu amiguita...

Me está dando *cachetada con guante blanco*. Tiene toda la razón, lo condené de antemano. Acaté las palabras de Ely como una verdad, decidí que él algo tenía que ver en todo ese lío sin siquiera darle derecho de réplica, antes de cuestionarlo, para mí ya era culpable.

—...Y en respuesta a tu pregunta, yo en tu lugar hubiera mandado a la chingada a mi amigo, nadie puede venir a poner en tela de juicio la integridad de mi esposa. Es más, creo que ni siquiera te hubiera preguntado nada, a lo sumo te hubiera comentado el incidente y cómo le rompí la cara a mi amigo por andar tratando de levantarte falsos.

Y que me quedo callada. Fernando me ha dejado atada de pies y manos. Dando una demostración de lo que es de verdad la confianza, de lo que debe ser un matrimonio. En este justo instante me siento muy pequeña, la vergüenza me ha reducido a una diminuta pelusa en el sillón. Creo que me pase y mucho. No estuvo en lo más mínimo correcta mi actitud ni me reaccioné. Agradezco de verdad su paciencia.

—No tengo nada que decirte a mi favor, cariño—agacho la cabeza mirándome las manos entrelazadas en mi regazo.

—No tienes nada que decir —me abraza con dulzura—, prométe que

confiarás en mí, sólo eso pido.

—Es que sí hay algo importante —le hago una quebradora a mi orgullo para expresarme, siempre me ha costado pedir disculpas. —, ¿Me perdonas, amorcito?

—No tengo nada que perdonarte, amor.

—Claro que sí, fui una tonta exagerada y dramática.

—Ah, eso sí.

—¿Qué puedo hacer para resarcirte el mal rato?

—Ya sabes que me encantan las reconciliaciones —gruñe sensualmente junto a mi oído—, y pienso reconciliarme mucho contigo ésta noche, pero primero vamos a comer; muero de hambre, ¿vale?

—¿La cena de la paz? —bromeo para terminar de aligerar el ambiente.

— ¡Claro! Y al rato el “sexo de la paz”, mi favorito —me da un beso sugerente cargado de sensuales promesas, se levanta y me da una mano para ayudarme a parar del sillón. —¿Sushi?

—Encantada.

Después de una deliciosa cena y una magnífica reconciliación, la inquietud de la duda ha disminuido, aunque aún sigue ahí la semilla, se apaciguó un rato. Y no es que desconfíe de Fernando, al contrario, nuestra larga discusión me hizo darme cuenta que debo confiar en él, es mi marido, es imprescindible que crea en su palabra para que nuestro matrimonio funcione. Sé que fue una boda precipitada, que no lo conozco lo suficiente, pero nadie me obliga, yo elegí unir mi vida a él, espero que hasta el último día y para que así sea debo tener confianza plena en él.

Sin embargo, las palabras de Ely hicieron mella en mí, sembraron una semillita imposible de ignorar. Necesito saber porque lo dijo, si fue sólo una retorcida forma de molestarme porque indagué en lo que le pasaba y no le gustó; o si en realidad hay algo más profundo, si en verdad mi marido sabe algo de ella o está involucrado de alguna manera. A través de Fernando no obtendré nada, no puedo confrontarlo directamente de nuevo. Una porque él insiste en su inocencia, me juro más de una vez que no sabe nada, que de saberlo me diría, y debo creer que así es. Y dos porque no quiero sepa que sigo queriendo averiguar qué pasó, anoche le prometí dejar eso por la paz, hacer caso omiso de lo que me dijo Ely. Lo cual, dicho sea de paso, es misión imposible, cuando en mi cabeza se clava un misterio no cejo hasta resolverlo, tengo espíritu de detective tipo FBI, de hecho creo que me iría muy bien en la

famosa agencia de inteligencia.

Por otro lado, tampoco conseguiré nada de Ely, su postura de ayer me dejó en claro; no está dispuesta a soltar prenda, ni a mí, ni a nadie, así que tampoco es opción enviar emisarios a conseguir información. Necesito un poco más de astucia, pero sobre todo paciencia, tarde o temprano encontraré las pistas que me lleven a descubrir toda la verdad. Así que por el momento dejare el asunto por la paz, sólo un tiempo, el suficiente para que las cosas se enfríen, aún están calientes, tratar de sacar información ahorita tan solo me causaría quemaduras. Así que tampoco le diré a Rodri y las chicas. Britany y Sally están loquísimas, le harían tormento chino a Ely para que confiese —son capaces de técnicas muy rudas de tortura para sacar información—, y creo que llevar a mi amiga a ese extremo haría que se cerrará más o nos mintiera descaradamente. Rodrigo es muy prudente, sé que sería mi gran aliado y no haría nada que yo no le pidiera, más tampoco quiero darle armas para que siga desconfiando de Fernando, todo esto lo pondría a la defensiva contra él.

No, no debo decirles. Lo mejor es que haga como si nada, dejar al tiempo acomodar las piezas, ya sabré cuando actuar al respecto.

Paciencia y astucia, Alicia... repito en voz alta una y otra vez. Modo *Sherlock Holmes* activado, si en todo esto hay gato encerrado, lo voy a averiguar, tarde o temprano lo descubriré todo. Es cuestión de tiempo, *no hay nada oculto bajo el sol*.

La verdad siempre se descubre, nadie puede fingir por mucho tiempo ni sostener mentiras eternas.

Paciencia y astucia, repito de nuevo, es eso lo único que necesito.

CAPÍTULO XXX

Al fin hemos encontrado la tranquilidad sin aspavientos. Hoy cumplimos un mes de casados y después del incidente sobre lo de Ely no hemos vuelto a discutir gran cosa—el cual no he olvidado *ni tantito*, he dejado enfriar las cosas, ya aparecerá la pista correcta que me permita jalar *el hilo que corra toda la media*—. Toda sombra de conflicto ha desaparecido de nuestro matrimonio, quien nos ve no duda ni un segundo que somos una pareja que se adora, porque en verdad estamos más que enamorados. A pesar de los tropezones incómodos que tuvimos en un principio, nos hemos acoplado perfectamente a vivir juntos, aprendimos a conocer manías, costumbres y rutinas el uno del otro sincronizándolas a las mil maravillas. Somos afines en la mayoría de las cosas, cuento con los dedos de la mano, y me sobran, los aspectos en los cuales diferimos, en el corto tiempo juntos aprendimos a sobrellevarlos de la mejor manera. También nos ayuda bastante el trabajo absorbente de Fernando, en vez de verlo como problema, lo hemos aprovechado como una oportunidad para vernos con más ganas, el poco tiempo que pasamos juntos es de calidad, realmente nos dedicamos el uno al otro.

Es poco tiempo lo que llevamos como para cantar victoria, aparecerán más piedritas en el camino, problemas y sinsabores, creo podremos con todos ellos, de verdad nos amamos mucho y eso es lo más importante de todo, el resto son nimiedades que terminan por superarse, solo es cuestión de querer resolverlas.

Un mes ya de que dijimos el sí ante el mismísimo rey del Rock, para muchos demasiado poco, para mí un gran motivo de celebración y quiero hacerlo de manera especial. He hecho reservaciones en el restaurante donde tuvimos nuestra primera cita, es algo significativo además de ser el mejor de todo Guanajuato. Mi aliada ha sido la secretaria de Fernando, Marlene, un amor de mujer; ha sido más que amable conmigo, tiene años trabajando con él y es la eficiencia personificada. Ella se ha encargado de todos los detalles —*usted preocúpese por verse hermosa para un día tan especial, que de todo lo demás me encargo yo*, me ha dicho con su habitual parsimonia—, no he tenido que mover un dedo, fui a comprarme un vestido especial para esta noche porque hasta del regalo se ha encargado ella, lo conoce a la perfección, mucho más que yo.

—Dígame, Marlene

Contesto apresurada el móvil dentro del vestidor de la *boutique*, he venido sola ninguna de mis amigas ha querido acompañarme, huyen cuando de compra ropa se trata, soy insufrible para su juicio. Y Rodrigo no es que digamos el mejor compañero para estos menesteres. La única que me tiene paciencia en esto de andaregular en tiendas es Ely, pero sigue desaparecida, no hemos logrado contactar con ella, manda de repente uno que otro mensaje en el *chat* y es todo. Nos ha pedido expresamente le demos su tiempo, lo cual hemos respetado, por más que no estemos de acuerdo en ello. Y ni modo, nos ha tocado aguantarnos la curiosidad de saber que ha pasado con ella y el dichoso Rafael, a quien, por cierto, he incluido en mi lista negra de personas indeseables, ha transformado a nuestra amiga en alguien completamente distinto.

—Disculpe, señora Alicia —ese tratamiento tan formal hacia mí me incomoda un poco, pero no he logrado quitárselo con nada—, he tenido que mover la reserva para las nueve y media, el Licenciado Fernando no se logrará desocupar antes, hoy es un día complicado en la oficina.

¡Maldición! Respiro profundo una y otra vez antes de responder para que no se note que la noticia no me ha caído muy bien, no quiero parecer esposa caprichosa que no comprende la importancia del trabajo de su marido.

—¡Oh! Comprendo, Marlene —exclamo en el tono más afable del que soy posible—, espero que no sea nada de cuidado el contratiempo. ¿Y será que a las nueve y media ya se habrá desocupado?

Ya conozco los días complicados en la oficina de Fernando, por lo general suelen ser problemas tan complejos que no llega hasta la madrugada a casa. Espero que hoy sea la excepción y la ocurrente complicación sea leve para que pueda llegar a tiempo a nuestra cena de *festejo de primer mes*. ¿Por qué precisamente hoy? ¡Carajo!

—Seguro que sí —el titubeo en su voz me hace pensar lo contrario—, a esa hora estará libre.

—Eso espero, de verdad estoy entusiasmada con la cena —exclamo con un hilo de voz—, es nuestro primer festejo como esposos.

—Lo sé, señora Ali —responde con aire maternal Marlene—, créame que ahí estará, así tenga que llevarlo yo misma de las orejas.

Nos reímos por su ocurrencia, aunque en el fondo sé que Marlene es capaz, trata a Fernando como si fuera su hijo, con mucho cariño, pero también lo regaña cuando lo cree conveniente. Algo que no le hace gracia a

él, pero lleva tantos años trabajando en la empresa de su padre y es tan eficiente, que despedirla no entra en escena bajo ninguna posibilidad.

—Le creo, Marlene... se lo agradezco.

—De nada, señora. La mantendré informada.

Guardo el teléfono celular en mi bolso para seguir midiéndome los vestidos que elegí en la *boutique*. El que me estaba midiendo justo cuando hablo Marlene ya no es de mi agrado. Pruebo un par más, ninguno me acomoda, a todos les encuentro el “pero” más insignificante. Ya no estoy de humor para compras.

Salgo de la *boutique* con las manos vacías, si de por si soy la mujer más complicada para decidirse a la hora de comprar ropa, con el humor medio nublado, peor tantito. Abortada la misión de estrenar hoy, tengo en casa un vestido negro que me he puesto en contadas ocasiones, cuello *halter* y bastante sexy va muy bien para festejar nuestro primer mes. Mi emoción ha descendido un poco, ya no me siento tan festiva, en el fondo algo me dice que la cena se ha arruinado, que Fernando no saldrá a tiempo por más que Marlene haya casi jurado que lo llevará a rastras a la hora indicada. Mi intuición dice que no será así, presiento terminará por cancelarla, por eso se me ha enfriado la emoción. Prefiero sorprenderme si me equivoco, que decepcionarme si acierto.

Camino un par de empinadas callecitas hasta el corazón de Guanajuato, ahí donde está el jardín de la unión, frente al famoso teatro Juárez. Quiero liberar un poco la tensión con un rico té, en la zona hay muchas cafeterías con mesas afuera, ver pasar a la gente disfrutando el folclor colonial de mi querida ciudad me ayudará en mi ánimo. El clima se presta a la perfección, está nublado, pero sin amenaza de lluvia, un ambiente templado y gris. Ordeno un té *chai* —en éste pequeño café lo hacen mejor que ningún otro lado, tiene el picor justo que me gusta en ésta oriental bebida— acompañado con un pastel esponjoso de queso bañado en salsa de chocolate. Nada como el dulce para hacerme sonreír.

Es sorprendente lo variopinto del mar de gente que camina por aquí. Se pueden ver todas las edades, sexos y condición social. Locales y turistas conviven armoniosamente. Todo el centro de Guanajuato es hermoso, no hay callecita ni rincón que no tenga una historia que contar, son tantos siglos de existencia que puedes sentir en el ambiente los aromas del ayer. Ésta zona en particular es muy especial, tiene vida propia y siempre despierta. Es aquí, frente al jardín y junto al teatro Juárez donde se reúnen las estudiantinas, esos

tradicionales grupos de jóvenes vestidos a la antigua usanza que guían animosamente las mundialmente conocidas *callejoneadas*, un curioso recorrido por algunas callecitas de la ciudad culminando en el legendario callejón del beso. Más no es solo caminar, no. Durante el trayecto los jóvenes cantan, bailan y cuentan anécdotas de mi querido Guanajuato. Toda una experiencia; nadie que visite la ciudad puede perdersela. Hasta los que hemos vivido aquí toda nuestra vida lo disfrutamos más de una vez.

Doy el último sorbo a mi delicioso té, ya pasan de las siete de la noche, ni cuenta me di que avanzó tanto el reloj, estaba perdida mirando los rostros de los transeúntes, tratando de adivinar las historias que se escondían detrás de sus semblantes y modos de andar. Pido la cuenta al mesero cuando se acerca a levantar la taza y el plato vacío en mi mesa. Aún faltan un poquito más de dos horas para la cena, pero debo ir arreglarme. Necesitamos salir de casa unos quince minutos antes para la hora reservada, así que tengo relativamente poco tiempo.

He venido caminando desde casa, está relativamente cerca, a unas diez cuadras aproximadamente, a buen paso, estaré en ella en unos cuantos minutos. Me interno entre el montón de gente que anda turisteando cuando alguien llama mi atención a lo lejos, al parecer es Ely y no va sola, un hombre camina junto a ella, no alcanzo a distinguirlo bien, se me pierde su silueta entre tantas personas, debe ser el tan mentado Rafael. Apuro el paso cuando veo que entran en un local, es un pequeño restaurante que está un poco más adelante, no queda en mi ruta, pero ni modo, me desviaré, como dicen *las oportunidades las pintan calvas*, no pienso perdermela, algo en mi interior dice que viéndole la cara a éste fulano lograré descifrar el misterio. La paciencia siempre tiene recompensas y estoy a punto de recibir la mía.

El corto trayecto se me hace eterno, tengo que ir sorteando gente a diestra y siniestra, me la paso con el “disculpa” en los labios de tanto tropezar transeúntes. Me asomo a la ventana del restaurante, alcanzo a ver a Ely sentada en una de las mesas del fondo. Sola, ¿A dónde se habrá ido el tipo? No creo que muy lejos, estoy segura venía a su lado, es más, la traía tomada del brazo así que no lo confundí con alguien que viniera pasando. Me debato entre irme o entrar a averiguar y antes de que pueda pensarlo mucho ya camino hacia su mesa. El rostro de mi amiga se demuda, tal pareciera que ha visto un fantasma.

—¡Ali! ¿Qué haces aquí? —chilla sorprendida.

En seguida toma el celular, escribe algo y levanta de nuevo la mirada

hacia mí. Yo estoy con el ceño fruncido, observando cada uno de sus movimientos.

—Pareciera que te molesta verme —apunto con sarcasmo—, ¿A caso te he hecho algo? Si mal no recuerdo yo debería ser la enojada, la última vez que nos vimos me dijiste algo nada agradable.

Agacha la cabeza para mirarse las manos, un gesto muy de ella cuando está sumamente nerviosa.

—¡Ah, eso! Fue una tontería de mi parte, no debí decirlo —mira ansiosa hacia el pasillo del fondo en donde se encuentran los sanitarios—, fue algo sin sentido, no sé ni porque lo dije, espero lo hayas olvidado.

¿Sin sentido? No le creo en lo más mínimo y su nerviosismo me lo reafirma. No deja de moverse ni un segundo en su asiento.

—No te creo —la miro profundo a los ojos—, por alguna razón dijiste eso.

—No, Ali... te lo juro, fue una estupidez de mi parte.

—No te creo —insisto—, algo hay detrás de tus palabras y ahora mismo me lo vas a explicar.

Jalo la silla para sentarme. De aquí no me muevo hasta obtener respuestas coherentes. Sé que dije que sería sigilosa a la hora de averiguar, pero ya no puedo más con esta incertidumbre, un mes ha sido bastante con la duda atravesada.

—No puedes quedarte. Vine con alguien.

—¿Es el tal Rafael? ¿Sigues con él? ¿Con el que está casado? —pregunto con descaro.

Los ojos casi se le salen de la órbita con la última pregunta.

—No es de tu incumbencia, por favor vete.

—No me iré hasta recibir una respuesta — inclino la silla cruzándome de brazos, para necia me pinto sola.

—Alicia, no puedes quedarte —repite angustiada.

—Por supuesto que puedo —sonrío fingidamente—, además que tengo mucha curiosidad de conocer al hombrecito en cuestión.

De nuevo toma el celular. Sé que está enviando un mensaje, sus dedos pasean rapidísimo sobre el teclado.

—No quiero que lo conozcas —dice con la vista clavada en la pantalla del móvil.

—¿Quieres que me vaya?

—Sí, por favor. Él no tarda en regresar.

Mis labios se tuercen en una sonrisa de lo más siniestra, tan parecida a la del famoso *grinch*. Si es que se puso en charola de plata.

—Tú sabes cómo hacer que me vaya. Respóndeme lo que quiero saber y en seguida me voy.

Jaque mate. De que me lo dice, me lo dice.

—Si no tengo otro remedio...

—No, no lo tienes. Sólo me levanto de esta mesa si me dices porque me mandaste a preguntarle a mi marido. ¿Qué tiene él que ver con lo que te pasa a ti?

Noto que traga saliva.

—Nada... tu marido nada tiene que ver con lo que a mí me pasa —suelta el aire que estaba reteniendo—. Dije eso porque quería fastidiarte. Me dio envidia verte radiante a su lado, sentí celos de verte felizmente casada, dada mi funesta relación.

Quedo boquiabierta. ¿Envidia? ¿Celos? No me parece coherente.

—Me cuesta creerlo...

—Pues créelo, no soy la niña buena que todos piensan. También me equivoco...

—¿Y por envidia dijiste eso?

Algo no me cuadra, se parece a la teoría de Britany de porque se fue ese día de mi casa, con la cual estuve de acuerdo, pero de eso a creer que quiso fastidiarme porque me tuvo envidia, eso sí que me es muy difícil aceptarlo. Si eso es verdad, ¿Qué clase de persona es? Ella no era así o por lo menos, no la conocía así. ¿Quién es esta mujer y que hizo con mi amiga?

—Sí, por envidia. Quería fastidiarte, tanto me instigaste para que te contara algo y quise decir algo para molestarte al grado de que te sintieras igual de miserable que yo.

—¿Es real eso? —mi mandíbula casi cae al suelo sorprendida.

—Me sentí muy mal después...

—¿Y por qué no me hablaste para aclararlo? No tienes idea de los problemas que ocasionaste.

—No pensé que tuviera repercusiones —mira de nuevo hacia el baño, sus nervios la tienen a punto de un ataque—... ya te contesté, ahora vete.

Algo me dice que no me dijo la verdad, que se acaba de inventar este cuento chino. Tengo que seguir indagando, está muy nerviosa, un poco más de presión y romperé su barrera logrando confiese. Abro la boca para continuar con mi interrogatorio, pero me interrumpe el timbre de mi teléfono

celular, es el sonido especial que tengo para los mensajes de Fernando.

Estoy llegando a casa, ¿Dónde estás?

¡Ya llego a la casa! Miro la hora, si es que ya son las ocho de la noche, he perdido demasiado tiempo aquí. Creo que seguiré un poco más de tiempo con la duda, Ely ha sido *salvada por la campana*.

—Tengo que irme —le digo parándome de la mesa—, pero me conoces, sabes que no cejaré hasta averiguar toda la verdad.

No contesta nada. Se queda en silencio mirándome fijamente, dibuja una sonrisa melancólica en los labios y de nuevo clava la vista en su celular. Y así, sin más da por terminada la conversación. Yo me doy media vuelta; casi salgo corriendo, tengo poco tiempo para llegar a casa, pero alcanza para echar una última mirada, tal vez alcance a ver al tal Rafael cuando salga del baño, donde de seguro estuvo este tiempo y no regreso a la mesa porque Ely le aviso, es por eso que se perdía en su teléfono por segundos. Nada, estoy casi cinco minutos mirando fijamente hacia el pasillo, pero el señor no aparece. No puedo esperar más, el tiempo apremia, cruzo la puerta del restaurante y le mando un mensaje a Fernando para que no se desespere:

Voy en camino, se me hizo tarde. Prometo estar lista a tiempo. Besos

CAPÍTULO XXXI

—¡Ya estoy en casa, amor!

Grito cerrando la puerta tras de mí. No obtengo respuesta alguna. Voy directo a nuestra habitación, seguro está ahí alistándose. Nada. Completamente vacía. Tampoco está en el baño ni en la cocina. No lo encuentro por ningún rincón de la casa, la cual no es lo que digamos muy grande para que no escuche mis gritos llamándolo. Que extraño, dijo que estaba aquí. ¿Habrá salido de nuevo? Espero que no es que lo hayan llamado de la oficina, eso arruinaría por completo la cena.

Le mando un mensaje rápido para preguntarle donde está, dejo el celular en la mesita de noche junto a mi cama para disponerme a arreglarme. Ya son casi las ocho y media de la noche por lo que cuento con el tiempo justo. Me despojo rápidamente de la ropa que traigo puesta desperdigándola por doquier junto con las telarañas que el encuentro con Ely me ha dejado, hoy no es día para estar molesta ni inquieta, es nuestro primer mes de casados, no permitiré que nada ni nadie me lo arruine, la primera celebración es la más especial de todas, no puede pasar desapercibida. Entro a la ducha y dejo que el agua tibia termine por arrasarse con el mal humor, nada como un reconfortante baño para despejar la mente, cuando cierro la llave ya hasta tarareo mis canciones favoritas. Esto es lo que llamo baño reparador, estoy renovada, otra vez llena de ilusión por la cena de hoy.

Me enrolló en la toalla y salgo al cuarto dando pasitos de baile siguiendo el ritmo de la melodía que suena en mi cabeza. Encuentro a Fernando sentado al pie de la cama, en la mano tiene el ramo de rosas rojas más hermoso que haya visto antes, son puros botones perfectamente cerrados que en conjunto hacen un exquisito *bouquet*.

—¿A dónde te fuiste, cariño? —inquiero fingiendo no haberme fijado en el enorme arreglo, es más que obvio que eso salió a buscar.

Se acerca a mí despacio, con movimientos estudiados, como un felino acechando a su presa. En los labios trae dibujada la sonrisa más seductora que tiene, porque cuenta casi con un catálogo de ellas y he aprendido a reconocer casi todas.

—Llegue a casa y no te encontré —dice despacio mientras acaricia suavemente con la yema de los dedos mis hombros desnudos—, aproveché a recoger un encargo especial que hice temprano para ti.

Extiende las hermosas rosas hacia mí, las tomo emocionada, de verdad son preciosas, tan brillante y suave que pareciera que cada pétalo lo hubieran hecho de fina seda.

—¡Gracias, amor mío! Las pondré en agua antes de vestirme, tenemos poco tiempo.

De puntitas le doy un beso fugaz en los labios, Fernando aprovecha para dejar caer mi toalla al suelo.

—¿Qué tan poco tiempo? —exclama sugerente mientras su mano apaña mi cintura.

Miro sobre sus hombros para fijarme en el reloj que está en el buró, son las ocho y cuarenta de la noche, tenemos escasos treinta y cinco minutos para salir de casa si queremos ser puntuales con nuestra reservación. Yo aún debo vestirme y maquillarme... la mano de Fernando desciende hacia mis muslos nublando por completo el hilo de mis cálculos de tiempo. Su caricia se hace más intensa y ahora es acompañada de húmedos besos en mi cuello. Mi cuerpo responde enseguida a sus deliciosas artes de seducción.

—Poco tiempo, amor —digo con la respiración entrecortada.

—¿Y qué pasa si llegamos un poquito tarde?

El tono de su voz es tan sensual que me eriza la piel. Él sonrío al comprobar el efecto que tiene en mí, sabe que no puedo resistirme a sus sugerentes caricias.

—Absolutamente nada.

Exclamo un poco eufórica colgándome de su cuello, las flores caen al suelo junto a nosotros, Fernando me levanta en volandas tirándome a la cama, sabe que me tiene a punto para él y es algo que disfruta, lo sé, sabe que con unos cuantos roces consigue lo que quiere conmigo.

Fernando me observa detenidamente, paseando la mirada por mi cuerpo desnudo a la vez que se va desabrochando lentamente la camisa. Ahora luce su sonrisa triunfadora, esa que dibujan sus labios cuando consigue lo que se propone. La que pone cada que sus intentos de seducción logran hacerme caer en sus redes. Lo que ocurre siempre, lo confieso, soy una fácil con mi marido.

—Haré lo posible por no retrasarnos demasiado, cariño — anuncia decidido mientras se deshace de sus pantalones.

Me deleito con la vista, Fernando está esculpido a mano, me encantan sus músculos definidos, es todo un adonis y lo mejor es sólo para mis ojos. Con un par de movimientos se acomoda sobre mí, sus manos me recorren y su

boca se afana con la mía en besos apasionados que elevan mi temperatura. No se entretiene mucho en juegos previos, va directo a su objetivo.

—Ya tomaré mi tiempo en disfrutarte como mereces cuando regresemos...

Susurra en mi oído antes de perderse en mi interior hasta el fondo, comenzando con un ritmo cadenciosamente lento para acelerar repentinamente en un frenesí que nos hace llegar en pocos minutos. Un auténtico *rapidín*, el previo perfecto de lo que nos espera al regresar a casa después de cenar.

Llegamos al restaurante al veinte para las diez, nos retrasamos unos minutos y como Fernando es cliente consentido le han respetado la reservación. Estamos en la mesa de siempre, la que está en el balcón de la esquina, la vista es espectacular desde ahí, no siempre es fácil conseguirla. Aquí es donde Fernando me trajo en nuestra primera cita, obviamente con toda la intención de impresionarme, lo cual, para ser sincera, lo consiguió.

—Señor Don Juan, la mesa que usaba para atrapar jovencitas —bromeó mientras me acomodó en mi asiento.

—Funcionó con usted, bella damisela.

—Lo admito —sonríó juguetona—caí en tus brazos tan solo por esta mesa.

—Lo sabía, me quieres por mis influencias para conseguir buen lugar aquí. —trueno los labios fingiendo indignación.

—¿Puedes culparme? —encojo los hombros— ¡La vista es espectacular desde aquí! Sin duda tu mesa es la mejor.

Fernando ríe a carcajadas por mis ocurrencias, me da gusto verlo tan risueño, últimamente ha andado un poco serio por tantos problemas en la oficina.

—Me da gusto verte contento.

—Es nuestro primer mes, como no estarlo, cariño.

—Lo sé. Estoy más que feliz —le aprieto la mano que descansa sobre mi pierna.

—Yo más, soy un maldito suertudo, me casé con la mujer perfecta.

—¿A pesar de mi tonto sentido del humor?

—Algún defectillo debías tener

Guiña el ojo, a veces mis ocurrencias lo hacen reír, pero la mayoría de las veces lo irritan un poco, más cuando anda de humor nefasto por el trabajo y su cabeza no está para entender mis irónicas bromas. Tengo un sentido del humor un poco extraño, no cualquiera lo entiende. Creo que el único capaz de reírse siempre de él es Rodrigo, capta a la primera mis bizarros chascarrillos.

—No podía ser perfecta, ¿no?

Se ríe llevándose mi mano a los labios.

—Aun así te amo, cariño —dice algo condescendiente.

—Y yo a ti, pero sólo por tu mesa, ¿eh? No te emociones de más —sigo con mi bromita, no puedo evitarlo, mis tonterías salen tan espontáneas que ni dan tiempo a detenerlas, mi lengua tiene vida propia.

—¡Ay, Alicia! —exclama un poco serio girando la cabeza de un lado a otro —, no sabes cuándo parar ¿verdad, cariño? Fue chistoso al principio, ya no. Y no es mi mesa, es nuestra mesa.

El último comentario fue una forma de suavizar su nada sutil regaño, puedo reconocer cuando dice una frase dulce para disimular que ya le hartaron mis tonteras, es su manera de hacerme ver que me ama, pero que ya le pare porque está a un *trís* de perder la paciencia. Me encojo de hombros como niña regañada, la mayoría de las veces me siento así con él, es como si tuviera que dejar de ser yo, cuidar lo que voy a decir, es un poco cansado. Mejor abro el menú, concentrarme en ordenar ayudará a no seguir regándola, es nuestra noche y no quiero arruinarla.

—¿Qué se te antoja ordenar? —pregunto con la cabeza metida dentro de la carta, mi tono de voz ha cambiado y sé que lo ha notado.

—Ya te molestaste —rechista un poco —quiero tener una noche tranquila, pero te empeñas en arruinarla con tus tonterías.

—¿Y quién dice que estoy molesta? —argumento levantando la vista.

—Lo percibí en tu voz —en ese momento suena su móvil, se levanta y exclama con seriedad: tengo que contestar esta llamada, espero que al regresar ya estés más tranquila.

—No estoy molesta —chillo con irritación.

—Shhh... —coloca su dedo en sus labios para reafirmar su sonido de silencio— No quiero pelear. Pídeme lo de siempre, por favor. Regreso.

Da media vuelta y se aleja de la mesa dejándome con cara de que me acaba de arrollar un tren. ¿Qué diablos le paso? Estaba tan contento, ¿Por qué se puso tan irritado de repente? Soy difícil y mi sentido del humor a veces lo saca de quicio, pero no es para tanto, siempre es muy tolerable, ¿Por qué se

puso así? No tiene razón de ser, no me molesté en ningún momento, estaba un poco incomoda, es todo. A veces Fernando puede ser un poco complicado, tiene el carácter impredecible, muchas veces se enoja sin sentido y por una extraña razón que aún no logro comprender siempre termina haciéndome sentir culpable de su molestia.

Suelto el aire profundamente. Ojalá y regrese más tranquilo de su llamada, no tengo ganas de lidiar con una tonta discusión, menos hoy. Tomo de nuevo el *menú* para ver que ordenar, me decido por lasaña, soy amante de las pastas. Fernando me pidió le ordenara lo de siempre, lo cual no tengo la más mínima idea de qué sea, es la segunda vez que vengo en mi vida con él aquí, ¿acaso cree que soy adivina? No quiero que tenga otro motivo para molestarse, seguro el *maître* sabe que le gusta comer, lo conocen muy bien, es de los clientes consentidos. Me levanto de la mesa para buscarlo ya que no lo veo; seguro está abajo, en la entrada. Cuando desciendo las escaleras encuentro a Fernando junto a la ventana, manotea dramáticamente con el teléfono al oído, se nota que está discutiendo con alguien. No quiero que me vea, así que camino sigilosamente hasta la entrada donde normalmente está el *maître*, cuando paso cerca de él alcanzo a escuchar:

¿Por qué carajo no entiendes? Tú sabías perfectamente mi situación y la aceptaste, ¿Por qué me reclamas ahora? ¡Sabías que hoy tenía que venir!

Guarda silencio un momento, como escuchando lo que su interlocutor responde. Me escondo tras el pilar que esta junto a la ventana, justo detrás de la recepción del restaurante.

No digas eso, exageras. ¡Claro que me importas! ¿Acaso no me hice espacio hoy para verte? Hasta le pedí a mi secretaria que corriera la reservación, y lo hice sólo por ti, mi amor. ... ¿Cómo te atreves ahora a reclamarme?

¿Mi amor? ¿Dijo mi amor? Siento como el ojo empieza a temblarme. ¿Con quién hablará? De algo estoy segura, una conversación de negocios no lo es.

¡Bájale ya! —Vocifera—deja tus necesidades de lado, por favor. Lo sabías, Liz, lo sabías muy bien, no vengas ahora con reclamos, por favor. Sabes que te amo, pero odio tus berrinches de niña consentida, no puedo pasar todo el tiempo contigo, estoy casado y aceptaste lo nuestro a pesar de eso, no se vale que ahora montes escenas de celos sin sentido.

¿Liz? ¿Quién carajos es Liz? El pensamiento se me nubla de repente, ¿La ama? ¡Fernando me engaña! Es infiel, ¿Por qué? Llevamos casados un mes,

no puedo creerlo, necesito aire, salir corriendo de ahí lo antes posible sin que se dé cuenta. No quiero que sepa que escuché, necesito averiguar más antes de enfrentarlo, tener como dicen vulgarmente “*los pelos de la burra en la mano*” para que no pueda negarme que es parda. Aunque no sé qué más necesito saber; sus palabras no dejaron lugar a dudas: me engaña. A tan poco tiempo de casados y ya tiene una amante, ¿Cómo es eso posible? ¡Es atroz! ¡Estoy casada con un tipejo!

Sigilosamente regreso hacia la mesa, voy tan nerviosa mirando hacia atrás que al pie de la escalera chocó de frente con el dichoso *maître*.

—¿En qué puedo servirle, *madame*? —pregunta el estirado señor.

Habla tan fuerte que Fernando voltea hacia donde estamos. ¡Carajo!

—Quería saber qué ordena siempre mi marido —le digo tratando de ocultar mi ofuscación.

—El *ossobuco* es el favorito del señor Ceballos.

Asiento con la cabeza sonriendo a Fernando que ya se ha acercado a nosotros. Su rostro es un caleidoscopio de emociones, el señor control en este momento está desencajado. En parte por lo alterado que estaba en la llamada y por otro lado preocupado por si escuche algo de ella. Hago acopio de toda mi fuerza interior para sonreírle, necesito fingir que no oí nada.

—¿Todo bien, cariño? — pregunta con precaución, estudiando mi rostro.

—Sí, amor. Vine a preguntar qué ordenabas siempre. Y ya el señor Luca me informó.

—Hubieras esperado que regresara, amor.

—Quería adelantar la orden —me duele la mandíbula de mi falsa sonrisa —, regresemos. Muero de hambre.

—¿El *ossobuco* para los dos? —pregunta el *maître* cuando vamos subiendo la escalera.

—Sólo para el señor, para mí *lasaña*, por favor.

El resto de la velada la paso en silencio, contestando con monosílabos. Soy alguien demasiado transparente, cuando algo me está molestando se nota desde la luna, por más que trato de fingir me cuesta una barbaridad.

—Ya vas a decirme que carajos te pasa, Alicia —me suelte de repente Fernando cuando el mesero se aleja con la cuenta pagada.

—Nada... no me pasa nada.

—Y por “nada” has estado con cara de circunstancia toda la noche —enarca una ceja—, ya dime qué demonios te pasa, esto en vez de festejo ha parecido velorio.

Clavo mi aguda mirada en sus negros ojos. No puedo seguir reteniendo el coraje que va acabando con mis nervios. *Al toro por los cuernos*, pienso para mis adentros y le suelto sin anestesia:

—¿Quién es Liz?

CAPÍTULO XXXII

Me cruzo de brazos observándolo detenidamente. El señor ecuanimidad está bastante descolocado, los ojos se han abierto tanto que amenazan con salirse de sus orbitas. No se esperaba esa pregunta, lo último que le pasó por la mente fue que yo la hiciera, lo he tomado fuera de base.

A ver defiéndete... ¡Imposible! No tiene salida, he dejado sin argumentos al señor abogado. No hay defensa alguna ante lo que escuche, más claro ni el agua.

—Es de mala educación escuchar conversaciones ajenas, Alicia — protesta en tono hostil.

—Pero eso es lo de menos. Lo importante es que me digas quién es ella, porque motivo le hablabas de ese modo.

—Mi privacidad es importante —rechista—, no debiste espíarme cuando hablaba por teléfono.

¡Oh, no! No esta vez. Ni crea que va a voltear todo a su favor como es su costumbre. La cuestión no es saber si estuvo bien o mal, sino quién es ella.

—En primera, no te espíe, escuché por accidente —levanto mi dedo índice reafirmando cada palabra— y en segunda, de así haber sido, es irrelevante.

—No lo es, *quien escucha lo que no debe, escucha lo que no quiere.*

Lo tengo contra la pared, está dando patadas de ahogado, buscando salirse por la tangente.

—Déjate de sandeces, Fernando —chillo a punto de perder la paciencia—, ni creas que lograrás enredarme con argumentos absurdos. Quiero una respuesta y la quiero ahora. Deja ya de lado tus estupideces de que si estuvo mal que escuchara y que si la privacidad y las arañas. Ni se te ocurra decirme que estoy loca o no es lo que parece. Sé perfectamente lo que oí, no puedes enredarme con excusas absurdas. Dime la verdad, por una vez, carajo.

—¿Y cuándo no te la he dicho? ¡Nunca te he mentado, Alicia!

—Es algo que justo ahora pongo en tela de juicio.

—No seas absurda, no vas a tirar por la borda todo por una conversación sin sentido. Ni si quiera sabes de que va para que hagas un drama de semejantes proporciones. ¡Estás loca!

Se levanta de golpe de la mesa. Está iracundo. Paseándose de un lado a otro frente a la mesa. Totalmente desesperado. Lo he acorralado, parece toro

de lidia a punto de salir al ruedo.

—Explícame —me inclino hacia adelante apoyando la barbilla sobre mi mano— Soy toda oídos, cariño.

—No tengo nada que explicarte, ya me cansé que siempre dudes de mí —expresa compungido el mago de la manipulación—, piensa lo que te de tu chingada gana.

Vuelve a sentarse de golpe cruzando los brazos.

—Pues mi chingada gana cree que la engañas con la tal Liz —esta vez soy yo la que se levanta de la mesa—, y eso, querido, es algo que no puedo perdonarte.

Tomo mi bolso del respaldo de la mesa. Me voy de aquí, no pienso seguir discutiendo —si es que esto puede llamarse discusión, más bien parece una ridícula puesta en escena—. Lo miro con los ojos entrecerrados como instigándolo a que me responda. No mueve los labios, se queda en total silencio. Camino para alejarme de ahí, cuando paso a su lado gira la cabeza hacia a mí:

—Si te vas da por terminado lo nuestro —la amenaza en su voz es palpable—, no habrá vuelta atrás ni reconciliación posible.

Lo miro desafiante, una siniestra sonrisa se dibuja en mis labios. Ni siquiera le respondo, tan solo sigo caminando. No voy a caer en sus provocaciones ni sucumbir a sus amenazas. Si quiere terminar, pues terminamos. De todos modos yo nunca podré perdonarle su infidelidad. Porque así no lo haya confesado, sé que me ha engañado, lo que escuché no daba pie a malas interpretaciones, estaba más que claro. Tan explícito que ni el mismísimo rey de la manipulación fue capaz de encontrar una excusa creíble, por eso es que cambio la directriz del asunto, quiso distraerme del meollo con nimiedades como lo de su privacidad y que no debí espialo... *boludeces* dirían los argentinos, totalmente puras *boludeces*.

Cuando voy bajando las escaleras escucho sus gritos, me llama por mi nombre en repetidas ocasiones, pero los ignoro. Estoy decidida, no hay marcha atrás.

Te vas a arrepentir... es el último grito que alcanzo a oír cuando cruzo la puerta del restaurante. No me detengo, sigo caminando sin mirar atrás. El aire frío de la noche me pega de frente, ni siquiera escalofríos provoca. Camino en forma automática, no sé bien ni a donde voy, me detengo cuando siento me he alejado lo suficiente, llegué hasta el callejón del beso, creo que fui serpenteando calles para no dejar rastro alguno. Si Fernando me siguió lo más

seguro es que tomará la ruta directa a casa, así que no puedo ir para allá, no quiero verlo, sé que tengo que enfrentarlo tarde o temprano, pero no ahora. Ahora necesito despejar mi cabeza. ¿A dónde podré ir? A casa de mis padres ni soñarlo, harán demasiadas preguntas que no quiero contestar ahora. Es bastante tarde, casi la una de la madrugada, todos deben estar bien dormidos. Decido sentarme en una banca, froto los brazos para darme un poco de calor mientras pienso. Tengo tres opciones: Britany, Sally y Rodrigo. ¿A quién acudo? No quisiera molestar a ninguno, no obstante son mi única salvación.

Observo alrededor, veo personas felices divirtiéndose, parejas dándose el tradicional beso en el callejón, grupos de jóvenes bailando y cantando a lo lejos. Guanajuato es una ciudad despierta día y noche, exhala alegría por todos sus rincones y yo, sentada en esta banca, soy como un borrón gris en la festiva madrugada. Las lágrimas comienzan a correr a raudales, siento que algo se ha roto dentro de mí, puedo sentir el agudo dolor de los añicos de mi destrozado corazón chocando contra la despiadada realidad. Sucedió de nuevo, aposté todo y otra vez me toco perder. Como siempre, como todas las veces. *Fallaste corazón, no vuelvas a apostar...* tararea mi cerebro la famosa canción del sufrido José Alfredo. Y que razón tiene, es hora de retirarse del juego. El amor no se ha hecho para mí.

Pasan los minutos sin que yo sepa que hacer. La temperatura desciende unos grados más, debo moverme a algún lado lo antes posible. Decido que lo mejor es enviar un mensaje en el *chat* de todos, así responderá quien esté despierto y no me sentiré tan mal de interrumpir su sueño. Mando el *emoticono* del corazón roto y mi ubicación. No pasa ni un minuto cuando suena mi celular en tono de llamada. Es Rodrigo, mi siempre fiel amigo.

—Ali, ¿Qué paso? ¿Estás bien? ¿Dónde estás?

Sorbo varias veces por la nariz para poder contestar, el llanto me tiene toda constipada. De hecho, hubiera preferido que respondiera con mensaje para que no escuchara lo mal que estoy.

—¿Estás llorando? —pregunta al ver que no contesto — Fue Fernando, ¿verdad? ¿Qué te hizo?

—Ven por mí, por favor —es toda mi respuesta, no quiero explicar por teléfono.

—Enseguida. La ubicación que enviaste, ¿verdad?

—Sí.

Cuelgo sin esperar respuesta. No tengo ganas de hablar por teléfono. Quiero tirarme en una cama a sacar todo mi llanto como se merece.

Desahogar contra la almohada todo el dolor y la rabia que carcomen. No sé si exagero, si hago una tormenta en un vaso de agua. Lo único que sé es que estoy segura de que me fue infiel, no hay lugar a equivocaciones en eso. Lo que oí me lo dejó más que claro, no hay otra forma de interpretar esas palabras. Ni siquiera pudo darme una explicación, que más pruebas necesito, él tiene el talento para salir airoso de cualquier complicación, esta vez no pudo, que mejor prueba quiero, es tan culpable que ni pudo defenderse.

A través de mis llorosos ojos alcanzo a ver a Rodrigo a lo lejos, viene corriendo mirando hacia todos lados, buscándome. Me levanto de la banca y camino hacia él. Su rostro está desencajado por la preocupación.

—¡Por Dios, Ali! —me atrae hacia él envolviéndome en sus brazos—, estás hecha un desastre, *mounstra*. ¿Qué te hizo ese idiota?

Oculto mi cabeza en su pecho sollozando tan fuerte que no puedo ni hablar. Rodrigo acaricia mi cabeza con ternura, es su forma de decirme que está ahí para mí, que no necesito decir nada, que ahora estoy a salvo. Espera me tranquilice un poco. Me separa de él para observarme.

—Tranquila, *mounstra* —pasa sus pulgares por mis mejillas para limpiarme las lágrimas—, ya estoy aquí.

—Gracias, *mounstro* —susurro en un hilo de voz.

Rodrigo sonríe melancólico, cruza el brazo por mi hombro atrayéndome de nuevo hacia él.

—De nada, Ali —frota mi brazo con su mano al sentir que tiemblo un poco por el frío—, pero vámonos ya de aquí, estás helada. Ahorita en casa con una taza de té platicaremos mejor.

Asiento con la cabeza por toda respuesta. Caminamos unos pasos cuando escuchamos una desafiante voz a nuestra espalda.

—Que rápido encontraste consuelo, querida.

Es Fernando destilando veneno con cada palabra. Nos giramos hacia él.

—Ah, sí es el famoso *amiguito* —escupe al ver a Rodrigo—, yo preocupadísimo por ti, buscándote como loco por todos lados y tu feliz de la vida en brazos de éste cabrón.

Noto como Rodrigo se tensa. Puedo oler su molestia. Él nunca ha sido partidario de la violencia, pero juro que justo ahora quisiera partirle el alma a Fernando. Le pongo una mano sobre el brazo como señal de freno. No vale la pena.

—¿Feliz de la vida? ¿Ya la viste bien, idiota? —masculla entre dientes Rodrigo—, no ha parado de llorar en toda la noche por tu culpa y todavía

tienes la desfachatez de insinuar pendejadas. ¡Eres un idiota!

Fernando se acerca amenazante, la vena en su cuello delata su coraje.

—Y tú no desaprovechas la oportunidad, ¿verdad? Corriste a consolar a la pobre. Que acomedido.

Sus palabras resumen ironía por todos lados.

—Lárgate de una vez, Fernando —intervengo con la voz quebrada—ya me hiciste suficiente daño. Déjame en paz, por favor.

Rodrigo no me ha soltado ni un segundo. Tiene su mano sosteniendo mi brazo para demostrarme su apoyo. Sin embargo es prudente y no dice nada más, sabe que intervine para zanjar la situación, que no estoy para escenitas ni pleitos. Por consideración a mí, se reprime las ganas de gritarle a Fernando todo lo que merece.

—Me voy si tú vienes conmigo —estira la mano hacia mí.

—*Contigo ni a la esquina*. Terminamos, ¿recuerdas?

—Sólo peleamos, Alicia —le baja un poco la agresividad a su voz—, nada más. Vamos a casa ahí hablaremos, sabes que te amo, podemos solucionar esto.

Siento como Rodrigo da un paso al frente hasta quedar junto a mí cuando nota que Fernando se acerca más a nosotros.

—¡Eres tan cínico!... ¿Simple pelea? ¡Me fuiste infiel! —argumento iracunda—, no hay nada que hacer al respecto. No existe más un lo nuestro. Se acabó. Vete, por favor.

Fernando estira el brazo para jalarme, pero Rodrigo se lo impide. La situación se está volviendo demasiado tensa.

—No me iré sin ti. Vamos a casa a platicar. No puede quedar todo así...

—No hay nada que platicar, entiéndelo.

—Claro que sí —se lleva las manos a la cabeza en señal de desesperación—, déjame explicarte, entendiste mal, no es lo que piensas...

Giro la cabeza de un lado a otro. Es sorprendente su desfachatez.

—Entendí perfecto. No hay nada que explicar, lo que le dijiste a la “tal Liz” no fue para nada ambiguo. Fernando ignora mis palabras, se acerca aún más y en un segundo de distracción de Rodrigo logra tomarme por el brazo jalándome hacia él.

—Te vas conmigo. He dicho.

—Suéltala, cabrón —dice con cautela Rodrigo al ver que me tiene sujeta con tanta fuerza que puede lastimarme. *Mounstro* piensa antes que nada en mi seguridad.

—Ni se te ocurra acercarte, pendejo

La amenaza en la voz de Fernando me crispa los nervios. Esto se está saliendo de control. No puedo dejar que llegue más allá, por más pacífico que sea Rodrigo con tal de defenderme es capaz de liarse a golpes con Fernando. No quiero violencia, no quiero vivir de nuevo una escena como la que pase con Matías. ¡Por Dios! Que suertecita la mía, me persiguen los patanes o es que yo los elijo. Vaya *gustito* el mío, puro cabrón pendejo me enamora. Es tanta la tensión; puedo palparla con las manos. Sé perfectamente lo que tengo que hacer. Irme con Fernando, es la única manera de que esto se calme. Iré a hablar con él, escuchar sus mentiras para al fin dar por terminada esta historia.

—Iré contigo —digo al fin y Rodrigo me mira como si me hubiera salido otra cabeza.

—¡Estás loca! No voy a permitir...

—Estaré bien —lo interrumpo— déjame resolver esto. Te llamó más tarde.

—Ya escuchaste —sonríe triunfal Fernando—, se va con su esposo.

Rodrigo lo ignora olímpicamente, se acerca a mí y me susurra preocupado:

—¿Segura? ¡Está demente este cabrón!

—Segura, estaré bien, lo prometo.

Rodrigo me mira con desaprobación, sé que no está de acuerdo, pero debe aceptarlo. Esto es algo a resolver sola.

—Estaré pendiente del celular. No dudes en llamar.

—No hará falta, pendejo —escupe Fernando.

—Gracias, Rodri.

Me suelto del agarre de Fernando para caminar lo más alejada de él. Ni sueñe que vamos a reconciliarnos. Me voy con él solo para evitar un pleito y de paso poner punto final definitivo al matrimonio. Se acabó. No hay vuelta atrás. Si fue capaz de serme infiel en menos de un mes de casados, ¿Qué me espera en unos años?...

CAPÍTULO XXXIII

—Te estoy esperando, Fernando —miró el reloj en actitud bastante inquieta—, querías hablar, explicarme y no has dicho nada desde que llegamos, de eso ya veinte minutos...

Abre la boca en repetidas ocasiones, cerrándola de nuevo. No tiene nada que decirme, lo sé. Solo lo está haciendo más cansado. Se pasea en la habitación de un lado a otro sin dejar de manotear en silencio. De vez en cuando se detiene frente a mí, hace como que va a decir algo, no lo dice; lanza un par de maldiciones al aire continuando con el ir y venir del infierno que está acabando con los pocos nervios que me quedan.

—¡Carajo! —vocifero histérica— Para, ya me estas mareando. ¿Vas a decir algo o piensas pasarte la noche de un lado a otro? ¿Dónde está la famosa explicación anunciada de camino acá? Hasta dijiste me iba a arrepentir del show que monte.

Lo miro desafiante. Me he levantado del asiento cruzándome de brazos mientras taconeo inquieta en el suelo. Agotó por completo mis reservas de paciencia, habla ahora o me voy. Mejor dicho, se va. Ésta es mi casa.

—No sé cómo explicártelo —dice al fin—, no hay manera de que me creas. Vas a pensar que es mentira. Sé que ya no confías en mí.

—En efecto, ya no confío en ti —enarco una ceja reafirmando mis palabras—, habla de una buena vez que se supone era lo que querías hacer, según tú para arreglar las cosas.

—No tiene caso —masculla entre dientes—, de que sirve que gaste saliva si no vas a creerme. Da lo mismo lo que diga, tú de todos modos ya has dado por terminada esta relación. No mereces explicación. Es mejor dejarlo así.

Darme cuenta de su intención me provoca arcadas. Es tan manipulador. Está tratando de provocarme, quiere controlarme a través de mi curiosidad, sabe perfectamente que odio quedarme con la duda de algo. Es perverso, de verdad lo es. ¿Con quién demonios me casé? En este momento me doy cuenta que hasta ahora, en el poco tiempo que llevamos juntos, he sido presa de su poder de convencimiento, de sus actos de manipulación y su increíble capacidad para voltear todo a su favor. Ésta vez no. A excepción del caso chica del hotel en Las Vegas, la escena de celos por Rodrigo y la cuestión de lo de Ely, todo los demás han sido bagatelas sin importancia, pequeñas discrepancias de recién casados en las que, de una u otra manera, él siempre

terminaba siendo el ofendido, en más de una ocasión giro de tal forma las cosas a su favor que, sin darme cuenta como, acababa pidiendo disculpas por lo que él hacía. Hoy se le acabo su pendeja, parece nada sus palabras, no obstante basta para quitarme la venda.

—Sé lo que tratas de hacer, Fernando —mis labios se tuercen en una sonrisa de autosuficiencia—, así que será mejor cambies de estrategia. Tus manipulaciones no funcionan ya conmigo, mejor trata con ser sincero para variar.

En todo este tiempo no le había visto un semblante más desencajado. Es el rostro de quien sabe que ha perdido por completo el control sobre alguien y busca desesperado la manera de recuperarlo.

—Creo que no tiene caso desgastarme si tú no vas a creerme. ¿O serías capaz de confiar en mi palabra?

—Inténtalo —lo instigo para saciar mi curiosidad, quiero saber hasta dónde es capaz de llegar con tal de quedar bien parado—, solo así podrás saber si te creo o no.

—Mi veracidad estará supeditada a tu juicio —trueno la boca con desdén—, ¿Qué me asegura será imparcial?

—Solamente puedo decirte que sabré si me mientes. Dame tu versión y déjame a mi decidir si te creo o no.

—Estoy en tus manos, ¿entonces?

—Tú no, nuestra relación.

—Lo dicho es mejor terminar, no vale el esfuerzo de tratar de convencerte —camina decidido hacia la puerta—, creo es mejor que me vaya.

—No pienso detenerte.

—¿Estás segura? Si me voy no habrá marcha atrás, el lunes gestionaré el divorcio.

—Completamente... —guardo silencio un segundo—, aunque no, mejor espera.

Fernando sonrío un poco triunfal. Seguro piensa ya me arrepentí. Que equivocado está.

—¿Ya no quieres que me vaya?

—Claro que sí —afirmo asintiendo con la cabeza—, es sólo que si te vas a ir para no volver sería bueno te lleves tus cosas contigo.

Lo dejo con un palmo de narices en medio de la sala, camino hacia mi cuarto para llenar las maletas. Si se va, que se vaya bien, con todo y *chivas*. Saco toda su ropa del *closet*, así con todo y gancho. También vació los

cajones. Todavía no se traía todo, porque el hombre es todo un divo, tiene más ropa que yo, pero como según nos cambiaríamos a la casa que su señor padre nos regaló, decidió traerse únicamente unas cosas, ya se llevaría todo a la nueva casa.

Fernando observa atónito cada uno de mis movimientos desde el quicio de la puerta. No se lo esperaba. Creyó que funcionarían conmigo sus trucos de abogado barato.

—Alicia, ¿Qué haces?

—¿No ves? Empacando tus cosas. Conuerdo contigo; lo mejor es que te vayas, pero con todo y *chivas*, querido.

—Entonces, ¿es en serio? —se le quiebra la voz— ¿de verdad quieres separarte de mí?

—Tú también lo quieres. No dijiste que era mejor irte.

—Sólo por un rato, mientras se enfriaban las cosas, pero yo... tú... te amo, no quiero divorciarme de ti —gimotea desesperado.

—Lo siento, no puedo ayudarte con eso, porque yo sí quiero terminar éste matrimonio. Me engañaste, no puedo perdonarte.

—No te engañé, te lo juro, mi vida —vocifera entre lágrimas—, escuchaste mal, todo lo malinterpretaste. Era algo de trabajo. No hay otra mujer en mi vida ni la habrá nunca, te lo prometo.

—¿De trabajo? ¡Absurdo! Sabes perfectamente que esa no era una llamada de trabajo, ni las palabras ni el tono era de negocio. No me vengas a mí con esas pendejadas.

—Liz es una socia. La llamada era de trabajo, en serio.

—No sabía que a las socias les decías “mi amor” y “te amo”... que cariñoso me resultaste, lo bueno no fue “socio” o tu hombría habría quedado muy mal parada.

—¿Escuchaste eso? —pregunta sorprendido.

—Así es, querido. Escuché eso —levantó las cejas burlándose de su asombro—, como puedes ver no hay nada que puedas decir que me haga cambiar la idea de que me engañas.

—No es lo que piensas...

—¿Y qué es entonces? — interrumpo ya cansada de la conversación que no va a ningún lado que no sea un juicio de divorcio— ¡Por favor, Fernando! Para ya de todo esto, será mejor que te vayas.

Se tira al suelo de rodillas frente a mí. Deshecho en llanto. ¡Que dramático! Parece un niño haciendo berrinche, y no porque me ame, no. Está

en este plan porque no consigue lo que quiere. Fernando no sabe perder.

—Te amo, Alicia—solloza—, perdóname, por favor. Juro que no lo vuelvo hacer. Si, te engañé, pero fue un error, no me dejes, te lo suplico.

¡Y el Oscar es para...! Qué actuación se está aventando. No, pero bueno, el hombre deja en la calle a *Tom Hanks*. Me quito el sombrero, bárbaro. Por lo menos ya admitió que me fue infiel, lo acorralé al grado que no pudo ser de otra manera.

—Me vas a hacer llorar —no puedo contener la burla.

—No te burles, Alicia, es en serio. Perdóname, seamos felices.

En esta noche he visto todos los *Fernandos* que viven dentro de él, tiene problemas de personalidad múltiple, de *catrín* estirado paso a abogado digno. De ahí se lanzó a patán de la calle y ahora es toda una *Magdalena*. Se le desataron todos sus demonios ésta noche, creo que hoy aprendí a conocerlo más de lo que pude hacerlo en todo el tiempo que llevamos juntos. Y no me gusta para nada.

—Mejor vete, Fernando —digo mientras cierro las maletas y las coloco junto a él—, no hay arreglo posible entre nosotros. Vete ya, por favor.

Se levanta como un resorte. Toma las maletas y da media vuelta en total silencio. Voy detrás de él, quiero cerciorarme que de verdad salga por esa puerta de una vez y para siempre.

—¿Y qué voy hacer sin ti?

Apela por última vez a mi noble corazón, lo que no sabe es que ya no tengo, él se encargó de hacerlo pedazos con su engaño. Así que sin corazón no puedo conmoverme. Lástima, mejor suerte para la otra, cariño.

—Francamente, querido eso es algo que me importa un bledo. —le contesto con la famosa frase de Lo que el viento se llevó.

—¿Ya no me amas?

—Ni tu a mí —sonrió con la puerta en la mano, al fin ha salido de casa —, estamos a mano.

—¿Tan fácilmente terminas un matrimonio?

—¿Alguna vez una boda en Las vegas ha durado más de un par de semanas? ¡Rompiamos record! Duramos un mes...

Cerrando la puerta me desmorono. Detrás de ella se van todas mis ilusiones, se escapa el sueño; ese amor que me tenía flotando en una nube. Por más dura que me porte con él, lo amo, o eso creo, ya no sé. Algo debo sentir por ese infeliz que un dolor sordo y agudo atenaza por dentro. Me dejo caer al suelo hecha un ovillo, llorando desesperada. A lo lejos escuchó sonar

mi celular, seguro es Rodrigo, desde que llegué a casa los pitidos de mensaje no dejaban de sonar, más los ignoré por completo. Finiquitar todo con Fernando requería toda mi atención. A como puedo me levanto para llegar hasta al *aparatejo* que no para de sonar, mi *mounstro* debe estar muy preocupado, no puedo dejarlo así. En el último timbrazo alcanzó a contestar.

—Bueno —logró decir en un hilo de voz.

—¡Al fin, *mounstra*! —grita Rodrigo del otro lado del auricular—, me tenías en vilo, ¿estás bien? ¿Te hizo algo? ¡Carajo, moría de preocupación!

Rodrigo se escucha desesperado, no es para menos después de la escena nefasta del callejón.

—Ya se fue. Estoy bien.

No puedo seguir hablando, el llanto no me deja. Los sollozos me ahogan la voz.

—No te muevas —me ordena Rodrigo—, en unos minutos estoy contigo.

—Ahora no, por favor —suplico, pero ya ha colgado el teléfono.

No tengo ganas de ver a nadie, no ahora. Tan sólo quiero tirarme en la cama a lamerme las heridas. No tengo ganas de hablar ni explicar absolutamente nada. Le envió un mensaje rápido pidiéndole que no venga, responde que ni lo sueñe, que no me va a dejar sola en este trance; nunca lo ha hecho y no piensa hacerlo ahora. No le contesto nada, sé que no hay poder humano que lo haga desistir, Rodrigo es así, mi incondicional.

Camino como automática a la cocina para poner la cafetera. Un poco de café servirá para reanimar a mí quebrantado espíritu. Coloco el agua en la parte trasera de la cafetera, acomodo el filtro y cuento las cucharadas de café para ocho tazas, a los pocos segundos el típico ruido se escucha y sobre la jarra de cristal empieza a caer el oscuro líquido llenando la cocina de su particular aroma. Estoy como hipnotizada mirando la cafetera, esperando a que termine de pasar el agua caliente por el filtro, ansiosa por servirme una taza como si un sorbo de ese café fuera el elixir mismo de los Dioses capaz de componer todo lo malo que hay dentro de mí en este momento. Cuando está listo me sirvo, tomo con las dos manos la taza para calentarlas, antes de probarlo aspiró de cerca su dulce aroma... ¡Reconfortante!

Unos fuertes azotes en la puerta de entrada me sacan de golpe del estupor en el que estoy sumida.

—¡Alicia! ¡Alicia! —escucho gritan desde afuera.

Es Rodrigo. Tan ensimismada estaba que no escuche el timbre. Dejo la taza sobre la encimera y corro a abrirle, quien sabe cuánto tiempo lleva ahí

afuera el pobre.

—¿Por qué no abrías? —inquieta angustiado—, hoy te has dedicado a destrozarme mis nervios mujer.

—Lo siento, me quedé en el limbo un momento.

—¿Un momento? ¡Tengo más de diez minutos tocando! —me jala hacia él para abrazarme al ver el estado deplorable en el que estoy—, me preocupe por ti, *mounstra*, muchísimo.

—Lo sé. Discúlpame...

—No tienes por qué disculparte —me aprieta fuerte acariciando mi cabello con su mano—, es normal que estés así.

—Tenías razón en todo, *mounstro* —le digo con la voz entrecortada—, como siempre. Tú me advertiste que me rompería el corazón...

—Y también te dije que aquí estaría para pegar cada uno de los pedacitos —me dice con dulzura separándose de él para mirarme—, ya no te atormentes, Ali. Es agua pasada. Mejor invítame un poco de ese café que hasta acá huele y sentémonos a platicar, necesitas contarme.

—¿Podemos sólo tomar el café? No tengo muchas ganas de platicar en este momento —le hago una mueca compungida—, para ser honesta tan solo tengo ganas de tumbarme a llorar hasta secarme por completo.

—Si eso quieres, eso haremos —me guiña un ojo—, tomemos ese café y luego me tumbo contigo a llorar, no tengo ganas, pero ya se me ocurrirá algo que me escurra el moco, ¿tienes cebollas para picar?

Sólo Rodrigo es capaz de hacerme reír sin querer hacerlo. Él y sus ocurrencias hacen que me tire una sonora carcajada reconfortándome increíblemente. ¿Qué haría yo sin este *mounstro* en mi vida? Sólo él puede recomponerme, lo ha hecho antes, no una, sino muchas veces cuando me han roto el corazón en otras ocasiones. Se ha vuelto mi costumbre sufrir por amor y la de él rescatarme del naufragio.

Después de reírnos un rato por su incoherente tontera nos sentamos en la mesa de la cocina a tomar el café. Estamos en total silencio tal cual se lo he pedido. De cuando en cuando aspiro profundamente tratando de que el aroma intenso del café arrastre un poco de esta cruel melancolía que traigo. Terminando nuestras tazas nos vamos al cuarto, me tiro en la cama haciéndome chiquita, abrazando con fuerza las piernas pegadas a mi pecho en posición fetal. Dejo salir de a poco las lágrimas hasta convertirlas en un incontenible llanto. Rodrigo se recuesta junto a mí, dándome el espacio que necesito, tan solo acariciándome el hombro cuando los espasmos de mi

drama hacen que tiemble.

Abro los ojos lentamente, la habitación está en penumbras. No sé en qué momento me he quedado dormida. Giro hacia mi izquierda, Rodrigo no está. ¿Se habrá ido? Lo dudo mucho, bajo ninguna circunstancia se iría en éste momento. Me levanto de la cama, necesito con urgencia ir al baño, un poco de agua en la cara me despejará. Cuando salgo encuentro a Rodrigo en la puerta del cuarto.

—¿Dónde andabas?

—Recibiendo la pizza —sonríe amable—debes de tener un hambre atroz. Y yo también.

Mi estómago responde con un rugido, ¿hambre? Estoy famélica. No como desde el restaurante, donde, para ser sincera, picoteé nada más mi platillo, estaba tan ofuscada que no podía comer.

—Piensas en todo, *mounstro*. ¿Champiñones?

—Por supuesto, nena —hace cara de soy el mejor.

—No podía esperar menos de ti.

—Y ya le hablé a las chicas, también — guiña un ojo—, así contarás la historia una vez. Vienen en camino.

No hay otro como Rodrigo, es el mejor. Lo dicho, piensa en todo. Soy la mujer más afortunada sobre la faz de la tierra en tenerlo como amigo. Después de mi padre, *mounstro* es el único hombre que no me ha fallado nunca. Lo adoro.

CAPÍTULO XXXIV

—Deja ver si entendí —levanta el dedo índice Britany—, escuchaste a Fernando hablando por teléfono con una tal Liz a quien le decía “mi amor”, “te amo”, ¿es correcto?

Asiento con la cabeza repetidamente para reafirmar su tétrico resumen de lo que sucedió.

—Tal cual lo acabas de decir... y además como que ella le reclamaba porque él le recordaba que sabía la situación en la que estaba, que era casado y cosas por el estilo.

—Y dices que te dijo que era una socia de negocios —pregunta Rodrigo sin poder contener la risa por lo absurdo que suena eso.

—Ni más ni menos. Esa fue su estúpida defensa, por supuesto cuando le dije que si a todos sus socios les hablaba con tanto cariño se quedó de a seis —me río al recordar su cara de idiota descubierto—, se le desencajo por completo el rostro, no supo que más decir.

—Sí, no le dejaste salida —afirma Britany—, ahora sí que ni cómo ayudarle, lo agarraste como quien dice “con las manos en la masa”.

—No cabe duda que los hombres son unos reverendos pendejos —declara solemne Sally—, ni para dar buenas excusas sirven...

—No generalicen, no todos los hombres somos así —reclama Rodrigo la agresión a su género.

—Es que tú no eres hombre, Rodri —le aclaro con dulzura.

—*A las pruebas me remito*, mujer. Soy hombre y de los buenos...

—No me refería a eso —aclaro aguantándome la risa por su burrada—, sino que tú eres amigo, no sé si me explico.

—Mira, Cantinflas, no trates de componerla ni me agredas a mi Rodrigo de esa manera —interviene Britany en su defensa, es el favorito de las tres sin lugar a dudas.

—A lo que Ali se refiere es que tú no eres un patán, amiguito. —la compone Sally por mí.

—Exactamente eso quería decir.

—Pues explícate mejor porque quien te oyera me lanza al otro bando.

—Aquí la única del otro bando es Sally —comenta burlona Britany.

—Y a mucha honra. Creo que si fuera heterosexual me hago monja con tal de no lidiar con especímenes tan idiotas como tu futuro exmarido, Ali.

—¿Qué piensas hacer ahora, Ali?

—Qué más puede hacer —responde por mi Rodrigo— ¡Divorciarse!

—Mejor no pudo decirlo, Rodri. El lunes gestiono el divorcio — llevo las manos a la cara un poco desesperada—, sólo a mí me pasa todo esto. La mala suerte me persigue en el amor. No doy una.

—No creo mala suerte, más bien que has tenido un pésimo gusto.

—¡De lo peor! —gritan al unísono Rodri y Sally reafirmando el asunto.

—Si tan sólo alguna vez me hubieras hecho caso... —declara cansino Rodrigo.

—Ya sé, otro gallo me cantará.

Lo interrumpo un tanto irritada. Sé que tiene razón, él siempre me ha advertido, tiene ojo clínico para eso de detectar patanes rompecorazones y ni con tantos años comprobando su capacidad he aprendido a hacerle caso. Siempre *lo tiro a loco* para al final tener que decirle entre llantos el nefasto “tenías razón”. Y él, tan lindo, se aguanta recordar que me lo advirtió y se concreta en consolarme.

—Lo importante es que esta vez te diste cuenta a tiempo —me consuela Sally.

—Así como que muy a tiempo que digamos, no mucho, eh... — argumenta Britany—, te recuerdo que es toda una flamante señora casada.

No puedo evitar ser presa de un ataque de hilaridad descontrolado. Carcajadas para no tirarme al drama, sólo a mí me pasan éstas cosas, solamente a mí. En menos de dos meses rompí un compromiso, conocí a alguien, me casé en Las vegas y, próximamente, divorciaré. Nadie puede tacharme de aburrida. Si alguien desea emoción garantizada sólo necesita conocerme, seguro cada semana los mantendré al filo de la silla con alguna bizarra escena de mi ridícula e intensa vida.

—No la molesten, ella tiene estilo —me defiende Rodrigo entre risas.

—No pueden negar que les entretengo bastante con mis aventuras amorosas —ya mejor me río.

—Ni como negártelo, nena —dice ceremoniosamente Britany.

—Soy un chiste —declaro en medio de un ataque de risa que rápidamente se convierte en un mar de lágrimas—, un jodido y maldito chiste.

Me tapo la cara con las manos dramáticamente mientras mi cuerpo tiembla de cuando en cuando por los fuertes sollozos. No cabe duda que soy de lento aprendizaje, me han roto el corazón tantas veces y yo todavía no

entiendo que el amor no existe, es tan sólo un producto de la mercadotecnia para vendernos una sarta de bagatelas inútiles los días de san Valentín y aniversarios. Somos víctimas del capitalismo romántico.

—Tranquila, Ali —me acaricia tiernamente la cabeza Rodrigo—, no eres un chiste, tan solo has tenido mal gusto.

—A ti eso de sólo malos ratos no aplica, lo tuyo es pésimo gusto.

Bromea Sally para tratar de levantarme el ánimo, lo cual no me hace la gracia del mundo, pero agradezco su intento para sacarme del llanto. Levanto la cabeza suspirando profundamente para tratar de controlar los sollozos.

—Ahora sí va en serio, chicos —declaro de pronto rompiendo el hilo de la conversación.

—¿Qué? —corean los tres mirándome algo extrañados por mi digresión.

—*No me vuelvo a enamorar* —estallan las carcajadas, es algo que he declarado antes—, y esta vez es en serio. Lo juro.

—El ciclo se cumple, ya vamos en la etapa “odio a todos los hombres” —se burla Sally girando la cabeza de un lado a otro.

—*Mounstra*, ¿sabes cuántas veces he escuchado esa declaración? —inquire Rodrigo —No una ni dos... ¡Miles!

—Esta vez es diferente. Lo digo realmente en serio: ¡No me vuelvo a enamorar! ¡Nunca!

—¿Qué lo hace diferente a otras ocasiones? —curioseas Britany.

—Antes no me había casado. Ésta vez llevé mis pendejas ilusiones demasiado lejos —trago saliva—, antes la mayor consecuencia era terminar, con Matías cancelar una boda, no obstante esta vez hay un divorcio de por medio.

—No es para tanto, nena —me consuela Sally.

—Lo es. Y no es que piense que el amor no existe —lo cual la de verdad sí creo—, es sólo que no soy una persona apta para el amor. Así de simple. Me falta capacidad de discernimiento cuando cupido lanza la flecha, literalmente mis neuronas ceden el control a mis estúpidas hormonas. No, no soy alguien cuerdo ni fiable cuando me enamoro.

—No exageres, Alicia —el tono serio de Rodrigo me sorprende, nunca me llama por mi nombre completo— No digas sandeces. Lo único que necesitas hacer es ser más selectiva, menos crédula y tener mejor gusto. Es todo.

—Como siempre mi estimado, Rodrigo, tiene usted la boca llena de razón —exclama en papel de psicóloga Britany.

—Lo mismo digo yo —Sally no podía quedarse callada—, solo necesitas refinar tu gusto, chula.

—Mejor no me arriesgo otra vez —mi solemnidad es sorprendente—, más vale sola que caer de nuevo con un patán. He dicho que no y es no, no me vuelvo a enamorar. No me contradigan.

—Que necia, mujer. No todos los hombres van a lastimarte, ni todos son unos patanes —Rodrigo se ve un poco ofuscado—, porque tienes que ser tan drástica. Necesitas encontrar a alguien que de verdad te quiera, un hombre que sea capaz de todo por ti, hasta salir en la madrugada a rescatarte así no necesitas ser salvada.

Britany y Sally intercambian extrañas miradas ante la vehemente declaración de Rodrigo. A mí también me hace ruido, me hace pensar en algo que no quiero ni por asomo imaginar porque es una locura tan desquiciante... ni si quiera me atrevo a pensarla. Obligo a mi cerebro a deshacerse de esa insensatez.

—Ali, no está mal enamorarse, sólo debes elegir mejor de quien — Britany rompe el silencio un tanto incomodo que se había formado.

—Sé que ahora estas dolida porque te ha ido mal —continua Sally—, pero esas cicatrices que tienes son recordatorios de que te has atrevido y más vale estar llena de ellas por vivir que tener la piel intacta por cobarde.

Eso sí que ha sido profundo. Hermosas palabras, pero justo ahora caen en saco roto, estoy tan dolida que nada logrará convencerme de lo contrario. El amor apesta y mucho.

—Estamos hablando con la pared —declara Britany—, dejemos que el tiempo haga su efecto, ahorita está en modo terca con oídos sordos.

—Tienes razón —la secunda Sally.

—Y hablando de necias —interviene Rodrigo que se había mantenido callado desde su vehemente declaración anterior—, ¿Qué saben de Ely? ¿La han visto?

Sally y Britany niegan con la cabeza mientras yo me quedo pasmada, tan ofuscada estaba con todo lo de anoche que había olvidado por completo el episodio de ayer con ella cuando estuve a punto de verle la cara al tal por cual de Rafael, el *tipito* casado con el que anda. ¡Que ironías de la vida! Acabo de terminar con Fernando porque me fue infiel y una de las que he considerado mi mejor amiga —*hasta hace poco lo era, en este justo momento ya no lo tengo tan claro y no por su relación sino porque se ha convertido en una persona que ya no conozco*—, anda con un hombre casado, Ely no tiene idea

del daño que le provocará a la esposa saberlo, porque no hay nada oculto bajo el sol, tarde que temprano todo se sabe y la pobre cornuda se va a enterar del engaño de su marido.

Que cruel pueden ser los hombres, jugar con los sentimientos de dos mujeres que lo quieren, ninguno vale tanto para tener a dos en su vida a como ninguna mujer vale tan poco para compartir el cariño de un hombre. Cuando aprenderemos a no ser tan ilusas ni pendejas, pero principalmente a querernos *tantito* para no permitir que nos usen así. Realmente Ely me da mucha pena, está inmersa en una relación donde es la peor parada.

—La vi ayer —declaro aun con la mirada perdida dentro de mis pensamientos—, creo que andaba con el tal Rafael, pero no alcance a verlo.

—¿Dónde? —preguntan al unísono el trío de chismosos estos.

Les cuento a grandes rasgos el bizarro encuentro de ayer con Ely, no omito detalle desde que la vi a lo lejos caminando por la calle. También les explico lo extraño que se comportó, agregando el detallito del celular y del tipo que nunca salió del baño. Los tres concuerdan conmigo de que ella le aviso para que se quedará allá.

—Más que obvio; no quería que lo vieras, me intriga que evite a toda costa que lo conozcamos —puntualiza Britany.

—A mí también —afirmo—, y por mí me hubiera estacionado ahí hasta que el tipo saliera ni modo que se fosilizará en el baño, ¿verdad?

—¡Tonta! Lo hubieras hecho. El bien de la curiosidad de todos estaba en tus manos —como siempre Sally con sus chistosos comentarios.

—No pude, en ese justo momento Fernando me mandó mensaje avisando que ya estaba en casa— encojo los hombros— y todo para que llegará y no estuviera. Bien pude quedarme un par de minutos más ejerciendo presión.

—¿Cómo? —enarca una ceja Rodrigo— ¿Te mando el mensaje justo cuando estabas ahí y llegaste a casa y no estaba?

—Sí, ¿Por qué? —me llama la atención que le dé importancia a eso.

—No, por nada —hace gesto de vaguedad— solo me dio curiosidad, eso es todo.

—Ay, Rodrigo, tú no abres la boca en balde, así que explícate porque tu observación lleva jiribilla —casi le ordena Britany.

—Nada, mujer... se me hizo demasiada coincidencia, no será que...

—Ya sé por dónde vas —deduce horrorizada Sally—, y es mejor que ni lo digas.

Rodrigo y Sally intercambian miradas. De algo se han percatado que yo

no y al parecer, por la sonrisa de autosuficiencia de Britany, ella también ya se dio color. ¿De qué irán estos tres? ¡No entiendo!

—Ni sueñen que van a dejarme así —los amenazo con mi dedo índice—, díganme qué madre pensaron que se miran así.

—Una estupidez sin sentido —comenta Rodri restándole importancia.

—Exacto. —agrega Sally.

—Y yo nací ayer.

Britany suelta el aire, sabe que no puede seguir ocultándomelo, así que escupe de golpe la siniestra idea:

—Se nos hizo mucha coincidencia que justo cuando el tal “Rafael” estaba en el baño y Ely le mandó mensaje, a ti te llegara un mensaje de Fernando avisándote que estaba en casa cuando no lo estaba, ¿me explico?

¡Oh! Ya sé por dónde va todo. Si es demasiada coincidencia, pero no, eso no quiero ni siquiera pensarlo. Ely no sería capaz, de Fernando a estas alturas puedo esperar lo que sea, pero ella no sería capaz de algo así, Ely no me traicionaría.

—Entiendo perfecto, pero es algo imposible. Además escuche Liz no Ely, ¿recuerdan?

—Buen punto.

Exclaman Britany y Sally al unísono asintiendo con la cabeza. Las dos se han dado cuenta que su suposición es una locura.

—Estás de acuerdo con eso, ¿verdad, Rodrigo? —le inquiero al *mounstro* después de ver que se queda mudo con la mirada perdida.

—Ah, sí. —dice sin mucho convencimiento. Ese piensa mal hasta el último segundo. —, sólo una pregunta, ¿Cuál es el nombre completo de Ely?

—Elizabeth

Contestamos al mismo tiempo las tres quedándonos pasmadas al instante, otro diminutivo posible de su nombre es Liz, pero no, es imposible. Ella no sería capaz, es mi amiga, o lo era. No, no y no. Me niego por completo a aceptarlo. Que te traicione un hombre duele, pero que la puñalada venga de quien consideras casi una hermana es devastador. No, Rodrigo está loco, Ely no podría ser capaz de algo así.

—Ni lo pienses, *mounstro* —declaró enfática—, lo que insinúas es imposible.

CAPÍTULO XXXV

La nefasta insinuación de Rodrigo sobre lo de Ely no ha dejado de perseguirme en estas dos semanas. Mi cabeza ha estado dándole vueltas una y otra vez. No está del todo descabellada, si lo analizo con lupa son muchas las coincidencias y hace que la probabilidad de su teoría sea muy alta. La parte racional de mi cerebro lo sabe, aunque mi corazón se niegue aceptarlo, la sola idea de que eso sea real me destroza por dentro. No por Fernando, por supuesto, sino por ella. Semejante traición de su parte *me partiría toditita la madre*. He tenido roto el corazón en formas inimaginables, más nunca por una amiga, creo, sin temor a equivocarme, que ese es el puñal que duele mucho más.

Decido declarar insano mental a mi querido *mounstro*, él y su hipótesis pueden irse directo al manicomio. Por más que las estadísticas, probabilidades y demás ciencias exactas indiquen que son demasiadas casualidades para ignorar, decido es mejor hacer como si nada de eso existiera, olvidar por completo todo ese asunto. Total, Fernando ya es historia pasada, hoy en la mañana firmamos el divorcio, con los contactos que tiene en los juzgados el trámite ha sido expedito. No necesitamos esperar tiempos reglamentarios ni nada por el estilo, don Abogado habló con un juez amigo suyo, entregamos el convenio del divorcio voluntario y en menos de quince días salió la sentencia... ¡Benditas influencias! Lo que me hace agradecer que sí quisiera divorciarse porque si no, con tremendos conectes hubiera sido casi imposible hacerlo o un proceso más que insufrible.

Los chicos han organizado una “despedida de casada”, dicen que si uno hace fiesta para decirle adiós a la soltería mucho mejor hacer otra y festejar la feliz salida de un matrimonio infeliz. Así que hoy toca echarnos unos tragos coquetos en honor a mi recuperada soltería. Pero antes, debo comer con mamá, el domingo pasado estuve en casa de mis padres, fui a darles la noticia, la cual, por cierto, ya esperaban y me atrevo a decir hasta la deseaban. No me dijeron nada, o más bien ni tiempo hubo antes, pero desde que lo conocieron les dio muy mala espina. Cuando les conté de su infidelidad mi madre dijo que ya se lo imaginaba, que tenía pinta de Don Juan por donde lo vieras. Mi padre fue un poco más profundo, sus palabras textuales fueron:

¿Hijita que podías esperar de una boda tan intempestiva? ¡Era crónica

de un divorcio anunciado! Si no te dije nada antes fue porque lo que más deseaba era equivocarme, que de verdad fueras feliz, pero desde que conocí a tu marido supe que no podría ser así, le olí lo mujeriego desde un principio.

No cabe duda, *más sabe el diablo por viejo que por Diablo*, pero ahí va uno de joven creyéndose las saber de todas, todas y acaba rompiéndose todo el hocico por imprudente. Pero mis padres lo tomaron con filosofía, no me recriminaron mi insensatez. Ellos saben muy bien que la única forma de aprender es experimentando y nadie lo hace en cabeza ajena, hay que vivir los propios errores para aprender de ellos. Por más que quisieran nada en la vida me causara sufrimiento, están conscientes que esa es la única forma de aprender y crecer como personas. *Maduramos con los daños no con los años...*

Mi madre me cito en el restaurante “Mestizo”, uno de los mejores de Guanajuato. Su cocina *gourmet* lo ha colocado entre los preferidos de lugareños y turistas. Los dueños convirtieron una vieja casa ubicada en la calle *Positos*, muy cerca de la Alhóndiga de Granaditas en un bello recinto de alta cocina, donde el sabor y el arte se conjugan armoniosamente; está decorado con un exquisito gusto haciendo el lugar encantador. Como su nombre lo dice, su cocina es un mestizaje entre México y el mundo resultando un estilo único que provoca orgasmos al paladar. Es uno de los favoritos de mi mamá, pero sólo viene conmigo porque a papá no le gusta ya que al ser *gourmet* sirven en porciones prácticamente diminutas que no son aptas para el apetito voraz de mi querido progenitor.

Cuando llego, unos quince minutos tarde, en la mesa ya encuentro el delicioso *carpaccio* de res con elote tostado y tomatillo, nuestra entrada favorita.

—Disculpa la tardanza, mami. Mi jefe me entretuvo con unos manuscritos que le había dejado revisados desde el viernes y el muy inútil no los encontraba.

—No te preocupes, hija, ya sé cómo es tu jefe de explotador, es por eso que me adelanto a ordenar lo de siempre, sé que tienes poco tiempo para comer.

—¿El medallón de res con pesto de cilantro y chile morita? —salivo tan solo de imaginármelo, es delicioso.

—¡Nuestro favorito! —anuncia mi madre, a ella también se le hace agua la boca —y de paso un *carpaccio* para entretener el hambre en lo que nos

sirven.

—Tengo la madre más lista del mundo.

Le guiño un ojo mientras llamo al mesero con la mano para encargarle me sirva una copa de la botella de vino que está en la mesa, podría hacerlo yo, mas mi madre es muy propia con eso de los protocolos, desde muy joven me enseñó que las bebidas las sirven los meseros, ya sean vinos o jarras de algún refresco natural, uno no debe hacerlo, según que no es de buena etiqueta, no sé si lo leyó en el manual de Carreño o se lo enseñó mi abuela, el caso es que me lo inculcó tanto que se me hizo costumbre.

—Delicioso, ¿verdad? —comenta mi madre al verme cerrar los ojos cuando pruebo el vino.

—Exquisito —coloco la copa en la mesa y poniendo cara de circunstancia agrego: ¿Vas a decirme ahora el motivo de esta invitación o esperarás a que disfrute la comida?

Mamá aguza la mirada.

—¿Tiene que existir un motivo? —trueno la boca con una falsa indignación— ¿A caso no puede una madre invitar a su hija a comer nomás porque sí?

—Cualquier madre, sí —me echo para atrás en la silla mirándola con detenimiento— tú, definitivamente, no.

Mamá ríe con ganas, sabe que la agarré en curva. Y no es que no salgamos a comer de vez en cuando las dos solas, pero dado los últimos acontecimientos sé que su amable invitación trae cola que le pisen. Y muy larga, por cierto.

—Come tranquila —da un pequeño sorbo a su copa de vino—, te platico cuando pidamos el café, hay cosas que es mejor pasarlas con un dulce bocado.

—Así ha de estar el golpe —niego con la cabeza—, mejor déjalo caer de una vez y lo tomo con vino.

—Tranquila, si no es tan grave...

—Mamá ya no le des vueltas —la interrumpo de golpe—, sabes que me mareo. Mejor dime de una vez para que la deliciosa comida me quite el mal sabor. Digo, si es que lo hay.

Mamá hace ese gesto ceremonioso con los ojos tan especial de ella cuando quiere darle énfasis a lo que va a decir.

—No es nada grave, hijita. La verdad es que tan solo quiero saber cómo estás. Sé que hoy tuviste que enfrentarte a Fernando en la firma del divorcio y

eso me ha tenido preocupada todo el día.

—Feliz de haber terminado ese capítulo. Tenías toda la razón, esa boda ha sido la peor estupidez de mi vida.

—No te recrimines, lo hecho, hecho esta.

—Ya que remedio, ¿verdad?— encojo los hombros.

—Así es, como te dijimos tu papá y yo el fin de semana, lo bueno es aprender la lección.

—Y créeme que lo hice —declaro solemne—, y eso es todo, sólo me invitaste porque estabas preocupada, no sé porque no te creo. ¿Hay algo más?

Retuerce en su regazo la servilleta de tela, torciéndola una y otra vez sin dejar de mirarla, algo que mi madre hace cuando está ansiosa, lo que confirma mi sospecha; no me invitó únicamente porque éste preocupada, quiere decirme otra cosa y no debe ser nada agradable.

—La verdad sí —hace una pequeña pausa, sea lo que sea que va a decirme le asusta hacerlo—, pero primero comamos, no quiero que te caiga mal el medallón de res que tanto te gusta.

Solo mi madre es capaz de lanzar una advertencia de esas magnitudes y esperar yo me quede tranquila.

—Ay, mamá... mejor dime de una vez porque de todos modos ya no podré comer. Tu preámbulo ha sido suficiente para cerrarme el estómago.

—Es que no sé ni cómo decirlo.

Mi madre sin palabras: ¡El fin del mundo!

—¿Tan grave es?

Suelta de golpe todo el aire que estaba reteniendo, tomando un trago de vino tal vez para agarrar valor, estoy muy preocupada, ¿Qué pasará?

—Bueno, lo que pasa es que...

—¡Oh, Dios mío!

La interrumpo clavando la mirada en el enorme espejo frente a mí, la imagen que me regresa es salida de una película de terror: Detrás de mí, en la entrada del restaurante puedo ver a Fernando con la mujer que me fue infiel... y sí, es Ely.

—¿Qué paso? —pregunta espantada mamá siguiendo mi mirada hasta al espejo— ¡Ah, ya vi! Precisamente de eso quería hablarte...

Casi como un resorte giro mi cabeza directo hacia mi madre. Mi rostro es un poema a la contrariedad.

—¿Lo sabías?... ¿Cómo?... ¿Desde cuándo?

Mis llorosos ojos la miran con ansiedad, sabe que tengo mil preguntas,

pero no es a ella precisamente a quien quiero hacérselas.

—Anoche los vi. Cuando fui a mi reunión semanal con las amigas del *club*, estaban saliendo de la cafetería. Ellos no me vieron.

—¿Por qué no me hablaste? —le reclamó con la voz quebrada.

—Lo hice, mi niña —aprieta con cariño la mano que tengo sobre la mesa—, pero no pude decírtelo por teléfono, por eso te cite hoy aquí.

Mi mirada se clava de nuevo en el espejo, siguen ahí de pie, esperando mesa; se comportan como novios de lo más melosos y enamorados. Las lágrimas se salen a raudales sin que pueda detenerlas.

—¡Carajo! ¡Maldita sea! —masculló entre dientes mientras seco bruscamente las mejillas con el dorso de la mano.

—No llores, mi amor —me consuela mamá con mucho cariño—, no vale la pena, es un patán.

—No es él, mamá — se me quiebra de nuevo la voz—, es ella quien me duele. Era una de mis mejores amigas, ¿Cómo pudo hacerme esto?

—Ay, hijita, eso es algo que sólo ella puede responderte.

Como siempre mi madre tan sabía. Sólo ella es capaz de responderme esto y va a hacerlo ahora mismo. Me levanto de golpe de la mesa, hay cosas que no pueden esperar.

—¿A dónde vas?

—Por mi respuesta.

—Ali, no —mamá trata de detenerme—, no los enfrentes así, espera.

—Mi paz mental lo merece, madre.

Suelta mi brazo al ver mi determinación. No está de acuerdo con que los confronte ahora, no obstante sabe tarde o temprano tendré que hacerlo y mejor cuanto antes. Me conoce demasiado para saber que algo así no me dejaría tranquila ni un solo segundo de mi día. No podría estar en paz hasta saciar mi sed de respuestas.

Ya no están en la entrada, les han asignado mesa. El lugar no es muy grande, los encuentro enseguida. Lentamente me acerco a su mesa, ninguno se percata, están tan acaramelados que no existe el mundo alrededor.

—¡Que chula pareja! —exclamo con ironía—, ¿para cuándo la boda?

Levantán la vista al mismo tiempo, por un momento los dos están descolocados, pero en seguida Fernando se recompone sacando a flote su altanería de siempre. Ely, por el contrario, en seguida agacha la mirada, por lo menos algo de vergüenza está sintiendo.

—Eso es algo que no interesa— replica con hostilidad Fernando—, te

recuerdo que ya estamos divorciados para que vengas ahora con reclamos, Alicia.

Hasta Ely lo miraba con extrañeza, incluso ella, que parece babear por él se da cuenta de que su papel de ofendido no le va para nada.

—En ningún momento reclamé, calma tu consciencia—dibujo la más falsa de mis sonrisas—, además, de hacerlo no sería a ti, sino a ella.

Ely levanta de golpe la cabeza que había mantenido agachada.

—¿Cómo pudiste hacerme esto? —le inquiero con rudeza—¡Eras mi amiga! ¿Cómo pudiste, Ely? ¿Por qué lo hiciste?

—No tienes por qué contestarle a esta loca, mi amor —interviene Fernando.

Lo ignoro por completo, sigo con la mirada clavada en ella, quien consideraba una de mis mejores amigas y hoy sólo es una total desconocida para mí.

—Ali... yo... no quise... —tartamudea incoherente.

—¿Tú qué? ¿Me engañaste? ¿Me traicionaste? ¿Te metiste con mi marido valiéndote un bledo mi amistad? ¿O tú que, Ely o debo decir Liz?

El resentimiento en mi voz es notorio. No puedo ocultarlo, estoy dolida y mucho.

—¡Lo conocí primero! —eleva un poco la voz.

—¿Qué?

—Él era Rafael —susurra inaudible—, me di cuenta el día de tu casa, por eso me alejé.

Fernando se mantiene en silencio. Por lo menos sus dos neuronas le alcanzan para deducir que sale sobrando en esta conversación.

—¿Por qué no me dijiste?

—No sabía qué hacer, por eso mejor me fui, necesitaba aclarar mi cabeza.

—¿Y porque continuaste con él? ¡No entiendo, Ely! —mi cabeza da vueltas— Sabías que era mi esposo...

—En la guerra y en el amor todo se vale.

—No perder la dignidad por un hombre —le digo con desdén—, pero en fin allá tú... Sólo recuerda que *si te enamoras de un casado no uses rímel*.

¡Qué mala costumbre la mía! Siempre ando diciendo frases de películas en los momentos más inoportunos... Pero que *ad hoc* viene la dichosa frase de la película “El apartamento” famosa en los años sesenta. Tanta sabiduría hay en el cine, dice que no use rímel porque de que va a llorar, va a llorar,

garantizado.

—Te recuerdo que Fernando es un hombre libre y que ahora está conmigo, ni al caso tu inoportuno comentario, Alicia.

Me refuta desafiante, desapareció por completo la vergüenza que tenía, creo que más que inoportuno, mi comentario le cayó como recordatorio de lo que le espera, lo sabe y por eso se puso a la defensiva. Podría restregarle que el sólo esta con ella porque yo decidí divorciarme, pero no tiene caso, en su pecado lleva la penitencia, quedarse con él más que premio es el peor de los castigos.

—Nos quedamos con quien merecemos —le guiño un ojo—, y tú te has quedado con el patán. ¡Felicidades!

—Conmigo es un hombre diferente, de verdad me ama, por eso está conmigo —declara la muy ilusa, no cabe duda las mujeres enamoradas a veces nos volvemos muy pendejas.

No voy a contestar eso. *No es mi circo, no son mis monos.* Se la va a llevar la chingada, muy su problema, es algo que me tiene sin total cuidado. Sólo me duele perder a la que era, la de antes, la que era mi amiga.

—¡Que sean muy felices!

Exclamo con voz impostada y me doy media vuelta sin esperar respuesta. Ya averigüe lo que quería, no me clavaré en un juego de palabras absurdas con ellos, no vale la pena gastar mi energía en ello. A lo lejos escucho al presuntuoso de Fernando gritarme “por supuesto que lo seremos”... ni si quiera miro hacia atrás, he cerrado este capítulo por completo. *Caput... Finito... Se acabó.*

Regreso temblando a la mesa con mi madre. Entre el coraje y la tristeza me tienen en un estado infausto. A penas me siento las lágrimas reprimidas comienzan a salir a raudales.

—No te pongas así, nena —mi madre se levanta y me abraza—, no vale la pena.

—Lo sé, pero duele y mucho.

—Pasará, te lo prometo —acaricia mi cabeza como cuando era niña.

—¿Podemos irnos ya? —le digo con voz entrecortada, no quiero estar ni un minuto más aquí.

—Por supuesto, ya he pagado la cuenta y pedido para llevar los medallones.

Me despido de mamá fuera de mi carro prometiéndole que estaré bien y que le hablaré si llegó a necesitar algo. Pide encarecidamente que me vaya

con ella a casa cuando le dije que me reportaría enferma porque en ese estado no podía regresar a la oficina, pero rechace su oferta, en este momento necesito estar sola, no quiero ver a nadie. Ya he mandado un mensaje para cancelar los traguitos de hoy, no estoy de humor para eso ni para absolutamente nada, quiero llegar a casa a tumbarme en la cama; mirar el techo para regodearme en la tristeza a mis anchas.

No sé ni qué hora es cuando el insistente timbre de la puerta me saca del miserable letargo en que me encuentro. Lanzando sapos y culebras por la boca voy a ver quién es el imbécil capaz de interrumpir mi sesión particular de masoquismo.

Abro la puerta con cara de poquísimos amigos y me encuentro a Rodrigo parado fuera.

—¡No puedes rechazar a Don Julio! —declara levantando la botella que trae en la mano. —él y yo venimos a hacerte compañía, ninguno se tragó el cuento del trabajo, no somos tan tontos.

Rodrigo es capaz de hacerme reír en medio del peor de mis episodios dramáticos.

—Don Julio entra, tú no —bromeo arrebatándole la botella y empujándolo juguetonamente hacia afuera.

—Él y yo somos uno mismo, o nos tienes a los dos o a ninguno —me quita la botella de la mano y se mete a la casa no sin antes darme un beso en la mejilla.

—Con permiso, pase usted —exclamo entre risas.

—Ni que lo necesitará —grita ya en la cocina— ¿Dónde guardas los tequileros?

—En la gaveta sobre el fregadero, junto a los vasos.

—Ya los encontré —anuncia apareciendo en el comedor con dos en la mano.

Siento arder la garganta cuando el líquido del primer tequila resbala por ella.

—Justo lo que necesitaba, *mounstro* —coloco mi caballito frente a él.

—Lo sabía —me guiña el ojo mientras llena de nuevo los caballitos.

—¿De hidalgo otra vez?

—¿Existe otra forma de tomar tequila?

—¡No! —digo entre risas— ¡Salud!

Don Julio se evapora, las risas aumentan y la tristeza va desapareciendo de a poco. Nos hemos pasado la noche contando anécdotas de siempre, Rodrigo tiene una memoria privilegiada se acuerda de todo, hasta del más insignificante de los detalles. Es único, de verdad lo quiero tanto, tan sólo él me conoce al grado de saber cuándo invento excusas y venir a mi rescate. Él sería el novio perfecto, aún no sé porque no tiene a alguien en su vida, *gay* no es, de eso estoy segura.

—Oye, *mounstro*, ¿Por qué no tienes novia?

Deja de reírse de golpe y me mira de una manera inexplicable.

—Por qué no y ya.

—Alguna razón debe haber. Conoces mi vida amorosa de pies a cabeza y yo te he conocido una novia en toda tu vida, con la que duraste menos de una semana. ¿Por qué? ¡Si eres perfecto!

Toma la botella para llenar de nuevo su caballito con el último suspiro de tequila que quedaba en ella, se lo toma de golpe. Se levanta de su asiento, se acerca a mí, con su dedo índice me levanta la barbilla y me besa suavemente agarrándome en curva por completo. No sé si es el alcohol, el momento o qué, pero le respondo el beso rodeándole el cuello con mis manos; en respuesta Rodri me toma por la cintura levantándose de la silla para acercarme a él sin soltar mis labios ni un segundo.

Nos separamos un momento para tomar aire. Rodrigo me mira como nunca antes lo había hecho, acaricia mi mejilla suavemente y anuncia con su último gramo de cordura.

—No, así no...

Me suelta y prácticamente sale corriendo de mi casa dejándome sin saber qué diablos paso.

CAPÍTULO XXXVI

No sé si tengo cruda de tequila o moral. Desde que desperté un agudo dolor taladra espantosamente mi cabeza. ¿Cómo pude besarme con él? ¡Por Dios! Rodrigo es como mi hermano, digo debo aceptar que besa maravillosamente bien, pero no, eso estuvo terrible, no quiero arruinar nuestra amistad. Lo adoro, es más que especial para mí, lo quiero siempre en mi vida y el episodio de anoche puede arruinar las cosas de mil maneras. Sé que fuimos víctimas del alcohol, lo sé. Aunque sigo sin entender eso último que dijo antes de irse: “no, así no”... ¿A qué se habrá referido? No lo sé, pero no quiero pensar lo que no debe ser.

Me levanto al fin de la cama, no había podido hacerlo, la casa daba vueltas por completo. Dando tumbos llego al cuarto de baño para devolver hasta lo que comí hace quince días. No cabe duda que el tequila y yo no somos buenos amigos, me ha dejado en muy mal estado. Me doy una ducha fría tratando, inútilmente, de sentirme mejor. Al salir veo que parpadea la luz de mi celular, me ha llegado un mensaje. Es de Rodrigo.

Mounstra espero que no estés muy cruda. Necesitamos hablar. ¿Nos vemos hoy al medio día?

Aviento el celular y me tiro de nuevo a la cama. No quiero, sé que debemos hablarlo, pero no quiero. ¿No existirá la forma de que desaparezca lo de anoche? ¡Soy una pendeja! Como fui capaz de responderle el beso, arriesgar de esa manera nuestra amistad. Suena de nuevo el celular.

¿Entonces? ¿Paso por ti a las dos?

¡Menudo lío! Conozco a Rodrigo, sino le contesto pronto en menos de quince minutos lo tendré a fuera de casa, así que mejor le mando un mensaje.

Estoy demasiado cruda, mejor nos vemos el lunes, ¿sale?

Ese día aún es muy pronto, pero sé que no podré postergarlo más,

imposible eludirlo más tiempo.

Ok. El lunes paso a recogerte a tu oficina a la hora de la comida.

Suelto el celular, doy media vuelta en la cama tapándome hasta la cabeza para desaparecer. Necesito dormir y mucho, creo que me dedicaré a vegetar todo el fin de semana, hace falta desconectarme por completo del mundo, mis nervios piden a grito esquina, últimamente he vivido bajo un sube y baja emocional que los tiene a punto de una gran crisis, ya es justo y necesario que les dé un par de días de vacaciones.

El insistente timbre del teléfono me despierta. La habitación esta en completa penumbra, no tengo la menor idea de que hora es, ni de qué día, pareciera que más que dormir, caí en un coma profundo, porque me está costando una barbaridad volver al mundo de los vivos.

—Bueno —contesto con la peor voz del mundo y sin revisar el número en la pantalla.

—¡Al fin contestas! ¿Qué carajo te crees, mujer? —me retumba en el oído los gritos histéricos de Britany.

—No grites que me aturdes —sus aullidos me reactivaron el dolor de cabeza—, ¿Qué paso? ¿Por qué estas histérica?

—Te desapareces todo el fin de semana, ¿Qué esperabas? ¡No has contestado ni llamadas ni mensajes desde ayer en la mañana!

¿Llamadas? Los mensajes nunca los escucho, pero las llamadas si, ¿tan profundo caí? De verdad necesitaba desconectarme del mundo. ¿Britany dijo Ayer? ¿Tanto dormí?

—No escuche nada... ¿Qué día es?

Sus carcajadas me dejan sorda, parece que le hace mucha gracia mi total desubicación del tiempo y espacio.

—¡Estas cabrona! Es domingo por la tarde, mujer. ¿Pues qué tomaste que pareces en otra dimensión?

—Tequila con Rodrigo el viernes.

—Con razón ese tampoco contesta.

—Acabamos muy tarde el sábado...

—¿Y duermes desde el sábado en la madrugada? —me cuestiona alarmada.

—¡Cómo crees!... desde el sábado en la tarde.

—Ah, no bueno, que gran diferencia.

—Algo es algo, ¿no?, pero bueno, ¿Qué quieres?

—La cruda te pone fatal —suspira—, en fin, solo hablé porque estaba preocupada. ¿Vamos por un café?

¿Salir de mi cama? ¡No, por favor! Yo quiero seguir acostada.

—¿Mañana saliendo de trabajar? —suplico con toda la tiricia de mi cuerpo— ¿Por favor? De verdad no puedo moverme, el tequila me dejo noqueada.

El tequila, mi reciente divorcio, la traición de Ely, el beso con Rodrigo, las arañas y demás ataques galácticos que he sufrido últimamente. Ni mi cuerpo, ni mi mente se recuperan del todo, para mañana seguro me sienta mejor físicamente, anímicamente lo dudo, pero por lo menos no pareceré muerto viviente caminando.

—Ya que, sigue fosilizando, mañana platicamos.

La resignación de Britany me hace sentir mal. ¿Y si quiere contarme algo y yo aquí de vegetal? ¡Que egoísta de mi parte! Ella siempre está para mí, debo ser recíproca.

—¿Necesitas contarme algo, Brit? —investigo con interés—, de ser así, ahora mismo levanto mi trasero de esta cama y me reúno contigo.

—Nada relevante, sigue durmiendo, en serio... —duda un poco y agrega: es solo que Sally y yo queríamos platicar contigo porque ayer nos encontramos a...

—¿Ely con Fernando?—la interrumpo adivinando lo que me iba a decir.

—¿Cómo supiste?

—Yo también los vi.

—Con razón el tequilita —deduce enseguida— y ¿Cómo estás?

—Sobreviviré —suelto un bostezo con ganas—, siendo sólo eso, creo que puede esperar a mañana, pensé que algo te pasaba a ti.

—Ah, no —exclama con desfachatez, esta mujer es la madre del famoso estado *zen*— Ya sabes, yo como siempre tranquila, sigue durmiendo, mañana nos vemos. Adiós.

Colgando el teléfono me aferro de nuevo a mi almohada porque quiero seguir durmiendo. Aunque esta vez no me resulta nada fácil conciliar el sueño porque mi mente se ha quedado dándole vueltas a si debí contarle lo de Rodrigo a Brit, tal vez ella me hubiera ayudado a comprender, por otro lado, contárselo sería hacer más grande el asunto. No, mejor así, mañana hablo con Rodrigo, aclaramos el asunto y seguimos tan amigos como siempre dejando

lo que paso anoche archivado en el olvido de los episodios de borrachos que nunca le cuentas ni a tu consciencia.

A las dos en punto apago mi ordenador. Los nervios me han tenido al borde del colapso todo el día. Sé perfectamente que la conversación de hoy con Rodrigo es vital para nuestra amistad, me la he pasado rogando a la Divina Providencia ilumine mi intelecto para decir las palabras precisas y nuestra amistad no se vea afectada. No puedo perder a Rodrigo, ni ahora, ni nunca, él ha sido siempre mi eje, quien me mantiene en equilibrio. Es mi alma gemela, uno no puede darse el lujo de encontrarla para perderla por un arranque tequilero de una noche.

Cuando salgo del edificio él ya está esperándome, se pasea de un lado a otro sobre la acera. De seguro ha estado igual de ansioso que yo.

—Hola —me da un beso en la mejilla que le respondo fugazmente.

—¿A dónde quieres ir a comer? —me voy por la tangente con cautela, no sé todavía como comenzar y parada a media calle fuera de mi oficina no es el mejor lugar para hacerlo, ¿verdad?

Decidimos ir a un pequeño *bistro* cerca de la oficina, dado que solo tengo una hora para comer, un corto trayecto nos dará más tiempo para platicar. Llegamos al lugar y nos acomodamos en la mesa del fondo, así tendremos más privacidad. Una vez que el mesero se aleja con nuestras órdenes Rodrigo empieza a hablar.

—Alicia... lo que paso el viernes... yo...

Se le atorán las palabras, está hecho un completo manojito de nervios.

—Lo sé, *mounstro*... fue una locura. Estábamos borrachos... no debió pasar.

—A mí me gusto — suelta de sopetón.

¿Qué le pasa? ¡No! Nada de gustar, no...

—Rodri, no... *mounstro*. Tú y yo somos amigos, nada más.

Me mira con unos ojos cargados de melancolía y una media sonrisa de lo más enigmática. *Por favor que no vaya a declararse, por favor que no lo haga*. No quiero lastimarlo, lo adoro, pero como amigo.

—Siento por ti algo más, yo estoy...

¡Carajo!

—*Shhh* —lo interrumpo abruptamente—¡Ni se te ocurra decirlo!

—Porque no quieres que lo diga si es la verdad, desde hace años estoy ena...

—¡No lo digas! —lo calló de nuevo—, por favor, no lo digas. Eres mi mejor amigo, de verdad te quiero en mi vida. Me conoces, escuchas, entiendes y disfruto el tiempo contigo. Nadie como tú para ponerme de nuevo en mi eje. No te quiero perder, no arruines esto maravilloso que tenemos metiendo el romance a la jugada.

La cara de Rodrigo es de confusión total. En tantos años de conocerlo nunca lo había visto tan sombrío. Sé que tal vez justo ahora lo estoy lastimando, pero es mejor así. Más vale detener a tiempo esos caprichosos sentimientos a tener que recoger mis pedazos después y ahora sin él para ayudarme a hacerlo. Porque no hay modo alguno que a mí me vaya bien en el amor, ni siendo él. Además es mi amigo, nada más.

—No entiendo porque reaccionas así —cierra los ojos suspirando profusamente— no te estoy diciendo nada fuera de este mundo, ni es una amenaza...

—¡Claro que es una amenaza! ¡El amor es la peor de las amenazas! La más vil, un lobo con piel de cordero.

—Ali, explícame por qué es tan malo que éste enamorado de ti —trato de interrumpirlo, pero levanta la mano para impedírmelo—, y quiera una relación bien contigo. Eres mi mejor amiga, con nadie disfruto más todo que contigo. Me entiendes sin hablar. Somos cómplices. Seríamos la pareja perfecta...

—Ese es el problema —enarco una ceja con ironía—, al convertirnos en pareja todo se iría al carajo.

—¿Por qué? Estoy seguro que funcionaría.

—En un principio, tal vez. Sabes todo de mí que no te sería difícil hacer que me enamorará de ti y cuando lo consiguieras cambiarías por completo. Buscarías sentir esa emoción del principio, el hambre de cazador la saciarías en otro lado —suspiró—. Ciencia exacta, no falla. Me has visto llorar por eso muchas veces, no quiero que tú ahora seas el causante.

Mira con cierta decepción. Sé que tal vez creería que estaría encantada con su confesión, pero no puedo con eso, de verdad. Rodri es muy especial para mí, no quiero perderlo y tener una relación es casi decirle adiós desde ahora. Casi un decreto oficial en mí: todas mis parejas terminan por romper el corazón.

—¡Jamás te lastimaría! Te quiero para cuidarte y hacerte muy feliz.

Nunca buscaría nada fuera de ti. No lo necesito, caray. No lo he necesitado en años; me he conformado sólo con ser tu amigo, con secar las lágrimas provocada por otros idiotas, ¿Cómo puedes pensar que yo te haría lo mismo que ellos te hicieron, si me la he pasado consolándote por eso?

—¡Apocalíptico! Cuando alguien te dice que no te va a lastimar hay que agarrarse a lo que sea porque la destrucción será masiva.

Confío ciegamente en Rodrigo, siempre ha sido el mejor, pero como AMIGO. En plan pareja no creo en ningún hombre. No me entendieron el otro día que lo dije, pero es real, no me vuelvo a enamorar... ¡Nunca!

—¿Tan jodida estás ya? —su voz está cargada de molestia y un dejo de tristeza.

—No tienes una idea. Me fui vaciando de a poco. Todo ese amor que traía dentro se me fue agotando lentamente, escapándose de suspiro en suspiro. Hoy estoy vacía.

Queda en silencio. Abre la boca varias veces para decir algo, más la cierra enseguida. Lo he dejado sin palabras y eso, en *mounstro*, es muy extraño. Cierra los ojos fuertemente y se levanta de la mesa.

—Discúlpame, ahorita vuelvo.

Se me hace un nudo en el estómago al notar la inmensa tristeza de su mirada, mi intención no era hacerlo sentir mal, pero tenía que ser clara. Él es la persona más especial para mí, lo quiero en mi vida, nadie me complementa ni me escucha como él. Meter el romance entre nosotros sería darle al traste a nuestra amistad. Duele haberlo lastimado con mis duras palabras, pero es lo mejor. Lo quiero demasiado para terminar odiándolo.

Observo como se aleja y dobla hacia la zona de los baños. Me hundo en mi asiento, me siento fatal.

Al cabo de unos minutos regresa, pero no se sienta.

—La cuenta esta pagada. Me voy.

—¿Cómo que te vas? ¿Por qué?

—Por qué no puede ni mirarte ahorita. Ésta Ali no es la que conozco.

—Es la que hay.

—De esa no me enamoré.

—Pero como amigos ha funcionado, ya ves como el romance arruina todo.

—En efecto, ha funcionado, pero ¿acaso estás ciega?

—No entiendo.

—He estado enamorado de ti siempre. Todos estos años te he amado más

que un simple amigo. Cada fracaso tuyo ha sido doloroso para mí también.

—Pero... yo...

—No, no digas nada —su rostro es tristeza pura—No tiene caso. Y creo que ya fue suficiente. He visto cómo te rompían el corazón una y otra vez sin tener el valor de confesarte lo que siento por ti. De decirte que dejarás de fijarte en imbéciles, que yo podía hacerte feliz.

—Que quieres, yo...

—Nada, no quiero que digas ni hagas nada. Sólo necesito alejarme. He vivido para amarte. Es hora de vivir para mí. Hoy has matado todas mis esperanzas.

—Rodri... —la ansiedad sube lentamente por mi sistema—, somos amigos, no quiero perder tu amistad.

—Lo siento, pero no puedo ver como lo que más amo se flagela de esa manera. Me voy, Ali. Y no por un tiempo, esta vez pongo punto final.

Da media vuelta y se aleja. Todo a mí alrededor se empieza a desmoronar. No puedo perder a Rodri. A todos menos a él, esto si es el fin de mi mundo. Ahora sí estoy destrozada. Las lágrimas resbalan por mis mejillas. ¿Qué he hecho? Siento que la soledad se avecina a mi vida como un gigante hoyo negro que amenaza con tragarme. Ahora si estoy *jodida*.

CAPÍTULO XXXVII

Estos dos últimos meses han sido los peores de mi vida. Desde ese fatídico día —lunes tenía que haber sido— en que Rodrigo tuvo la brillante idea de confesarme su amor por mí, no he vuelto a saber de él. Se esfumó por completo. No ha contestado mis llamadas ni mensajes. Es más ni con Brit ni Sally se ha puesto en contacto. Hasta su casa fui a buscarlo, pero no estaba o no quiso abrir. El caso es que lo extraño muchísimo, ya otras veces se ha ido de viaje, pero estamos en continuo contacto. Además esta vez es muy diferente porque sé que no quiere saber nada de mí. Con eso simplemente no puedo, es un dolor sordo y agudo... me acompaña todo el tiempo, nunca antes había sentido algo similar. Me habían roto en innumerables veces el corazón, pero nada se compara con esto. Hasta la traición de mi disque amiga Ely es una nimiedad ante la desgracia de haber perdido a mi mejor amigo, mi alma gemela, eje, centro, TODO... Rodrigo es mi persona favorita en todo el mundo, así no quiera saber nada de mí ahora. Le pido a todos los santos del cielo que esto sea temporal, la idea de pensar que no lo volveré a ver, que salió de mi vida de manera permanente —como me dijo ese día—, escuece aún más la herida de su ausencia.

¿Habré actuado mal? ¿Debí darle alguna oportunidad? Esa duda me atormenta aún más. No sé qué pensar, tal vez él tiene razón y seríamos la mejor pareja, no lo sé a ciencia cierta, no me di ni nos di la mínima oportunidad, tan sólo me centre en la idea de no perderlo, lo cual, terminó sucediendo. Cuando les conté a Brit y Sally casi me insultan. Las dos estuvieron de acuerdo en que fui una soberana pendeja. Ellas ya se habían dado cuenta tiempo atrás de los sentimientos de él, sin embargo no dijeron nada porque era algo que no les correspondía a ellas. En su opinión, Rodrigo está hecho para mí, que sólo con él encontraría esa felicidad ansiada en pareja.

Y lo arruinaste por idiota, dejaste ir al único bueno, creo que ya te voy a regalar un par de gatos, vas para solterona que vuelas... fueron las sabias palabras de Britany. Qué razón tiene. Solita me arruiné y ni cómo arreglarlo. No he podido dar con Rodrigo para hablar con él, tendré que esperar se le baje el coraje y me busque. Lo cual no sé cuándo será, él no suele ser orgulloso, pero tampoco lo había visto así antes.

El timbrado de mi celular me saca de mis divagaciones sin sentido.

Menos mal que existe el mundo exterior o yo sería una ostra.

—¡Rodrigo se va hoy a España! —aúlla desesperada Sally.

—¿Hoy? ¿España? ¿Cómo sabes? —balbuceo atónita.

—Acción primero, preguntas después. Su autobús a la ciudad de México donde tomará el avión sale en treinta minutos... ¡Corre!

—¿Tan pronto?

—Sí, mamacita, así que mueve ese esqueleto, estoy llegando a la calle de tu casa, sal ya...

—Pero qué le digo, Sally...

—Me lleva la chingada, en el camino lo piensas—grita bastante histérica.

—¡Ya pues! ¡Salgo!

Cómo le hace, no lo sé, pero en menos de veinte minutos llegamos a la estación de autobús. Y todavía se dio el lujo de pasar por Britany. *No podía dejarla fuera de esto*, me anuncio cuando vi se desvió a su casa.

A penas se detiene frente al edificio bajo como bólido, dando carreras llego hasta la zona de salida. Ahí está él, al final de la larga fila, listo para abordar e irse lejos de Guanajuato. Muy lejos de mí.

A esa parte de la terminal no puedo entrar sin boleto e ir a comprar uno a cualquier parte para poder ingresar es perder valiosos minutos. Trato de llamar su atención, no lo consigo, manoteo y grito; Rodrigo no responde, está como en estado catatónico, con la mirada perdida e inmerso en sus pensamientos. Tengo que entrar ahí a como dé lugar, trato de convencer al guardia, pero este tipo es peor que cadenero de antro. La fila avanza y con ella mi desesperación. Grito más fuerte ya con las lágrimas en los ojos. Se va a ir, si no hago algo se va a ir sin poder hablar con él. Suplico más al gendarme mal pagado, no se conmueve ni un ápice.

Me alejo, dándole vuelta a todas las locas ideas que se me vienen a la mente, sólo una de ellas es viable, aunque bastante riesgosa. No importa, tengo que intentarla, si no consigo pasar por lo menos haré el revuelo suficiente para llamar la atención de Rodrigo. *Tic-tac* el reloj avanza vertiginosamente, debo actuar lo más rápido posible. El guardia se distrae un momento de la puerta agachándose a revisar la etiqueta en una maleta, es mi momento, sin pensarlo dos veces doy unos pasos para atrás, necesito tomar suficiente velocidad para lograr saltar la valija pasando en medio del guardia y el quicio de la puerta... ¡Una total locura! Estoy consciente de eso, más es mi única oportunidad antes de que se suba al autobús. ¿Qué es lo peor que puede pasar? ¿Caerme? ¿Qué el guardia me persiga y atrape? ¡No importa! Si

no logró llegar a él, al menos el escándalo llamará su atención.

Corro como nunca lo había hecho, despegando los pies del suelo en un fatídico salto que me hace caer estrepitosamente al tropezar con el beliz. El guardia me mira con cara de pocos amigos, me levanto como resorte y corro hasta Rodrigo. Mi objetivo es ser visible, si me alcanza el tipo es lo de menos.

—¡Rodrigo! —grito a escasos metros de él.

De inmediato voltea hacia mí justo cuando el guardia toma mi brazo para sacarme de ahí: “*Le dije que sin boleto, no*”, me regaña severamente arrastrándome hacia fuera. Rodrigo está tan sorprendido que tarda unos segundos en reaccionar, después de lo que parece una eternidad da media vuelta para alcanzarme hasta afuera de la sala de espera.

Cuando lo veo caminar hacia mí las rodillas me tiemblan, no sé si por la caída o por la emoción. Al llegar frente a mí se detiene, observándome sin revelar ninguna emoción en su rostro.

—*Sólo soy una chica parada frente a un chico pidiéndole que la ame...*
—agacho la cabeza sonriendo por mi tontería— Si, lo sé, me encanta decir frases de películas en los momentos menos oportunos...

Rodrigo sonrío por mi ocurrencia dando un paso para acercarse a mí.

—Alicia, cariño...

Coloco un dedo en sus labios para silenciarlo.

—No digas nada, déjame terminar que pierdo el hilo.

Asiente con la cabeza dando un paso atrás y me sonrío de esa forma que sólo él sabe hacerlo... ¡Oh, Dios mío, como pude ser tan ciega! Al verlo sonreír me doy cuenta de todo. ¡Es él! ¡Siempre ha sido él! Ha estado ahí, junto a mí y yo he sido una tonta... ¡Señoras y señores Doña Pendeja!

—No sé cómo no me di cuenta antes —tomo aire—, te he tenido ahí, delante de mis narices y no te he visto. Tú eres quien mejor me conoce, incluso más que yo. Nadie sobre la faz de la tierra me ha tenido la paciencia que tú a mí. Has aguantado mis peores berrinches y secado cada lágrima que los patanes a quien me enterque en amar han provocado. Has sido mi faro y mi eje. Enamorado de mí, has sido mi mejor amigo y hoy casi te pierdo, o creo que casi, espero no haberte perdido porque me he dado cuenta que... yo también he estado enamorada de ti desde siempre, pero fui una miope; no quería ver. Y tengo miedo porque cuando me enamoro siempre pasa algo malo, pero sé que ahora será diferente porque eres tú y tú siempre me has salvado —levanto la mano para detenerlo cuando intenta hablar—, solo

espero eso que sientes por mi siga, que perdones a esta ciega por no haberte visto antes.

Trago saliva y lo miro suplicante:

—Entonces, ¿te quedas?

Su rostro se ilumina —*esa sonrisa, por Dios, esa sonrisa*—y se acerca despacio a mí, levanta la mano derecha para quitarme un mechón de pelo que esta sobre mi frente acariciando de paso mi mejilla.

—Me derretiste con el “hola” —dice mientras guiña un ojo—, yo también digo esas frases cuando menos se debe... y ahora ¿Qué esperas? ¡Bésame ya! Me jala hacia él fundiéndonos en un beso cargado de todo el sentimiento que reprimimos tanto tiempo.

Me separo despacio de él para observarlo. Aún sigo sin creer que haya sido tan ciega de no verlo. ¡Es él! Le sonrío con ternura pegando mí frente a la suya.

—¡Ya te *jodiste, mounstro!* Ahora me tendrás que aguantar a mí y a mis manías. A que te sorprenda con mis tontos detalles, a que me preocupe por ti y te recite poesía al oído antes de dormir. A que te robe besos cada que pases junto a mí y te prepare tu comida favorita los domingos. Por supuesto también tendrás que soportar en la noche mis pies fríos buscando calor entre tus rodillas. Sufirás que siempre tenga ganas de ti, de tocarte y sentirte; seducirte aunque no sepa hacerlo. Advierto que te mandaré tiernos mensajes a cada rato, querré consentirte siempre y darte lo mejor de mí... ¿Lo aceptas? ¿Me aceptas a mí y a mi loca forma de amar?

—Ay mi vida, de eso pido mi limosna desde que te conocí...

FIN

EPÍLOGO

¿Por qué cuando más prisa tengo las cosas se esconden de mí? ¿Dónde carajo estarán mis aretes de perla favoritos? ¡Son los de la suerte! Hoy los necesito más que nunca.

—¡Apúrate, *mounstra*!

Escuchó que grita Rodrigo desde la sala, tiene más de treinta minutos esperando por mí. Como buen hombre nada metrosexual y totalmente práctico estuvo listo en menos de veinte minutos. ¿Se le olvida acaso que soy mujer? No soy *macho pelo en pecho* que con una bonita camisa y un buen pantalón se ve bien. ¡No! Yo soy nena, necesito cuidar cada minúsculo detalle de mi arreglo, más en un día tan especial para mí.

—No me carrerees —gritó en tono desesperante desde el fondo de mi *closet* donde estoy buscando los dichosos zarcillos.

Escucho sus pasos acercarse acompañados de esa risa burlona que sólo en él suena encantadora.

—Ali, vamos a llegar tarde —exclama con dulzura—, cualquier día puedes darte ese lujo, menos hoy.

Lo miró con el semblante compungido. Tiene la boca llena de razón, pero me niego a no ponerme esos aretes. Son muy especiales, los necesito. Le hago un puchero antes de continuar escarbando en el cajón último cajón.

—¿Qué buscas, amor?

—¡Mis aretes de perlas! —levanto las manos en signo de obviedad, ¿Cómo no va a saber qué eso busco? ¡Hombres!—, sin mis pendientes me niego a ir. No salgo de casa sin ellos en mis orejas. Son mi amuleto de la suerte.

—Tenía entendido que yo era su amuleto de la suerte, señora —frunce el entrecejo—, ¿Cuándo usurpó mi lugar un par de aretes?

Me levanto de un brinco del suelo. La carita de decepción de Rodrigo me enternece tanto, merece un beso.

—Tú eres más que mi amuleto, cariño —sonrío jugueteando con el botón de su camisa—, tú eres mi suerte entera, pero comprende que esos aretes...

—¿Cuáles? —levanta la mano agitando algo entre los dedos— ¿Estos?

¡Lo amo! ¡Mis bellas perlas!

Lo miro con suspicacia, ¿dónde los habrá encontrado? ¡Tengo treinta minutos buscándolo por toda la habitación!

—Me los diste a guardar anoche para no perderlos, cariño —contesta leyéndome como siempre el pensamiento.

—¡Cierto! —ríe por mi torpeza—, pero olvidé que te los di... ¿Dónde traigo la cabeza?

Toma mis manos entre las tuyas.

—Los nervios te están matando —me besa la coronilla—, tranquila, todo saldrá a pedir de boca.

—¿Y si lo arruino? ¿Y sí es un fracaso? —hago un puchero marca me muero de miedo.

—Eso no va a pasar, amor. Será un éxito, estoy seguro de ello. Y yo seré el más orgulloso del mundo, parado junto a ti y sosteniéndote la mano.

—¿Cómo pude dejar convencerme? —hago una mueca de ansiedad.

—Quisiera que creyeras en ti tanto como yo lo hago. Eres la mejor, mi amor.

—Lo dices porque me quieres —suspiro—, él único que me ha leído eres tú...

—Y sé reconocer una buena historia —me abraza con cariño—, Ali, eres una gran escritora. Tu libro es increíble y yo soy un jodido afortunado por tener a la esposa más talentosa y maravillosa del mundo. Ten tantita confianza en ti.

Lo miro con cara de *me lo quiero comer a besos*. Es un encanto, sin él jamás me hubiera atrevido a terminar esa historia que tenía años abandonada en el último cajón de mi escritorio. Rodrigo estuvo insistiéndome a que la terminará. Después, a publicarla. Hoy es la presentación ante los medios, él gestionó todo, cree más en mí que yo.

—Sabes que precisamente de eso es de lo que más adolezco —lo miro con cara de circunstancia.

—No te preocupes, amor, sí te falta seguridad con la que yo tengo en ti basta para los dos. Eres la mejor, jamás lo dudes.

—Te amo tanto, *mounstro*.

—Yo más.

AGRADECIMIENTOS

Antes que nada estoy agradecida con Dios, por sus gracias y bendiciones. Simplemente sin él no soy nada. Él es quien guía mis pasos y mi vida.

Gracias a mis padres, que son mi fuerza y mi faro. Ellos son mi gran apoyo en la vida, el puerto seguro en donde siempre encuentro refugio.

Gracias a mis hermanos. Mis compañeros fieles de camino. Ely, mi hermana que tanto me ha ayudado y motivado a seguir mis sueños, me escucha y apoya en todos mis proyectos. Es mi mejor socia de vida. Sergio, mi hermano, quien tiene una mano tendida hacia mí para brindarme soporte cuando más lo necesito.

Gracias a mis sobrinas, Elisita y Dany, las mejores promotoras de su tía la escritora.

Gracias a *Mamichabe* y mi tía Adriana por estar conmigo y brindarme su ayuda en todo.

Gracias a toda mi familia porque siempre están a mi lado, acompañándome en cada paso, tropiezo y éxito. Sé que cuento con ellos en todas, en las malas, las buenas y las no tanto. Han apoyado cada paso de este hermoso sueño de ser escritora.

Gracias a Hildebrando Cota, mi editor e impresor, por todo su apoyo y paciencia.

Gracias a mi gran equipo de escritoras mexicanas independientes, *Romance en Tinta*, por alentarme a seguir y estar presente en cada paso de este proyecto.

Y finalmente, gracias a ustedes, mis queridos lectores, por ser quienes llevan a la vida mis letras. Mil gracias por leerme y vivir conmigo cada emoción plasmada dentro de esta novela.